

Latidos

bajo mi piel

Sandra
López



LATIDOS BAJO MI PIEL
Biología vivir 2

Sandra López

Kindle Direct Publishing

1ª Edición 23 de enero 2024

Con la colaboración de: Bárbara Pereira

Ilustración de portada: Mercé Rodríguez - @the_imagination_is_power

Corrección: Belén Morez - @correcciones_belen.morez

¡Advertencia! Esta novela contiene escenas delicadas, para personas extrasensibles.

Reservados todos los derechos.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (Electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dicho derecho puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

LATIDOS BAJO MI PIEL

Bilogía vivir 2

SANDRA LÓPEZ

A mis sempiternas,
tuvimos un principio,
pero nunca llegaremos al final.
Siempre compartiendo momentos.

Prólogo

—Hola, cuñada, ¿Nora no te coge el teléfono? Se lo ha dejado en el hotel, ahora te la pasó —respondió Gabriel con tranquilidad recostándose de nuevo en la toalla. Nora salía en ese momento de la playa y Gabriel no podía dejar de mirarla con una sonrisa en sus labios.

—¡No! —gritó Rebeca y Gabriel se incorporó de inmediato y frunció el ceño sorprendido. Rebeca nunca le había alzado la voz—. ¿Tú lo sabías?

—¿Saber qué?, ¿ha pasado algo?

En ese momento, Nora llegó junto a Gabriel y se extrañó al sentir la tensión de su cuerpo cuando le acarició.

—¿Quién es? —quiso saber ella. Gabriel negó —¿Qué pasa? —intentó de nuevo.

—¿Sabías lo que pasó en la fiesta de Troy? —insistió Rebeca, aclarando el tema para que Gabriel pudiera centrarse. Gabriel cerró los ojos dejando escapar un suspiro, gesto que preocupó más a Nora.

—Rebeca...

—No, Rebeca no, contéstame, necesito que lo hagas, Gabriel —pidió Beca desde el otro lado del teléfono. Él podía sentir lo alterada que estaba a través del teléfono y el tono de su voz, por lo que no estaba para nada tranquilo. Y Nora a su lado cada vez estaba más nerviosa.

—Sí... mi hermano me llamó cuando se despertó... ¿Cómo te has enterado? —preguntó Gabriel.

—¿Quién más lo sabe? —continuó Rebeca sin contestar lo que él le había preguntado.

—Nadie... solo yo... ¿Cómo te has enterado? —insistió Gabriel en la pregunta pero no obtuvo respuesta y la llamada se cortó.

—Rebeca... ¿Beca? —intentó pero nada.

—¿Qué pasa? —preguntó Nora, forzando a que su marido la mirara a la cara y le contestara de una vez por todas —¿Qué le pasa a mi hermana?

—Espera, que intento llamarla —respondió Gabriel poniéndose en pie y tratando que su cuñada le respondiera al teléfono, llamó cerca de unas diez veces y no consiguió nada con ninguna de ellas.

Nora seguía sus pasos de un lado a otro, preocupada e impaciente por saber que estaba pasando. Gabriel lo intentó de nuevo, esta vez con Alex, pero sucedió lo mismo, no descolgó el teléfono.

—Gabriel, mírame —exigió Nora colocándose frente a él—¿Qué pasa? —preguntó con las manos en la mejilla de su pareja.

—Tu hermana llamó un poco alterada... y mi hermano no me coge el teléfono... tal vez discutieron o... no sé, Nora, pero necesito localizarlos —explicó Gabriel con desesperación.

—Amor, estamos en Tailandia desde aquí no podemos hacer mucho... llamaré a mi hermano, Oliver puede buscarlos y así no asustamos a nuestros padres —comentó Nora tratando de calmarlo. Gabriel la miró confuso, llevaba años guardando el secreto de su hermano, ni si quiera se lo había contado a ella.

—Vale, pero si no los encuentran, cogemos un avión y volvemos a casa —pidió Gabriel a lo que Nora asintió dejando un beso en sus labios y cogiendo el móvil de él para llamar a Oliver o Aira.

Unos días antes

Las personas somos parte del tiempo, el resultado de lo que vivimos y decidimos. Nos quedamos en un pasado al que nos aferramos, tal vez tratando de encontrar el error, el porqué pasó todo, por qué estás dónde estás. Un presente que parece que no avanza y aleja de nosotros la visión de futuro que nos viene. A veces, olvidamos que el tiempo no se detiene, que sigue corriendo al mismo ritmo.

Habían transcurrido seis años desde que Rebeca abandonó Luz de mar. Seis años desde que decidió viajar con su hermana a la otra punta del país para alejarse de todos los recuerdos que arrastraba. Nora, su hermana, decidió estudiar Educación Infantil en California, se fue con ella sin mirar atrás. Después de terminar la secundaria en otra ciudad, se atrevió a apuntarse a una academia de baile; no se veía preparada para empezar ninguna carrera, pero sí quería formarse en aquello que siempre fue su ilusión. También optó por estudiar algunos cursos de psicología, no para trabajar de ello, sino para encontrarse a ella misma de nuevo. No volvió a ser la de antes, pero dejó a la Rebeca con miedos y temores atrás para dar paso a otra nueva.

Gabriel, por su parte, se quedó en la universidad cerca de casa, comenzando la carrera de Medicina como su padre; desde pequeño había sido uno de sus sueños. La idea de quedarse en el pueblo era para ayuda con la crianza de Noah y eso era posible teniendo a sus padres cerca mientras él estaba en clases. La distancia entre Gabriel y Nora no fue un problema en su relación, ya que ambos hacían constantes viajes para visitarse el uno al otro y eso hizo que su relación se afianzara.

Oliver se fue a Florida; su objetivo fue estudiar Derecho Penal, entre otras muchas cosas porque no quería que nadie sufriera las injusticias que tuvo que pasar Rebeca. Cuando Aira terminó la secundaria al año siguiente se fue a vivir con él y empezó Periodismo.

Alex viajó con ella. Después de un año encerrado en casa, sin apenas salir con amigos y tratando de evitar las reuniones en grupo, quiso irse con ella a Florida. Oliver no se opuso a ello, entendió que no podía meterse en la relación de otros si él no deseaba que nadie se metiera en la suya. Por su parte, Alex empezó la carrera Derecho Familiar y trató de empezar una nueva vida, lejos de la horrible sensación que le dejó el último curso de instituto.

Para Rebeca no entraba en sus planes volver al pueblo. Pero hacía un año que Nora volvió al terminar sus estudios para empezar una vida feliz con Gabriel. Una vida que, después de un tiempo, concluyó en boda. Una boda a la que ella, claramente, estaba invitada y a la que no podía decir que no.

—Sin duda... estoy en casa —murmuró Rebeca para sí misma al bajarse del avión y ver ante ella la gran vegetación que siempre había envuelto los alrededores de su pueblo, incluso el aeropuerto en el que se encontraba la ciudad.

Llevaba meses tratando de hacerse a la idea de lo que implicaba ese viaje y todavía, cuando subía las escaleras del avión, se arrepentía; ahora que estaba allí, continuaba teniendo la misma sensación.

Esa inquietud de que estaba cometiendo un error al volver, disminuyó cuando no pudo evitar

emocionarse al pasar las puertas mecánicas y vio a sus hermanos y su padre esperándola. Oliver también había vuelto al pueblo hace unos seis meses. Su padre seguía viviendo en Luz de mar y había encontrado el amor. Era feliz y podía apreciarlo cada vez que él había ido a visitarla a California.

Rebeca salió corriendo, arrastrando la maleta hasta llegar a ellos.

El primero en envolverla en sus brazos fue su padre, también era el que llevaba más tiempo sin verla. Rebeca escondió su cara en el cuello de su padre para poder olerlo, para recordar y sentirse en casa y en familia. Como siempre, desprendía un olor a madera.

—Mi pequeña —murmuró Albert al oído de su hija.

Cuando se separaron, Albert se retiró las lágrimas que se le habían escapado y vio cómo Oliver acogía a su hermana. Durante esos seis años, los hermanos no se habían visto tanto como les hubiera gustado, no solo porque ella no fuera a las reuniones familiares que se organizaban en Luz de mar, sino también porque no quiso visitar a Oliver en Florida cuando supo que Alex se había ido a vivir con él, por lo que solo se veían cuando Oliver la visitaba en California.

—Te he echado de menos —susurró Oliver. Nora se unió a ellos al ver que tardaban en soltarse.

—La que se casa soy yo —se quejó Nora llamando la atención de ambos.

—Nos vimos hace una semana en la despedida de soltera, eres una celosa —replicó Beca extendiendo los brazos alrededor de ella con una gran sonrisa —. ¿Y Anna? —preguntó al ver que la novia de su padre no se encontraba con ellos.

—Pensó que te sentirías mejor si solo venimos nosotros — comentó Albert encogiéndose de hombros y acercándose a coger la maleta de su hija para ir hasta el coche—. Realmente... todos los pensamos —dijo Oliver mirando a su padre.

—Es una tontería, Anna es de la familia, podría haber venido perfectamente, tengo ganas de verla —expuso Rebeca sin alejarse de su Nora, que continuaba con el brazo extendido por su espalda.

Albert y Anna llevaban juntos cerca de cinco años y en unas vacaciones a Las Vegas, hace tres años, decidieron casarse.

—¿Y Gabriel y Aira? —preguntó ojeando a ambos hermanos.

—Aira se volvió loca con el ensayo, quiere que todo sea perfecto y tiene a Gabriel desesperado —comentó Oliver con una sonrisa, tratando de ocultar a su hermana que Alex había llegado antes de su viaje —. Bueno... a Nora también la trae loca —dijo, haciendo que ambas se rieran.

Rebeca estuvo con Gabriel cada vez que él visitaba a Nora en California. Nunca tuvieron un problema entre ellos, así como tampoco con el pequeño, al que adoraba; en muchas de las ocasiones actuó como niñera para que ellos pudieran estar solos. En el caso de Aira, como le sucedió con Oliver, fueron menos las oportunidades para verla. Aunque siempre que su hermano viajaba a verla, ella venía con él. Pese a todo, la distancia no resultó un inconveniente en su amistad ya que con el móvil hablaban casi todos los días.



—¡Aira, me estás poniendo muy nervioso! —gritó Gabriel entrando en la cocina en casa de sus padres, mientras su hermana continuaba con voz alzada reclamándole.

—Hoy es el ensayo, tienes que hacerme caso.

—No voy a ir al ensayo vestido en traje, voy a ir con mis vaqueros y una camisa... Fin —

aseguró frustrado, sentándose en la mesa.

—Paciencia, niños... parece que volvemos a ser adolescentes —comentó Alexander riendo al ver a sus hijos peleando.

Para ambos padres había sido un soplo de aire fresco que todos sus hijos volvieran a casa, que pese a las pegas que todos pusieron al principio, ese pueblo se convirtiera en su hogar y que, tras acabar sus estudios, Aira al menos, decidieran regresar. Alex todavía continuaba en Derecho, pero después de pensarlo optó por concluir la carrera cerca de casa y así poder estar de nuevo con la familia.

—Mamá... Gabriel no me entiende —dijo Aira suspirando y mirando su madre con ojitos de pena.

—Cariño, tu hermano tiene razón, es un ensayo informal. ¿De verdad crees que Nora vendrá con el vestido que le diste? —preguntó Elena observando a su hija con una sonrisa.

—No... no vendrá con él porque ha ido al aeropuerto a buscar a Bec...—La voz de Aira perdió fuerza al ver el rostro de su mellizo y supo que se excedió al hablar.

—¿Estará en el ensayo? —cuestionó Alex, deslizándose sus ojos por cada miembro de su familia.

Gabriel no fue el único que en ese momento dedicó una mirada de reproche a su hermana por no mantener la boca cerrada, pero la entrada de Noah en la cocina pareció sonar como una campana en un ring.

—Papá, estoy aburrido, ¿cuándo llega Nora?

Noah era quien más había cambiado y al que más se le notaba, el pequeño de casi tres años que llegó a la casa se transformó en un niño a punto de cumplir los nueve. Gabriel continuaba hablándole de Ava y David y tenía una foto en la que salían los tres en el mueble de su habitación.

Gabriel se fijó en el reloj, calculando la hora a la que llegaba en avión de su cuñada y lo que podrían tardar de camino a casa.

—Pronto, campeón, vamos que yo juego contigo —. En ese momento, su hijo era la perfecta excusa para huir de la cocina antes de que Alex continuara preguntando. Observó la incredulidad en los ojos de este al verle salir sin darle ningún tipo de explicación.

—¡No huyas, Gabriel! —gritó Aira, dejándose caer en una silla junto a su mellizo.

—Cálmate, respira, todo está bien y todo va a salir bien, tu hermano ya está nervioso por todo, no le pongas más tú —comentó

Elena, levantándose de su silla para hacerle un masaje a su hija y así calmarla. Desde que Nora y Gabriel le habían pedido que le ayudaran con los preparativos, iba de un lado a otro para que todo quedara perfecto.

—¿Por qué no me habías dicho que venía hoy? —preguntó Alex, fijándose atentamente en su hermana y más tarde en sus padres, no le había pasado por alto cómo todos trataban de evitar el tema.

—No estábamos seguros de si llegaba hoy o el día de la boda, tenía una presentación importante —le explicó Elena con voz tranquila.

—Y tanto costaba decir: Alex, hijo, hermano, Rebeca viene hoy, ¿estás preparado? —expuso él mirando a su familia.

—¿No lo estás?

Alex no contestó a su hermana. Dejó escapar un suspiro de frustración y se levantó.

—Me voy a correr —. Fueron las únicas palabras que pronunció Alex antes de salir de la cocina para ir a su habitación, se cambió rápidamente y se marchó.

—¿Ella sabe que él está aquí? —quiso saber Alexander. Aira suspiro—. No, no le habéis dicho nada tampoco... —se contestó a sí mismo al ver la cara de su hija.

—No se ven desde hace seis años, ¿de verdad crees que no avisar a ninguno es la mejor opción? —preguntó Elena.

—No fue solo mi decisión. Gabriel y Nora pensaron que sería mejor así, Oliver y yo solo les apoyamos —explicó—. Rebeca no habría venido antes si hubiera sabido que Alex ya estaba aquí. Nora quiere a su hermana cerca estos días antes de la boda y es algo que tanto Gabriel como yo podemos entender.

La conversación se vio interrumpida por el timbre de la casa. Los tres bajaron pensando que se trataría de Albert y sus hijos, pero sonrieron igual de felices cuando vieron en la puerta a John, Carmen y sus hijas junto a sus parejas.

Lucy fue la primera en entrar y abrazó con fuerza a sus tíos, más tarde a Aira, que la había visto una semana atrás en California en la despedida de soltera. Iris saludó de la misma forma, emocionada por lo que conllevaba esa reunión.

Por fin juntos de nuevo.

Antes de entrar todos a la casa, vieron a Anna bajando del coche, sola.

—¿Rebeca no ha venido? —preguntó Aira alarmada.

—¿Qué? —respondió confundida por la pregunta y, después, sonrió para tranquilizar a todos al darse cuenta de la confusión —¡Ah! Sí, ya ha llegado, pero yo no fui al aeropuerto, pensé que era mejor que la recogieran ellos tres —contestó encogiéndose de hombros y saludando a todos los presentes.

Una vez estuvieron dentro, Robert, el novio de Lucy, salió al jardín a buscar a Gabriel y Noah para jugar con ellos.

—¿Y Alex? —Se mostró dudosa Carmen, ella misma había estado con su sobrino cenando el día anterior y le pareció extraño que no se encontrara allí en ese momento.

—Ha salido a correr.

Esas palabras de Elena fueron mucho más que una respuesta para Carmen. En el último curso de secundaria su sobrino se había encerrado en sí mismo, no había querido hablar con nadie de su ruptura con Rebeca, pero tanto Elena como Carmen se dieron cuenta de que cada vez que el nombre de Rebeca estaba presente, él salía a correr, una necesidad de liberación y soledad. Había intentado que se abriera, que les contara qué le pasaba, pero él se negó y cuando se graduó, se fue a vivir con su hermana y Oliver.

—Sí... porque a alguien se le escapó que Rebeca llegaba hoy— comentó Alexander con una pequeña sonrisa y todos los presentes dirigieron su mirada a Aira, que levantaba la mano culpable y con resignación.

El timbre sonó de nuevo y el silencio se hizo en el comedor.

Alexander se levantó para abrir la puerta, pero Gabriel se adelantó y abrió.

—¡Tía Beca! —se escuchó el grito de Noah corriendo por las escaleras. Rebeca se agachó para recibirlo en sus brazos, lo echaba mucho de menos desde que su hermana había vuelto al pueblo, lo veía menos que antes.

—Cada vez que te veo estás más grande —le dijo despeinando ese pelo castaño tan parecido al de Gabriel. Aprovechando la distracción de Rebeca, Oliver, Aira y Albert miraron a Gabriel preguntando con la mirada por Alex, este negó indicándoles que su hermano no se encontraba en casa en ese momento.

Rebeca se separó del niño y se acercó a su cuñado con una leve sonrisa.

—Me alegra que pudieras llegar para el ensayo y así pasar unos días en casa —comentó

Gabriel cuando se separaron de su abrazo y, estiró su mano en busca de Nora para que se acercara a él.

Oliver casi tuvo que empujar a su hermana para que se decidiera a traspasar el umbral de la puerta.

En ese momento, Rebeca volvió a sentir el peso que había dejado tantos años atrás tras su espalda. En esa casa había vivido muchos momentos importantes para ella, muchos cambios que fueron para mejor en su vida, pero también estaba llena de recuerdos, recuerdos que ahora le provocaban tristeza y enfado. Sentimientos que ella misma se negaba a admitir porque, al hacerlo, todo volvía a doler de nuevo.

Ya dentro, Rebeca sonrió al ver que Alex no se encontraba allí, que todavía tenía unos días para estar tranquila con la familia. Ella misma había mirado los vuelos desde Florida para asegurarse cuando llegaba; si no se encontraba allí, significaba que tenía dos días más.

—Cariño —saludó Carmen abrazando con fuerza a Beca y ella se dejó envolver por su madrina con mucha ilusión. Tras ella, la siguieron todos los demás. Alexander y Elena fueron los últimos en saludarla y lo hicieron emocionados, porque hacía mucho tiempo que no tenían la oportunidad de estar con ella. La conversación que siguió ese momento tuvo a Rebeca como protagonista, todos querían

saber cómo le había ido la audición que había hecho esa mañana. Ella estaba contenta, al día siguiente le daban los resultados y esperaba que le aceptasen en el musical.

—Tía Beca, ¿sabes? Tía Aira dice que a la boda de papá tengo que ir con un traje que parezca un pingüino —dijo el pequeño escandalizado, se acercó a Rebeca y se sentó junto a ella.

—¡No!

—¡Sí!

—Eso es genial, me tienes que enseñar el traje, seguro que estás guapísimo —Noah frunció el ceño al ver la respuesta de su tía y alzo una ceja confuso.

—¿Tú también estás medio loca como ella? —preguntó el niño asustado.

—Te sorprendería saber que tu tía Aira y yo compartimos amor por la ropa. Y, cariño, no es locura, es pasión, como la tuya por los libros o los videojuegos.

Aira se levantó de la rodilla de su novio y abrazó con fuerza a su cuñada, haciendo que ella se cayera para atrás en el sofá.

—¡Gracias! Eres la primera en admitir que no estoy loca, te quiero —dijo Aira con emoción.

—Cuñada, tienes que imponerte, grita y enfádate, defiende tu amor —contestó Rebeca, riendo al ver la cara de susto de muchos de los presentes—. Voy al baño un momento —informó poniéndose en pie. Antes de llegar, se fijó en una foto de Alex el día de la graduación, estaba muy guapo, pero sus ojos no brillaban como ella recordaba.

Rebeca empezó a negar y dejó la foto atrás, entrando en el baño. Se puso un poco agua por la nuca para calmar la ansiedad y lo tensa que se encontraba por los recuerdos. Se miró a sí misma en el espejo y suspiró varias veces antes de salir. Llevaba cinco años controlando los ataques de ansiedad y quería continuar su vida sin ellos.

De camino de vuelta al salón, la puerta de la calle se abrió y, en ese momento, sintió que su corazón dejaba de latir. Su espalda se tensó más de lo normal y apareció un nudo en la garganta.

3

Alex corrió durante un largo rato hasta que su cuerpo le dijo basta, entonces paró y empezó hacer ejercicios de estiramiento para luego volver a casa en un *sprint*.

Durante toda la carrera, en sus pensamientos solo estaba Rebeca y en el hecho de que nadie, ni siquiera sus hermanos, le informaron de que llegaría hoy. Llevaba tanto tiempo sin verla y todavía le generaba una explosión de sentimiento solo con nombrarla, que pensó que tendría algunos días más para hacerse a la idea de su presencia hasta que ella estuviera allí.

Cuando llegó a casa y entró por la puerta iba todo sudado y no se sacó los auriculares. Alex levantó la vista y los ojos de ambos se encontraron en ese momento.

En ese instante, Alex tuvo la sensación de que su corazón iba a salirse del pecho, tenía a Rebeca frente a él; una Rebeca muy diferente a la que él recordaba. Su cabello continuaba siendo rubio y largo, sus ojos azules dejaban que él se perdiera de nuevo en ellos, su cuerpo era esbelto y se notaba que ahora hacía ejercicio más a menudo. Alex recordó la última vez que la vio, en esa camilla, después de tomarse casi un bote de pastillas.

Ella deseaba esconderse, huir del mundo desde que él había traspasado la puerta. Alex seguían teniendo la misma melena desordenada de siempre, pelo castaño oscuro estaba mucho más fuerte que hace seis años y lucía una pequeña barba que le hacía parecer más varonil. Miró sus ojos, esos que tantas veces le salvaron y ahora, al hacerlo, solo veía dolor. Sentía que el nudo en la garganta se hacía más fuerte. Se recordó a sí misma que debía seguir respirando. Sus manos temblaban, por lo que trató de apoyarse en un mueble al ver que sus piernas estaban igual.

Ninguno de los dos habló.

Por la puerta del salón asomaron las cabezas Nora y Aira, y se giraron a sus respectivos hermanos y después hacia sus cuñados, esperando una reacción por parte de alguno de ellos.

—¿Beca? —habló Nora, acercándose a su hermana. Cogió una de sus manos y sintió el temblor de esta, por lo que se colocó frente a ella para que la viera a ella y no a lo que tenía detrás. Rebeca pestañeó en un par de ocasiones, pero fue incapaz de conseguir que alguna palabra saliera de sus labios.

—¿Alex? —llamó Aira a su mellizo, él le se centró en ella después de unos segundos, negó con la cabeza.

—Voy a ducharme y cambiarme —le dijo a la morena y sin más, subió las escaleras corriendo. Aira observó el lugar por donde había desaparecido su hermano, recordando un día que le sería difícil olvidar.

La cena había estado perfecta, todo fue de maravilla y estaba feliz porque el aniversario transcurrió ido como ella planeo. De camino a casa no podía apartar la mirada del perfil de su novio: la nariz respingona y los labios gruesos, los ojos azules que parecían el cielo despejado de verano y las largas pestañas a juego con su cabello rubio.

—¿Qué? ¿Qué tengo en la cara?

—Nada, solo me gusta mirarte —se rio, estirándose para dejar un beso en su mejilla. Él sonrió ampliamente y, a penas tuvo oportunidad, le devolvió el gesto.

En todo el camino no dejaban de abrazarse y besarse cada tanto, haciendo que las pasiones fueran en aumento. Al llegar hasta su puerta, a tientas, Oliver cogió las llaves de su bolsillo y,

de la misma forma, buscó el cerrojo para poder abrir. Le costó un poco, pero lo logró haciendo que con el peso de los dos esta se fuera de lleno hasta la pared contigua. La risa de ambos, amortiguados por la cercanía de sus besos, se escuchó por todo el pasillo.

—Shh, los vecinos y Alex deben estar durmiendo. —Trató de silenciarla, sin dejar de besarla.

—Solo ha sido un pequeño ruido, no como los que haremos en unos minutos. —Elevó sus cejas de forma coqueta y, bajando uno de los tirantes de su blusa, mostró su hombro y siguió con el jugueteo. Oliver mordió dulcemente el lóbulo de la oreja y cuello y dejó un casto beso en su clavícula, adentrándolos a los dos en el piso que compartían, cerrando la puerta tras de sí con un pie y aferrándose con fuerza a su cintura sin separarse de sus cálidos labios.

Se guiaron mutuamente hasta la que era su habitación y cerraron. La dejó con dulzura sobre el edredón y se separó para quitarse la camisa y desabrocharse el pantalón, el que se arrancó de un tirón y pateó hasta la otra esquina del dormitorio. Ella, por su parte, hizo lo mismo y acabó con la ropa que vestía. Ambos reían como dos adolescentes y no dejaron de tocarse y besarse sin control. Él la abrazaba, la besaba y rozaba como solo él podía, le gustaba, se conocían tan bien que eran conocedores de donde estaban sus puntos débiles y eso la enamoraba aún más, sabía exactamente cómo hacerle llegar al límite. Un gemido salió de entre sus labios cuando él tocó su intimidad con sus dedos, haciéndola llegar a un punto alto en su excitación. Eso a él lo llenó, sintiéndose pleno al hacer que su novia disfrutara de cada movimiento que él ejecutaba. Pero todo se vio interrumpido cuando un sonido proveniente del pasillo alertó a la castaña. Su atención se volcó en eso y los besos de Oliver no lograron que se concentrara de nuevo en lo que se encontraban haciendo.

—Ol... Oliver —lo llamó entre gemidos. Él estaba atento en lo que hacía, pero aun así le dio a entender que la escuchaba —. ¿Has escuchado?

—¿El qué?

—Ese ruido...

Se quedaron quietos por un segundo, ambos en silencio, pero sin separarse, y un nuevo ruido se escuchó, esta vez desde el baño. No era un ruido común y corriente, era como si alguien buscará desesperado algo y estuviera tirando todo al suelo. Oliver se separó de ella y cogió su ropa interior. Se la colocó y se acercó hasta el bate de béisbol que tenía a un lado de la cómoda.

—Oliver...

Él, con un gesto de su índice sobre sus labios, le pidió que guardara silencio y con cuidado, entreabrió la puerta. Ella se cubrió con las sabanas y se estiró para coger una de las camisetas de Oliver en el armario para seguirle. Abrió un poco más para tratar de ver desde el espejo del baño a la persona que se encontraba allí, pero antes de avanzar pudo ver que el dormitorio de su cuñado se encontraba abierto y salió acercándose algo preocupado. Aira le siguió sin separarse de él y los dos se sorprendieron cuando vieron a Alex buscando con angustia y lanzando las cosas por todos lados.

—Alex, ¿qué pasa? —preguntó Oliver confuso.

El moreno se giró y miró a ambos. Sus manos temblaban de una manera incontrolable y respiraba de forma seguida e incompleta.

—No las encuentro.

Aira y Oliver fruncieron el ceño, pero los dos pudieron darse cuenta de qué le estaba pasando. Oliver, por todas las veces que había visto a su hermana y Aira, porque recordó el año que su hermano tuvo algunas crisis.

—Alex, escucha, vamos a sentarnos —le dijo Oliver guiando a su amigo hasta la taza del váter y lo colocó en el borde de la ducha. Aira se arrodilló junto a él para quedar de frente.

—No... yo... las necesito —dijo tratando de incorporarse para seguir revisando los medicamentos que le habían recetado, pero cayó hacia atrás al no responderles las piernas, se llevó la mano al pecho tratando de que el aire le entrara.

—¿Qué tomas? —interrogó Oliver, levantándose para localizarlo él. Alex intentó que sus palabras salieran, pero no lo consiguió, Aira le miraba con preocupación—. ¿Diazepam? —insistió y el moreno trató de asentir. Oliver las cogió al encontrarlas y salió corriendo para coger un vaso de agua y volviendo para tenderle el medicamento.

Aira pasó toda la noche junto a su hermano, esperando a que se quedara dormido y cuando volvió a su dormitorio junto a Oliver, apenas pudo pegar ojo dando vueltas a ese momento. Nunca le preguntó por qué había pasado, pensó que se trataba del estrés de empezar la carrera.

Aira trató de volver al presente, olvidar esa noche y algunas otras como esa, así que miró hacia sus cuñadas, pero era consciente de que en ese momento ese no era su lugar, así que entró de nuevo en la sala donde todos estaban en silencio para escuchar.

—¿Beca? —volvió a preguntar Nora. Las manos de la castaña estaban en ambas mejillas de su hermana para hacer que la mirara, aunque tenía serias dudas de que realmente la estuviera viendo —, calma —pronunció la palabra con tranquilidad, al notar que la respiración empezaba hacerse algo superficial y que los temblores iban en aumento.

En el comedor, algunos se pusieron en pie para acercarse, pero Gabriel les hizo esperar, Rebeca y Nora habían convivido solas durante cinco años y podían manejar la situación ellas mismas.

—Sabías que estaría aquí —le recordó Nora en tono suave.

—Yo... no pued... —comenzó Rebeca, luego salió corriendo al baño y se agachó al váter para vomitar. Nora, tras ella cerró la puerta.

La familia no pudo evitar salir al pasillo para ver cómo se encontraba la rubia, de nuevo Gabriel se puso en frente.

—No, dejad que Nora esté con ella, han vivido solas muchos años, pueden manejarlo sin nosotros. —Todos parecieron aceptar lo que Gabriel les dijo, aunque no se movieron donde se podía escuchar la conversación del baño.

—Estoy bien, Nora.

—Lo sabías —le recordó Nora de nuevo al verla más recompuesta.

—Sí, pero no esperaba que fuera así... supongo que son tonterías, estoy en su casa, ¿cómo no iba a estar aquí? —dijo Rebeca haciendo una gran respiración para terminar de calmarse.

—Siento no haberte avisado, pensé que no vendrías antes, que llegarías para la boda y me hacía ilusión que estuvieras conmigo estos días —confesó Nora, observando a su hermana.

—No, si me hubieras avisado de que él ya estaba aquí, no estaría ahora contigo, pero ya no podemos hacer nada y, en verdad, te entiendo... vamos a hacer ese ensayo y a pasar tus últimos días como soltera juntas... además, seguro que Aira está histérica —comentó Rebeca para dejarla más tranquila.

Aira desde fuera de donde ellas se encontraban suspiró aliviada por que todo estuviera en calma y se acercó picando un par de veces.

—Pueden la novia y su hermana salir para que podamos empezar el ensayo, vamos muy retrasados —comentó tratando de normalizar la situación.

Ellas abrieron el baño y las dos salieron, viendo a todo el mundo. Tanto Rebeca como Nora mostraron una sonrisa para asegurar que todo estaba bien. Nora se dejó envolver por los brazos de su prometido y Beca fue hacia Lucy, que la abrazó con una sonrisa triste.

—Campanilla, ya estoy cambiado... ¿Vamos a tardar mucho en empezar? —preguntó Alex

bajando las escaleras y encontrándose con todos amontonados en el recibidor.

—Empezamos ya.

∞∞∞∞

Aunque todo había ido bien durante el ensayo, la tensión estaba en el ambiente, en los gestos e incluso en las miradas de los presentes. Al terminar, fueron entrando en la casa, aprovechando que estaban todos iban a hacer una cena.

—Rebeca... —la llamó Alex, cogiéndola del brazo para evitar que continuara andando. Ella se giró de inmediato, observando la mano de él como si el contacto de piel con piel le quemara, lentamente, levantó la vista hacia él y este la soltó como si hubiera sentido un calambre—. ¿Ni siquiera me vas a decir hola? —preguntó y a la milésima de segundo se arrepintió.

Aira y Lucy se giraron al ver que ambos paraban, pero entraron.

—Hola —respondió fríamente sin apartar sus ojos de los de él

—Y no vuelvas a tocarme —sin más que añadir, reanudo el paso.

—¿En serio? ¿Todavía? —cuestionó él exasperado.

—Eres un hipócrita —escupió las palabras con rabia, esas que había contenido durante tanto tiempo.

—¿Yo? Lo dice la que no me quiso escuchar, la que huyó sin ni siquiera darme la oportunidad de explicarme —dijo Alex alzando la voz nervioso.

—¿Qué me ibas a explicar? ¿Cómo saliste de fiesta, te emborrachaste, te acostaste con otra y no lo recuerdas? —le reprochó Rebeca gesticulando de forma exagerada por lo alterada que se encontraba en ese momento.

—Si tú hubieras venido esa noc...—comenzó Alex, Rebeca resopló molesta y sin dejarle terminar.

—¿Me estás culpando a mí? —preguntó sorprendida con una sonrisa completamente falsa producto de la incredulidad.

—No... claro que no, yo no he dicho eso... Rebeca, la cagué, mucho...

—Sí, lo hiciste —aseguró y comenzó a caminar de nuevo.

—Escúchame, te llamé, joder, Rebeca, te llamé muchas veces y nunca contestaste a ninguna llamada, tampoco los mensajes —intentó seguir Alex.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Rebeca mirándole con una sonrisa sarcástica —. Me humillaron frente a todo el instituto, todos se estuvieron riendo de mí y yo, como una tonta, te defendí... —gritó.

—Me querías... —dijo Alex intentando coger de nuevo su mano.

—Estaba ciega... pero ya no soy esa tonta...

—¡Tú te acostaste con mi hermano y yo no te dije nada!

En el mismo instante que las palabras salieron por la boca de Alex, él ya se había arrepentido, pero no pudo cambiarlas. Rebeca paró sus pasos y se giró y lo miró de tal manera que lo dejó petrificado en el lugar.

—¿De verdad me vas a echar eso en cara? —le dijo Rebeca—. Ni siquiera éramos amigos —rebatió ella—, y sabes que no tuvo importancia —le gritó molesta.

En la cocina estaban los chicos esperando, la puerta estaba abierta y como Alex y Rebeca hablaban alzando la voz, se escuchaba perfectamente la conversación.

Oliver se giró sorprendido, observó a su cuñado que estaba junto a la nevera y había cerrado los ojos al escuchar los reclamos de su hermano.

—¿Te has acostado con Rebeca? —preguntó Oliver sorprendido por la nueva información. Gabriel suspiró al darse cuenta de que no podía ocultar la verdad.

—De eso hace mucho y el delito ha prescrito —intentó darle algo de humor al ver la molestia en las facciones de Oliver.

—¿Soy el único pringado que no lo sabe? —cuestionó dirigiendo la vista por todos los presentes en la cocina, ahora en una situación un poco incómoda.

—No, yo no lo sabía —contestó Kate. Iris, Lydia y Robert indicaron lo mismo.

—¿Vosotras lo sabíais? —analizó a Nora y Aira con atención y ambas bajaron la cabeza, soltando una fuerte respiración.

—Yo me enteré por error —aseguró Aira sorprendida de que Nora lo supiera.

—A mí me lo dijo Gabriel —contestó la futura novia encogiéndose de hombros.

En ese momento, todos volvieron a quedarse en silencio al escuchar que Rebeca entraba por la puerta de la cocina que daba al jardín. Venía con los brazos cruzados sobre su cuerpo y con el ceño fruncido, por lo que todos supieron que continuaba molesta.

—Me voy —informó sin más. Se negaba a continuar bajo ese mismo techo y tener que aguantar más la presencia de Alex cerca de ella. Además, ya habían terminado el ensayo, por lo que podía marcharse tranquilamente y cenar algo en casa de su padre.

—Rebeca... —Nora dio un paso para acercarse.

—Estoy bien, no voy a repetirlo mucho, así que ya os lo dejo claro a todos, pero no me voy a quedar más tiempo del necesario, así que me voy —explicó en general, pero mirando a Nora.

Sin despedirse de nadie, comenzó a bajar las escaleras para llegar al salón y coger sus cosas. Con cada peldaño hacia la salida trataba de pensar qué le iba a decir al resto, pero no tenía necesidad de mentir, simplemente se marchaba.

—Rebeca, espera —escuchó la voz de Gabriel antes de llegar abajo y esperó en el sitio hasta que él llegó junto a ella—. Ve a nuestra casa —ofreció sacando las llaves del bolsillo.

—¿Por qué?

—Tu hermana se casa en tres días, te necesita cerca. Pasa unos días con ella, luego te marcharas de nuevo y no nos veremos hasta que nosotros tengamos un hueco... —le explicó con sinceridad—. Noah y yo mañana nos venimos a pasar el día con mis hermanos y mis padres, dormiremos aquí. Quédate con ella hoy y mañana, pasas el día con Nora y Oliver, ellos lo necesitan y sé que tú también —continuó.

—Gabriel...

—Prometo no hacerte ninguna encerrona, no pasará nada que tú no quieras que pase —le aseguró sabiendo que eso era lo que le impedía ir.

—¿Me lo prometes? —intentó asegurarse. Gabriel asintió dejando las llaves en sus manos. Le dio indicaciones para llegar, no era difícil, ya que estaba en la calle paralela a la de Albert.

Rebeca bajó a la sala y se disculpó con todos informándoles de que se marchaba. Vio la cara de pena que mostraron algunos, por lo que se justificó diciendo que algo le había sentado mal en el avión. Le dijo a su padre que dormiría con Nora y que no se preocupara, que cogería un taxi para llegar allí, así al menos podía tomar aire fresco.

Gabriel, por su parte, volvió a la cocina; todos continuaban allí, desde la ventana podía ver que Alex continuaba fuera.

—¿Y si salgo? —se mostró confusa Aira y miró a Gabriel preocupada. Alex se había sentado junto a un árbol y aunque parecía tranquilo, tenía escondida la cabeza entre las piernas.

—No le agobies... —le pidió Gabriel a su hermana.

—¿Qué le has dicho a Rebeca? —preguntó Nora.

—Se quedará con nosotros a dormir esta noche y mañana pasáis el día los tres juntos —informó Gabriel dando un beso a su novia, que le susurró un gracias.

—¿Me vas a explicar cuándo te acostaste con mi hermana pequeña? —preguntó, enfatizando lo de hermana pequeña, con los brazos cruzados mirando con atención a Gabriel.

—¡Genial! ¿Nos habéis escuchado? —preguntó Alex entrando. Todos se giraron de nuevo.

—No era difícil si gritáis de esa manera —le recordó Lucy para quitar hierro al asunto.

Alex decidió no contestar a su prima y observó a sus cuñados. Tenía buena relación con ambos, sobre todo con Oliver, que lo acogió en su casa cuando empezó la carrera y esos años los habían convertido en algo más allá de ser la pareja de su hermana, eran amigos, el único tema tabú en su relación era Rebeca. Con Nora se llevaba bien, la había visto menos, pero no tenían reproches del pasado.

—¿Estás bien? —preguntó Oliver. Alex se quedó en silencio pensando. No, no estaba bien, hacía tiempo que sentía que iba cuesta abajo y sin frenos, pero no lo diría, como tampoco lo había hecho en los últimos años.

—Sí, lo estoy



Nadie tocó durante la cena el tema de Rebeca, estuvieron riendo y cenando tranquilos hasta que decidieron que era tarde y debían irse. Cuando Nora y Gabriel llegaron a casa junto a Noah, se encontraron a Rebeca sentada en el sillón de la sala viendo la televisión y un bol de ensalada sobre sus piernas. Mostró una sonrisa al girarse después de escucharles.

Gabriel subió las escaleras para acostar a Noah y Nora entró y se sentó junto a su hermana.

—¿Qué miras? —Rebeca no contestó a Nora, le mostró en la pantalla *La casa de papel*—. Ha estado bien la cena, podrías haberte quedado.

Rebeca paró el capítulo y se giró para prestar atención a la conversación que seguramente iban a tener.

—Pensé que sí... que estaba preparada, pero no. Luz de mar me ha superado y Alex... él también lo ha hecho. —Rebeca fue completamente sincera con ella; algo positivo de los años que habían vivido solas era la importancia de no ocultar ese tipo de sentimientos.

—Siento no haberte avisado de que él ya había llegado.

—No, has hecho bien, has sido egoísta porque querías que estuviera aquí, no puedo culparte

por ello —tranquilizó Rebeca a su Nora—, solo que yo... no estaba preparada para esto —finalizó.

—Gracias por estar conmigo —Nora se lanzó sobre Beca para abrazarla con fuerza y ella apartó el bol para no manchar nada y la correspondió. Una pequeña lágrima se deslizó por su mejilla y la

apartó rápidamente, hace años que se prometió a sí misma no volver a llorar por nada de lo que pasó.

—Rebeca, duerme tú en nuestra cama con Nora, yo dormiré en el sofá del despacho —comentó Gabriel apoyado en el marco de la puerta observándolas con una sonrisa triste

—No, solo me faltaba venir aquí, ocupar vuestra casa días antes de la boda y encima no dejar que durmáis juntos... —protestó Rebeca con los ojos fijos en su cuñado.

—Mañana nos vamos temprano, así no os despertamos —contestó en completa tranquilidad.

—Por esa misma razón, es la última noche que vais a pasar juntos antes de la boda, yo duermo en el sofá... en este mismo. — Terminó dando golpes al mismo lugar donde estaba sentada.

Después de mucho discutir, finalmente ganó Gabriel. Nora y Rebeca se fueron a la habitación y él intentó acomodarse en el pequeño sofá del despacho, habitación que usaban para estudiar o trabajar.

La luz entró por los agujeros de la ventana del despacho y eso develó a Gabriel, caminó hasta el dormitorio de su hijo y lo despertó para que se fuera preparando: a Noah siempre le gustaba mucho hacerse el perezoso. Cuando estuvieron listos, escribió una nota y subió para dejarla en la mesilla de noche de Nora, que todavía dormía plácidamente junto a su hermana.

Que tengas un gran día, mi amor. Nos vemos mañana con el “sí quiero”. G.

Al llegar a la casa de sus padres, Aira y Elena ya estaban en la mesa de la cocina hablando de diferentes temas de la boda. Alexander había tenido una urgencia, por lo que tuvo que salir corriendo y tardaría dos horas en llegar. Los días siguientes se los había pedido libres para poder disfrutar de la boda de su hijo y después ayudar en casa a recogerlo todo.

—¿Nervioso? —preguntó Aira cuando lo vio entrar por la puerta sin ni siquiera saludarlo.

—No me caso hoy, todavía estoy bastante tranquilo... quién sabe mañana... —le respondió con una sonrisa en sus labios. Se acercó para darle un beso en la coronilla y luego uno en la mejilla a su madre. Se sentó junto a ellas y decidió tomarse otro café mientras el niño se había acostado en su habitación de esa casa esperando a que llegara su abuelo.

Alex entró duchado y con una camiseta de manga larga, se acercó a la cafetera para servirse un café después de saludar a su madre con un abrazo. Por muy mayores que se hicieran, había costumbres que no querían perder.

—Me encanta que estemos todos aquí de nuevo —comentó Elena pasando su mirada por todos sus hijos. Todos sonrieron con ternura y fueron hacia su madre para un abrazo colectivo.

Cuando Alexander llegó, los seis decidieron irse al bosque, hacer un picnic y jugar un rato al aire libre como hacían cuando eran pequeños. Esa fue la decisión de Gabriel para su último día de soltero, disfrutar de recuerdos de su niñez junto a su familia y su hijo.



En la pequeña casa de Nora y Gabriel, cuando ambas hermanas se despertaron, bajaron a la cocina a desayunar mientras esperaban a que Oliver llegara, que apareció junto a Iris y Lucy cinco minutos después de recibir el mensaje de Nora informándole de que ya estaban disponibles; pasarían el día los cinco juntos. Estuvieron viendo películas, contando anécdotas de su infancia y, cuando llegó la noche, decidieron ir a cenar.

—Mañana es el gran día —dijo ilusionada Iris mirando a su amiga que sonrió un poco avergonzada.

—¿Estás nerviosa? ¿Te imaginas que mi primo no aparece? —la molestó Lucy riendo.

Tras la cena, las dos hermanas se fueron y los hermanos Wilson, se fueron a la de Nora para dormir esa noche los tres juntos.



En la mansión, Alex daba vueltas en su cama. Revivir todo lo que sucedió unos años atrás, cuando todo se fue por la borda y terminó su relación con Rebeca, estaba provocando estragos en

su mente. Al principio pensó que todo estaría bien y que no se sentiría tan agobiado, pero con el pasar de los días y con todo lo de la fiesta de su hermano y su cuñada, no podía evitar sentirse abrumado. Estaba muy feliz por ellos, les deseaba lo mejor, pero todo esto estaba causando que su insomnio y pesadillas de lo ocurrido aquella noche volvieran a su mente. Giraba una y otra vez sin encontrar la postura para conciliar el sueño, haciendo que la antigua madera rechinará con cada movimiento y angustiándolo por el miedo a despertar a los demás.

Sus padres seguían durmiendo a unos pasos de él, por lo que optó por no seguir dando vueltas y se levantó para ir a la cocina y buscar algo de agua y ver si así conseguía despejarse un poco. Por el camino no encendió las luces, pero tuvo cuidado de no chocar con nada. Cuando abrió la nevera, se decantó por un vaso de leche que metió en el microondas; su madre de pequeño siempre decía que eso ayudaba a descansar mejor. Mientras esperaba, cogió de una de las sillas de la cocina una chaqueta de chándal que había colocada, metió las manos en los bolsillos y sonrió débilmente al sentir un cigarrillo. Abrió la puerta de la terraza y salió a que le diera el aire mientras se lo fumaba.

El sonido del río a la distancia, los árboles meneándose de un lado a otro producto del viento y haciendo ruido con el mover de sus hojas y algún que otro animal silvestre en la distancia le hacía sentirse un poco más a gusto. Se sentó en la mecedora del lugar y dejó que su mente se relajara poco a poco.

El tabaco entre sus dedos le daba un poco de calor y esperaba que eso lo mantuviera despierto.

—¡Quiero otra ronda para todos! —gritó, generando que todos los que lo rodeaban lo vitorearan.

—Esta noche estás desatado, Alex.

—Solo estoy muy feliz, esta noche es mía, soy el rey y nadie me dirá qué hacer —cogió el vaso de tequila y se lo bebió de un trago, sin siquiera hacer una mueca por el alcohol quemando su garganta.

La discusión con Rebeca lo había dejado deprimido y le molestaba más aún que no quisiera ir a la despedida de su compañero, que se marchaba a estudiar su último año a España. Al principio parecía que Rebeca se había molestado porque él fuera a la fiesta, pero cuando le ofreció que le acompañara, ella se había negado en rotundo. Lo entendía, ella no se sentía cómoda en esos lugares, pero podía dejar que fuera él a pasarlo bien y ellos verse al día siguiente.

—¿Y Rebeca sabe que estás aquí? —inquirió Michael, pero él negó.

—Está en casa, encerrada y amargada, ¡pero no hablemos de eso porque solo tenemos que disfrutar! —Para ese momento el alcohol ya hablaba por él más que él mismo.

La música monótona de compases electrónicos resonaba fuerte en el ambiente, las rondas no paraban en ningún momento, un hermano mayor de un compañero había comprado bebida casi para todo el instituto y sus vasos no alcanzaban a vaciarse cuando otro venía en camino y las chicas, que hasta hace un rato habían estado en otra mesa alejada a la de ellos, ahora se encontraban en la misma y no dejaban de insinuarse a ellos cada vez que podían. Una ya estaba muy apegada a Alex, pero este se encontraba tan anestesiado que poco caso le hacía.

Se levantó para ir al baño a eliminar algo de bebida de su sistema, por lo que se disculpó con los chicos. Entró en el lugar y se acercó a uno de los cubículos vacíos.

Estaba orinando, cuando la puerta se volvió a abrir y, suponiendo que se trataba de algún chico, decidió seguir a lo suyo. Pero no se esperaba las manos que se posaron en sus caderas y el cuerpo caliente de alguien pegándose a su espalda, apartada un poco por lo abultado y prominente de sus pechos.

—¿Qué demonios? —Se volvió para detenerla, cortando el chorro de orina antes de hacerlo, pero la chica fue más rápida y sus labios pronto estuvieron sobre los del chico y sus manos viajaron por su tórax hasta su cuello para evitar que se alejara. Alex intentó apartarla, pero estaba extasiado por el beso que estaba recibiendo. Sus ojos, apenas perceptivos, divisaron una cabellera rubia y su mente, divagando a lo conocido, le hizo pensar en Rebeca.

—Beca...

—Shh, no digas nada —Siguió besándolo.

Del bolsillo de su pantalón la chica sacó una bolsita transparente con unos comprimidos de distintos colores llamativos. Sacó unos cuantos y los metió en su boca, volviéndolo a besar después de esto. Alex sintió que un par entraban en la suya, pero no quiso detener el apasionado beso que Rebeca le estaba dando.

Minutos más tarde se sintió en las nubes y todo a su alrededor comenzaba a darle vueltas. Solo fue consciente de que se metían en un lugar cerrado del bar y ya después de eso no fue consciente de lo que pasaba a su alrededor.

Cuando despertó, imágenes borrosas llegaban a su mente poco a poco: una chica rubia sobre él subiendo y bajando con cada gemido, recordaba junto a esa chica rubia, otra de cabello moreno y otra más con tonos azabache, pero todo era confuso. ¿Qué demonios había pasado? ¿Dónde diablos estaba?

Abrió los ojos poco a poco y se encontró sentado en el suelo, con los pantalones y ropa interior abajo y manchados de semen y otros líquidos que no sabía si eran suyos, con rastros de distintos labiales por todo su cuerpo y arañazos y chupones en cada lugar que era visible. El problema: no recordaba haber aceptado nada de eso y su cabeza no dejaba de darle vueltas, amenazando con explotar en cualquier momento y cada centímetro de su cuerpo le dolía horrores, sus piernas ni siquiera le respondían como era debido y sentía que si se ponía de pie iba a desfallecer, su trasero palpitaba y su orificio le ardía a más no poder, cada arañazo se sentía como si hubiese sido hecho con brasas.

Buscó a tientas su teléfono en el bolsillo de su pantalón y marcó el primer número que le apareció en la pantalla: su hermano, Gabriel. Las imágenes seguían apareciendo en su mente y no podía dejar de sentirse abrumado, provocando que el aire le faltara y que las lágrimas comenzaran a acumularse en sus ojos.

—¿Alex? ¿Qué quieres? Son las cinco de la mañana —contestó la dormida voz de su hermano al otro lado.

—Gabriel... te necesito, hermano. —Su voz sonó áspera y débil, un sollozo se escapó de sus labios.

—¿Alex? ¿Estás bien? ¿Dónde estás? —inquirió con preocupación.

—Yo, no... no lo sé —soltó otro sollozo—. Te mando mi ubicación, pero no le digas ni despiertes a nadie, menos a papá y a mamá.

—Está bien, solo manda tu ubicación. Estaré ahí cuanto antes, no te muevas.

Presionó en la pantalla hasta que pudo mandar la ubicación a su hermano y luego lanzó el teléfono a un lado, tratando de levantarse para colocarse los pantalones y estar un poco más decente para cuando Gabriel llegara. Luego se sentó de costado en el retrete y esperó.

Quince minutos más tarde su hermano le llamó para preguntarle en qué lugar exacto del local se encontraba. Cuando llegó junto a él, el rostro compasivo y preocupado de Gabriel le hizo volver a la realidad... Aquella donde había sido violado y de la que esperaba que nunca nadie se enterase.

Alex abrió los ojos abruptamente y se sentó en la orilla del asiento, respirando

entrecortadamente y sudando como si hubiese estado bajo el sol a más de cuarenta grados, pero a la vez temblando de frío. Su pecho se sentía pesado, su respiración apenas lograba captar un poco de oxígeno y la tos lo atacaba a cada rato, dejándolo sin aliento. Intentó ponerse de pie, pero sus piernas le fallaron y le hicieron volver al asiento con la vista más nublada que antes.

¡Un maldito ataque de ansiedad!

Eso era lo que le estaba pasando. Había pasado por esto con anterioridad. No solo los que tuvo con quince años, ahora eran muchos más fuertes y no encontraba nada que pudiera hacer para evitarlos. En un principio lo intentó con los fármacos que le había recetado un psiquiatra al que había ido sin que sus padres o tía se enteraran y no tuviera que informarle nada a al ser menor de edad, tampoco es que fuera un gran profesional al aceptar el no contarle nada a sus padres por una cantidad de dinero que él le ofreció en su momento, pero los medicamentos que le dio, no lograron calmar sus ataques, solo el calor de los cigarrillos o alguna fuente de dolor habían sido capaces de devolverlo a la realidad.

Presionó el cigarrillo a medio fumar sobre su mano izquierda, pero no consiguió que este cumpliera su cometido. Sí, sintió el fuego quemando su piel, aun así, no logró calmar ni su cuerpo ni su mente.

—¿Alex?

Mierda, esa era la voz de su padre. Medio dormido, pero definitivamente era él. Escuchó cómo la puerta se abría y los pasos de este tras de él. Intentó decirle que estaba todo bien y que volviera adentro, pero ni un solo ruido, más que los quejidos por la búsqueda de aire, salieron de su boca.

—¿Qué haces afuera, hijo? Está helado y... ¿Alex, qué pasa? ¿Qué tienes?

Se acuclilló frente a él y puso sus manos sobre sus anchos hombros, tratando de saber qué le pasaba. Quería decírselo, pero no lograba que ninguna palabra con coherencia saliera de sus labios.

—Hey, tranquilo, todo está bien. Solo inspira lentamente, lo hacemos juntos, conmigo —le habló Alexander en cuanto se dio cuenta de qué le pasaba.

La mente de Alex se encontraba completamente bloqueada, eso trataba de hacer, respirar como su padre le pedía, pero no lograba calmarse y conseguir que el recuerdo de la maldita fiesta desapareciera de su memoria.

—Alex, estás en casa y todo está bien. —Lo abrazó con fuerza y dejó que su cabeza reposara sobre su hombro. Alex intentó separarse, pero o Alexander lo tenía cogido con fuerza o él apenas tenía fuerza en sus brazos para apartarse—. Sé que ahora mismo notas que estás peor, pero va a funcionar. Todo va a estar bien, todo va a pasar. Confía en mí.

Era como experimentar que moría, que su corazón galopaba como un caballo desbocado y que sus pulsaciones iban en aumento y cada vez aspiración se hacía más superficial... Así fue lo que pareció ser una eternidad, hasta que su ritmo cardíaco y ventilaciones fueron en descenso, su mundo dejó de dar vueltas y la angustia que antes lo embargaba ya no estaba en su pecho.

—Eso es, mucho mejor. No luches, solo piensa en relajarte. —Seguía sujetándolo, pero la presión que experimentaba ya no era la misma. Después de un tiempo así, por fin se calmó y su padre lo soltó, dejando que se recostara en la mecedora. Alexander estaba sentado en la mesa de centro y lo miraba atentamente—. ¿Mejor? —le preguntó. Alex asintió, acompañó ese movimiento de cabeza con un suspiro y presionó su mano para calmar el ardor de la quemadura. Tenía los ojos cerrados y la impresión de cómo si su cuerpo se hubiera cortado en pedazos, siempre que sucedía algo así, experimentaba esa sensación de estar rompiéndose.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Alexander, llamando la atención de Alex. Este, no lo miró, tratando de encontrar algunas palabras que le parecieran coherentes, y aunque buscó en su cabeza, con la poca estabilidad que le quedaba en ese momento no las encontró y respiró hondo —. Hijo, ¿te ha pasado más veces?

Alex se volvió a su padre para enfrentarse a él, le observó con atención, aunque su visión seguía poco nítida, pero eso no evitó que se centrara en la mirada azul que tenía delante, y que Alex había heredado.

—¿Qué ha pasado? —insistió Alexander al ver que ahora contaba con la atención requerida.

Alex sopesó sus opciones, no estaba seguro de si contarle la verdad después de tantos años era correcto; tampoco se sentía capaz de levantarse y marcharse sin dar una explicación que para su progenitor, como médico, fuera suficiente. Así que continuó con los ojos color cielo, tratando de encontrar allí una respuesta a ese momento.

—Alex...

—¿Recuerdas la despedida de Troy el penúltimo año de secundaria? —preguntó Alex de manera pausada.

—¿Tu compañero que se fue a España? —cuestionó Alexander, queriendo comprender qué había pasado. Alex asintió, dejando un nuevo suspiro de tantos que ya habían salido.

Tras esas primeras palabras, trató de explicar con calma y sinceridad hasta donde recordaba. Cómo se enfadó con Rebeca aquella tarde y decidió ir a la despedida sin ella, que bebió lo que no había bebido nunca, que no controló ni midió sus actuaciones, ni las consecuencias que estas podían tener. Alexander le escuchaba con atención, acucillado frente a él y sin apartar la vista de

sus movimientos. Sobre aquella noche solo sabía que Alex no recordaba nada y, tras ver unas fotos, Rebeca entró en crisis y fue cuando ella se marchó.

Luego le explicó las lagunas que tenía en su mente desde su llegada al baño, cómo alguien le cogió por detrás y sin darle tiempo a reaccionar, todo se volvió una nube de humo blanco que no le dejaba recordar muchas las cosas. Se calló cogiendo aire para proseguir.

Alexander no quiso interrumpirlo.

Alex siguió asegurándole que cuando se despertó no sabía dónde estaba ni cómo había llegado allí, que su mente estaba en blanco y solo era capaz de ver hematomas, arañazos... que su trasero le dolía de una manera que no podía describir en palabras y todo su cuerpo era como un peso muerto que no podía controlar.

—Llamé a Gabriel... —comentó bajando sus ojos hasta sus manos, apretó los párpados con fuerza al recordar la cara de preocupación de su hermano cuando llegó al lugar aquel día—. Necesitaba que le explicara, pero yo no era capaz de pronunciar nada y tampoco lo recordaba —le aseguró—. Sentí mucha vergüenza por todo lo que me iba viniendo en *flashes* —afirmó. De nuevo acarició la quemadura que le ardía—. Gabriel me llevó a un motel que él conocía y me dijo que me duchara allí para no llegar en esas condiciones a casa... —siguió explicándole—. Cuando fui al instituto ese lunes... todos me miraban, a la hora del almuerzo empezaron a aparecer fotos de la despedida en el proyector de la cafetería... había fotos... —terminó explicando—. Después... después de que pasara lo de Rebeca... decidí ir al médico para hacerme una analítica por si había contraído alguna enfermedad de transmisión sexual... me dijeron que estaba limpio —le aclaró sabiendo que esa era una información que a su padre le interesaba saber.

Por primera vez desde que había empezado a explicarle lo que le pasó levantó la vista para mirarle, tratando de averiguar así qué estaba pensando. Pero lo que vio solo le desconcertó más, había tristeza, dolor... Su pecho comenzó a subir y bajar de manera irregular de nuevo, abrió la boca tratando de coger aire y se apretó con fuerza la quemadura.

—Alex... escucha, estoy aquí, no me voy a ir —le aseguró cogiendo la cara de su hijo—. No me voy a ir, me tienes contigo —le prometió. En ese momento ambos se analizaban con atención. Era la segunda vez que Alex explicaba en voz alta todo lo que recordaba de aquella noche. Solo su hermano era conocedor de esos recuerdos que le había ido teniendo a lo largo de los años.

—No te voy a dejar solo —insistió Alexander sin soltar a Alex.

Alexander estaba impresionado por todo lo que su hijo menor le acababa de decir, las palabras duras que habían salido de su boca, los sentimientos que sus ojos rojos le estaban mostrando en ese momento. Se sintió mal padre no por no apoyarle en ese momento, sino por no darse cuenta que algo le pasaba después de lo extraño que se había comportado tras lo de Rebeca; se centró tanto en el rencor al pensar que, después de años demostrándoles el amor fiel y duradero, no supiera seguir ese ejemplo. Se cegó y no vio el dolor que sentía el joven y lo que pasaba.

Después de un rato, Alexander bajó sus manos para coger las de su hijo y vio una mueca en sus labios cuando apretó la izquierda. Alexander bajó la mirada con preocupación y pudo ver la quemadura que Alex tenía en la palma, era pequeña y circular, como la que deja un cigarrillo encendido, ese mismo que Alex sostenía y había dejado caer cuando escuchó las primeras palabras de su padre. Este miró hacia el suelo y allí encontró la colilla.

—¿Tú te has hecho esto? —inquirió con calma, dejando que Alex se sincerara con él. No respondió de ninguna forma, pero tampoco lo negó. Dejó escapar un suspiro y, tras ponerse de pie, le tendió una mano para ayudarle a hacer lo mismo. Alex comprendió el gesto y aceptó la

ayuda que se le daba, pues sabía que sus piernas no le acompañarían y si seguía a la intemperie, moriría de hipotermia o, como mínimo, conseguiría una neumonía. Ambos caminaron en silencio hasta la que era la habitación del más joven. Alexander lo sentó en el colchón y salió nuevamente del lugar para volver con el botiquín que guardaban en el baño principal. Se colocó en la cama y comenzó a curar con cuidado a Alex, evitando que este se alejara cuando el ardor le hacía querer huir de lo que le generaba dolor.

—Todo listo —le aseguró Alexander cuando terminó de colocar una gasa alrededor de la herida y algo para que esta quedara sujeta.

Alex se recostó y su padre lo arropó como cuando era pequeño. Recogió los restos de lo que había usado y, tras cerrar el botiquín, se dispuso a salir. Antes de que pudiera avanzar más, Alex extendió su brazo y agarró a Alexander, que se giró para ver qué sucedía. Su corazón se partió, hacía muchos años que no veía a su hijo tan indefenso, esa mirada de desolación que veía siempre que tenía una pesadilla y a media noche aparecía en su habitación porque tenía miedo de dormir solo.

—No te vayas —le rogó con voz acongojada y sintió que un nudo se formaba en su garganta. Asintió con una media sonrisa.

—Solo iré a tirar esto y guardar el bolso. Ahora vengo.

El agarre se hizo más suave y le permitió alejarse para ir al baño principal. Guardó los instrumentos que había utilizado y el resto lo tiró a la basura para luego volver. Alex ya se había acomodado de lado, cubriéndose hasta el cuello con las mantas y relajando su cansado cuerpo sobre el colchón y la cabeza en las almohadas. Sus parpados estaban cerrados, pero se notaba que aún sufría por el brillo que las lágrimas iban dejando en sus largas y oscuras pestañas, además del rastro que dejaban al caer por sus mejillas. Alexander se acercó a la cama y se puso a un lado de Alex, haciendo que el joven adulto se hiciera a un lado para permitirle acostarse.

—Hey, tranquilo —lo trató de calmar, acariciando su espalda en un intento de callar su llanto.

Les costó conciliar el sueño y se pasaron la mayor parte de la noche tratando de aliviar los males del pasado o al menos, tratando de olvidar lo que sucedió. Solo lograron quedarse dormidos cuando las primeras aves alegraban el amanecer con sus cantos, lo que alertó al Alexander que pronto saldría el sol y despertaría a todos los habitantes de la casa. Miró a su hijo, quien ahora estaba profundamente dormido y descansaba acurrucado contra su cuerpo en busca de calor y un refugio. Acarició por última vez su espalda y luego intentó dormir un poco antes que su hija lo matara y cortara en mil pedazos por las ojerazas que seguramente tendría.

Aira y Elena fueron las primeras en despertarse a la mañana siguiente; querían que el catering y la decoración estuvieran perfectas y ellas deseaban asegurarse de que todo salía como se había organizado.

Elena se levantó confusa al no encontrar a su marido por toda la casa, entró en el dormitorio que había sido de Aira y vio que tampoco se encontraba con su nieto, escuchó a Gabriel en la ducha del dormitorio y salió para comprobar si se encontraba en la de Alex. Al abrir la puerta de la habitación de su hijo menor, sonrió apoyándose unos segundos en el marco para verles, ambos dormían abrazados y Alex se apoyaba en el pecho de su padre. Sin hacer ruido salió del lugar y los dejó un poco más.

—Mamá, las chicas vendrán en dos horas, junto al peluquero, Oliver, Albert y Anna —habló Aira cortando la llamada que estaba teniendo con su novio.

—¿Cómo les ha ido la noche? —preguntó Gabriel entrando en la cocina. Aira mostró una sonrisa a su hermano indicando que todo había ido bien.

—Creo que necesitaban estar tiempo los tres juntos, pasaron por mucho durante su adolescencia y cuando las cosas se pusieron bien, Oliver apenas podía ver a sus hermanas, llevaban tiempo necesitando ese momento —divagó Aira sin quitar la sonrisa que le producía la felicidad de ese momento.

—La verdad es que sí, lo necesitaban los tres —pensó en voz alta Gabriel, mirando a su hermana cómplice y con una sonrisa.

Los dos se quedaron sentados en la mesa de la cocina, dándole al cuerpo unos minutos de relax antes de que empezara el caos, porque finalmente era el día de la boda. En ese momento, Alexander entró por la puerta y los tres le miraron con el ceño fruncido; no era normal que bajara en pijama y menos sabiendo que el jardín estaba lleno de gente desconocida preparando los últimos detalles.

—Buenos días —saludó Alexander y, sin mucho más, se sentó junto a su mujer y se dieron un beso como saludo.

—¿Qué haces sin duchar todavía? —preguntó Aira confusa y escandalizada.

—Voy a desayunar y luego me ducho. Tranquila, hija —le aseguró con esa voz tan pausada y relajante que siempre ponía en el hospital para hablar con los pacientes. Se había despertado con dolor de cabeza, estaba seguro de que por la falta de horas de sueño y todo lo que había descubierto la noche anterior.

—Esta noche me has abandonado... ¿Cómo que dormiste con Alex? —quiso saber Elena, observando a su marido. Tanto Gabriel como Aira levantaron la cabeza de sus cafés, mirando dudosos y confusos a su padre.

—Me levanté a por un vaso de agua y lo vi en la cocina... había tenido una pesadilla y me acosté con él —comentó la verdad a medias. No había cosa que odiara más que tener que mentir a su familia, pero Alex le había pedido, casi suplicado, que no contara nada y lo iba a intentar. Alexander era consciente de que lo que acababa de decir no tenía mucho sentido, su hijo tenía ya veintitrés años, era extraño que le pidiera que lo acompañara por una pesadilla, pero como en los últimos días todos estaban nostálgicos por la boda de Gabriel, pensó que podría colar.

Gabriel frunció el ceño tras las palabras de su padre, él era conocedor de mucha más

información que el resto de su familia sobre Alex, y la excusa de la pesadilla que acababa de darle su padre no le convencía del todo.

—¿Y dónde está? —preguntó Aira con duda, primero por cómo se encontraba su mellizo y después porque el tiempo se les echaba encima y el Noah todavía no estaba despierto y su hermano no aparecía.

—Estoy aquí, campanilla —dijo Alex apoyándose al marco de la cocina y tratando de mostrar una sonrisa a su hermana para tranquilizarla. Aira gritó al verle y todos la miraron confusos.

—¿Me puedes explicar qué es lo que no entendiste anoche cuando dije que teníamos que descansar para no tener ojeras hoy? —Aira se puso en pie acercándose a su hermano y acariciando las pronunciadas marcas que lucía en ese momento, sus parpados también estaban algo hinchados y eso fue una alarma silenciosa en el cuerpo de Aira—. ¿Y qué te ha pasado en esa mano? —exclamó al ver la venda.

—Lo siento... no he dormido bien... —murmuró con un suspiro—. Y lo de la mano un golpe tonto —le quitó importancia. Aira resopló tirando de su hermano hasta llevarlo al dormitorio de Gabriel, que era donde se prepararían todas las chicas, por lo tanto, donde estaba todo el maquillaje.

—Trataré de cubrirlas un poco —dijo sentando a su hermano en la cama y, en silencio, hizo magia disimulando la oscura señal bajo su mirada. Cuando terminó, lo observó durante unos segundos.

—¿Estás bien? —preguntó quedando frente a él. Alex frunció el ceño fingiendo no saber de qué le estaba hablando su hermana—. Alex, estos ojos que traes hoy no son de una pesadilla, hemos vivido juntos mucho tiempo... ¿Pasó algo? —insistió sería tratando de alguna manera ayudar a su hermano, preguntó

—De verdad, estoy bien —le aseguró minimizando todo lo sucedido; no sería capaz de afrontar una nueva sesión de sinceridad y menos en el día de la boda de su hermano. Eso no evitó que se sintiera mal, Aira siempre fue su confidente, su consejera, era su otra mitad y durante los cinco años que habían vivido juntos, cada vez que Aira preguntaba por los ataques de ansiedad cuando presenciaba uno, que habrían sido seis de los muchos que tuvo a lo largo de los años, él siempre le contestaba que era a causa de los exámenes, las clases. No se sintió capaz de confesarle nada de lo que le pasó en aquella fiesta y, de todas formas, eso siempre era un tema tabú. Era consciente de que su hermana se quedó con la idea de que él engañó a Rebeca y por no discutir evitaba el tema, como lo hacían, Oliver y Nora.

—Alex, yo estoy siempre para ti, para todo lo que necesites —prometió Aira abrazando a su hermano.

Se escuchó el timbre de la puerta y Aira prácticamente echó del lugar a su hermano, Este bajó las escaleras antes de que los Wilson las subieran y se encerró en la habitación de su melliza, donde Gabriel estaba con Noah.

—Ya estás despierto, campeón —dijo con una sonrisa mirando a su sobrino, que saltaba en la cama con solo la ropa interior puesta.

—Sí, y ya me he duchado.

—¿Qué pasó anoche? —preguntó Gabriel. El pequeño Noah se peinaba solo frente al espejo en ese momento y el mayor de los hermanos no pudo evitar acercarse a Alex.

—Lo de siempre... y papá me vio —le contestó con un suspiro y Gabriel le miró sorprendido.

Gabriel supo que su hermano no iba a decirle nada más, con ese tema siempre era bastante escueto, informaba a cuentagotas, así que no insistió y menos cuando vio a su cuñado, suegro y padre entrar por la puerta.

—¿Cómo va el novio? —comentó Oliver, saludó a ambos hermanos y abrazó a Noah que le enseñaba la pequeña cresta que se había hecho para la ocasión—. No creo que te dejen ir con esos pelos tan molones, pero a mí me encantan.

—Nervioso —se sinceró Gabriel, saludando también a su suegro que lo abrazó con una sonrisa.

—Tranquilo, muchacho, eso es normal, todos lo estuvimos el día de nuestra boda, lo importante es que lo disfrutes y aparques los malos sentimientos a un lado, esto solo lo vas a vivir una vez, al menos con mi hija, así que trata de disfrutar y sed felices los dos —aconsejó Albert encogiéndose de hombros—. El día de mi primera boda, me preocupé tanto porque todo estuviera bien que Lily y yo apenas disfrutamos del momento... con Anna eso no me pasó, porque solo estuvimos nosotros y nuestra felicidad.

—Yo tengo a mi hermana organizando todo, así que estoy seguro de que Nora y yo solo nos preocuparemos por nosotros y por disfrutar juntos y con nuestra familia —coincidió Gabriel, agradecido por las palabras de su suegro.

En la planta de arriba, las chicas iban pasando una a una por el peluquero y se iban preparando. Lucy e Iris, aunque eran damas de honor, también habían decidido prepararse en casa con sus padres y con sus parejas, así que Anna y Elena se encontraban con las tres chicas. El tiempo parecía ir en contra de todos porque parecía que llegaba la hora y ellos no terminaban de estar listos. Cuando las chicas estuvieron peinadas, Nora se dejó maquillar por su cuñada y su hermana.

—Alexander y Albert ya está en el jardín recibiendo a los invitados —dijo Elena, mirando por la ventana.

La puerta de la habitación se abrió y Lucy y Iris entraron en ese momento con una gran sonrisa y casi aplaudiendo cuando vieron a Nora.

—Nora, estás increíble.

Carmen subió también para poder ver a la novia y después bajó junto a Elena y Anna para decirle a Albert que podía subir a ver a su hija.

Gabriel esperaba en el centro del altar y su madre se acercó para colocarle bien el traje, aunque ya lo tenía, y darle un beso en la mejilla a su nieto, que iba vestido igual que su padre. Se sentó junto a su marido en primera fila, Noah y Anna también con ellos. Oliver y Alex estaban de pie junto al novio.

La música comenzó a sonar.

Las chicas, una a una, fueron caminando hacia el altar. Primero pasó Iris caminando a paso lento y delicado, saludando a sus padres y a su novia con una gran sonrisa. Llevaba un largo vestido de un color lila apagado atado al cuello, ya que cuando fueron a la modista cada una eligió el escote que más le favorecía. Se sentó en los asientos de la primera fila del lado izquierdo. Le siguió Lucy, que mostraba una gran sonrisa y un reluciente vestido color rosa pastel; su cabello con un moño un poco más bajo que el de su hermana. Tras ellas apareció Aira, que sonrió al ver a su hermano en el altar justo como ella le había pedido. Oliver y Alex junto a él. Noah estaba sentado junto a

Alexander, Elena y Anna que se encontraban en la primera fila del lado derecho. Aira llevaba el vestido un tono entre rosa y lila, atado únicamente de un hombro, dejando el otro al descubierto, y su pelo estaba con una preciosa diadema de trenza y suelto, ahora que le llegaba a la clavícula. Rebeca fue la última en aparecer antes de que llegara la novia. Su vestido era de color rosa chicle, había elegido el mismo escote que Lucy que acababa en pico. Ella, al contrario que sus amigas, se había decantado por un semirecogido, echando todo el pelo hacia un lado y bien

rizado. Caminó mirando al frente y a los invitados. Había demasiadas caras conocidas y podía ver cómo murmuraban al verla pasar. Llegó hasta donde estaban el resto de chicas y se colocó junto a Aira, para ver llegar a su hermana. Al girarse, su mirada se encontró de nuevo con Alex, no lo había visto desde el ensayo y sus ojos se encontraron de nuevo; sintió cómo su piel se erizaba solo de ver ese azul que le transmitía tanto, era como si la mano del chico le rozara todo el brazo, como sentir su aliento en su en su nuca. Rebeca negó queriendo quitar de su cabeza la idea de tener a Alex tan cerca de ella y se obligó a mirar al pasillo por donde ahora caminaba Nora cogida del brazo de su padre.

—Papá, estoy temblando —murmuró Nora para que solo Albert pudiera escucharle. Este sonrió y apretó más fuerte a su hija junto a él.

El camino hacia el altar era lento, al ritmo de la música que se escuchaba por todo el jardín de casa de los Rice. Nora solo tenía ojos para Gabriel que le esperaba en el altar, acariciándose las manos por los nervios y con una mueca de felicidad en los labios. Noah, que estaba sentado en la primera fila, llevaba un traje en miniatura como el de su padre. Sin duda, idea de Aira, pensó Nora sin dejar de sonreír al que sería su marido.

El vestido de Nora era de un blanco roto con escote de encaje, la cintura bien marcada y de corte sirena terminado en una pequeña cola que arrastraba por el suelo. Había estado muy indecisa durante la compra, todas las chicas le habían acompañado a elegirlo y su hermana estuvo presente a través de videollamada.

Finalmente, llegó y Gabriel extendió su brazo para que su suegro le entregara la mano de su novia. Albert no dudó en hacerlo y depositando un beso en la mejilla de su hija

—Lo único que deseo para ti, mi niña, es absoluta felicidad y mucha salud, creo que te dejo en buenas manos —comentó al oído de Nora que asintió devolviendo a su padre el beso que le había dado.

—Buenos días. Hoy estamos aquí reunidos para compartir junto a Nora Wilson y Gabriel Rice un nuevo paso en sus vidas —comenzó hablando el oficiante.

Después de leer algunos fragmentos de poemas o textos sobre el amor y sus derechos, se dirigió a los novios.

—Una persona especial para vosotros ha pedido unos minutos para dedicaros unas palabras —comentó. Ambos se miraron confusos, pues eso no estaba preparado en el ensayo, así que se giraron para encontrarse con Rebeca poniéndose en pie y acercándose al micrófono.

—Hola. —Los ojos de Rebeca solo estaban sobre su hermana y su cuñado, olvidando al resto de los presentes—. Nora, todo lo que me gustaría decirte se queda corto en un papel, jamás tendría horas suficientes para explicártelo —comenzó observando lo que llevaba en las manos, luego lo dobló y lo guardó a la vez que volvía a la vez que se dirigía a su hermana—. Gracias, primero por ser mi amiga, mi consejera, gracias por ayudarme y protegerme... también de mí misma. —Tras esas palabras dejó escapar un suspiro.

»En cada momento feliz de mi vida siempre has estado allí, luchando por mí, incluso cuando yo ya me había rendido. Gracias, hermana, por no dejarme sola por las noches, por controlar mis miedos cuando y no he sabido hacerlo. —Rebeca desvió un poco la vista para centrarla en su padre—. Gracias, papá, por enseñarnos a los tres —buscó a Oliver—, el valor de tener un hermano, que son las personas que permanecen a tu lado. —No pudo evitar que sus ojos se posaran por un segundo en los de Alex, sentado junto a Oliver, después los devolvió a su hermana, que agarraba con fuerza la mano de Gabriel emocionada—. Nora, gracias, siempre gracias, por rescatarme de mis continuas locuras y por ayudarme a salir cuando sentí que me ahogaba. —Rebeca bajó la mirada a sus manos que temblaban, pero no había terminado, así que cogió aire y ahora observó a su cuñado.

»Gabriel, hace siete años que apareciste en nuestras vidas y durante los años que compartí con mi hermana en California, he podido conocerte mejor, has pasado por mucho y eres una gran persona que has sabido hacer feliz a Nora. La distancia no supuso ningún problema para vosotros, es más, os hizo más fuertes. Yo estaba allí y lo vi, creí en vosotros... y eso para alguien

que dejó de creer en el amor, es todo un mérito —comentó encogiéndose de hombros insegura—. Gabriel, solo quiero que cuides de mi hermana, que la protejas de todos aquellos que le quieran hacer daño, incluso de mí... —Lo pensó mejor—. No, mejor de mí no —algunos de los invitados rieron—. Una vez me diste las gracias y todavía no te las he devuelto, así que gracias, cuñado, porque pase lo que pase, respetas mis decisiones. Ojalá este nuevo capítulo de vuestra historia esté lleno de felicidad y amor —finalizó, dejado salir todo el aire que había contenido por agradecerle a Gabriel tanto, sin decir nada. Se acercó a ellos, los abrazó a ambos y después volvió junto a Aira.

El oficiante comenzó hablar de nuevo, palabras ahora dirigidas únicamente a los novios que, sin soltar sus manos, escuchaban con atención.

—Gabriel Rice, ¿vas a compartir tus miedos y preocupaciones, escuchar los consejos y, sobre todo, apoyar y respetar a Nora Wilson? —preguntó al chico que no apartó los ojos de Nora en ningún momento.

—Sí, quiero.

—Nora Wilson, ¿vas a compartir tus miedos y preocupaciones, escuchar los consejos y, sobre todo, apoyar y respetar a Gabriel Rice? —continuó

—Sí, quiero.

Todos los presentes comenzaron aplaudir y a ponerse en pie celebrando el momento. El hombre se aproximó a los novios y les dijo que podían besarse.

Los invitados se acercaron para felicitar a los novios. Entre toda esa gente se encontraban viejos compañeros de instituto con quienes todavía tenían contacto, algunos compañeros de sus trabajos y su facultad. También se acercaron Robert y su familia, eran amigos de Albert, y Nora tenía buena relación con todos ellos. El primo de Robert, Dani, había sido durante su infancia uno de sus mejores amigos y, aunque ahora se veían menos, seguía siendo una persona especial y quería que estuviera ese día. Entre los asistentes se encontraban algunos de los pocos amigos de Nueva York con los que Gabriel continuaba hablando. Y por costumbre, algunos de los amigos de Alexander y Elena del hospital y otros amigos de Albert de comisaria.

Tras todos los saludos y felicitaciones se caminaron hacia la zona de la piscina donde estaban preparadas las mesas para la cena. Nora y Gabriel querían algo tranquilo y el jardín de los Rice era grande y con una amplitud suficiente para poder celebrar ese día.

Los novios se sentaron en la mesa nupcial junto con Noah. Sus padres estaban en otra mesa junto a Carmen, John y Anna, lo decidieron así para que no estuvieran ellos tres solos, y luego, sus hermanos estaban todos sentados junto a sus primas y sus parejas, pero se habían asegurado de que Alex y Rebeca quedaran uno a cada lado de la mesa.

La tarde noche se fue desarrollando con tranquilidad, acompañada de mucha felicidad. En algunas ocasiones miraban hacia la mesa de sus hermanos, todos parecían reír y divertirse; en algunos momentos, los hombros de Rebeca se tensaban, pero un comentario por parte de cualquiera que no fuera Alex, conseguía relajarlos.

Al finalizar la cena, Rebeca caminó hasta el piano, Gabriel le pidió algo especial para bailar junto a Nora, deseaba hacer el momento lo más especial posible y conseguir que Rebeca tocara el piano y cantara, era justo lo que él buscaba. Beca no se negó porque de pequeñas su hermana siempre le pedía que el día que ella se casara, tenía que cantar, así que se sentó y acarició las teclas.

Era una melodía compuesta por ella misma, le dedicó tiempo y escribirla provocó que se removieran muchas cosas en su interior, sentimientos que quería apartar por completo de su vida, pero eran inevitables, y menos en ese momento que podía sentir la mirada de todos sobre ella, de

todos y de él.

Los primeros acordes comenzaron a sonar cuando Gabriel extendió su mano para que Nora le acompañara al centro.

Rebeca intentó que la letra hablara de todo lo que su hermana le había contado durante años, los motivos por los que amaba a Gabriel, para poder completarla le había pedido a él por teléfono que le hablara de lo que él sentía por Nora. Así se escribió lo que ahora les dedicaba a ambos.

Al terminar la canción, muchas parejas caminaron para hacer lo mismo. Rebeca no pudo evitar buscar a Alex. Estaba apoyado en la mesa donde todos habían comido, observando con una sonrisa cómo su familia, la de los dos, se movían entre risas. Él se volteó en ese momento y sus ojos se encontraron. Se quedaron en los lugares donde estaban, pero sin retirarlos del otro, por todo lo que les hacía sentir, emociones que ella negaba y que para él estaba siendo demasiado.

Aira y Oliver se aproximaron cada uno a sus respectivos hermanos para ofrecerles un baile. Oliver sacó a su hermana del piano, había músicos que tocaban, así que ella se fue con él. Aira arrastró a su hermano hasta donde todos se estaban divirtiendo.

—Estás preciosa —comentó Oliver con una sonrisa, haciendo girar a su hermana sobre sí misma.

—Es la tercera vez que me lo dices... —contestó riendo y abrazándolo—. ¿Qué le ha pasado en la mano? —preguntó al oído de su hermano para que nadie escuchara. Oliver sabía perfectamente a quién se refería.

—Dice que se dio un golpe —le explicó, encogiéndose de hombros. Rebeca asintió y dejó que fuera su hermano quien la guiara. Oliver estaba muy orgullo de su hermana, se había esforzado mucho por retirar los pensamientos negativos de su vida, por superarse a ella misma y desprenderse de miedos. Y aunque él la veía bien, la vuelta a Luz de mar y todo lo que eso le hiciera sentir le tenía preocupado.

—¡Cambio de pareja! —gritó el animador.

Gabriel dejó a su mujer y caminó hasta que llegó a Rebeca, esperó a que Oliver le cediera el lugar para irse con Aira, ya que Alex estaba con Nora.

—Ha sido una ceremonia muy bonita —aseguró Rebeca cuando se quedaron solos ella y Gabriel.

—Gracias por venir y por entender que tu hermana te necesitaba y yo a él —agradeció Gabriel con los labios estirados mostrando sus dientes.

—No soy un ogro, puedo entender que es tu hermano, que siempre lo ha sido, igual que tú has respetado siempre que yo soy la de Nora.

—Ha pasado mucho tiempo... tal vez podríais hablar.

Rebeca no le contestó, dejó escapar un suspiro. Gabriel conocía perfectamente la respuesta de su cuñada a esa petición. Eso no evitaba que se sintiera culpable y mal al ver que ellos no tenían esa historia de amor que merecían, y solo por no ser sinceros el uno con el otro.

—¡Cambio de pareja!

Aira se acercó a Gabriel y Oliver a Nora, dejando en esta ocasión a Alex y Rebeca uno frente al otro.

Todos en la pista se movían al ritmo de la música mientras reían, todos menos ellos que solo fueron capaces de mirarse sin acercarse del todo. Rebeca se giró para evitar estar con él, pero al hacerlo vio cómo sus hermanos disfrutaban y ella no quería estropear ese momento, así que se volvió de nuevo hacia Alex y se acercó a él.

El corazón de ambos palpitaba con fuerza por el momento. Se fueron aproximando a paso lento el uno al otro, como años atrás Alex extendió su mano esperando que ella la aceptara y

sonrió de manera involuntaria cuando Beca le correspondió. Colocó el brazo que le quedaba libre alrededor de la cintura de ella, Rebeca se tensó un segundo y se relajó al oler de nuevo el perfume de Alex, casi era como una anestesia para sus males, o al menos lo fue durante muchos años.

Sonaba *Million Reasons* de Lady Gaga, ser consciente de ello provocó que un suspiro se escapara de los labios de Rebeca y cerrara los ojos en un intento de recomponerse, ella se la cantó al piano. Cuando abrió los ojos de nuevo, solo lo pudo verlo a él, todo a su alrededor estaba paralizado y sintió como que nada había pasado. Apoyó la cabeza en el pecho del chico y ambos comenzaron a mecerse.

—¿Me echas de menos?

Rebeca alzó la mirada a Alex sorprendida por la pregunta, no contestó, pero volvió a acercarse a él y a acomodarse para continuar escuchando la música.

—Sé que es una pregunta estúpida, pero a veces le doy vueltas y pienso si te acuerdas de mí tanto como yo de ti... —explicó de manera pensativa—. Pienso en todo lo que nos dijimos y en las palabras que se quedaron en el olvido, esas que nunca llegamos a decírnos...

—A veces te he echado de menos —contestó ella sin moverse de la postura, sintiendo junto a su cara el latido fuerte del corazón de él, iba frenético, como el suyo—. He tenido dudas de si fue lo correcto, supongo que eso es el típico miedo al cambio cuando rompemos con una pareja... al principio sientes que se te viene el mundo encima, que costará... y cuesta, y más aún si echas de menos.

—Yo también he pensado en ti, en nosotros, en los sentimientos y todo lo que vivimos juntos. —La confesión de Alex no hizo que Rebeca se moviera, pero sí se apretó más fuerte a él, dejando que una pequeña lágrima resbalara por sus mejillas. Alex no la había olvidado. Todo lo que pasó esa última vez que se vieron, el hecho de que él le ocultara el motivo de todo lo que sucedió, o lo que recordaba.

La música cesó por unos segundos y de reojo pudo ver a su hermana regresando de donde se encontraba el DJ.

La nueva canción que sonó era *Sugar* de Maroon 5. Alex suspiró, arrepentido de que en algún momento de su vida le dijera que esa canción era importante para ellos porque sonaba la primera vez que fueron a patinar juntos. Rebeca levantó la cabeza del pecho del chico y lo analizó durante unos segundos. Él aguantó esos ojos azules que ahora dejaban libres algunas lágrimas más. Abrumada por tantos recuerdos, Rebeca se alejó y entró en la casa. Alex dejó salir el aire que había contenido desde el momento en el que los primeros acordes habían sonado, se giró hacia a sus hermanos y cuñados que le miraban, aunque intentaba disimular. El moreno intentó sonreírles indicando que todo estaba bien y caminó hasta sentarse junto a su tío. Carmen bailaba con Alexander y Elena con Noah.

—¿Es difícil? —preguntó John, observando con atención a su sobrino, no había pasado por alto el momento que acababa de vivir con Rebeca.

—La verdad es que sí... —contestó

Cuando el camarero pasó con algunas copas de champán, Alex lo detuvo y cogió una dándole un largo trago

Todos habían estado atentos al momento entre los dos chicos y aunque ninguno había escuchado lo que se decían, habían podido ver la magia entre ellos. Nadie fue tras Rebeca, sabiendo que ella necesitaba tiempo en ese momento y cuando estuviera preparada, volvería. Y así fue, después de quince minutos volvió al jardín y al llegar, Albert se disculpó con Anna y le pidió a su hija que le acompañara en la siguiente.

Como ya se había hecho de noche, algunos de los invitados se habían marchado, pero todavía quedaba una parte de ellos que estuvieron allí hasta bien entrada la madrugada. Rebeca se fue con su padre y Anna para la casa de este. Oliver y Aira a su casa. Y Gabriel y Nora lo hicieron después de darle un fuerte beso a Noah que se había quedado dormido hace horas. Ya se habían despedido de él ya que a la mañana siguiente cogían un vuelo hacia Tailandia, el sitio que habían elegido para irse de luna de miel.

Al día siguiente, excepto la pareja, casi todos los invitados de la boda estuvieron durmiendo. Algunos con resaca, otros agotados... Alexander y Elena adecentaron un poco la casa, aunque para el jardín habían contratado a gente para que se ocuparan de ello.

Había pasado una semana desde la boda. En la casa de los Rice, Alexander, Elena y Alex se turnaban para cuidar de Noah, de manera que nadie perdiera turnos de trabajo ni clases. Cuando a ellos les resultaba imposible, Aira y Oliver ayudaban, incluso Rebeca, que había aprovechado para quedarse unos días y así poder disfrutar de su padre y su sobrino.

Alex tenía la tarde libre y como su padre no trabajaba se había quedado con Noah, por lo que él decidió ir a la pista de hielo de la ciudad. Llevaba visitándola desde hacía seis años, no entraba, solo se sentaba en las pequeñas gradas y se quedaba allí toda la tarde, sintiéndose culpable por no actuar de otra manera y no serle sincero a Rebeca desde el principio. Esas visitas se habían prolongado durante los años. El último curso de instituto prácticamente invertía todas sus horas libres allí, solo y sin darse cuenta, hundiéndose más en la pena. Cuando se fue a la universidad, siempre aprovechaba las visitas a su familia y volvía alguna tarde, como hoy. Ese lugar le recordaba a ese primer día con Rebeca, su risa ayudándole y cómo él no le dijo lo mucho que lo odiaba solo por seguir alargando ese momento. Ese día descubrió lo mucho que sentía por ella, lo importante que se había vuelto para él, la chica de cabello rubio y chándal que conoció ese primer día de instituto en un pueblo que pensó que odiaría. El transcurso de las horas lo hacía sentado, mirando a las parejas, amigas o padres enseñando a sus hijos a deslizarse por el hielo, veía entrenadores dando clase. Escuchaba las risas de la gente, cuando caían y volvían a intentarlo sin rendirse. Cuando el agujero de su pecho se hacía demasiado grande, se levantaba y se marchaba.

—¿Tío Alex?

Se giró buscando a su sobrino, solo él le llamaba así. Se levantó al ver que se acercaba a él para abrazarlo y tras unos segundos, lo miró con el ceño fruncido.

—¿Con quién has venido? —preguntó Alex mirando a su alrededor sin ver a nadie conocido.

—¡Noah! —escuchó el grito antes de que Noah pudiera contestarle y el corazón de Alex se sacudió con fuerza. Buscó y la encontró saliendo de la oficina de la mujer que repartía el calzado, llevaba puesta una sudadera con Campanilla de Disney. En ese lugar, aunque fuera verano, siempre hacía mucho frío.

—Tía Beca, estoy aquí, —Noah levantó su mano para llamar la atención de Rebeca, que miraba por todos lados. No pudo evitar sorprenderse cuando se encontró a Alex, recordaba perfectamente lo mucho que odiaba esa actividad—. Vi al tío Alex por el cristal y salí a saludarle, perdón por no avisar.

—No vuelvas a irte sin decir nada, por favor —comentó ella sin acercarse a ellos. Respiró con tranquilidad por haber encontrado al niño y para calmar los nervios de la presencia de Alex, había conseguido no encontrarse con él en una semana y pensó que venir aquí sería un lugar seguro.

—Tío Alex, ¿quieres venir con nosotros? —preguntó el pequeño mientras caminaba hasta el lugar donde se encontraba Rebeca. Se giró al ver que no se había unido a ellos y la ilusión desapareció de su rostro.

—No, gracias por invitarme, pero no me gusta patinar —respondió con un suspiro. Alex estuvo muchas veces allí, pero iba por Beca, porque le hacía feliz y reían juntos, ella era el motivo.

—No entiendo, ¿y qué haces aquí? —La duda salió de sus labios con extrañeza—. ¿Sabes que es una pista de hielo y los que se hace aquí, verdad? —inquirió el pequeño colocando un rostro de preocupación.

—Lo sé, campeón, pero hoy solo he venido a pensar...

Noah era un niño que no entendía hasta donde llegaba la complejidad de un adulto, así que no necesito explicarle más. El pequeño se encogió de hombros y entró al recinto cogido de la mano de Rebeca. Ella no pudo evitar lanzarle una última mirada y después ayudó a su sobrino a mantenerse en pie dentro del lugar.

Alex sé quedó embobado observándoles, la tranquilidad que ella sentía estaba reflejada en su postura, en sus hombros, este deporte siempre le hacía sentir libre y eso Alex lo sabía. Recordaba cada conversación, las confesiones y los miedos que ella compartió con él continuaban guardados en su memoria, los años no habían influido para que desaparecieran. Y ahora la miraba y casi podía ver a otra persona, más segura de lo que nunca fue, más fuerte y valiente. Rebeca no era la misma persona que conoció con diecisiete años, aunque desde ese punto de vista, Alex tampoco lo era.

Pequeñas sonrisas involuntarias se extendían en el rostro de Alex al ver cómo su sobrino caía al suelo y comenzaba a reír a la vez que Rebeca le ayudaba a ponerse en pie y volver a intentarlo. *Siempre volver a intentarlo* se decían ellos cada vez que las emociones de Rebeca le jugaban una mala pasada, al parecer ese mantra se ajustaba a todo menos a él.

Estaba tan concentrado en ellos que no se percató de una persona que pasó por su espalda y sin darse cuenta, rozó su nuca. Todo el cuerpo de Alex se tensó por el contacto y su piel se erizó.

Llevaba horas abrazado a la taza del váter del hostel donde su hermano le había llevado. Su cabeza continuaba vibrando como si se tratara de una taladradora, el mínimo ruido a su alrededor, en su cabeza, se triplicaba.

—Alex, deja que te lleve al médico —dijo Gabriel, arrodillado junto a él, no se había separado de este desde que lo había encontrado en aquel cubículo.

—No... no puedo enfrentarme a eso —murmuró Alex antes de que unas nuevas arcadas le invadieran.

—¿Me vas a explicar qué ha pasado? —interrogó Gabriel en tono suave cuando las arcadas de su hermano cesaron, aun así no se movió del lugar y recostó la cabeza sobre sus brazos.

—No recuerdo mucho... una melena rubia... me acariciaba el cuello y me susurraba cosas... pensaba que era Rebeca... pero no... y... —No pudo continuar, ya que volvió a vomitar.

—Alex, Alex, ¿me escuchas?

Al reconocer la voz pestañeó repetidamente para enfocar la vista. Frente a él estaba Rebeca con cara de preocupación, apenas podía distinguirla, pero sabía que era ella. Abrió la boca esperando coger una gran bocanada de aire, pero no llegó a hacerlo ni a la mitad de la capacidad de sus pulmones, su pulso estaba acelerado por el recuerdo y necesitaba con urgencia ese oxígeno que parecía no llegarle. *Otro no, por favor, ahora no*, pensó mientras trataba de centrarse en la voz de Rebeca, que parecía seguir hablándole, aunque él no la estaba entendiendo. Tenía mucho calor, las palmas y la nuca, donde esta persona había rozado al pasar, le sudaban. Odiaba que esos recuerdos aparecieran de la nada.

—Alex, escúchame —exigió una voz lejana, que supuso que sería la de Beca porque era la única cercana a él. Sus manos lo agarraron, quiso apartar las suyas, estaban sudorosas y temblaban, pero ella no se lo permitió—. ¿Me escuchas? —preguntó ella. Alex no pudo contestarle porque las palabras estaban atascadas en su garganta y el nudo que se había formado

no le permitía el paso. Quería decirle que sí, que todo estaba bien, que la escuchaba, pero nada salió de sus labios. El cuerpo enteró comenzó a temblar y eso le alteró más, por lo que la presión en el pecho se hizo más fuerte. Trató de explicarle a Beca lo que le pasaba, sentía cada músculo de su cuerpo entumecido, sin control sobre ellos.

Rebeca entendió lo que estaba sucediendo y colocó su mano sobre el torso de él.

—Tranquilo, sí puedes, respira conmigo. —Las palabras de Rebeca eran relajadas y apretó con fuerza la palma de Alex sobre la suya y llevó las dos al tórax de ella—. Respiramos juntos, como hacíamos, despacio. —Era un tono calmado que ayudó a tranquilizar a Alex para poder centrarse en las respiraciones de ella y hacerlo al mismo tiempo—. Eso es, muy bien —le animó al ver que poco a poco, conseguían que la respiración se normalizara.

Alex sintió que la espalda se relajaba y se dejó caer para atrás el sentir menos presión.

—¿Ya está bien? —se escuchó la voz de Noah, Alex no hizo el movimiento de abrir los ojos porque necesitaba tranquilizarse del todo, y era consciente de que no le estaba preguntando a él.

—Sí, parece que se siente mejor —le aseguró Beca con una pequeña sonrisa—. ¿Estás mejor? —preguntó centrando toda su atención de nuevo en Alex. Él únicamente asintió. Sus parpados le pesaban en ese intento de controlar su cuerpo—. ¿Quieres que te acerque a tu casa? —dudó Rebeca preocupada. Jamás olvidaría la sensación y pesadez que se quedaba tras un ataque de pánico.

—No, no. Voy en mi coche —le aseguró, colocando la espalda recta y abriendo los ojos. Al hacerlo, se encontró a Rebeca frente a él, a menos de medio metro. Ya no se rozaban porque él se había soltado cuando se recostó sobre la silla, pero las de ella continuaban apoyadas en las rodillas de Alex.

—¿Estás bien? —quiso saber Noah, acercándose a su tío al ver que ya contestaba y hablaba. Alex lo miró tratando de asegurarle que así era, estiró sus labios, pero apenas se salió una mueca.

—Sí, tranquilo. —Alex no deseaba preocuparlo—. Voy a refrescarme —comentó a la vez que se ponía en pie, perdió un poco el equilibrio y fue Rebeca quien le sujetó para que no cayera. Él tardó unos segundos en estabilizarse.

—Te acompaño —dijo preocupado Noah y se acercó a su tío cogiéndole la mano para así ayudarle.

Alex deseaba ir solo, pero también era consciente de lo insistente que podía ser su sobrino, así que no le discutió y se soltó del agarre de Rebeca dándole un leve “gracias” y fue hasta el baño que tenían más cerca. Al llegar, se subió las mangas de la camiseta para no mojarlas. Empapó bien la nuca y toda la cara para terminar de serenarse. Cuando miró su reflejo en el espejo, pudo ver el rostro preocupado de su sobrino con los ojos fijos en sus antebrazos. Alex cerró los ojos suspirando con fuerza. Había llegado tan agobiado al que no fue consciente de lo que hacía hasta ahora que podía ver el miedo en los ojos verdes de su sobrino.

—¿Por qué tienes tantas heridas? —preguntó sin apartar la vista y acercándose para verlo más de cerca.

—No son nada, campeón —contestó Alex bajando rápidamente las mangas y sonriendo a su sobrino.

—Pero... tienes muchas —aseguró levantando la cabeza para ver a su tío.

—Me hice daño un día, pero no son nada —repitió Alex abrazando a su sobrino por los hombros para calmarlo. Noah frunció el ceño confuso, no muy seguro de lo que su tío le estaba asegurando, pero asintió.

Al salir, Rebeca los esperaba en las gradas sin patines. Ya se marchaban cuando vio la crisis de Alex, por lo que se los había quitado hace rato.

—Estás seguro de que no quieres que te lleve —insistió Beca observando a Alex.

—Gracias, pero he traído mi coche, no hay problema, estoy bien —agradeció Alex a la vez que caminaba hacia su coche y Rebeca y Noah iban al de ella.

Elena había salido con su hija y Oliver a comprar al centro comercial, por lo que cuando Alexander regresó, en casa solo se encontraba su hijo Alex. Rebeca llegó un tiempo después, se había llevado al pequeño a dar una vuelta tras la pista de hielo y por ese motivo regresaban más tarde. Ella continuaba contrariada, y aunque Alexander le preguntó si le sucedía alguna cosa, ella negó sin darle importancia. Se despidió de ambos y se marchó.

En casa de los Rice todo estaba en completo silencio, excepto por la televisión del salón y la delicada risa del menor de la familia, que estaba viendo una de sus series de dibujos animados favorita. Alexander le acompañaba en la estancia, revisando algunos documentos del hospital y asegurándose de que al pequeño no le faltaba nada ni que se sintiera solo.

Alexander centró nuevamente la atención en su nieto, que comenzaba a reír en carcajada. En ciertos momentos le recordaba mucho a Gabriel, era inevitable porque ambos eran muy parecidos y esa sensación de familiaridad le provocaba calidez en el pecho por la emoción.

—Te gusta mucho eso que ves —comentó Alexander mirando a Noah con una sonrisa, sorprendido por la concentración del niño inmerso en su pantalla.

—Son graciosos.

—Ya, ya lo veo —dijo, aunque él no pensaba igual—.

¿Quieres algo para merendar? Aún falta para la cena.

Noah asintió, se levantó del sofá y se acercó para darle un fuerte abrazo a su abuelo; Alexander le correspondió con dulzura.

—Sigue viéndolo, ahora te bajo algo.

—No, te acompaño.

Alexander sonrió y subieron hasta la cocina. Una rebanada de queso y un vaso de leche fue lo que decidió para merendar. Noah miraba con atención cómo su abuelo le cortaba el pan. El cuchillo estaba muy afilado y se descuidó poniéndole caras a su nieto, por lo que se hizo un corte en su dedo. No pudo evitar quejarse y cogió rápidamente un paño para taponarlo.

—¿Estás bien, abuelo? ¿Llamo al tío Alex?

—Tranquilo, todo está bien —le contestó dejando escapar una mueca de sus labios —es un pequeño rasguño, no tiene importancia y no dejará cicatriz.

—¿Es como las que tiene él?

—¿Él quién? ¿Alex?

—Sí... —susurró el pequeño encogiéndose de hombros, se arrepintió de decirlo al ver la cara desenchajada de su abuelo—. Tiene muchas... —murmuró mirando sus manos.

Alexander no dijo nada, se quedó asimilando las palabras de su nieto, sorprendido y en *shock*. Su mente empezó a generar muchas preguntas para las que necesitaba respuesta inmediata.

—Noah, baja a la sala a merendar mientras yo me curo el dedo, ahora voy contigo —le aseguró mostrando una pequeña sonrisa fingida. El niño cogió sus tostadas y bajó las escaleras, apenado, pensando si estaba bien lo que había comentado o si sería un secreto de su tío.

Alexander miró el pasillo de los dormitorios de la segunda planta y caminó hacia el de su hijo. Paró frente a la puerta y aunque quiso picar, no lo hizo, abrió sin avisar. Encontró a su hijo ya vestido con unos vaqueros y una camisa blanca.

—Voy a salir con mi hermana y los chicos —comentó Alex, observando extrañado a su padre;

no era normal en él que entrara sin preguntar primero. Alexander tenía el ceño fruncido y se veía más pálido de lo normal. Alex observó que sostenía un trapo sobre su dedo índice de la mano derecha.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó, poniéndose en pie y acercándose a su padre.

—Súbete la camisa —exigió Alexander. Normalmente era un hombre más paciente y con mejores modales, pero ahora mismo sus sentidos estaban todos atrapados en el marco de una entrada y no le permitían actuar con sensatez.

—¿Qué? —se sorprendió Alex analizando a su padre—. Papá, deja que te ayude con la herida. —Se acercó al paño.

—No, quiero que te remangues la camisa —repitió Alexander.

—¿Por qué?

—Alex, si no lo haces tú, lo voy a hacer yo y créeme hijo, no actuaré de la misma forma. — Las palabras salieron serías y apagadas mientras Alexander miraba con atención los ojos de su hijo que parecía asustado.

—Papá, no tengo nada, deja que te ayude —insistió en un intento de evadir el problema que se avecinaba.

—Alex, levántalas.

Alex dejó escapar todo el aire contenido en sus pulmones en ese momento, sintiendo un nudo en la garganta y en el pecho. No era como cuando sufría un ataque de ansiedad, esta vez se debía a una sensación de culpa. Era consciente de que lo que estaba haciendo estaba mal, pero había momentos en los que se sentía incapaz de detenerse. Con extrema lentitud, Alex desabrochó el botón de la manga de su camisa y la fue subiendo. En ese instante, Alexander bajó la mirada y la falta de aire le golpeó al ver los múltiples cortes en el antebrazo de su hijo. No solo había ese tipo de heridas, también otras de tamaño circular y pequeñas, como la que curó la noche antes de la boda.

Desde el segundo en el que Alexander había contenido el aire por lo que veía, Alex giró su cuello mirando a la pared de su habitación.

Nunca había mostrado sus marcas a nadie, ni siquiera se las mencionó al terapeuta cuando aún vivía en Florida. Era algo que le hacía hallarse indefenso y débil y no le gustaban esos sentimientos, y menos que lo vieran los demás. Como su padre no dijo nada, dio un par de pasos hacia atrás y se dejó caer en la cama.

—¿Desde cuándo? —preguntó Alexander acercándose a su hijo y tratando de coger el brazo. Alex lo apartó, pero su padre lo agarró con más fuerza para que no se moviera y así poder analizar las heridas todavía abiertas, las que ya tenían costra y las cicatrices. Algunas se apreciaban más y otras apenas se veían. Las marcas redondas eran quemaduras de cigarrillo. Alzó los ojos al rostro de su hijo esperando una respuesta—. ¿Desde cuándo? —insistió en esta ocasión con voz profunda.

—No... no recuerdo cuando fue la primera, cuando... cuando tengo crisis, me ayuda a volver a la realidad. —La respuesta fue apenas un murmullo que a Alexander le costó entender, pero lo hizo.

—¿Tu hermana y Oliver lo saben? —cuestionó. Llevaban casi cinco años viviendo los tres juntos. Oliver era una persona muy observadora, era muy extraño que no estuvieran al tanto.

—No.

Alexander guardó silencio tratando de ordenar sus pensamientos, sus ideas y cómo actuar en este momento. Necesitaba hablar con Elena, ella tenía más experiencia en este campo y en las mentes humanas, podía ayudar a su hijo.

—Alex, tenemos que ir al hospital. —El aludido levantó la cabeza hacia su padre con temor.

—No, estoy bien, no hace falta —aseguró el chico, aunque mientras lo repetía en voz alta era consciente de la mentira que estaba dándole a su padre.

—No, no estás bien... esto no son de una persona que esté bien. —Alexander estaba alterado por la situación, pero intentó mantener la calma lo mejor que pudo.

—Papá... yo... ya he visitado a un especialista. —Las palabras de Alex eran indecisas, pero necesitaba de alguna manera que su padre no insistiera más en ese aspecto y, aunque era cierto que había hablado con un psicólogo, de eso hacía mucho tiempo y lo dejó porque no sintió que le ayudara.

—Alex...

—Deja que lo lleve yo, puedo controlar la situación —prometió a su padre, necesitaba que lo creyera. Alexander suspiró derrotado y en su interior, Alex se sorprendió de lo buen actor en el que se había convertido en los últimos años.

Alexander se lo pensó durante unos minutos, no estaba seguro de si era bueno creer a Alex o actuar como alguien sensato, pero una parte de él le decía que debía darle un voto de confianza a su hijo.

—En una semana volveré a mirar esos brazos... si hay un solo corte nuevo... tomaré medidas —aseguró serio y Alex tras un suspiro asintió a su padre.

Se escucharon unos pasos por el pasillo y segundos después, un par de golpes en la puerta. Alex bajó rápidamente el puño de la camisa que llevaba y lo abrochó de nuevo justo en el instante que su madre se asomaba por la puerta del dormitorio.

—¿Qué hacéis aquí los dos? —preguntó Elena con el ceño fruncido y los brazos en su cintura.

—Le enseñaba a papá algunas cosas de la universidad. —Alex mostró una sonrisa fingida y se levantó para darle un beso a su madre en la mejilla.

—Tu hermana y Oliver están abajo, dicen que habéis quedado.

—Alex asintió y miró a sus padres para que salieran de la habitación y así poder terminar de arreglarse. Alexander, inseguro, esperó sin quitarle ojo.

—¿Está todo bien? —preguntó Elena observando a ambos de forma alternativa.

—Sí, mamá, no te preocupes —contestó de nuevo con esa sonrisa de tranquilidad que para nada sentía. Elena conocía demasiado a su hijo, sus gestos e incluso sus sonrisas, algo le decía que no podía estar tranquila. Miró de nuevo a su marido con el ceño fruncido y este estiró los labios de la misma forma que lo había hecho su hijo.

—¿Qué pasa? —inquirió. Casi al instante se dio cuenta de que Alexander todavía sostenía el trapo alrededor de su herida—. ¿Qué te ha pasado? —Se acercó alarmada a su marido.

Alexander era consciente de que la sangre hacía tiempo que había dejado de salir, pero sostener ese trapo entre sus manos le ayudaba a no entrar en una espiral con Alex.

—Nada, amor, me corté haciendo la merienda de Noah —le restó importancia. Ambos salieron juntos del dormitorio de Alex y el matrimonio se fue a curar la herida. Al terminar, bajaron al salón donde los mellizos Rice y Oliver hacían compañía a Noah.

—¿Dónde vais? —preguntó Alexander. Todavía inquieto por todo lo descubierto en los últimos minutos.

—Vamos a cenar y luego iremos a nuestra casa a tomar algo —dijo Aira. En los últimos años había intentado salir de fiesta con Alex, pero siempre se negaba, tanto ella como Oliver pensaban que era por lo que sucedió con Rebeca, pero tampoco le habían preguntado, simplemente se adaptaban cuando él salía con ellos.

Después de conversar con Alexander y Elena, los chicos se marcharon al restaurante donde

habían quedado con Lucy, Lydia, Robert e Iris. Pasaron la noche entre risas y, cuando terminaron, fueron hasta la casa Aira y Oliver para tomar algunas copas. Alex no bebía nada de alcohol desde la fiesta que cambió su vida, por lo que estuvo tomando refrescos, su excusa fue que deseaba volver a casa y que Albert no le multara en el intento. Oliver le ofreció quedarse con ellos a dormir, pero Alex negó de todas formas agradeciéndole la invitación, sus padres trabajaban al día siguiente y le tocaba a él quedarse con Noah.

En el camino de vuelta a casa, Alex no hizo más que pensar si había sido buena idea volver a Luz de mar, echaba mucho de menos a su familia, pero ahora su padre sabía demasiado y eso le daba intranquilidad.

Habían transcurrido casi quince días desde que Nora y Gabriel se marcharon de viaje. Su vuelta sería en tres días y eso significaba que Rebeca se marchaba a California. Decidió quedarse y esperar al regreso de su hermana para así poder pasar algún tiempo con la familia en el pueblo, su padre y su hermano insistieron bastante, y como su intención no era volver pronto, deseaba aprovecharlo el máximo de tiempo posible. Fue a pescar con su padre, que aunque no era uno de sus pasatiempos favoritos sabía que él disfrutaba esas salidas. Oliver y John fueron con ellos. Salió de compras con Aira, Lucy e Iris y también a cenar con todo el grupo. Siempre evitando a Alex y aunque el día que fue a patinar con Noah se sorprendió al encontrarlo, más lo hizo ver el ataque de ansiedad que sufrió allí. No había descubierto el motivo, pero continuaba dándole vueltas a la tensión del momento. Era cierto que durante años estuvo apartando todo lo que tuviera que ver con Alex, pero no recordaba ningún comentario de sus hermanos o de su padre, tampoco de las chicas ni de Carmen que le indicara que él estaba en esa situación.

Hoy esa necesidad de calmar sus pensamientos la había llevado a la playa, al mismo punto donde ella y Alex estuvieron sentados la noche de su baile de Navidad, donde le confesó todo lo que sucedió y por qué ella se encerró física y emocionalmente. Todos estaban reunidos en una comida en casa de los Rice y como ella no tenía intención de encontrarse con Alex, decidió huir a su pequeño rincón de soledad. No había avisado a nadie de que estaría allí, para cuando su padre y Anna llegaran a casa, ella seguramente ya habría vuelto por lo que no era necesario.

Estaba sentada, observaba el mar y escuchaba el vaivén de las olas; sus manos, apoyadas en la arena, acariciándola. En California había playas, pero ninguna era tan especial como esta. El viento soplaba con fuerza, casi anunciando una tormenta que llevaban días esperando. Cerró los ojos de nuevo, dejándose llevar por las sensaciones que ese lugar, los recuerdos que aunque ella deseaba apartar de su mente, no podían porque eran demasiado importantes en su vida.

—Hola.

Rebeca dejó salir todo el aire de sus pulmones en el mismo instante en el que escuchó la voz, no necesitaba girarse para ver de quién se trataba. Con todo su cuerpo en tensión, trató de levantarse y marcharse sin decir nada.

—Rebeca, espera.

—¿Qué haces aquí? —preguntó mirándole por primera vez, molesta por la interrupción y sorprendida de encontrarle allí.

—Necesitaba respirar un poco y terminé aquí —contestó con sinceridad él.

Rebeca analizó a su alrededor, no había ningún coche más aparte del suyo aparcado en el asfalto unos metros más allá de ellos, pero Alex iba en chándal y estaba sudado. Pensó durante unos minutos sin apartar la visión de él y, finalmente, se sentó en el suelo. Alex dejó escapar aire e hizo lo mismo, manteniendo un poco de distancia.

Metro y medio, eso era lo que les separaba a ambos mientras contemplaban el mar en silencio.

—¿Has venido corriendo? —rompió el silencio Rebeca. La casa de los Rice no estaba precisamente cerca de esa playa.

—No... en bicicleta, necesitaba despejar mi mente y correr ayuda, pero decidí probar otro medio que me llevara un poco más lejos —contestó con las pupilas fija al frente en las olas que rompían.

—A mí me pasa lo mismo cuando bailo... me ayuda a dejar de pensar, solo sigo los movimientos y eso me relaja. —Con esa pequeña confesión mostró una sonrisa en sus labios que Alex pudo descubrir por el rabillo de su ojo derecho.

—Sí, he estado allí —dijo pensativo y Rebeca se giró de inmediato, asombrada. Alex hizo lo mismo para verla—. Solo una vez, representabas el *Lago de los cisnes* —aclaró—. Mis hermanos y los tuyos fueron, yo viajé con ellos, la idea era que yo no asistiera, pero compré una entrada por mi cuenta y me senté en la fila más lejana, para que ni tú ni ellos supierais que estaba allí.

—¿Cómo estás? —preguntó sin pensar Rebeca. Esa pregunta pilló por sorpresa a Alex. Rebeca, al notarlo, volvió a examinar el mar de nuevo y él hizo lo mismo con tranquilidad. Sin la presión de sus miradas era más fácil contestar.

—He tenido épocas mejores...

—La última vez, en la pista de hielo... tuviste un ataque de ansiedad —comentó pensativa—. ¿Desde cuándo los tienes? —quiso saber con duda.

Alex se tensó desde el momento que Rebeca pronunció su pregunta, apretaba los puños en un intento de calmarse, agarrando y soltando arena.

—Desde hace seis años...

Rebeca se volvió atónita y asustada

—¿Seis años? —preguntó, alarmada.

Alex suspiró de nuevo y, por fin, abrió los papados para encontrarse con el azul casi cristalino de los de Rebeca. Le pareció ver preocupación en ellos, pero se convenció de que su mente le estaba jugando una mala pasada.

—¿Tengo la culpa? —Era una pregunta tonta, pero el miedo de ser la causante del sufrimiento de Alex le carcomía. Él negó frenéticamente con la cabeza.

—No, tú no la tienes... lo que pasó en la fiesta... —Rebeca se tensó solo con la mención de ese evento.

—Alex... no vayas por ahí... —le pidió—. ¿Me vas a decir ahora que tienes ataques de ansiedad por acostarte con otra en una fiesta teniendo novia? —preguntó Rebeca con una mirada rápida. Alex apartó el rostro incapaz de mirarla—. Da igual —se dijo a sí misma. Se levantó de la arena y empezó a caminar. No estaba preparada para esa conversación y menos, si lo que iba a decirle que el problema estaba en la fiesta.

—Los ataques empezaron porque lo que pasó esa noche fue sin mi consentimiento. —Las palabras salieron de Alex lentas pero firmes, él no se movió, no apartó los ojos del mar, no se volvió para comprobar si ella lo había escuchado o se había marchado antes de que él consiguiera decir en voz alta la verdad silenciada por tanto tiempo.

Rebeca paró en seco su marcha y se quedó un momento pensando en la frase que había escuchado: "*Sin mi consentimiento*". Se dio la vuelta para ver la espalda del chico, todavía estupefacta, y se acercó para sentarse de nuevo en el mismo lugar donde había estado antes. Se quedó en silencio unos segundos, en un vago intento de ordenar la trompa de preguntas que ahora mismo había en su mente.

—¿Sin tu consentimiento? —preguntó Rebeca—. ¿Tan borracho ibas? —Necesitaba una opción diferente a la que su mente le estaba dando.

En aquel momento Alex era menor de edad, pero el lugar donde se celebró la fiesta estaba lleno de alcohol y el dueño del local no tuvo problema en vender más a quien lo pidiera, sin preguntar qué años tenía. Por ese motivo, siempre iban de fiesta a ese sitio.

—Iba borracho sí,... pero no lo suficiente para no recordar nada... Cuando fui al baño... me

drogaron... desde ese momento todo está borroso, al principio pensé que eras tú... pero cuando comprobé que no era así, ya no podía reaccionar —murmuró sin verla.

—¿Te drogaron? —interrogó Rebeca, sorprendida por lo que acababa de escuchar. Alex suspiró mientras asentía.

Rebeca se incorporó en ese momento y se sentó sobre sus rodillas con atención puesta en Alex. Él continuaba observando el mar y apretaba con fuerza la arena con las manos. Los cuerpos de ambos temblaban solo de pensar en lo que hablaban; esta nueva confesión en el mismo lugar donde ella le contó a él, por primera vez, lo que le pasó. Ella tenía miedo de hacer la pregunta que rondaba su mente, era conocedora de que en estos momentos, el cuerpo y la cabeza necesitaba un tiempo para coger aire antes de pronunciar en voz alta eso que te atormenta.

—¿Te violaron? —preguntó Rebeca con un nudo en la garganta y con la voz entrecortada. No estaba segura de querer saber la respuesta aunque en el fondo ya la conocía.

Alex sin contestar Rebeca, se levantó y empezó a caminar para marcharse. Ella se levantó para seguirle y cogió su brazo antes de que continuara. Las miradas de ambos se cruzaron. Rebeca encontró angustia, desesperanza, desolación, dolor, miedo... sentimientos que ella misma había experimentado años atrás. Él no le dijo nada, solo suspiró, salió corriendo y agarró la bicicleta, ella se quedó allí, parada, viendo cómo Alex desaparecía hacia el bosque.

Se acercó corriendo al coche y se subió en él para volver a casa, pero sus manos, realmente todo su cuerpo, temblaban de una manera incontrolable y no fue capaz ni de darle la vuelta a la llave de contacto. Bajó y comenzó a dar vueltas como si se encontrara encerrada, tratando de esa manera que sus nervios se calmaran, al no conseguirlo, por inercia comenzó a pegar patadas al vehículo.

—¿Rebeca?

Escuchó su nombre, pero no reaccionó, continuó dando golpes.

—¡Eh, Rebeca! —llamó de nuevo. Este le cogió del brazo y Rebeca se sobresaltó. Era Daniel, el primo de Robert; lo conocía porque su padre era amigo del suyo desde hacía muchos años—. ¿Qué pasa? —le preguntó.

Rebeca no le contestó, solo empezó a llorar, dejando que las lágrimas que se había prohibido soltar en todos esos años salieran sin control. Daniel no comprendía nada, había estado muchos años sin verla, aunque si coincidió con ella el día de la boda. Su primo le había contado todo lo que le pasó y había escuchado a Albert hablar con su padre en varias ocasiones sobre los ataques que tenía, pero él no sabía qué hacer.

—¿Qué te pasa?, ¿te puedo ayudar? —le preguntó.

—No, tranquilo, estoy bien —murmuró Rebeca. Se metió en el coche y sin dejar que él le dijera nada, arrancó y puso rumbo a casa de su padre. En ese momento no estaba teniendo un ataque de ansiedad, lo que tenía era rabia y frustración. Primero por no haber escuchado nunca las explicaciones de Alex, por huir sin afrontar la realidad, por negarse a saber de él en seis años. Su mente iba funcionando a mil por hora y nada tenía sentido en este instante, pero sí le había encontrado el sentido a todo lo que había pasado.

Al llegar, entró en la casa. Trató de dar vueltas por el comedor con intención de calmarse, como había intentado en la playa sin éxito. Durante seis años se había esforzado en odiar a Alex, únicamente por lo que pasó en la fiesta, por lo que él le hizo a ella, a ellos como pareja. Se centró tanto en ese odio, que sentía como una obligación que fue incapaz de ver más allá.

Paró de golpe en el centro del comedor, solo había una persona que desde el primer momento había insistido a Rebeca a que hablara con Alex, asegurándole que podía haber una explicación para todo lo sucedido: Gabriel.

Sacó rápidamente el teléfono del bolsillo y marcó a su cuñado, le daba igual dónde estaba o lo que hacía, requería hablar con él. Al tercer tono, escuchó la voz de Gabriel.

—Hola, cuñada, ¿Nora no te coge el teléfono? Se lo ha dejado en el hotel, ahora te la pasó —respondió Gabriel con tranquilidad.

—¡No! —gritó Rebeca y Gabriel se quedó parado, sorprendido por la reacción y porque ella nunca le había levantado la voz—¿Tú lo sabías? —inquirió de repente.

—¿Saber qué?, ¿ha pasado algo?

Rebeca pudo escuchar la voz de su hermana al otro lado preguntándole a Gabriel qué estaba sucediendo, pero Rebeca no quería hablar con ella, precisaba que su cuñado contestara.

—¿Sabías lo que pasó en la fiesta de Troy? —insistió, aclarando el tema para que Gabriel pudiera centrarse. Algo que ella, en esa ocasión, no estaba.

—Rebeca...

—No, Rebeca no, contéstame, necesito que lo hagas, Gabriel... —le pidió, sentándose en el sofá y comenzando a llorar. Apoyó sus codos en las rodillas y empezó a moverlas con fuerza, meciendo de esa manera todo su cuerpo, que temblaba como las hojas de los árboles que podía ver a través de la ventana.

—Sí... mi hermano me llamó cuando se despertó... ¿Cómo te has enterado? —preguntó Gabriel, preocupado por cómo estaba escuchado la voz de su cuñada.

—¿Quién más lo sabe? —continuó Rebeca sin contestar la pregunta de Gabriel. Entre todo el barullo que había en su mente, quería conocer las personas que sabían la verdad.

—Nadie... solo yo... ¿Cómo te has enterado? —repitió Gabriel su pregunta, impaciente por conocer la respuesta, pero antes de obtenerla, Rebeca cortó la llamada y escondió su rostro entre sus manos, dejando que las lágrimas salieran sin contención.

El teléfono sonó varias veces. Estaba molesta con la situación, con el pasado y con cómo actuó. Apagó el teléfono, no quería hablar con nadie y menos si esa persona era Gabriel. Se levantó de nuevo y volvió a dar vueltas con desesperación. Trataba de calmarse, pero el nudo en su pecho se hacía cada vez mayor, su mente no dejaba de darle vueltas a las últimas palabras de Alex y esa mirada que había dicho mucho más que todo lo demás.

Rebeca se perdió entre los paseos de un lado al otro de la estancia, dejó de ser consciente del tiempo que llevaba así, dando vueltas sobre sus pasos. Cuando se giró de nuevo hacia la puerta, Aira y su hermano estaban allí, junto al marco y la observaban con el ceño fruncido.

—¿Qué te pasa? —preguntó Oliver en forma de saludo. Daba igual el tiempo que pasara o si habían estado viviendo juntos o no en los últimos años, Oliver conocía a su hermana, y aunque parecía tener controlada su angustia, podía sentir cómo también se encontraba al límite.

—¿Qué hacéis aquí? —respondió ella con otra pregunta, frenando en el centro.

—Nora me llamó, tu llamada a Gabriel les ha dejado preocupados y por no asustar a papá, nos ha pedido que te busquemos nosotros...—le dijo acercándose a su hermana. Colocó sus manos en los brazos de Rebeca para calmarla y la analizó con atención—. ¿Qué pasa? —La duda brotó de nuevo después de aclararle por qué estaban allí.

Aira se quedó junto a la puerta, observando a los hermanos. La llamada de Nora le había dejado preocupada, por ese motivo no había dudado en salir corriendo con Oliver cuando él se levantó para ir a buscar a su hermana pequeña. En el vehículo, mientras iban camino a casa de Albert, ya que era el lugar donde se suponía que debía estar Rebeca, Oliver le había explicado a su novia la llamada de Nora.

—No pasa nada... —les aseguró, buscando a su alrededor dónde había dejado caer las llaves.

—¿Qué buscas?

—Las llaves, tengo que salir —informó Rebeca, acercándose al suelo donde estaban tiradas.

—No, no vas a ningún lado... ¿Tiene que ver con que te acostaras con Gabriel? —preguntó, confuso. Rebeca visualizó con el ceño fruncido a su hermano. Su mente no le permitía abarcar también esta conversación ahora.

—¿Por qué sabes tú eso? —cuestionó Rebeca, girando hacia su cuñada molesta, pero ella negó alzando los brazos indicando que era inocente.

—Os escuchamos a ti y a Alex discutir el día del ensayo... Aira no me ha dicho nunca nada —le explicó Oliver al ver la mirada glacial que su hermana que le había dedicado a su novia.

—Oír conversaciones a escondidas es de muy mala educación y una falta de respeto hacia las personas, pero ya que lo hiciste, sabrás que lo que pasó no tuvo ningún tipo de importancia, ni para mí, ni

para él y que fue hace mucho —le contestó—. Ahora me voy. —Esquivó a su hermano y se acercó a la puerta, pero Aira le cortó el paso con los brazos cruzados—. Aparta —exigió.

—Creo que estás muy nerviosa y no es bueno que conduzcas —puntualizó Aira con voz calmada. Rebeca era consciente de que tenía razón, así que dejó salir un suspiro.

—Vale, necesito que me lleves a tu casa.

—¿A mi casa? —preguntó Aira, sorprendida y Oliver se acercó a ellas igual de sorprendido

—Sí, a tu casa, quiero ir ahora —recordó —¿Me vais a llevar o me llevo yo sola? —insistió con poca paciencia.

—Vamos...

El viaje fue en completo silencio. Aira y Oliver se miraban de reojo en algunas ocasiones y luego, uno regresaba la vista a la carretera y la otra observaba a su cuñada con preocupación a través del espejo retrovisor. Rebeca movía las piernas con impaciencia, aunque ella no lo hubiera notado, las vueltas que había dado al salón de su casa le ayudaban a calmarse, ahora estaba más desesperada y ansiosa. Intentó despejarse mirando el paisaje, pero esos árboles verdes, que prácticamente eran un borrón, no le tranquilizaban.

—¿Nos vas a decir por qué necesitas ir a casa de los Rice? — preguntó Oliver, deseando que su hermana se expresara de alguna manera para entender por qué estaba en ese estado y poder ayudarla. Al llegar a casa de los Rice, se encontrarían a todos, dando que estaban en una comida familiar.

—No.

No volvieron a hablar y, cuando llegaron, Rebeca bajó corriendo sin que este llegara a detenerse del todo. Al parar el motor, la pareja la siguió rápidamente. Rebeca frenó y esperó a que Aira abriera la puerta. Nada más entrar, fue directa a la sala con la esperanza de encontrar allí a Alex.

—¿Rebeca? —preguntó Elena, sorprendida de que se encontrara en la casa. Aunque lo había intentado en varias ocasiones, la chica siempre declinaba la oferta de asistir a las comidas o cenas y pedía que por favor la entendieran.

—¿Está Alex? —inquirió sin saludar a nadie y mirando también por el pasillo y las escaleras que llevaban a la segunda planta.

—No, salió hace horas a correr y todavía no ha vuelto — contestó Elena, sin poder evitar su confusión por el interés repentino de la chica.

—¿Para qué lo buscas? —quiso saber Carmen, que también se encontraba en la casa, observando a Rebeca con suma atención como solo ella sabía hacer.

—Da igual, son cosas mías, lo esperaré arriba.

No esperó respuesta de los presentes, ni de su padre ni de su hermano, que se encontraban incrédulos por la impaciencia de ella al querer ver a Alex.

—Tranquilo, yo subo —comentó Aira, al ver el rostro de preocupación de su novio. Le dio un corto beso en los labios y subió. Al llegar al pasillo de la segunda planta, se encontró a Rebeca apoyada en la puerta del dormitorio de su hermano. En silencio, se dejó caer a su lado y colocó una mano en el muslo de su amiga.

—Rebeca, ¿qué pasa?

—Nada... necesito hablar una cosa con él.

Aira se dio cuenta en que la palabra mencionada era “necesitar” y no querer o pedir. Algo había pasado para que Rebeca requiriera hablar con su hermano con una desesperación que hacía años que no le veía. La miró con intención de preguntarle algo más, pero Rebeca negó y cerró los ojos. Aira entendió que no iba a conseguir que Rebeca dijera nada más, así que se puso en pie.

—Avisa con lo que sea, ven a buscarme —le pidió. Sin abrir los ojos, Rebeca asintió y finalmente, Aira bajó de nuevo al salón.

Alex había pedaleado con rabia desde la playa hasta casa, eligiendo el camino más largo, intentando descargar así los pensamientos negativos que le invadían. Decidió tardar más tiempo en llegar y así poder calmarse. Después de casi una hora y media llegaba al jardín, dejó la bicicleta tirada, más tarde la recogería, y entró por la puerta de la cocina para evitar encontrarse con el resto antes de ducharse. Abrió la nevera y le dio un largo trago al agua. Fue hasta el pasillo y se sorprendió al encontrarse a Rebeca sentada en el suelo junto a la puerta de su habitación.

Trato de ignorarla. No funcionó.

—¿Por qué? —Fue lo primero que preguntó Rebeca mirándole con atención. Eso hizo que Alex centrara la suya sobre ella, observándole de la misma manera.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué no me lo dijiste? —intentó de nuevo, entrando con él en el dormitorio para que nadie los escucharan.

—¿En serio me lo preguntas? Me diste una bofetada sin dejar que te explicara nada... saliste corriendo —puntualizó Alex—. En ese momento, de todas formas no podía haberte dicho mucho porque ni yo mismo recordaba... —comentó pensativo—, pero fui al hospital y te negaste a verme, fui a tu casa y le pediste a tu padre que me echara de allí, te oí desde el salón... te fuiste y no contestaste a ninguna de mis llamadas...

—Yo...

—Estuve solo, solo de verdad... ¿Sabes lo que se siente? —preguntó Alex a Rebeca, que se había quedado sin palabras al recordar aquella primera mañana cuando Alex le confesó que uno de sus mayores miedos era quedarse solo—. Nadie quiso entenderme, ni me apoyaron, incluso mi familia me miró durante días con odio... nadie estuvo para mí, solo...

—Solo Gabriel... Lo siento.

—Tú no tienes la culpa —murmuró Alex, sin apartar sus ojos de los de ella. Estaba siendo completamente sincero, como le había sido a su padre la noche previa a la boda. Se estaba abriendo con alguien y no le estaba haciendo sentir mejor—. ¿Puedes salir? Voy a ducharme, tengo invitados en casa —comentó abriendo la puerta para que ella saliera.

Rebeca se acercó a la puerta y lo miró por última vez antes de salir.

—Ojalá me perdones.

—No tengo nada que perdonar, pasara lo que pasara, fui yo quien lo estropeó —concluyó la conversación, cerrando cuando ella la traspasó.

Alex se dejó caer con la espalda pegada a la madera y se sentó con la cabeza apoyada, dio largas bocanadas de aire para calmarse mientras removía sus dedos con nerviosismo. Respiraba en un intento de recordar lo que le prometió a su padre.

Al otro lado, Rebeca estaba sentada en el suelo con su rostro en sus manos y dejando que las lágrimas cayeran sin control. Flexionó sus piernas hasta su pecho y metió la cabeza entre ellas para tratar de calmar su llanto.

—¿Beca? —La nombrada alzó la cabeza para encontrarse con Lucy mirándole con preocupación—. ¿Estás bien? —preguntó agachándose frente a su amiga.

—Sí... —contestó sin dejar de llorar, luego comenzó a negar ansiosa—. No, en realidad no... ¿Puedes sacarme de aquí? —le pidió Rebeca con desesperación.

—¿Qué ha pasado?

—Necesito salir de aquí, por favor —le suplicó. Lucy, sin pensarlo, extendió su mano para que su amiga se agarrara y la ayudó a ponerse en pie. Con las mangas de la camiseta, como cuando eran pequeñas, retiró las lágrimas de su amiga y cogidas de la mano, bajaron las

escaleras.

—¿Os marcháis? —Albert intentó ponerse en pie cuando su hija y Lucy entraron por la puerta, pero Anna le cogió del brazo para calmarlo.

—Sí, nos vamos a dar un paseo juntas... nos quedan muy pocos días antes de que se marche a California, así que voy a aprovecharlos, lo siento por la comida, a la próxima no falto, lo prometo —comentó mirando a toda la familia, pero tratando de que Albert entendiera que estaría con ella y no la iba a dejar sola, pasara lo que pasara, apoyaría a su amiga.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Oliver en voz alta, cogiendo a su hermana del antebrazo y haciendo que se girara para observarle.

—Es algo entre él y yo... sé que puedes entenderlo —dijo Rebeca seria, sin apartar los ojos de su hermano. Este suspiró con un asentimiento, aceptando el comentario de Rebeca.

La puerta de la calle se cerró cuando las dos amigas salieron por ella y el silencio reinó en el salón por unos minutos. Nadie sabía cómo retomar una conversación después de ver los ojos rojos de Rebeca al marcharse, aunque Lucy les mostrara una mirada de calma.

—Sigo sin entenderlo... si la cosa era entre ellos, ¿por qué llama Rebeca a Gabriel, que ni siquiera está aquí, para acudir a lo que fuera que pasa? —Los pensamientos de Oliver salieron por su boca, no solo en su cabeza, con intención de que alguien de la familia fuera capaz de darle una explicación.

—La curiosidad mató al gato, cuñado —comentó Alex bajando las escaleras, con una de sus mejores sonrisas fingidas. Apoyó la mano en el hombro de Oliver—. No ha sido nada. —Y después se dejó caer junto a él en el sofá.

John intentó volver a retomar una conversación entre todos los presentes para cerrar con el paréntesis que habían vivido minutos atrás. En ese momento, el teléfono de casa comenzó a sonar y Elena contestó mientras las charlas continuaban. Alex fue consciente de que se trataba de su hermano por la ilusión de su madre al escuchar el saludo y, sin necesidad de que ella dijera nada, adivinó que la llamada iba dirigida a él. Y estando rodeado de todo, no podría evitarla.

—Alex, tu hermano al teléfono. —El chico pensó en levantarse para poder hablar en otro lugar, daba igual lo que su hermano le dijera, sabía que no quería que nadie lo escuchara, pero se quedó porque irse solo provocaría más curiosidad en todos. Suspiró con fuerza antes de contestar y acercó el aparato a su oreja.

—Hola, ¿cómo van las playas de Tailandia? —Alex trató con todas sus fuerzas aparentar tranquilidad. Con disimulo, intentó bajar el volumen de la llamada porque conocía a su hermano, y Aira y Oliver estaban demasiado cerca de él como para no escuchar lo que el mayor le iba a decir desde el otro lado.

—¿Hola, cómo van las playas? ¿Me puedes explicar qué ha pasado? ¿Por qué me ha llamado Rebeca completamente alterada? ¿Se lo has contado? —preguntó Gabriel, perdiendo los pocos nervios que le quedaban después de la última hora.

—Siento si estropeamos tu día... Rebeca y yo tuvimos una charla... y supongo que ella decidió que tú podrías resolver sus dudas... lo siento, hermano. —Alex era consciente de que once pares de ojos le miraban con atención.

—¿Sientes estropearme el día? Llevo una hora tratando de llamar a Rebeca, una hora llamándote a ti... me lo podrías explicar mejor.

—Sí, fui en bicicleta y me dejé el móvil en casa, siempre lo dejo, me encontré con Rebeca en la playa y hablamos... ¿Contento? —dijo Alex con un suspiro, decidiendo que eso era suficiente para su hermano.

—¿Hablando?, ¿estás bien? —preguntó, ahora con tono preocupado que hizo que Alex dejara

escapar una leve sonrisa sincera. En los últimos años, Gabriel hablaba con su hermano de Rebeca, siempre con mucho cuidado con las palabras que utilizaba para no dañarle.

—Sí y no —contestó a ambas preguntas sin más detalles.

—Vale, empiezo a entender, estás con toda la familia y ahora no vas a hablar... por favor, Alex, lo que necesites, llámame, da igual la hora y recuerda que en tres días estoy allí.

—Lo sé, gracias —respondió Alex y después cortaron la llamada sin añadir nada más.

—¿Fuiste hasta la playa? —preguntó Robert, sorprendido, había bastante distancia desde ese lugar. Alex se encogió de hombros con un leve estiramiento de labios.

—Sí, necesitaba algo de ejercicio y me apetecía ver la playa... corriendo hubiera sido una locura, así que cogí la bicicleta —le explicó aparentando tranquilidad.

Después, se esforzó de integrarse en la conversación y cortó las preguntas indirectas y directas que empezó a lanzarle la familia en un intento de averiguar qué había pasado esa tarde.

—De verdad, no tiene importancia, vosotros se la estáis dando, es un tema entre mi hermano, Rebeca y yo. No tiene nada más —aseguró mostrando una sonrisa. Todo quedó allí y nadie más insistió en que le contara.

∞∞∞∞∞

—Mañana tengo turno de doce horas —dijo Elena, mirando a su hijo que asintió —Tu padre pasará a buscar a Noah al colegio, así que no tengas prisas para volver de la universidad —le aseguró, mientras le abrazaba antes de subir las escaleras para acostarse. Noah hacía rato que se había ido a dormir, así que Alexander y Alex se quedaron solos en la sala.

—¿Qué ha pasado? —Alexander había hecho un gran esfuerzo esa tarde por controlarse y esperar a quedarse solo con su hijo para poder preguntarle.

—Papá...

—Quiero saber qué pasó... no viste la cara de Oliver y Aira cuando Gabriel y Nora les llamaron... y tampoco la de Rebeca cuando entró en casa —le dijo—. Parece que tampoco eres consciente de la tuya.

—Hablé con Rebeca... se enteró de una parte... —dijo Alex sin tener que dar detalles de lo que habían hablado. Alexander entendió a su hijo y no le preguntó más sobre el tema, se acercó para darle un fuerte abrazo y después de asegurarse que estaba tranquilo, subió al dormitorio.

Noah estaba feliz, hoy llegarían Nora y Gabriel y el niño estaba deseando explicarle a su padre lo que había pasado ese mes. Las llamadas de teléfono eran diarias, pero el pequeño necesitaba darle un abrazo y decirle todo con detalles y en persona. Debido a este viaje, padre e hijo se separaban por primera vez desde que el niño vivía en Luz de mar, y aunque sus abuelos y sus tíos le ayudaron a disfrutar y despejarse, lo extrañaba.

—Tío Alex... —llamó Noah mientras ambos contemplaban el televisor de la sala, esperando a la llegada de la familia. Alex había decidido quedarse en casa con Noah, evitando encontrarse con Rebeca en el aeropuerto. Era entendible que fuera a recibir a su hermana, ya que en pocos días se marchaba.

—Dime. —Alex le contestó sin apartar la mirada de la pantalla, le observó de reojo. Estaban viendo una película de *Iron man*.

—¿Por qué no has ido con el resto a recibir a papá? ¿Por qué esperaste a que volviera del colegio para quedarte conmigo? ¿Es por lo que vi en tus brazos? ¿Te ha castigado el abuelo? —preguntó el niño una tras otra sin darle tiempo a responder a ninguna hasta que este hubiera terminado.

Alex se sorprendió al escuchar las palabras y las dudas del pequeño, se giro por completo y se acercó a él con cariño.

—No, enano, no tiene nada que ver con eso... —contestó con una triste sonrisa, pero sincera—. No, fue porque no quise, sé que a los abuelos les hacía mucha ilusión ir a recibirles y yo puedo esperar aquí en casa como tú —le aseguró—. Y el abuelo no me castigó por nada, lo que viste son heridas, como cuando tú te caes jugando y te raspas la rodilla.

—Pero... tú tienes muchas

—Lo sé, digamos que me caí muchas veces. —Un suspiro se escapó de los labios de Alex. Noah dejó que su tío lo abrazara mientras ambos continuaban con la película en silencio. Alex le dio muchas vueltas a las palabras de su sobrino, era un niño consciente de que lo que tenía en su brazo estaba mal y él como adulto y sabiendo el peligro que llevaba, en ocasiones, no podía reprimir esos actos contra su cuerpo.

Escucharon ruidos en la cocina, habían llegado.

—¡Papá, Nora! —gritó el niño, a la vez que salía corriendo por la puerta y subía las escaleras hasta la cocina, donde estaba la entrada del garaje. Alex se puso en pie y pauso la película para ir a recibir a su familia. Al entrar donde todos estaban, Noah se encontraba en los brazos de su padre, que lo envolvía con energía y felicidad.

—Hola, Alex —saludó Nora con una sonrisa, acercándose para darle un abrazo. Alex correspondió mientras observaba de reojo a su hermano. Sus padres, Aira y Oliver aparecieron por la puerta con una sonrisa, Noah le pidió a su padre que le soltará y corrió para saludar a Nora.

Alex y Gabriel se miraron con intensidad mientras se abrazaron.

—Me debes una explicación —susurró Gabriel al oído de su hermano. Alex suspiró, tenía razón. Después se apartaron, por mucho que tuviera que explicar, Gabriel conocía a su hermano y era consciente de que no iban a tener esa conversación en ese momento con toda la familia junto a ellos.

Bajaron todos al salón y la pareja de recién casados enseñó algunas de las fotografías que se habían hecho durante el viaje. Escucharon con atención todo lo que Noah les contó del colegio, de los amigos y sus aventuras en el parque. Se notaba que necesitaba algo de atención por parte de su padre y Nora después de tantos días sin ellos.

Ya entrada la noche Alexander se marchó, tenía guardia nocturna. Elena y Noah se quedaron dormidos mientras veían una película Disney y Nora decidió darse un baño antes de acostarse. Tanto ella como Gabriel habían decidido quedarse a dormir allí, estaban demasiado agotados para conducir hasta su casa.

Alex se encontraba en el balcón fumando un cigarrillo para relajarse, escuchó la puerta abrirse y a alguien acercarse hasta él, sentándose en la silla a su lado. Un vaso de gaseosa apareció en frente sostenido por unos dedos largos y finos, con una mano de venas marcadas, la de su hermano. Giró el rostro para obsérvale y le agradeció en silencio con una sonrisa, Gabriel asintió y le devolvió el gesto.

—Qué alegría estar de regreso en casa —suspiró recostándose en su asiento—. Es bueno salir de aquí, pero no hay mejor sensación que la de regresar —comentó Gabriel, cerrando los ojos y respirando profundamente para sentir el frescor del lugar. Cuando los abrió de nuevo, se centro en el horizonte y ambos guardaron silencio unos minutos. Alex terminaba su cigarrillo y Gabriel disfrutaba del sonido de las hojas de los árboles—. Entonces, Beca se enteró de todo —inició la charla Gabriel al ver que su hermano no lo hacía. Alex dejó salir el aire de nuevo, deseaba evitar el tema, no quería hablar de nada, pero conocía a su hermano.

—Tú sí que sabes arruinar un buen momento de tranquilidad —dijo Alex, volviéndose para darle una calada al cigarrillo y dejando que el humo entrara en su sistema antes de soltarlo lentamente—. Más o menos, no todo, pero algo sabe —aclaró Alex con calma, tratando de mantener su cuerpo y su mente bajo control.

—¿Hasta dónde le has contado? —insistió Gabriel esperando alguna información más detallada.

—Que lo que ocurrió no fue porque yo quisiera, nada más —explicó el menor de los hermanos. Ese tipo de discusión, sin unos ojos fijos, le facilitaba mucho las cosas.

—¿Solo eso?

—También que me drogaron...

—¿Por qué se lo has dicho? ¿Por qué ahora? No lo entiendo.

—Coincidimos en la pista de hielo, me vio en una crisis... luego coincidimos de nuevo en la playa y me preguntó por ello.

—¿Tuviste una crisis en la pista de hielo? ¿Por qué sigues visitando ese lugar? Solo te haces más daño a ti mismo —dijo Gabriel observando a su hermano, aunque este no lo hiciera.

—Me ayuda a recordar que fue real, que lo que tuve con ella no fue mi imaginación jugándome una mala pasada, que hubo unos meses donde nuestra felicidad fue compartida —confesó Alex dejando escapar todo el aire.

—¿Solo eso? Necesito que me lo digas para no hablar más de la cuenta —aclaró Gabriel—. Cuando me llamó hace tres días parecía completamente fuera de sí, me asusté por ella y por ti, si Oliver y Aira no la hubieran encontrado en casa después de que Nora les llamara, habiérámos vuelto ese mismo día...

—Solo eso, no hizo falta decirle nada más. Lo demás es añadido y ella misma pudo llegar a su conclusión. Después de todo, no cambia nuestra relación o, más bien, la falta de ella —respondió encogiéndose de hombros.

—Ya verás que eso cambiará —lo trató de animar Gabriel, había presenciado cómo su

hermano bailó con Rebeca en la noche de boda, si Aira no se hubiera empeñado en cambiar la canción, tal vez el desenlace hubiera sido diferente.

—No estoy tan seguro, ojalá, pero no las tengo todas conmigo.

—Alex dio una última calada al cigarrillo y lo apagó, poniéndose en pie y estirándose.

—Solo te diré una cosa, la paciencia y el tiempo, algunas veces, son nuestros aliados — Gabriel se levantó como su hermano, cogió el vaso de la mesa—. Ahora sí, buenas noches.

Alex asintió con la cabeza y observó a su hermano alejarse hasta perderse en la casa. Se quedó en el balcón durante un rato más apoyado en la barandilla para que el aire le diera con más fuerza. Pensó en las palabras de su hermano, en esa segunda oportunidad que siempre había soñado con Rebeca y que ahora le daba miedo a que descubriera lo roto que realmente estaba, miedo a que lo descubrieran todos, incluso aquello que su hermano mayor no conocía. Le dio el trago final a la bebida que Gabriel le entregó un rato atrás y después de dejar el vaso en la cocina, fue hasta su dormitorio y se recostó en la cama dejando escapar un suspiro, buscó entre los cajones algo que le ayudara a dormir y se acomodó sumergiéndose en un profundo sueño.

Gabriel volvió a su habitación y esperó a que Nora saliera de la ducha. Pensó en su hermano, en que, claramente, había evitado ir al aeropuerto para no encontrarse con Rebeca y la excusa de recoger a Noah era precisamente eso, una excusa, porque el pequeño hubiera podido faltar a clase para recibir a su padre. En el aeropuerto notó cómo Beca evitó su mirada en todo momento, apenas le dedicó un débil “hola” sin abrazo ni beso. Gabriel apreciaba a Rebeca, era consciente de lo mucho que su hermano la amaba, pero ella seguía siendo un libro cerrado para él. En muchas ocasiones le resultaba difícil llegar a ella, incluso entenderla. Tal vez no era tan neutral en la situación y eso era porque conocía el sufrimiento de su hermano, no estaba provocado por ella, pero éste aumentó cuando ella no escuchó sus explicaciones.

—Amor... —Nora salió de la puerta del baño, se dejó caer en la cama junto a él—. ¿Has hablado con tu hermano? —le preguntó. Para ella había sido evidente que desde la llamada Gabriel estaba un poco más preocupado de lo normal. Gabriel asintió y la envolvió en sus brazos—. ¿Y todo bien? —Asuntos que no tenían solución... vamos a dormir, preciosa, estoy muerto con el cambio de hora. —Besó con delicadeza la sien de su mujer y ella se recostó en su pecho.

—¡Es hora de despertarse! —gritó Noah dando saltos en la cama de Gabriel y Nora.

Gabriel miró el reloj con los ojos medio cerrados y suspiró al ver que eran las nueve de la mañana. Se sentía agotado, su cuerpo le pedía dormir un rato más, pero al día siguiente debía volver a su rutina, sus clases en la facultad de medicina y sus prácticas, por lo que debía coger de nuevo el ritmo. Nora, en cambio, se levantó con una sonrisa y abrazó con fuerza al pequeño que todavía saltaba de rodillas entre ellos, ese mes le había echado de menos. Después, se giró a su marido y se apoyó en su pecho a la vez que dejaba un beso en sus labios.

—No hagáis eso conmigo delante... qué asco —se quejó el pequeño, saliendo de la cama y dedicándoles una reprimenda. La pareja rió y se levantó, Gabriel fue a ducharse y como Nora lo hizo antes de dormir, se vistió en el baño con su marido, se lavó los dientes y salió de la habitación junto a Noah. Alex y Elena ya se encontraban desayunando tranquilamente en la cocina.

—¿No ha llegado el abuelo todavía? —preguntó el niño. Se sentó en su lugar habitual y su abuela le pasó la caja de cereales que estaba al otro lado de la mesa.

—Sí, está durmiendo, no lo despiertes que ha llegado hace un rato —pidió Elena sentándose de nuevo. Nora lo hizo después de calentar una taza de café y prepararse unas tostadas. Gabriel se unió a ellos pocos minutos después, justo cuando el teléfono de Nora comenzó a sonar. Frunció el ceño por las horas, pero sonrió al ver que se trataba de su hermano.

—Oliver —comentó en voz alta al ver la confusión de Gabriel.

—Hola, hermano —saludó dando un sorbo a su bebida.

—Rebeca se va, ahora, ya.

Lo que había bebido salió disparado de su boca sin poder evitarlo.

—¿Por qué ya? —preguntó alterada. Los presentes en la cocina la miraron con preocupación.

—No tengo ni idea, me acaba de llamar papá, voy de camino a casa para ver qué ha pasado, Anna dice que no hay manera de convencerla, coge el vuelo en cinco horas, les ha dicho que necesita pensar —explicó Oliver.

—¡Dios! Es una cabezota, voy para allá yo también —dijo y cortó la llamada observando al resto con una débil sonrisa.

—¿Qué pasa? —preguntó Gabriel, aunque se podía hacer una idea.

—Mi hermano dice que Rebeca coge un vuelo en cinco horas... ¡Cinco horas!

Alex exhaló recostándose de nuevo en la silla donde estaba sentado y pudo notar cómo su hermano le prestaba atención.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó Elena sin pasarle desapercibido el gesto que había tenido su hijo menor.

—Que necesita pensar, ¡pensar en qué! —gritó desesperada y poniéndose en pie para ir a casa de su padre—. Voy para allá, a ver qué pasa y si la puedo convencer de algo.

—¿Te acompaño? —preguntó Gabriel, la acompañaría al fin del mundo, pero era una pregunta sin sentido porque conocía la respuesta que le iba a dar.

—No, mejor voy sola, amor —le dijo, dándole un beso en los labios, dio otro a Noah en el tope de su cabeza y se despidió bajando al garaje con las llaves del coche de Gabriel en las manos.

Al llegar a casa de su padre, el coche de Oliver ya estaba aparcado en la entrada, picó con energía y segundos después, Anna le abrió dedicándole una sonrisa triste. Estaba con el uniforme del trabajo, por lo que o bien volvía de comisaria o salía hacia ella.

—Están arriba, corazón —le indicó y Nora subió las escaleras hasta la habitación de su hermana. Ella guardaba las cosas en la maleta, paseándose por la estancia para asegurarse de que no se dejaba nada. Oliver y Albert la miraban con desesperación, Aira no estaba por ningún lado, por lo que entendió que, como ella, su hermano también había venido solo.

—¿Por qué tienes tanta prisa? —preguntó Nora apoyándose en el marco de la puerta. Los tres se giraron y la observaron. Rebeca suspiró, miró con mala cara a Oliver, adivinando que él la había llamado—, pensé que podríamos pasar algo de tiempo juntas —comentó sin apartar los ojos de su hermana, que se detuvo por unos minutos.

—Me hubiera marchado hace tres días, pero prometí esperarte, y eso he hecho, ahora me voy.

—¿Por la conversación que tuviste con Alex? ¿Qué pasó? —preguntó Oliver, volviendo a centrar su completa atención en su hermana más pequeña. Rebeca no contestó y volvió a guardar las cosas casi de manera compulsiva—. ¿Qué pasó? —insistió

—No voy a decirte nada porque no tiene que ver contigo... lo que fuera es algo entre él y yo... y yo... yo necesito volver a mi casa —respondió con sus ojos brillante puesta en su hermano.

—¿Estás en tu casa! —gritó Albert, alterado.

—Entre Alex y tú... pero también Gabriel —pensó Nora en voz alta al recordar la llamada de hace tres días—. ¿Tiene que ver con que tú y él...? —interrogó Nora confusa.

—¿Tú también? —preguntó Rebeca, comenzando a molestarse y después recordó por lo que se giró hacia su padre confusa—. ¿Por qué no te sorprendes? —cuestionó a Albert, y los mellizos hicieron lo mismo, porque él no estaba cuando escucharon la discusión en el jardín, aunque Nora lo sabía de antes.

—Sé lo que pasó entre Gabriel y tú... —aclaró Albert analizando a su hija, mostrándole tranquilidad para que entendiera que no era un tema que ahora le preocupara.

—¿Cómo...? ¿Escuchaste como ellos?

—No... bueno sí, pero tal vez no la misma... —dijo él con un suspiro. Sus tres hijos se mostraron confusos y cruzaron los brazos, esperando una respuesta por parte de su padre.

—Cuando tuviste el aborto... y Gabriel estuvo ingresado con su crisis... escuchamos una charla de ambos... —dijo Albert, sabiendo que su hija menor sabría a la que se refería.

—¿Gabriel era el padre de ese bebé? —preguntó Oliver, alucinado por la información que estaba recibiendo y con el hecho de que toda la familia estuviera al tanto menos él.

—Es decir, yo guardo un secreto porque no quiero que nadie se entere y resulta que ya lo sabéis todos...

—A mí me lo contó Gabriel cuando empezamos a salir... —puntualizó sin moverse de su posición en la puerta—. Me lo contó todo... —aclaró.

—Yo escuché esa conversación en el hospital... junto con Alexander, Elena y Carmen —confesó Albert.

—¿¡Perdona! —preguntaron Oliver y Rebeca al mismo tiempo.

—¿Carmen también lo sabe? —continuó Beca ignorando a su hermano y taladrando a su padre con los ojos. Esté asintió.

—Pensamos... que era lo mejor... —comentó con voz afligida.

—Me voy —cortó Rebeca a su padre—. Sí, Oliver, pasó todo lo que acabas de escuchar, no voy a volver hablar de este tema, así que si queréis saber más, lo comentáis unos con otros, pero

a mí no... —dijo bajando la malera de la cama—. Le decís a Carmen de mi parte que gracias por decirme que ella conocía la verdad... me torturé solo porque no estaba siendo sincera con ella... — Bajó las escaleras sin añadir nada más a sus hermanos y su padre. En la primera planta se encontró a Anna saliendo de la cocina con un trapo en las manos.

—Cariño...

—Adiós, Anna, gracias por todo —se despidió de ella con un abrazo. Algo que Rebeca había aprendido en los cursos de psicología que había realizado y las charlas en grupo con el terapeuta era que cuando te enfadas con una persona, estás enfadada con ella, no con el resto.

Después, pegó un portazo y se marchó.

—Genial, te he llamado para que lo arreglaras —le recriminó Oliver a su hermana con un resoplido.

—No ha sido culpa de Nora, nuevamente, ha sido culpa de los malditos secretos... se ha vuelto a ir... —comentó dejando que su mujer le consolara. Al poco rato, tanto Albert como Anna tuvieron que marcharse al trabajo y Oliver y Nora se fueron a la casa de los Rice.

Al llegar, los tres hermanos estaban sentados en el porche y suspiraron resignados al ver el rostro de los mellizos Wilson tras bajarse el vehículo.

—¿No habéis conseguido nada? —preguntó Aira cuando estuvieron a apenas a un metro de ellos y se apoyaron en el muro del lugar. Los dos hermanos negaron.

—No... y se fue muy enfadada...

—¿Con quién? —preguntó Gabriel confuso. Pensó en su hermano, pero él no había hecho nada para que se enfadara.

—Tus padres saben que tú y ella...—aclaró Nora observando a su marido. Todos los allí presentes ya sabían la verdad, por lo que podía hablar de ello con algo de tranquilidad. Era cierto que, durante mucho tiempo, necesitó hacer un gran esfuerzo para no decirle a Rebeca que lo sabía, sobre todo el tiempo que estuvieron solas en California; en ese tema se había acostumbrado a estar callada.

—¿Qué? —preguntó Gabriel, sentándose en el borde de la silla sorprendido, como Alex y Aira que abrieron los ojos igual de impactados.

—Ellos, mi padre y Carmen escucharon una conversación que tuvisteis en el hospital... —dijo Oliver molesto. Era el único de todos que no sabía nada de lo que había pasado y eso le hacía rabiar.

—No puede ser... mis padres me dieron una charla de casi cinco horas ese día... si se hubieran enterado de eso, me lo habrían dicho —recordó Gabriel.

—Pensamos que ya no tenía sentido... lo que te dijéramos no iba a hacer que ese bebé volviera... —habló Elena, apoyada en la puerta de la entrada. Ellos no pudieron evitar la sorpresa.

—Pero...

—Nos sirvió para saber qué había desencadenado esa crisis en ti... también para saber el motivo de la que tuvo Rebeca a la semana siguiente. Lo que pasó... vosotros no quisisteis contarlo y nosotros fuimos capaces de respetarlo —le dijo ella con tranquilidad.

—Pero fui un irresponsable... —verbalizó Gabriel.

—Sí, lo fuiste. Pero también lo fuiste con Noah y cuando decidiste entrar en ese mundo, lo fuiste cada noche que estuviste escapando por esa razón y con cada mentira que nos dijiste a tu padre y a mí. Decidimos que eran más importante esos actos que lo ocurrido con Rebeca, que ya no tenía solución... —le explicó y Gabriel bajó la cabeza al escuchar las palabras de su madre mientras el resto la observaban atentos—. Tú dijiste que ya no tenía importancia... y Rebeca no

mostró indicios nunca de querer a ese bebé y lo entendimos... —aseguró.

—¿Y la crisis que tuvo mi hermana? —preguntó Oliver, tratando de apartar la imagen de su hermana, tirada en el suelo con el cristal en la mano apretando en las muñecas, de su mente.

—No fue por el bebé... ni por el aborto... se sentía culpable por lo de Gabriel, porque Carmen no le hablaba, porque todos le echábamos en cara lo que había hecho y que no lo contara... —dijo Elena mirando al rubio.

Alex guardó silencio, escuchado atentamente cada palabra que lo demás pronunciaban, mientras trataba de mantener la calma y respirar con tranquilidad. No deseaba que nada pasara en ese momento con tanta gente presente. Después de que la conversación terminara, Elena abrazó a Gabriel para asegurarle de que todo estaba bien y que aquel incidente había transcurrido seis años atrás y ya no tenía relevancia, todos entraron en el interior y compartieron un rato juntos.



Rebeca llegó al aeropuerto con una mezcla de rabia y enfado de la que no había podido desprenderse en el camino en taxi. Su mente no había podido dejar de reproducir los agónicos días que vivió desde el momento en el que descubrió que estaba embarazada, hasta el momento en el que Gabriel salió del aquel centro de desintoxicación donde sus padres lo llevaron para que se recuperara. Se subió al avión en busca de esa tranquilidad que necesitaba, esa rutina que había dejado atrás por la boda de su hermana y que, finalmente, podría recuperar.

Rebeca daba vueltas por su apartamento, buscando las botas con plataforma, su amiga Sylvia la estaba esperando en la sala desde hacía quince minutos.

—Beca, en serio, no entiendo cómo siempre tardas tanto... —comentó distraída con el móvil y mirando con una sonrisa cómo su amiga buscaba el calzado que tenía junto al mueble del televisor. No quería ser mala, pero eso la daba la razón en lo que llevaba diciéndole semanas.

—Lo siento, no encuentro las botas y si vamos a ir a cenar y tomar algo no quiero ir en deportivas y no me apetece, para nada, unos tacones...

—¿Dónde las viste por última vez? —preguntó girándose al pasillo, Rebeca salía del dormitorio que antes era de su hermana y ella había convertido en un vestidor con su marcha.

—Supongo que en el zapatero, no lo... —Guardó silencio cuando vio los labios estirados de su amiga y cómo le señaló con la cabeza el lugar donde estaban—. Podrías habérmelo dicho hace rato, ya estaríamos en la calle —dijo molesta mientras las cogía.

—Beca, eso demuestra lo que te llevo diciendo desde que llegaste de la boda de tu hermana... estás rara. ¿Qué paso allí? —intentó de nuevo a ver si esta vez conseguía más información que todas las veces anteriores.

—No pasó nada, de verdad.

—Te conozco... es cierto que no hablas mucho de tu pasado, pero sé qué clase de persona eres ahora... algo pasó en esas semanas, tal vez con tu ex, ese al que no nombras bajo ninguna circunstancia... o con tu familia... pero algo te atormenta y puedes contármelo —le recordó Sylvia, parándose frente a Rebeca que ya estaba con las botas puestas—. He visto cómo cuelgas las llamadas de tus hermanos, las de tu padre... incluso las de tus amigas.

—Lo que pasó es que yo no debería haber vuelto al pueblo, que ese lugar no me trajo nada bueno y por eso me fui, y volver fue una locura, pero claro... mi hermana quería casarse en la casa de sus suegros... en esa casa encima...

—¿Qué tiene esa casa?

—Mi ex, el innombrable, es hermano de mis cuñados.

—¿Venga ya? ¿En serio? Tres hermanos para tres hermanas, parece de película... perdón —se disculpó cuando vio la seriedad en el rostro de su amiga—. ¿Eso significa que le viste? —tanteó con cuidado.

—Sí, pero no voy a hablar de él... Lo bueno que tiene California es que él no existe en este lugar y no voy a hacer que aparezca ahora, así que vamos a esa cena, que Chris y Aarón llevan media hora esperando en la puerta. —Rebeca dio por finalizada la conversación, se acercó al perchero y cogió el bolso. Las dos salieron de casa y caminando a paso rápido llegaron al restaurante donde, como Rebeca había dicho, los dos amigos esperaban en la puerta.

Cuando estuvieron los cuatro juntos, entraron al restaurante. El teléfono de Rebeca sonó, lo giró para comprobar de quién se trataba y, al ver que era Gabriel, cortó la llamada de inmediato. Sylvia tenía razón, no había contestado a ninguna de las llamadas de nadie de la familia. Algunas veces contestaba a Anna, porque ella no tenía la culpa o, si tenía ganas, a Lucy e Iris, que ellas no le habían engañado durante años. Su mente le repetía una y otra vez que lo que pasó entre ella y Gabriel no tuvo ninguna importancia, pero de alguna manera, todo lo que pasó después de eso sí la tuvo y nadie fue capaz de decirle: “Rebeca, tranquila, sabemos todo y no pasa nada”. El

hecho de que descubriera qué pasó seis años atrás con Alex tampoco le hacía sentirse más tranquila o aliviada, al contrario, el sentimiento de culpabilidad era el más presente en ese momento.

El teléfono sonó de nuevo, volvía a ser Gabriel. Lo silenció y miró a sus amigos con una sonrisa.

—¿Quién es? —preguntó Aarón. Los tres se habían dado cuenta de que era la segunda llamada que bloqueaba desde que estaban allí.

—Mi cuñado... ahora no voy a hablar con él, lo llamaré mañana —les dijo, aunque no, no lo iba a llamar al día siguiente.

—Si insiste dos veces tal vez es algo importante... —comentó Chris.

—No creo, solo está siendo un poco pesado. —Los dos chicos rieron con ella cuando Rebeca lo hizo, Sylvia la observó con el ceño fruncido.

Esta vez fue un mensaje.

Beca, soy Noah, cógeme el teléfono, por favor.

Rebeca no estaba segura si era verdad o simplemente una estrategia, pero cuando la melodía comenzó a sonar, se disculpó con sus amigos y descolgó, el niño no tenía la culpa de nada, pero se mantuvo en silencio esperando a que él hablara primero, para asegurarse de que era él.

—Hola, tía Rebeca —saludó Noah, feliz de que después de tantos intentos, por fin, le hubiera contestado.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? —preguntó Rebeca más tranquila. Podía escuchar varias voces, por lo que seguro el niño tenía el manos libres puesto, pero no iba a discutirlo en ese momento.

—Bien, me aburro mucho en las clases, en el examen de matemáticas de la semana pasada saqué un diez y papá me dejó ir al cine con los compañeros de clase. Fue muy divertido, vimos una película de miedo... —explicó con entusiasmo.

—Eso es genial, cariño, qué bien que papá te dejara ir al cine y enhorabuena por ese diez, seguro que estudiaste mucho —felicitó Rebeca. Sus acompañantes en la mesa sabían que hablaba con su sobrino, sus ojos se iluminaban cuando se trataba de él.

—¿Cuándo vas a llegar? —quiso saber Noah, Rebeca se tensó. No tenía ninguna intención de volver a Luz de mar, mínimo hasta la boda de su hermano.

—Cariño, ahora voy a empezar un nuevo trabajo, tengo algunos proyectos... no creo que pueda ir en un tiempo.

—Pero este fin de semana es mi cumpleaños y me prometiste que este año vendrías a la fiesta, dijiste que estarías con la familia

—Rebeca cerró los ojos y dejó escapar el aire, era verdad—. ¿No vas a cumplir tu promesa? —preguntó Noah con voz rota—. Papá siempre dice que si no se va a cumplir esta feo hacer una promesa.

—Tienes razón, te lo prometí, estaré allí el día de tu cumpleaños —aseguró Rebeca, respirando hondo, lamentándose de haberle hecho tal promesa a su sobrino el día que estuvieron patinando.

Se escuchó un grito de felicidad.

—Gracias, te quiero muchísimo, tía Rebeca, nos vemos el sábado, lo celebramos en casa de los abuelos. Papá ha contratado colchonetas hinchables para mí y mis amigos. Tú, si quieres, también puedes subir —le dijo con mucha más alegría de la que había mostrado antes de hablar con ella—. No cuélgues, Nora quiere hablar contigo —Rebeca se despidió de él y antes de

escuchar la voz de su hermana cortó la llamada.

—¿Te vas de viaje? —preguntó Sylvia sorprendida.

—Eso parece, es el cumpleaños de Noah y le prometí que este año sí estaría allí con él —comentó.

—¿Qué no hace uno por los sobrinos? Lo hacemos todo, si mi sobrina me pidiera que fuera maquillado y con coletas a recogerla al colegio... yo creo que lo haría —dijo Aarón riendo de su propio comentario y pensando en el momento—. Espero que jamás me lo pida.

—Si lo hace, por favor, llámame, verte a ti maquillado y con coletas es una de mis fantasías —soltó una carcajada Chris.

Rebeca conoció a sus amigos en las clases de interpretación y danza que dio para formarse como bailarina profesional, desde ese momento, hace casi cuatro años, eran un cuarteto inseparable. Aunque del presente se lo contaban todo, Rebeca siempre mantenía su pasado bajo llave. Sylvia y Aarón tonteaban continuamente, aunque ninguno de los dos parecía dar el siguiente paso y ambos aseguraban estar felices en el momento en el que se encontraban. Chris había tenido algún novio, pero sus relaciones no eran duraderas, según Rebeca porque su amigo tenía miedo al compromiso.

Durante la cena dejaron atrás el viaje de Rebeca y estuvieron riéndose de las continuas bromas. La semana siguiente Beca y Chris empezaban los ensayos para un musical al que los habían seleccionado juntos; les hacía especial ilusión porque sus personajes eran amigos. El director les confesó que los vio en la cola el día de la prueba y supo que era lo que necesitaba. Rebeca quiso llamar a su familia el día que le dieron la noticia, pero era demasiado orgullosa para ello, así que se lo contó a Anna, ella se le diría al resto. Y después, hizo lo mismo con Lucy que estuvo gritando con ella emocionada durante una hora.

Al terminar la cena, todos se volvieron para sus casas. Ya en el apartamento, Rebeca trató de organizarse para poder viajar el sábado a la fiesta de Noah y volverse el domingo para poder empezar a trabajar el lunes.



Rebeca llegó al aeropuerto. No había avisado de la hora, por lo que nadie estaba allí para recibirla. La noche antes llamó a Lucy para preguntarle si podría quedarse a dormir con ella esa única noche, su amiga no tuvo problemas, de todas formas, le pidió que hablara con su familia, que no era bueno para ninguno que esa situación se alargara mucho más tiempo. Rebeca cogió un transporte público para llegar a Luz de mar, no tenía prisa. Noah le había dicho que la fiesta empezaría a las cuatro de la tarde y todavía eran las dos, había comido un bocadillo rápido en el aeropuerto, segura de que en la casa harían lo mismo para así ayudar todos a la preparación y organización. Una vez en el pueblo, pidió un taxi para llegar hasta la casa de los Rice, como estaba adentrándose en el bosque, no llegaban los autobuses.

Al llegar, había varios coches en la entrada. El de su hermano, el de Gabriel, el de su padre y también el de Carmen. Parada frente a la puerta, respiró unas cuantas veces para calmar sus nervios y después llamó al timbre. Esperó a que alguien le abriera y tras unos minutos, Elena mostró una gran sonrisa al verla en la entrada.

—Hola, cariño —saludó la mujer, abrazando a la chica que se sorprendió por el gesto. Tenía buena relación con Elena, pero ese tipo de demostraciones hacía mucho que no las tenían.

—Hola, Elena —Rebeca avanzó y dejó su mochila apoyada en el mueble de la entrada y la chaqueta colgada en el perchero—. ¿Dónde está la gente? —preguntó al escuchar tanto silencio y

apenas un ruido a lo lejos.

—Están todos en el jardín, contratamos un *catering* si no, hubiera sido una locura —aclaró Elena tan dulce como siempre—. ¿Podemos hablar un momento? —preguntó algo avergonzada. Rebeca asintió nerviosa y acompañó a la madre de sus cuñados hasta la sala, se le hizo raro verla tan vacía. Ambas se sentaron en un sillón, una frente la otra.

—¿Qué pasa? —quiso saber Rebeca.

—Cuando te marchaste... tus hermanos dijeron que te habías ido enfadada... y como no has cogido las llamadas de nadie... —comenzó Elena. Rebeca contuvo la respiración unos segundos al entender el tema que quería hablar—. Cariño, nosotros tomamos la decisión de no deciros nada porque os escuchamos decir que no querías recordar el tema, que ya daba igual, pensamos que hablando de ello, tal vez, solo causábamos más dolor en vosotros —explicó a Rebeca. Está se acomodó para poder contestar a Elena con calma.

—No me molestó eso... —aseguró—. Me molestó que mi hermana supiera la verdad desde hace casi siete años y nunca me dijera nada, que mi padre fuera consciente de todo, me molestó que Carmen me ignorase, me hizo un vacío que nada tenía de profesional, solo porque yo no le decía la verdad... pero ella ya la sabía... me sentí muy sola e incomprendida el tiempo que Gabriel estuvo en esa clínica. Tanto mi padre como Carmen sabían la verdad y ninguno me dijo: “*Beca, sabemos todo y no pasa nada, nos tienes igual*” —habló en carrerilla desahogándose por fin.

—Mis hijos...

—Tus hijos lo sabían... los dos —aseguró Rebeca, dejando salir un suspiro—. Se enteraron el día que Alex y yo nos perdimos en el bosque, cuando la lluvia. Ese fue el motivo por el que salió corriendo y yo tras él. Si hubiera sabido que todos conocíais la verdad, la hubiera contado desde un principio.

—Lo siento —contestó apenada, Elena.

—No tienes la culpa, Elena... además eso pasó hace mucho tiempo, ya está olvidado —prometió y le dio un abrazo igual de fuerte que el que la mujer le había dado antes.

—¡Mamá, necesitamos que...! —Gabriel apareció por la sala y frenó en seco al ver allí a Rebeca—. No sabía que habías llegado... —dijo observándola, ella se encogió de hombros.

—Lo siento, estuve hablando con ella y no he avisado de que ya había llegado. ¿Qué necesitas? —preguntó a su hijo con atención.

—Aira... dice que necesita algo, no recuerdo el que —explicó, pero sin mirar a su madre, sus ojos únicamente estaban puestos en Rebeca que le hacía con la misma intensidad.

—Os dejo, voy a ver que quiere mi hija —comentó poniéndose en pie, dio un fuerte apretón en la mano de la chica y, al salir, hizo lo mismo en el hombro de su hijo. Se marchó dándoles intimidad.

—¿Tú también vas a darme una charla? —preguntó apoyada en el respaldo del sofá, con las cejas alzadas y esperando a que él hablara.

—Tu familia, ahora también la mía, lo ha pasado mal este mes porque no les cogías el teléfono —empezó Gabriel con los brazos cruzados y apoyado en el marco de la puerta.

—Lo siento, yo también lo he pasado mal, porque resulta que vengo al pueblo después de seis años sin pisarlo y descubro que toda mi familia y la tuya sabían que nos habíamos acostado... y que mi exnovio no me puso los cuernos, que lo drogaron y violaron... Y que tú lo sabías y no te molestaste en decírmelo —respondió Rebeca, molesta y poniéndose en pie frente a él—. ¿De qué me vas a hablar primero? —quiso saber—. ¿De cuándo le contaste algo mío y privado a mi hermana o de cuando me ocultaste lo que había pasado con Alex? —En ese momento el enfado

afloró de nuevo mientras enfrentaba a su cuñado.

—Tu hermano, mis primas, Robert y Lydia lo descubrieron el día del ensayo cuando tú y mi hermano os pusisteis a gritar en el jardín—se defendió Gabriel, serio—, y Nora era mi novia, tenía que ser sincero con ella, porque de eso van las relaciones... y por eso se lo dije. Recuerdo que tus palabras con mis hermanos fueron que era algo que solo nos incumbía a ti y a mí y que éramos nosotros quienes decidíamos a quién contárselo... yo quise contárselo a ella —le recordó con atención—. E igual que mis hermanos no eran nadie para decir lo que había pasado entre tú y yo, yo no era nadie para contar lo que pasó con Alex —le aseguró.

—¿Y tanto te costaba decirme... “Rebeca, Nora sabe lo que pasó”? —dijo la rubia sin hacer mención al tema de Alex, porque tal vez era verdad, él no tenía por qué decirle nada.

—Venga, Beca, ¿en serio? —preguntó Gabriel todavía sin moverse de su posición.

—¿Sabes? Da igual...

Gabriel suspiró al escucharla y se acercó a ella acariciando sus brazos, Rebeca se sorprendió a sentir el tacto de su cuñado, estaba poco acostumbrada a esas muestras por parte de él.

—Siento no decirte lo de mi hermano... intenté que hablaras con él... —le recordó. Rebeca bajó la vista a sus brazos, observando cómo él la acariciaba con movimientos relajantes—. Él me necesitaba en ese momento... ahora nos necesita a los dos. —Rebeca alzó la vista con ojos apenados.

—Yo... yo ya no formo parte de su vida...

—Tú siempre vas a formar parte de su vida... te engañas a ti misma diciendo lo contrario —aseguró él. Rebeca se alejó de Gabriel y se quitó una lágrima traicionera que había comenzado a caer por sus mejillas.

—Voy a saludar al resto —dijo evitando el tema y saliendo por la puerta donde Gabriel había estado apoyado minutos atrás. Antes de llegar al jardín, se encontró con sus hermanos en la cocina hablando. Ambos se giraron al escuchar los pasos de alguien y se sorprendieron al ver a Rebeca. Eso le indicó que Elena no les había dicho nada para que fuera asumiendo una conversación a la vez y no todas juntas.

—Vale, antes de que me grites y te enfades, lo siento. Debí decirte que lo sabía, pero Gabriel me aseguró que no había sido importante para ninguno de los dos, que pasó y que tú no querías que Oliver y yo supiéramos, así que decidí fingir que nada había pasado, ¿es eso algo malo? —dijo Nora de golpe. Se quedó en silencio esperando la rabia de su hermana o tal vez la indiferencia.

—Supongo que no —contestó Rebeca con media sonrisa. Sus hermanos se acercaron a ella para darle un abrazo.

—No nos gusta que te enfades con nosotros... —susurró Oliver apretando el abrazo que los tres se estaban dando.

—Supongo que no estaba enfadada... solo dolida y tal vez no con vosotros, sino con papá y Carmen... pero como siempre me cuesta separar una cosa de otra, actúe al revés —dijo con un suspiro cuando el abrazo se deshizo y vio a sus hermanos a los ojos.

—Hola... —escuchó la voz de Carmen en la puerta de la cocina que daba al jardín y Rebeca dejó salir aire de nuevo, “cuarta ronda”, pensó para ella misma cuando la vio.

—Vamos a ayudar fuera —dijo Oliver viendo a su melliza que asintió. Gabriel, que entró en la cocina en ese momento, salió con ellos por la puerta del jardín pasando junto a Carmen y ayudando a todos en el jardín sin espiar lo que pasaba en la cocina de la mansión.

—Puedo empezar con un lo siento —dijo Carmen con tranquilidad, sentándose en la mesa de la cocina y señalando a Rebeca el sitio frente para que ella hiciera lo mismo—. Siento no haberte

dicho en su momento que estaba al tanto de todo, pero la verdad... me hubiera gustado enterarme por ti en su momento...—dijo pensativa.

—Te lo conté, te lo dije cuando estuve preparada —le dijo Rebeca algo alterada.

—No, me lo dijiste porque te sentías mal contigo misma por ocultarme la verdad, porque yo me dejé llevar por el cariño y el amor que te tengo y me olvidé que también era tu terapeuta... —le recordó Carmen

—Puede ser, pero te lo dije, fuiste la única a la que le conté y en ningún momento pensaste en decirme que ya lo sabías —le dijo la rubia.

—No, no lo pensé, pero tampoco le dije a nadie que me lo habías confesado, solo a Gabriel que entró ese día contigo —le aseguró la mujer.

—La verdad... supongo que ya da igual, que pasó hace años y que sí, me molestó que no me dijeras la verdad y me dolió enterarme de que todos sabían algo que yo no quería que nadie supiera, pero da igual porque eso pasó hace años y porque ya no tiene importancia alguna —aseguró Rebeca, poniéndose en pie—. Así que disculpa por portarme como una niña —comentó, y Carmen se puso en pie y dando una abrazó a la chica.

—Vamos afuera, queda poco para que lleguen los invitados y faltan algunos globos y que los especialistas monten las camas elásticas —explicó Carmen, pasando su brazo por el hombro de la chica y la atrajo a ella para darle un beso en la cabeza.

El aire una vez en el jardín las ayudó a mantener sus emociones a raya. Desde el primer momento que puso un pie fuera vio a su padre acercándose a ella.

—Beca... mi niña, yo...

—Da igual, papá, todo está bien —le aseguró con tranquilidad y después de que Albert correspondiera el abrazo de su hija, estuvieron preparando las cosas. Alex se excusó en cuanto vio a Rebeca aparecer y entró en casa para irse a su habitación, su hermano le había avisado que estaría hoy, pero le había afectado de todas formas.

Noah llegó al poco rato con Alexander y se sorprendió al ver todo lo que su familia había organizado en el jardín para su cumpleaños. Se acercó a Rebeca feliz al ver que ella había cumplido su promesa y le dio un fuerte abrazo, para después abrazar a todos.

Los invitados fueron llegando y Alex salió porque no era correcto estar encerrado toda la tarde. Estuvo con su tío, tratando de evitar en todo momento a Rebeca, para nada se encontraba preparado para enfrentar una conversación con ella como la última que tuvieron en la playa y luego en su dormitorio.

Rebeca se alejó de la fiesta para entrar e ir al baño, necesitaba refrescarse un poco después de todas las emociones, primero con Elena, Gabriel, sus hermanos, Carmen y su padre. Al salir, encontró a Alex apoyado en la pequeña barandilla que tenía el balcón de la cocina para bajar al jardín. Ella había notado cómo Alex la estaba evitando desde el primer momento, tampoco podía culparle por ello. Se acercó a él en silencio, no estaba segura si esa era la mejor decisión, pero fue lo que le salió.

—Hola...

Alex se quedó sin aire de todo el que dejó escapar al escuchar la voz de Rebeca. Cerró los ojos con fuerza. Ahora no tenía escapatoria, no iba a poder huir como llevaba haciendo toda la tarde. Ella inspiró con fuerza y se apoyó en la barandilla donde él estaba mirando a toda la gente que había en el jardín. Los dos guardaron silencio, observaron cómo Noah jugaba con sus amigos en los hinchables y cómo la familia hablaba animada con los invitados.

Alex suspiró.

—Pensé que no volvería a verte hasta la boda de Aira y Oliver... —comentó Alex, dejando escapar una sonrisa sarcástica. Rebeca hizo el mismo gesto, aun después de tantos años, continuaba conociéndola.

—Yo también lo pensé... pero me llamó Noah el otro día y me recordó que le había prometido estar aquí este año...—contestó ella encogiéndose de hombros sin dirigir sus ojos hacia él, de igual forma que Alex estaba haciendo—. No sabía que fumabas... —dijo ojeando el cigarrillo que Alex sostenía en su mano. Él hizo lo mismo y prestó atención al humo que salía de ella, lo estaba haciendo bajo la mirada de todos los invitados y los presentes, sus padres... su madre lo estarían viendo o, tal vez, desde lejos no se notaba.

—No fumo... lo mantengo en los dedos... —confesó, pero no quiso darle más detalles.

—Siento no haber confiado en ti... —soltó Rebeca. Ante esas palabras tampoco se volvieron el uno al otro, ambos habían descubierto lo cómodo que era confesar cosas de esa manera, cerca, pero sin la presión de verse entre ellos.

Abajo en el jardín más de uno los miraba para ver que hacían. Aira, Nora, Gabriel o Carmen se intentaban disimularlo, aunque no lo conseguían, el resto lo hacían de forma descarada.

—Parece que no te demostré bastante que podías hacerlo —dijo Alex encogiéndose de hombros. Por un momento su mente le recordó que no estaba preparado para esta conversación con Rebeca, pero ya no podía dar marcha atrás.

—Sí, me demostraste que podía confiar en ti... pero...

—¿No fue suficiente? —Alex se giró y la observó de frente, cada centímetro de su cara. Sus ojos azules parecían más tristes que cuando llegó para la boda, bajo ellos había unas débiles manchas, más oscuras que el resto de su piel. Sus labios continuaban siendo carnosos y por un momento soñó con volver acariciarlos, su cabello estaba suelto, se movía con el viento y llevaba unas pequeñas ondas tan características de ella.

—Lo siento. —Ella también se volteó hacia él y se analizaron en silencio, solo con los ojos.

—Si en aquel momento confiabas en mí, como mínimo me hubieras dado el beneficio de la duda, pero no, ni siquiera te lo planteaste... —Alex continuaba queriéndola, no lo había dejado de hacer nunca, pero donde antes todo era amor y felicidad, ahora estaba bañado por un sentimiento de decepción y culpa.

—Me dejé llevar por los impulsos... en ese momento no hubiera podido soportar todo lo que podría sentir después... eras todo para mí, y me quise construir un muro antes de que me destruyeras y en ese muro no había espacio para explicaciones... —Después de pronunciar esas palabras en voz alta, palabras que eran completamente sinceras porque ella así lo sintió, se dio cuenta de lo egoísta que había sido.

—Yo supongo que preferí ser el malo de la película que decir lo que había pasado... —

comentó él volviendo a mirar al frente y medio sonrió al ver como su familia continuaban siendo unos cotillas que ahora no disimulaban ni siquiera—. Construiste muros para no destruirte y con ellos dejaste que me destruyera yo... Parece egoísta, ¿no crees? —se maldijo a sí mismo por decir esas palabras.

—Sí... parece un poco egoísta, pero Alex... esas fotos estuvieron frente a todo el colegio, todos las vieron... si la situación hubiera sido al revés...

—Te habría escuchado, podría creerte o no, pero te escucharía —rebatía girándose un instante. Ella no había dejado de hacerlo.

—Sí, debí escucharte, debí estar para ti como tú lo estuviste para mí.

—Debiste hacer muchas cosas que no hiciste... yo también debí hacerlas... pero aquí estamos seis años después... y sin haber hecho lo que el otro merecía —se contestó a sí mismo y también a ella.

Tras pronunciar esas palabras, decidió que no podía seguir, que esa conversación no iba a terminar bien. Se recordó la promesa que le había hecho a su padre y que la noche anterior había roto tras despertar de una pesadilla.

—Alex —le llamó, cogiéndole del antebrazo antes de que él se marchara. Él se encogió para soltarse, en ese lugar estaba la herida y, al intentarlo, la manga de su camiseta se elevó, dejando a la vista algunas señales—. ¿Qué es esto? —preguntó Rebeca escandalizada. Alex lo apartó con rapidez y bajó la tela. Luego dirigió su vista de nuevo a la de Rebeca, ahora aparte de tristeza había preocupación y miedo.

—Nada que tenga que importante —su tono fue serio y cortante, pero a Rebeca le dio igual, completamente en *shock*.

—¿Qué dices, Alex? Claro que me importa... ¿Qué has hecho? —insistió acercándose.

Alex suspiró y, de pasada, intentó ver a las personas que se encontraban en el jardín. Los niños y sus padres estaban entretenidos, pero sus familias ahora les miraban con más atención de la que él necesitaba en ese momento. Y lo peor, luego debería darles explicaciones.

—Nada... —contestó de malas maneras y entró en la casa, consciente de que Beca le seguiría y allí quedarían fuera de la atención de todos. Ella observó el jardín igual y, sin darles importancia, entro tras él a la cocina.

—Alex... —intentó de nuevo. Todo su cuerpo temblaba ante la idea de que Alex se pudiera hacer daño a sí mismo.

—Me ayuda. —Fueron sus únicas palabras y las hizo observando a algún punto al lado opuesto de donde se encontraba Rebeca, así no lo hacía con ella.

—¿Tienes más? —preguntó alarmada por la contestación que él le había dado. Alex negó con un suspiro, pero a Rebeca poco le importó porque se acercó más a él y subió las mangas de la camiseta de color verde que llevaba puesta. Ahogó un grito al ver todas las marcas que tenía—. ¿Por qué? —repitió analizando cada gesto o movimiento de Alex. Recordando todo lo que había aprendido en sus cursos de psicología.

—Ya te lo he dicho.

—¿Te ayudan a qué? —contestó alterada y obligando a que Alex le mirara—. Alex, esto que haces... no es sano, no es bueno, necesitas ayuda.

—Da igual, es mi vida... y tú decidiste irte de ella. —Esas palabras que pronunció Alex para herir a Rebeca con intención de que le dejara en paz también le había hecho daño a él, sí la quería en su vida, la necesitaba, con una intensidad que él mismo era consciente de lo poco normal que era.

Alex bajó las escaleras del jardín y se fue junto a su hermana, donde ella y Nora hablaban.

Ambas guardaron silencio cuando lo vieron llegar y Gabriel y Oliver se acercaron rápidamente para enterarse de todo.

—¿Todo bien? —preguntó Aira.

—Sí —le dijo a su hermana con una sonrisa y después beso su frente. En ese momento no necesitaba que su familia se enterara de nada y de, todas formas, todo lo que pasara entre Rebeca y él quedaba entre ellos. Fue una decisión que tomaron sus hermanos después de que rompieran para no estropear su relación. Carmen se encontraba junto a Elena y Alexander hablando, pero tenía su atención puesta de su sobrino y todavía ojeaba la puerta de la cocina pensando en Rebeca. No había podido escuchar la conversación que los chicos habían tenido, aunque tampoco parecían tranquilos mientras hablaban y le descolocó que entraran dentro. Supuso que se dieron cuenta de que todos les estaban viendo. Se alejó de ellos para acercarse a su marido y Albert. Fue entonces cuando Alex aprovechó para ir donde estaban Elena y Alexander.

Dentro de la casa, Rebeca continuaba estática en el mismo lugar donde Alex la había dejado al marcharse al jardín. Su cabeza era un caos en ese momento y no lograba pensar en qué hacer para ayudar. Desde luego, la idea que le pasó por la cabeza no era la más lógica del mundo, pero ahora mismo, ella tampoco se sentía de esa forma, así que sin darle muchas vueltas, se acercó donde estaba la vajilla de Elena y rompió un plato con fuerza contra el suelo y se dejó caer a este mismo.

Fuera, por encima de la música se escuchó un sonido de cristales rotos en el interior de la casa y todos los invitados se mostraron confusos.

—No es nada, yo me encargo —aseguró Elena, caminando ya hacia las escaleras. Alexander, Alex y Gabriel, que se encontraban con ella y el grupo de personas, se disculparon también y la acompañaron. La imagen al llegar a la cocina les dejó sin respiración. Rebeca sentada en el suelo, junto a la mesa, había un plato roto y ella sostenía con fuerza uno de los trozos junto a su brazo.

—¿Qué haces? —preguntó Gabriel alarmado al verla. Echó una ojeada al jardín, deseando que nadie le hubiera escuchado y se dio cuenta de que la única persona que le prestaba atención era su tía que, al ver su pánico, comenzó a caminar rápida, pero calmada hasta donde ellos estaban.

—Empiezo a estar un poco cansada de todo —contestó Rebeca a Gabriel cuando este se volvió de nuevo a ella.

Elena trató de acercarse a la joven en el momento en el que Carmen apareció en la cocina y empujó a sus sobrinos para entrar y ver qué sucedía. Por unos segundos se quedó paralizada.

—Pensé que todo estaba bien, Rebeca —dijo Carmen junto a Elena, para poder estar más cerca de Beca.

—No os mováis... —les pidió con voz rotunda, nada alterada, como si realmente fuera consciente de lo que estaba haciendo en ese momento. Nadie se dio cuenta de ese detalle, nadie, excepto

Alexander. Había algo diferente en Rebeca, toda ella era diferente a la de hacía años, en ningún momento observó su brazo, no se arrepentía de lo que hacía, al contrario, su atención estaba en Alex. Lo podía notar. Lo sabía.

—Nada ha mejorado —replicó Rebeca—. Yo no me siento mejor —dijo con un suspiro.

—Rebeca... esto no es lo correcto —intentó Alex después de salir de su *shock* y se aproximó muy lentamente a la chica. Nadie se lo impidió. Alexander se dio cuenta de que Rebeca no le había pedido que no se acercara como al resto. Carmen frunció el ceño observando lo mismo, no era conocedora del motivo, pero algo en Rebeca le indicaba que debía estar tranquila. Miró a su cuñada que pareció entender lo mismo. Los tres junto a Gabriel se quedaron en silencio,

Alexander sabía cuál podría ser el motivo de Beca, pero el resto no.

—¿No está bien? —preguntó Rebeca—. Me ayuda —le contesto. En ese momento todo le daba igual, solo necesitaba que Alex prestara su atención en ella, necesitaba hacerle reaccionar y le daba igual las consecuencias que pudiera repercutir en ella.

—No, no lo hace... es una manera para evadirte del resto de tus problemas...

—Lo hago porque me siento mejor, porque me permite ver el aquí y el ahora —le dijo de nuevo apretando, más sangre cayó goteando en el suelo.

—Rebeca... —murmuró Elena. Rebeca levantó la vista por primera vez para mirar a los presentes, les daba igual todos, solo le importaba a Alex, más tarde pensaría en qué les diría.

—Por favor... no lo hagas —le pidió Alex, dejándose caer en el suelo y sus lágrimas, contenidas, comenzaron a salir, bajó la cabeza a sus manos. El aire le entraba con dificultad y sintió que perdía la fuerza en las piernas. Rebeca alzó sus ojos a los adultos y Alexander asintió, Rebeca supo que le había entendido. Y que le apoyaba.

Tanto Carmen y Elena como Gabriel y Alexander guardaron silencio, con la atención puesta en la pareja arrodillada en el suelo. Las dos mujeres no entendían qué pasaba, pero algo en la actitud de

Rebeca les decía que estaba bajo control. Alexander también se mostraba tranquilo porque sí entendía lo que estaba haciendo Rebeca, aunque no estaba seguro de si las formas serían las correctas. Y Gabriel no entendía nada y lo único que quería era que alguien hiciera algo lo antes posible.

—¿Por qué no lo puedo hacer? —preguntó Rebeca, arrodillándose junto a Alex—. Al fin y al cabo es mi vida... y tú no perteneces a ella, no tiene por qué importarte —le contestó, tratando de utilizar en todo momento las mismas palabras que él le había dicho a ella.

—Porque... te haces daño —dijo con voz entrecortada y sin levantar la vista. La taquicardia ya estaba presente y la falta de aire se hacía mayor.

—¿Y por qué yo me hago daño pero tú, en cambio, te ayudas?

El aire contenido en el lugar fue general. Alexander apretó con fuerza la mano de su mujer a la vez que cerraba los ojos, era duro escuchar en voz alta los problemas de su hijo. Cuando los abrió, Elena, Carmen y Gabriel le observaban con preocupación extrema, afirmó indicándoles que Rebeca estaba diciendo la verdad.

—Lo siento, vale, lo siento —contestó Alex levantando la cabeza para ver los ojos de Rebeca—. Todo es una mierda, llevo años viviendo un infierno y sí, sigo, avanzo, pero todo es...

—Lo que te pasa es que necesitas ayuda... y si no lo asumes tú, no te va a servir de nada... —le dijo—. Siento no haber estado, siento haber desaparecido de tu vida cuando más lo necesitabas, siento no haberte escuchado y responsabilizarte de algo de lo que no tenías culpa... lo siento —le dijo Rebeca con desesperación, llorando como él—. Pero no te voy a dejar solo, no me voy a ir esta vez, por favor, déjame ayudarte. ¿Recuerdas cuando me dijiste que la vida consistía en respirar para vivir y no al contrario?, no lo olvides.

Alex no habló, solo se quedó contemplando el iris azul de Rebeca, ella lo tenía agitados, pero su atención estaba puesta en él, sin dejar que nadie perturbara su atención. Solo percibió sinceridad y comprensión no le estaba juzgando. Entonces fue ella quien se acercó a él y lo abrazó con fuerza, hacía años que no lo hacía, por lo que pudo sentir cómo su corazón palpitaba con fuerza. Apreció que

Alex era más frágil que nunca y no pudo evitar culpabilizarse por ello. Había sentido el inicio de la ansiedad de Alex y no iba a alejarse hasta que su respiración se calmaba. Levantó la vista sin apartarse del chico para ver a las cuatro personas de pie junto a ella. Pudo ver la sonrisa triste en

Alexander y le contestó de la misma forma.

Elena se giró, pidiéndole a su marido que le dijera que todo era mentira, que no era real, pero eso no pasó. Alexander suspiró al ver que lo que Alex había querido llevar como un secreto ya no lo era. Un tiempo después, la pareja en el suelo se separó y como años atrás, fue como si todo lo que tuvieran a su alrededor desapareciera y solo quedaran ellos.

—¿Pasa algo? —preguntó Oliver, entrando en la cocina sorprendiéndose al ver a su cuñado y su hermana en el piso y más aún cuando vio la sangre y la herida la pequeña de Rebeca—. ¿Qué te ha pasado? —dijo alterado.

—Cogí un plato, se me rompió y me hice daño... no tiene importancia, ahora Alexander me lo mira —le explicó con tranquilidad. Alexander asintió mostrándose de acuerdo. Alex se puso en pie y ayudó a Rebeca a hacer lo mismo.

—¿Se rompió y te hiciste daño? ¿En el brazo? ¿Por dónde coges tú los platos?—preguntó él, alterado.

—Sí, Oliver, fue así de tonto, pero estaba distraída, no te preocupes —dijo ella dando un beso a Oliver para que se calmara.

—Oli, fue como dice, tranquilo —ayudó Gabriel haciéndose presente. Oliver le observó con el ceño fruncido primero a él y después a Alex, que continuaba junto a Rebeca.

—¿Qué te pasa? —preguntó de nuevo al apreciaba los ojos rojos de su amigo—. No me digas que nada... que esté tranquilo y tonterías... —dijo con serenidad y después se dirigió a sus suegros y Carmen.

—¿Te puedo pedir algo? —preguntó Alexander, acercándose a Oliver.

—No si lo haces para no contarme qué ha pasado, porque si mi hermana está dentro es algo que me interesa —dijo Oliver serio.

—Oliver, necesito que mantengas a mi hija alejada de la casa un rato —pidió al chico seriamente para que entendiera que era algo importante.

—¿Queréis ocultarle a Aira algo importante? Lo siento, Alexander, pero no voy a participar en ello... —le replicó.

—Es el cumpleaños de Noah, salimos en unos minutos y tras la fiesta, hablaremos todos —dijo esto último observando la reacción de Alex, este suspiró inseguro.

—Vamos, Oliver. —Carmen lo cogió del brazo para salir al jardín. Elena, por su parte, se fue donde la chica y la llevó hasta el baño principal para poder curarle la herida con Alexander siguiéndoles los pasos de cerca. Gabriel se acercó hasta su hermano y lo abrazó con fuerza, como hacía cada vez que tenía una crisis y necesitaba consuelo. Luego se separó de este y, sin soltarle de los hombros, le dio un apretón.

—¿Cómo estás?

—Agotado... y, definitivamente, no sé si estoy preparado para explicar todo —se estremeció al recordar lo vivido seis años atrás.

—A lo mejor es lo que te ayuda a librarte de todo.

—No lo sé, no sé qué tanto va a ayudarme. El único en el que he confiado para contarle todo has sido tú, ni siquiera a papá tiene la historia completa, hay cosas que no pude decirle. Rebeca sabe algunas cosas, pero no los detalles y tampoco sé si quiero que lo sepa.

—Bueno, creo que quizás debes decir y tal vez eso te permita liberarte de esas cadenas.

Alex miró a su hermano sin estar seguro y dejando que un miedo a decir la verdad se apoderara de él por un momento. No quiso mostrarle esa angustia a Gabriel, pues sabía que él era consciente de ello y más después de seis años.

—Pensé... pensé que habías dejado de hacerlo... —comentó Gabriel con un suspiro cuando sintió a su hermano más calmado mientras se acercaba a la pica a servirse un vaso de agua. Alex se giró y miró a su hermano a los ojos.

—No he podido... no puedo controlarlo... —le confesó sin ocultar la mirada.

—¿Y por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no me pediste ayuda? —le preguntó acercándose a él para quedar uno frente a otro.

—No... no tengo una explicación para darte, sentía que no merecía que nadie me ayudara con eso... papá lo sabe... los vio hace un mes... llevo todo ese tiempo haciendo un esfuerzo que no puedo explicarte en palabras... pero la otra noche, cuando me desperté... no pude —le dijo con un nuevo suspiro cerrando los ojos.

—Sabes qué te digo, que vamos a salir afuera y vamos a hacer un paréntesis, vamos a disfrutar lo que queda de cumpleaños y después, ya veremos cómo afrontamos los nuevos acontecimientos —dijo Gabriel con una sonrisa, volvió abrazó a su hermano con una sonrisa y los dos salieron de lugar hacia el jardín.

En el despacho de Alexander, Rebeca estaba sentada en el sofá, Elena, apoyada a su lado, le cogía la mano y Alexander le terminaba de curar el corte. La mujer llevaba tiempo esperando el momento para poder decirle algo a Rebeca, pero las palabras no salían por su boca solo de pensar en lo que había pasado hace unos minutos. Alexander podía ver la incertidumbre en el rostro de Elena y las ansias por saber qué pasaba y qué se había perdido.

—Gracias, Alexander. —Fue Rebeca la que finalmente rompió en silencio cuando el médico le ajustaba la venda.

—Gracias a ti...

—¿Tú sabes qué pasa? —preguntó Elena a su marido mientras su mente estallaba por la falta de información.

—Después lo hablaremos —dijo Alexander, tratando de apaciguar.

—No, no quiero hablar después. Si algo le pasa a mi hijo quiero saberlo ya, no voy a esperar ni días, ni ratos, ni momentos... —respondió Elena mirando a su marido con seriedad.

—Yo salgo ya para que mi hermano no se alborote —habló Rebeca. Sus labios se curvaron en una triste sonrisa. Elena le dio un beso en la cabeza y luego se giró mostrando toda su atención en su marido. Rebeca caminó a paso lento hasta llegar a la cocina, se sirvió un vaso de agua y después bajó al jardín. Vio a Alex junto a Gabriel apoyado en una de las mesas que había con bebidas los dos solos.

Oliver, Aira y Nora charlaban juntos y se acercó a ellos. Su hermana puso cara asustada al ver el brazo de la rubia.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó cogiendo el antebrazo de su hermana para ver el vendaje que Alexander le había puesto.

—Me corté con un plato que se rompió —comentó aparentando tranquilidad.

Iris y Lucy corrieron hasta ellos. Rebeca intentó integrarse en la conversación, pero su mente y su mirada estaba en Gabriel y Alex que hablaban un poco más apartados de la familia y los invitados. Nora se aproximó a ellos para hablar con Gabriel sobre cuándo sacarla tarta y después de que Gabriel se girara a su hermano y este asintiera, los dos caminaron para subir a la cocina justo en el momento en el que Alexander y Elena bajaban. La Beca les prestó atención al matrimonio y cómo Alexander trataba de calmar a Elena que caminaba hacia su hijo sin pausa. Desde donde se encontraban no podían escuchar lo que Elena le decía a Alex, los chicos tampoco parecían interesados en la conversación. Rebeca por lo contrario no podía apartar la mirada. Quiso ir, pero sintió cómo la agarraban del brazo sano, al girarse se encontró con los ojos de Carmen. Sin decirle nada, dejó que la apartara del grupo y esperó a que le hablara.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —le preguntó con su atención en el vendaje de Rebeca.

—Alex tiene los brazos llenos de cortes... necesitaba que él entendiera que eso no está bien —le dijo con sinceridad.

—¿Y para eso te lesionas tú? —cuestionó—. Cariño, sé que has hecho muchos cursos de psicología, pero tal vez la manera en la que has actuado hoy ha sido dejándote llevar por las emociones, te puede salir bien, pero has arriesgado mucho.

—Lo siento, Carmen, solo encontré eso para hacerle reaccionar. —le aseguró encogiéndose de hombros y mirando de nuevo a Alex y sus padres—. Si algo le pasa... yo... —murmuró y Carmen no dejó que terminara y le dio un fuerte abrazo.

Nora bajó las escaleras y reunió a Noah y todos los invitados juntos en las mesas que habían preparado con algo de comida, ahora para cantarle el cumpleaños a Noah. Lo hicieron todos a coro y los niños riendo de las tonterías con su amigo que sopló las velas con fuerza. Después todos fueron entregándole sus regalos, Noah estaba ilusionado y todo se lo iba mostrando a su padre y Nora. Juguetes, ropa, aparatos electrónicos, algún libro... el pequeño estaba feliz y con eso era suficiente para la pareja en ese momento. Poco a poco los invitados comenzaron a despedirse hasta que solo quedo la familia. Gabriel se giró buscando a su hermano pero no lo encontró y tampoco a sus padres, por lo que sabía que estaban ya dentro.

—Familia, ¿podéis venir un momento a la sala?, es importante —dijo Alexander, asomado en el pequeño balcón donde Rebeca y Alex habían estado hablando antes.

—Ve con todos, yo subiré a Noah a la habitación para que se vaya durmiendo, parece cansado así que no pasa nada si hoy se queda aquí —le dijo a Nora, que asintió con el ceño fruncido y caminó junto a Iris hasta el salón.

—¿Pasa algo? —preguntó Aira al ver a sus padres y su mellizo sentado en el sofá. Alex había elegido el asiento individual, no quería que nadie se sentara frente a él.

—¿Nos sentamos? —intervino John mirando a su cuñado que asintió y dejó que todos los presentes decidieran donde querían estar.

Alex miró a sus padres, no estaba preparado para esto, no quería hacer sus desgracias públicas, no quería que todos lo supieran. Por la puerta apareció su hermano y eso le dio una tranquilidad casi al instante y más cuando se sentó en el reposabrazos del sillón donde se encontraba y le apretó el hombro en muestra de apoyo.

—Tengo... tengo ataques de ansiedad desde hace seis años...

—comentó Alex con la cabeza gacha, tratando de pensar qué estaba preparado para contar y qué no.

—¿Desde cuándo? —preguntó Lucy con el ceño fruncido sorprendida por la noticia que acababa de darles su primo.

—¿Os acordáis de la fiesta de despedida de Troy? —preguntó mirando a su prima que asintió con un suspiro—. Debido a lo que pasó en esa fiesta... los tengo —le indicó.

—¿Tienes ataques de ansiedad por enrollarte con otra teniendo pareja? —preguntó Iris. Recibió una mirada de reproche de más de uno de los presentes, ella se encogió de hombros sin apartar la atención en su primo.

—Esa noche... me... yo bebí mucho... estaba muy enfadado y lo único que quería era olvidarlo... —habló Alex, bajando de nuevo la mirada. Gabriel apretó el contacto para que su hermano sintiera que continuaba ahí con él—. Recuerdo ir al baño y al llegar allí... una chica me abrazó por la espalda... no recuerdo nada de ella... solo que era rubia, pensé que era Rebeca... —comentó sin levantar la cabeza pero siendo consciente que en ese instante algunos miraron a Rebeca para ver su reacción, él también decidió hacerlo y se arrepintió el instante al encontrarse con los ojos azules de la chica—. Me dejé besar... y en uno de esos besos... me metió unas pastillas... cuando me di cuenta de que no eras tú... no fui capaz de actuar... —les dijo con un suspiro. Los ojos de ambos continuaban fijos en el otro. Alex los bajó de nuevo y cogió una

fuerte cantidad de oxígeno, animándose a continuar.

—¿Te drogaron? —preguntó Aira a su hermano notando cómo su pecho se contraía, al escuchar lo que Alex les estaba contando. Este alzó la vista y miró a su hermana, solo a ella y con solo ver la cara de su hermano supo que había pasado mucho más y que no lo iba a decir.

—Sí... yo no permití lo que sucedió y no recuerdo nada más... —les aseguró y pudo ver cómo su padre quería rebatirlo, pero Gabriel le indicó que no, ese no era el momento y su hermano no iba a contar más. Un gesto que no solo vio Alexander, todos en la sala fueron conscientes de él, menos Alex—. Me desperté desorientado y decidí llamar a Gabriel, él vino a buscarme y me ayudó —contestó con un suspiro girándose para ver a su hermano.

—¿Y por qué no lo dijiste antes? Dejaste que todos pensáramos que tú habías engañado a mi hermana —preguntó Oliver sorprendido por los nuevos acontecimientos.

—Sinceramente... me daba igual lo que pensarais... solo me interesaba una opinión... —dijo observando a Rebeca qué bajó la mirada apenada—. Y no me quiso escuchar.

La familia guardó silencio en ese momento tratando de asimilar todo lo que Alex les estaba contando, así como el gesto que habían notado de Gabriel hacia Alexander que les hizo pensar que había mucho más tras la confesión de Alex.

—No estoy aquí sentado contando mi mierda por gusto... —comentó con una sonrisa de suficiencia—. Aparte de las crisis... hay veces que no controlo lo que me pasa... y me hago cosas... —dijo sin ser capaz de utilizar la palabra.

—¿Cosas? —preguntó Lucy levantando una ceja sin entender.

—Sí... yo... me hago heridas... —dijo finalmente al sentir de nuevo la mano de su hermano—. Heridas con la finalidad que me ayuden a calmar el dolor interior —aclaró.

—¿Te autolesionas? —la voz alarmada de Aira salió sin que ella pudiera controlarlo. Gabriel le pidió que se calmara con los ojos—. ¿Soy la única que no sabe qué pasa? —preguntó analizando a su hermano y sus padres.

—Yo tampoco lo sabía —aseguró Elena.

—¿Y tú desde cuándo? —quiso saber con la atención puesta en su padre. Oliver cogió su mano en un intento de calmarla.

—La noche antes de la boda le vi teniendo una crisis y me lo contó...

Aira guardó silencio, se giró hacia su hermano y se miraron sin pronunciar palabra. Ella también lo había visto en algunas crisis, se acostaba con él hasta que se calmaba, le pedía que hablara con ella que le contara, él siempre le aseguraba que era por la universidad.

—Te pregunté... mientras tapaba tus ojeras de esa noche te pregunté y me aseguraste que estabas bien... —le dijo Aira poniéndose en pie—. Te pregunté con la primera crisis que vimos, con la segunda, la tercera... con cada una de ellas... cuando no querías salir por las noches... ¿Cómo has podido mentirme durante seis años de esa manera? —replicó molesta, no con su hermano, sino con la situación y no haberse dado cuenta de lo que le estaba pasando. Su mente formó un puzle que, por fin, tenía algo de sentido y eso hizo que se sintiera como una pésima hermana. Oliver cogió de la cintura a su novia para clamarla y le hizo sentarse de nuevo en el sofá.

—Lo siento, Aira...

Alex no continuó, no podía. Nunca había contado nada por vergüenza, por miedo a que todos lo supieran, a que no le creyeran, miedo a pronunciar en alto todo aquello que había ido recordando con los años. No sabía hasta dónde llegaba la deducción de cada uno, si pensaban que solo le robaron unos besos o si fue mucho más como realmente pasó. Le costó mucho poder

explicarle a su hermano, contarle algunos de sus sueños y los recuerdos y hacerlo con el resto, estaba siendo liberador y aterrador.

—¿Has visitado a algún especialista? —quiso saber Carmen desviando el tema un poco para que todos se calmaran, pero centrándose en él desde otra perspectiva.

—Sí... cuando pasó encontré uno que aunque yo fuera menor de edad no contaba nada a mis padres... —le dijo y pudo escuchar el resoplido de sus padres—. Y cuando llegué a Florida busqué otro, me ha estado tratando todo este tiempo —le aseguró a su tía.

—Gabriel, ¿tú sabías que se autolesionaba? —John trató de averiguar hasta qué punto llegaba la situación y hasta dónde estaban enterados aquellos que lo sabían.

—Sabía que al principio sí lo hacía, pero él me aseguró que había dejado de hacerlo, que lo controlaba... le creí —comentó el aludido dejando salir el aire y apretando de nuevo el hombro de su hermano.

—¿Y tú, Alexander? —intentó Carmen observando a su hermano, su mente estaba trabajando desde el ámbito profesional para encontrar flecos sueltos en la situación.

—Las vi hace cosa de un mes... me lo contó Noah —les informó y más de uno abrieron los ojos sorprendidos.

—¿Cuándo las vio Noah? —preguntó Nora mirando a su marido y su suegro.

—Rebeca lo llevó a patinar... yo estaba allí pasando la tarde y nos encontramos... Tuve una crisis... —explicó pensativo. Rebeca le miró con atención, confusa—. Rebeca me ayudó y después me fui al baño... Noah me acompañó sin yo saberlo... me remangué para lavarme la cara y las vio.

—Alex...

—Tía, sé que puedes entender que no quiera contar nada más hoy... no... no puedo —le cortó, ella asintió. Hizo un barrido con los ojos por el resto de la familia que también habían parecido entenderlo.

—Alex, quiero que sepas que no vamos a juzgarte por lo que pasó y todos estamos aquí para apoyarte para que esto solo sea un mal recuerdo... y puedas seguir adelante —le aseguró Carmen. Se levantó de su sitio y caminó el poco espacio que la separaba de su sobrino, flexionó las piernas frente a él y cogió sus manos—. Sé que tal vez tu madre y yo no somos las adecuadas para tratarte y que no te vas a sentir cómodo con nosotras, pero nuestro compañero puede atenderte y lo que habléis quedara en vosotros —le prometió—. Necesitas ayuda, no puedes manejar esto tú solo.

—Yo no... —intentó contestar Alex, pero Elena hizo un gesto para que guardara silencio.

—Vas a hacer lo que ha dicho tu tía... no vas a seguir como estás, no —le dijo seria y con mirada desafiante. Tras ese comentario tajante de su madre, Alex suspiró resignado. Poco después dio por finalizada la reunión por su parte y se fue a su dormitorio. Gabriel suspiró al verle marchar y se puso en pie para relajarse un poco. Él era consciente de los detalles y la información que su hermano había omitido, pero también sabía que en ese momento y con tanta gente no iba a ser capaz de contarle.

Después de eso cada uno comenzó a marcharse. Rebeca se fue con su padre a casa, Aira junto con Gabriel y sus respectivas parejas, decidieron quedarse en la mansión. Una vez solos, se dirigieron a la cocina para tratar de calmarse un poco. Elena se sentó en la mesa y colocó las manos en su cabeza tratando de relajarse mientras su marido le preparaba casi la tercera tila de la tarde. El único pensamiento que pasaba por la cabeza de Elena desde el momento en el que Rebeca había desvelado la verdad y su marido le había confirmado con un asentimiento era que como había podido estar tan ciega, ella siendo especialista, psicóloga y psiquiatra cómo no había

podido ver todos los signos que su hijo presentaba, cómo había podido ser una madre tan nefasta que no fue capaz de ver que su hijo no estaba bien, su pequeño.

En la cocina, todos estaban en silencio, las palabras no salían y las pocas que tenían no eran muy coherentes. Elena se levantó sin decir nada y caminó por el pasillo de la segunda planta hasta llegar al dormitorio de su hijo, entró sin avisar y lo encontró sentado en el suelo con la sudadera puesta y la capucha echada.

—¿Mamá? —se sorprendió al verla en la puerta de la habitación. Ella cerró y se sentó en el suelo junto a su hijo—. ¿Qué pasa? —preguntó y al instante se arrepintió, estaba claro qué le pasaba.

—¿Qué hice mal? —quiso saber permitiendo que las lágrimas que llevaba toda la tarde conteniendo empezaran a salir y deslizarse por sus mejillas.

—Mamá, tú no hiciste nada mal, eres la mejor —le prometió Alex con una sonrisa.

—Algo tuve que hacer mal para no ser capaz de ver que estabas mal y necesitabas ayuda, algo tuve que hacer mal si no me contaste lo que pasaba... —le dijo ya sin esforzarse en calmar las lágrimas.

—Mírame —insistió Alex, alzando sus manos para coger con ellas el rostro de su madre y obligarla a mirarle a los ojos—. Tú no hiciste nada malo —le aseguró—. ¿Te acuerdas de una conversación que tuvimos hace años? ¿Cuando empecé mi relación con Rebeca que me dijiste que a veces la mente te juega malas pasadas que tú no puedes controlar? —recordó Alex y su madre asintió—. Eso me ha pasado este tiempo... mamá... yo quiero borrar de mi mente esa noche... y no... no soy capaz de contarlo, pero sé que puedes entenderme —le dijo y Elena suspiró y abrazó con fuerza a su hijo que todavía estaba apoyado en la cama.

—Cariño, soy tu madre, lo soy ahora, lo he sido antes y lo voy a ser siempre, me da igual qué piensas o qué pasa por tu cabeza... como madre necesito que estés bien tú y lo mismo con tus hermanos —explicó ella—. Vamos a salir juntos de esta, te lo prometo —le dijo estirando sus manos para tocar los antebrazos de su hijo sin levantarle la sudadera, pero eso no evito que diera un respingo al sentirlos—. Esto solo será un recuerdo... —aseguró y lo volvió abrazar de nuevo.

Después de esa conversación, Alex se metió en la cama y Elena se quedó junto a él acariciando su espalda como cuando de pequeño enfermaba y esperó con tranquilidad, tarareando la nana que siempre le hacía dormir de pequeño y así fue, Alex, cerró los ojos con la cabeza apoyada en el regazo de su madre.

Gabriel y Nora se subieron a la antigua habitación de castaño para dormir y Aira y Oliver se fueron a la habitación de la primera para intentar descansar. Alexander abrió la puerta del dormitorio de su hijo y vio a su mujer junto a él, ambos se habían quedado dormidos, los tapó bien con la sabana y se fue a su cama.

El frío invierno había regresado una vez más a Luz de mar, aunque en ese pueblo abundaba más las nubes y el viento que el sol, al llegar los últimos meses del año, eso empeoraba.

Tres meses después del cumpleaños de Noah, la vida de la familia Rice y sus allegados dio un giro inesperado. Era como estar conduciendo y encontrarse con una curva cerrada en el camino, donde girar el volante resultaba complicado. La noticia sobre el estado de Alex les había dejado en *shock*, aún incapaces de creer que todo fuera real. Aira se culpaba a sí misma por no haberse dando cuenta de nada en los últimos años, Oliver intentaba tranquilizarla, haciéndole entender que no estaba en sus manos, pero esas palabras a ella no le brindaban ningún tipo de consuelo. Alexander, a pesar de haber tenido conocimiento de la situación un tiempo antes que el resto, todavía estaba tratando de asimilarlo y, sobre todo, de calmar a su esposa, quien se había vuelto extremadamente protectora y cuidadosa con Alex. Gabriel intentaba actuar como siempre, algo que su hermano le agradecía. Nora y Oliver seguían el mismo enfoque, consciente de que ser muy atentos causaría más agobio a Alex.

Rebeca no se había alejado, como le prometió a Alex se quedó en Luz de mar para todo lo que él necesitara. No eran pareja, quizás ni siquiera amigos, ella sentía y percibía en él lo mismo que Alex le inspiraba a ella cuando estaba mal: tranquilidad. Para que Rebeca se pudiera quedar en el pueblo tuvo que cancelar el contrato con el musical que iba a haber con su amigo, explicó que por problemas familiares no podría estar allí y que lo sentía, les pasó el teléfono de su amiga Sylvia, si lo que ellos buscaban eran unos protagonistas que ya fueran amigos en la vida real, ella podría hacer el papel perfectamente.

—Hola —saludó Aira cuando llegó junto a Alex que estaba sentado al borde de la piscina con los pies metidos en ella. Tener a su madre en casa detrás él casi todo el día le tenía un poco estresado y como cada vez que salía a correr Elena se alteraba, trataba de hacerlo lo menos posible y sentarse en el jardín solo, le ayudaba.

—Hola, Campanilla —correspondió sin girarse, moviendo los pies de dentro a fuera, fijándose en cómo el agua creaba pequeñas ondas cuando él los sumergía y los sacaba. Además, Alex conocía a su hermana y sabía que se sentaría con él, la invitara a hacerlo o no.

Y así fue.

Aira se sacó los zapatos y tras subirse el pantalón, se colocó en la misma posición que su hermano. Con los dedos rozó los de él y este se sorprendió por él contactó, pero no los alejó.

—¿Cómo estás?

—¿Qué quieres, Aira? —preguntó sin andarse con rodeos. Desde la fiesta de cumpleaños de Noah el ambiente en casa había cambiado, era más tenso, él podía notarlo y eso le hacía sentirse más incómodo que lo habitual. La frase “¿cómo estás?” era la más común y empezaba a abrumarse más de lo normal.

—Quiero saber cómo estás... ¿Es malo? —insistió ella, encogiéndose de hombros y con postura relajada.

—Estoy bien, ¿más tranquila? —contestó mirando a su hermana con atención. Ella se giró para hacer lo mismo.

—No, la verdad que no estoy tranquila.

—Suéltalo, Aira —le animó Alex.

—¿Por qué a Gabriel? Hemos vivido juntos todos estos años y no me has contado nada, ¿qué tengo yo de malo?, ¿por qué no confiaste en mí? Yo siempre he estado para ti, te he defendido y apoyado, ¡somos mellizos! —le dijo soltando un suspiro.

—¿Te sientes mejor?

—No, no me siento mejor porque no me contestas, porque no lo entiendo —replicó un poco más alterada.

—Esa noche llamé a Gabriel porque fue el primer teléfono que salió en la lista y no tienes nada de malo, Aira, eres la mejor melliza que podría tener, pero me avergüenzo de lo que pasó... no... no podía soportar que los demás supieran —trató de hacerle entender—. Te quiero, Aira, eres una persona increíble y haces bien a la gente que te tiene cerca, yo estoy bien cuando te tengo cerca... pero no quería meterte en esto... no era justo para ti —explicó.

—¿Y por qué tienes que ser tú el que decide si es justo o no para mí una cosa? —le preguntó ella molesta.

—No, yo no lo decido, pero era un tema sobre mi vida... —le recordó.

—Pero yo estaba contigo, vivíamos juntos, estuve en tus crisis...

—Aira... no viste la mitad, puedes juzgar por ti misma —dijo alzando los brazos aunque iba en manga larga y no iba a levantarlas.

Aira se quedó mirando los brazos de su hermano cubiertos por la tela. Se sentía estúpida por no darse cuenta de las cosas, por no tratar de buscar algo más a los ataques que vivió con él y ser capaz de diferenciarlos a los que tenía con quince años.

—Alex... —llamó para que él volviera a mirarla—. Yo no soy Gabriel, ni papá ni mamá y no aconsejo como ellos o tengo palabras de calma como ellos... pero puedo escucharte igual, como siempre —aseguró y Alex sonrió abrazando con fuerza a su hermana.

—Aira, tú eres mi refugio de tranquilidad, la persona que me aleja de lo malo y no voy a estropear eso... —confesó Alex correspondiendo el gesto de su hermana. Lo que le había dicho era verdad, Aira siempre tuvo el don de despejarle la mente, de hacerle olvidar por instantes todo lo que pasaba, lo que sentía. Cuando le sonreía, cuando le hacía reír, con los abrazos y los momentos. Se separaron y los dos se quedaron en silencio hasta que escucharon a Elena llamarles, los dos rieron porque lo había hecho como cuando eran pequeños.

—¿Oliver no ha llegado? —preguntó Aira a su madre que negó mientras le daba la vuelta al pollo que tenía en el horno.

—No, pero supongo que no tardará —contestó con tranquilidad y les miró—, ¿Todo bien? —preguntó ojeando a sus dos hijos.

—Sí, mamá —dijeron los dos al mismo tiempo, provocando así sus risas.

Elena sonrió ante ese gesto y continuó preparando la ensalada. Había pedido unos días en el trabajo porque tenía la necesidad de no separarse de su hijo. Sabía que a veces lo agobiaba, pero después de todo, le costó desprenderse no solo del sentimiento de mala madre, sino también del de mala profesional porque aunque fuera su hijo, ella se dedicaba a ello y no fue capaz de percibir esos problemas antes de que fueran una bomba.

—¿Comemos los cuatro? —preguntó Alex poniendo los cubiertos en la mesa.

—Con Rebeca —comentó Aira, mirando con atención a su hermano que asintió con una media sonrisa.

—Los cinco —confirmó Elena—, Tu padre y tu tía tienen guardia, Albert creo que también está trabajando, tu hermano y Nora han decidido ir a pasar la mañana al acuario y vendrán por la tarde —le aclaró Elena.

Rebeca decidió quedarse un tiempo. Con su estancia indefinida en Luz de mar y después de

cancelar su contrato con el musical, tuvo que pedirle a su profesor y agente que no le buscara más trabajos, por el momento iba a quedarse en el pueblo. Sus amigos quisieron saber el motivo y aunque ella no solía hablar de su pasado, les contó un poco su historia; no llegó a decirles todo lo que le estaba pasando a Alex en ese momento, pero si les explicó que él le necesitaba cerca, que todo fue un malentendido en el pasado y que no iba a marcharse. Sylvia le prometió quedarse en su casa y pagar ella el alquiler de ese tiempo hasta que Rebeca decidiera volver.

—Beca, ¿qué vas a hacer?, ¿qué hay entre vosotros? —preguntó Oliver conduciendo por el camino que llevaba hasta casa de sus suegros.

—Por el momento quedarme y... no hay nada entre nosotros, solo quiero ayudarle —contestó a su hermano sin apartar los ojos de los árboles del camino. Al llegar a la casa, Aira les abrió la puerta con ilusión y los abrazó a ambos. Subieron hasta la cocina, Elena les recibió con un abrazo y Alex con una sonrisa después de levantar la mirada de su móvil.

La comida transcurrió tranquila y amena. Durante la conversación, le preguntaron a Rebeca por su trabajo, ella les aseguró que lo tenía todo arreglado con su agente y que por un tiempo indefinido, no le conseguiría ni pruebas ni asistiría a las clases a las que todavía iba para seguir aprendiendo.

Al escuchar esto, Alex se sintió mal, sabiendo que su situación estaba afectando a las oportunidades laborales de Rebeca, pero era consciente de que no lograría mucho hablando con ella sobre el tema, ya lo había intentado y Beca le había aclarado que su lugar estaba aquí mientras él así lo quisiera, y él la quería allí.

Los primeros días tras la confesión a su familia, Alex visitó al compañero de su madre y su tía, pero no se sentía cómodo allí y decidió distanciarse poco a poco, sus pretextos, todos relacionados con sus responsabilidades universitarias. Además, al ser mayor de edad, nadie podía obligarlo a continuar con esas visitas.

Unos días atrás Alex compartió con Rebeca que en el pasado había visitado a psiquiatras y tomado los tratamientos que le recetaron, pero que no lograban ni hacerle sentir mejor, ni calmarlo, por lo que decidió dejar de tomarlos. Sin embargo, su nuevo doctor le recetó otro para controlar la ansiedad y las crisis. Ese día, Alex decidió mostrarle sus cortes y describió sus sentimientos hacia ellos y por qué continuaba haciéndolos.

Tras recoger la mesa fueron al salón a tomar un café hasta que llegaron Gabriel y Nora con el pequeño y se unieron a ellos. Era extraño estar los seis en juntos de nuevo, con Rebeca en la casa y sin que nadie se echara en cara lo que pasó. Ahora Alex era capaz de encontrarse en una misma habitación con ella y no sentirse mal o tener una crisis como las que había experimentado en el pasado.

Su madre quería que continuara las terapias, por lo que Alex era consciente que ella estaba al tanto de que las había abandonado y por eso estaba más encima de él. Alex odiaba los medicamentos y los efectos en su cuerpo, la falsa sensación de calma que le proporcionaban, sus recuerdos no desaparecerían y eso le atormentaba continuamente.

—Chicos, disfrutad de la tarde, Noah y yo nos subimos arriba a hacer nuestras cosas —dijo Elena, apareciendo con el chico cogido de su mano. Este había insistido toda la tarde en que su abuela fuera la que le ayudara en su trabajo de arte, pues su padre era un desastre para las manualidades y Nora era demasiado torpe con las manos y tenía miedo de que lo fueran a destruir todo con un solo toque—. Estaremos ocupados con la maqueta, así que podéis hacer lo que queráis, hay comida y bebida en la nevera y...

—Mamá, ya no somos niños —replicó Gabriel con un suspiro.

—Gracias, Elena —contestó Nora, dedicándole una mirada reprobatoria a su marido por

interrumpir a su madre.

Noah comenzó a tirarle de la mano, así que antes de que se la terminará arrancando, decidió seguirlo por las escaleras hasta su habitación; apenas dormía allí, solo cuando Nora o Gabriel necesitaban algo de tiempo para ellos, pero sus abuelos no quisieron quitarla, así como tampoco quisieron quitar la de sus hijos cuando estos se fueron de casa y menos mal, porque ahora Alex vivía allí de nuevo.

—¿Y bien? ¿Qué vamos a ver? —preguntó Oliver abrazando a Aira para atraerla más hacia su costado. La morena se recostó en su pecho y abrazó su cintura.

—No lo sé —se encogió de hombros su melliza.

—Quizás podríamos hacer *zapping* y ver qué están dando y elegimos —propuso Aira desde su puesto y todos estuvieron de acuerdo, así que se dedicaron a hacer eso. Nora se acomodó con Gabriel y Rebeca se sentó en el suelo junto a los pies de su hermana, dejando a Alex en el sillón individual. Había sitio de sobra para ella, pero siempre le había gustado ver las películas de esa manera. Animales, magos y brujas, seres mitológicos, guerra y un sin fin de temáticas más aparecieron en la pantalla, pero sin que ninguna lograra convencerlos por completo. Algunos querían ver una cosa, pero el resto se oponía y hasta ahí llegaba la elección. Así se pasaron por un rato, hasta que Rebeca, molesta porque no lograban elegir nada, puso el primer canal que se le ocurrió y lo dejó ahí hasta que acabará.

Toda la película era demasiado extraña y bizarra. Adolescentes como ellos lo habían sido hace un tiempo, sin escrúpulos, drogas, alcohol y sexo por todos lados era la trama principal de la película, algo sin ningún sentido y sin ningún argumento. La típica película para pasar el rato, pero que no causará mayor trascendencia en la vida de quien la ve.

—¿Alguien sabe qué estamos viendo? —se burló Gabriel, aguantando una risa por lo absurdo de la trama.

—La verdad es que tampoco le encuentro el sentido —contestó Nora.

—Y ni siquiera es tan buena —secundó Aira y Oliver asintió.

—Es como ver una porno, que no suelen tener argumento... aunque parece que sí la tiene, tal vez nosotros no la notamos... me está dando mucho asco —siguió Beca y todos la miraron con una sonrisa, todos menos Oliver.

—No quería tener esa información de ti, hermanita. —Las tres chicas se rieron mientras que ella se tornaba colorada por la vergüenza.

Todos rieron más fuerte al ver las mejillas de Rebeca rojas por el comentario de Oliver, pero eso también provocó su risa.

El único que no estaba disfrutando de este momento de supuesta tranquilidad y distensión era el menor de los hombres Rice. Alex mantenía su mirada fija en la pantalla y no podía evitar sentirse asqueado por lo que sus ojos veían. Su mente viajaba a lo que llevaba tiempo tratando de superar, aquel evento que esperaba que su mente lograra borrar en algún momento de su vida.

—Espero que esta noche sea eterna para ambos —susurraba a su oído y no podía evitar estremecerse—. Quiero que esta noche sea inolvidable para ti y me encargaré de eso, cariño. — Sintió sus labios y lengua saborear su miembro mientras sus manos se deslizaban hasta sus nalgas en busca de un lugar que nadie había explorado antes.

—No, no, Beca.

—No soy Beca, pero créeme que te haré olvidarla y seré la única en tu mente por mucho tiempo.

La risa de los chicos continuó todavía más con los comentarios entre ellos sobre el tema. Nora,

mientras continuaba riendo, se giró hacia el lugar donde estaba Alex tenía con la mirada fija en el televisor, estaba pálido como un fantasma y vio las gotas de sudor en su frente, pero también por su cuello.

—¿Alex? —preguntó Nora, moviéndose del lugar donde estaba junto a Gabriel preocupada por su cuñado. Eso llamó la atención de los presentes que se volvieron hacia el joven preocupados.

Gabriel se incorporó de inmediato y se agachó junto a su hermano. Cogió sus manos, temblaban. Todo su cuerpo lo hacía en ese momento.

—Alex, soy yo, Gabriel ¿me escuchas? —preguntó con voz pausada y tratando de mantener la calma para poder trasmitírsela a su hermano. Alex se alejó del contacto rápidamente y se puso en pie, haciendo que Gabriel se asustara por el movimiento que había hecho más rápido de lo normal.

—No... no, no, no.

Alex negaba con frenesí, se llevó las palmas a la cabeza como si esta le doliera y empezó a caminar con desesperación por la sala. Todos se levantaron de sus asientos en alerta por la reacción del chico y se miraron con confusión.

—Alex... —murmuró Rebeca.

—¡No! —gritó de nuevo fuera de sí. Corrió hasta la puerta de la calle y la abrió con ansiedad, necesitaba algo de aire. Todos salieron tras él. Se estiraba los pelos con fuerza y caminaba desesperado por el porche, con la respiración superficial y algo forzada.

—Escúchame, soy yo, Alex, está todo bien —le susurró su hermano intentando de nuevo acercarse a él. Empezaba a asustarse por el estado de Alex y no sabía cómo actuar.

—¡No me toques! —gritó el menor de los hermanos dando un empujón a Gabriel y provocando que se alejara de él. Rebeca hizo ademán de intentarlo, pero su hermano la cogió el brazo preocupado al ver lo alterado que se encontraba Alex.

—No, no, no —continuaba diciendo, caminando sin parar por el lugar.

—Alex, no te voy a tocar, pero escúchame —le pidió Gabriel, sus pasos estaban siendo mucho más pequeños, pero tenía la necesidad de abrazarlo y calmarlo, pero no recordaba nunca haberlo visto en ese estado—. Todo está bien —le dijo con voz calmada. Gabriel era de los presentes, tal vez, el que más crisis de Alex había presenciado. Se sentía impotente por no poder ayudarlo y apenado al pensar que tal vez esa crisis la había desencadenado la película ridícula que habían puesto.

—Hermano, tranquilo, estás aquí con nosotros —habló Aira, aproximándose a sus hermanos con cuidado de que ese movimiento no alterara más a su mellizo. Lo que pasó a continuación no pudieron evitarlo, Alex empezó a dar pasos hacia atrás para alejarse de ellos, no se dio cuenta de que estaba al tope de la escalera y, en el siguiente paso, cayó por ellas.

Se escuchó un fuerte golpe.

—¡Alex!

Gabriel fue el primero en llegar e intentó que su hermano le mirara a los ojos al ver que no había perdido el conocimiento. La respiración continuaba acelerada, no parecía haberse calmado y lo que más angustió a todos fue la brecha que ahora tenía en la cabeza y por la comenzaba a salir sangre. Elena se asomó por la puerta de casa al escuchar los gritos desde donde se encontraba con Noah y al ver a su hijo tirando en el suelo y todos a su alrededor. Bajó corriendo y se arrodilló junto a Alex.

—Alex, soy yo —susurró acariciando las mejillas de su hijo—. Soy mamá —le aseguró para que su hijo la mirara.

—Mamá... —susurró el moreno y Elena asintió y acercó a su hijo hasta el pecho para

abrazarlo con fuerza y ayudarle a calmarse.

—Respira conmigo —le susurró al oído para darle tranquilidad al chico.

—Estoy bien... —pronunció Alex con dificultad alejándose de su madre sin llegar a conseguir una respiración calmada. Se tocó la herida de la cabeza y esta salió llena de sangre—. Voy al baño... a limpiarme —murmuró poniéndose en pie aún con las piernas hechas gelatina.

Al pasar de largo Rebeca cogió su mano indecisa, no sabía si realmente era bueno dejar que Alex fuera solo al baño a curarse la herida. Alex la soltó bruscamente, llegó hasta el baño y se encerró allí. Sus piernas casi no podían mantener el peso y tras cerrar la puerta, se dejó caer al suelo sintiendo que le faltaba el aire que por más que trataba de que este entrara por su nariz, parecía que no lo hacía antes de que fuera expulsado por la boca. Desesperado se levantó, necesitaba que la angustia parara, que desapareciera. Miró por todos los cajones, tirando cosas, pero poco le importó hasta que obtuvo en su mano lo que estaba buscando. Se dejó caer de nuevo junto al váter en un rincón. Y apretó con fuerza sobre su brazo.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Elena mirando a todos con desesperación, necesitaba obtener una respuesta que explicara el estado de su hijo.

—Veíamos una película... —Gabriel se lamentó por la película que habían dejado al final y recordó las escenas que habían visto. Trataron de explicarle a Elena lo que había pasado mientras entraban en casa, caminaron hasta la sala donde la película continuaba y apagaron la televisión, asqueados por la escena.

—Estaba muy nervioso... —susurró Oliver. Aira se acercó a él y dejó que la abrazara para calmarse ella también, Nora hizo lo mismo con Gabriel que se paseaba por la sala nervioso, culpándose por no darse cuenta de que deberían haber quitado la película de inmediato después de ver la primera escena de sexo y droga. Rebeca observaba con el ceño fruncido el pasillo que llevaba hasta el baño de la planta baja, temerosa de que algo sucediera y no tuviera tiempo a reaccionar. Oliver la miraba con preocupación sin soltar el abrazo que tenía sobre Aira.

—Yo... está tardando mucho... —murmuró Rebeca, no queriendo que los demás escucharan, pero lo dijo en alto y todos le miraron sorprendidos y pensativos. Elena se giró observando a Gabriel y este suspiró cerrando los ojos justo en el momento que su madre salía corriendo de la sala y llegaba a la puerta del baño. Picó en un par de ocasiones y lo único que se escuchó fue un “estoy bien” y algunos sollozos.

—Ábreme, hijo —pidió Elena cuando Gabriel y el resto llegaron junto a ella. Otro “estoy bien” se escuchó de dentro, pero eso no la calmó y tampoco a los demás.

—Hermano, ábrenos, por favor —pidió Gabriel con un suspiro, pero la contestación fue la misma.

—Hijo, ya he escuchado que estás bien, por favor, abre y así puedo ayudarte a limpiar la herida —le dijo Elena, tratando de mantener la calma, pero la respuesta fue la misma.

Gabriel miró con desesperación a su madre, por su mente estaba pasando lo peor y no quería que fuera real, necesitaba con todas sus fuerzas que por una vez estuviera siendo exagerado y que su mente le estuviera jugando una mala pasada.

—Alex, soy Aira, tu campanilla, ábreme —pidió acercándose a la puerta donde su madre y su hermano todavía se miraban perdiendo la paciencia.

—Estoy bien —se pudo oír desde el interior de nuevo.

—Sí, pero yo no, te necesito... —mencionó la morena. Gabriel suspiró y miró a su hermana a los ojos, sabía que no iba a abrir. Por más que lo intentaban para descubrir cómo estaba, no hacía caso y parecía que este no tenía la mayor intención de dejar que los demás lo asistieran. Siguieron intentándolo por un rato, pero no conseguían nada. Gabriel, desesperado por no lograr

nada, dio media vuelta y se dirigió hacia la parte trasera de la casa donde había una pequeña ventanilla que daba aire y luz al servicio.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Nora desde sus espaldas cuando se encaramaba a una escalerilla que su padre tenía en el lugar.

—Voy a intentar entrar por la ventana —le contestó forzando la ventanilla, pero esta apenas se abrió por unos pocos centímetros y no era lo suficiente para que uno se pudiera meter en el lugar. Suspiró con frustración al no conseguir su cometido y, en su desesperación, quiso arrancar la ventana corrediza para poder deslizarla más espacio, pero esto era demasiado difícil.

Alexander llegó y vio a Gabriel con la escalera y Nora desesperada tras él se preocupó y dejó el coche aparcado en la entrada en vez de meterlo en el garaje y se acercó a ver qué sucedía.

—¿Qué demonios estás haciendo subido en eso? —le preguntó con intriga, pero la mirada de pánico de su hijo le alarmó.

—Alex se encerró en el baño. Intenté entrar por la ventana pero no quepo.

—¿Cómo que se encerró en el baño?

Alexander no esperó respuesta por parte de su hijo, entró a la casa y se acercó a la puerta del baño donde todos estaban. Elena continuaba intentando que Alex contestara, sin ningún éxito. Hasta que llegaron junto al resto, Nora y Gabriel le explicaron qué había sucedido, eso alteró y asustó más a Alexander y aumentó su temor por el estado de su hijo menor.

—Alexander, no consigo entrar con él —sollozó Elena, aguantando las lágrimas.

—Déjame a mí —le pidió, apartándola suavemente—. Alex, soy papá. Necesito que quites el pestillo.

—Estoy bien —gritó desde el interior.

—Bien, bien. Pero necesito entrar.

Unos pequeños pasos se escucharon en las escaleras y todos voltearon a ver quién era, solo para encontrarse con Noah que venía en dirección a ellos y con rostro asustado al escuchar el alboroto que los demás estaban creando en el primer piso.

—¿Qué pasa? —preguntó un tanto asustado.

—No pasa nada, pequeño. Ven, vamos a jugar arriba. —Nora subió los escalones que los separaban y lo cogió de la mano para llevarlo hasta la planta superior. Noah, al principio se resistió, pero luego se dejó guiar. Gabriel suspiró al pensar en todo lo que esto podía estar afectando a su hijo.

—Alex, necesito que me permitas pasar —rogó nuevamente su padre, escuchándose cada vez más angustiado. La respuesta seguía siendo la misma una y otra vez—. Esto ya es demasiado.

Se alejó un poco de la puerta y cogiendo impulso, embistió contra ella y comenzó a empujarla con patadas. Oliver y Gabriel quedaron impactados por la actuación del siempre calmado doctor Rice, pero tras salir de su estupor lo ayudaron en la labor. Aira abrazó a su madre para mantenerla alejada de todo el caos. Y Rebeca les miraba impresionada. Después de varios intentos, la puerta finalmente cedió y lo que encontraron en el interior los dejó a todos sin respiración.

Allí donde Alex estaba sentado había un charco rojo, el lugar desprendía un olor a hierro. Entre sus manos Alex sostenía algo afilado y lo pasaba reiteradas veces por sus brazos, generando cortes de poca profundidad pero que, en conjunto, conseguían armar un gran alboroto. Elena fue la primera en mostrar alguna reacción, ahogó un grito y dio un paso atrás perdiendo el equilibrio, Oliver la sostuvo para evitar que cayera al suelo. En ese instante, Gabriel y Alexander entraron agarrando cada uno una de las manos de Alex y evitando que continuara con su labor.

—¡Necesito toallas limpias! —gritó Alexander. Oliver, tras asegurarse de que Elena no caería al suelo, la apoyó en la pared y ayudó a su suegro. Del armario sacó varias de ellas y se las dejó junto a él para que pudiera trabajar.

—Estoy bien, estoy bien... —Alex continuaba repitiendo esa misma frase una y otra vez, intentando soltarse del agarre de su familia, pero sin fuerzas para ello. Gabriel cogió algunas de las toallas para envolverlas alrededor de los brazos de su hermano, igual que su padre realizaba al otro lado.

—Llamad a una ambulancia —pidió Gabriel, Rebeca salió de su estupor y marcó el número de inmediato en el teléfono sin apartar la mirada de la escena. Aira abrazaba a su madre, las dos presas del pánico porque los ojos de Alex no mostraban que realmente fuera consciente de lo que sucedía en ese momento. Alexander trataba de llamar la atención de su hijo, de hacerle volver con ellos, pero las palabras del chico continuaban siendo las mismas y no miraba a nadie en particular.

—La ambulancia ya viene en camino —informó Rebeca, acercándose a una escandalizada Elena que no dejaba de llorar en los brazos de su hija menor, que no se encontraba mejor que ella y trataba de mantenerse en pie por ella.

—Llévate a tu madre de aquí, Aira —pidió Alexander a su hija.

—¡No! No me moveré de aquí, Alexander.

—Vete, Elena. No tienes que ver esto.

—Vamos fuera —intervino Oliver, empujando con delicadeza a su novia, Rebeca y Elena.

—No —repitió la mujer saliendo de los brazos de su yerno para continuar observando a sus hijos y a Alexander.

—Mamá... mejor dejamos a papá y Gabriel —susurró Aira mientras Oliver le agarraba sintiendo que en cualquier momento perdería las fuerzas.

—Estoy bien... —murmuró Alex todavía haciendo fuerza en el agarre que su padre y su hermano le estaban haciendo. Oliver finalmente llegó al pasillo con las tres mujeres, que se quedaron apoyadas en la pared mientras Oliver se mantenía en el marco de la puerta por si necesitaban algo. Rebeca y Aira se dejaron caer al suelo, tapando sus caras con las manos y dejando que las lágrimas salieran.

—Alex, ¿puedes oírme? —habló Alexander, apretando con fuerza las heridas del brazo izquierdo—. Respira, tranquilo —susurró llevando una de sus manos al pecho de su hijo.

—Papá... —murmuró Gabriel. Esta situación le estaba superando, tenía las manos llenas de sangre, sangre de su hermano que continuaba como si todo lo que estaba sucediendo no tuviera nada que ver con él. Alexander no le contestó, miró con atención a Alex, rezando aquello que nunca rezaba y pidiendo que todo fuera bien, bien de verdad.

Se escucharon las sirenas de la ambulancia y Oliver soltó a Elena para abrir la puerta y dejarles entrar. En el interior de la casa, Elena les hizo señas para indicarles que estaban en el baño. Y se agacharon para trabajar, padre e hijo se apartaron un poco para darles espacio, pero sin alejarse del todo. Elena, junto a Oliver, miraba desde la puerta y las dos chicas continuaban sentadas en el suelo del pasillo, incapaces de mirar en el interior del servicio.

—Coloca intravenosa —dijo el médico al enfermero de la ambulancia mientras intentaba apartar las toallas para examinar las heridas, pero Alex seguía alterado y encogió los brazos con fuerza. Con la ayuda de Gabriel, el enfermero consiguió poner la vía y por orden del médico, lo primero que pasó fue un sedante para poder evaluar el estado; el calmante apenas tardó unos minutos en hacerle efecto y después pidió vendas para taparlas, muchas de ellas todavía sangraban—. Inyecta un analgésico y suero y nos vamos para el hospital —dijo serio—. ¿Quién viene, doctor Rice? —preguntó el médico mientras entre los tres hombres que habían llegado en la ambulancia subían a un sedado Alex.

—Yo —aseguró, dedicando una rápida ojeada a Gabriel, se mostró de acuerdo con la decisión de su padre, siendo consciente de que ni él ni su madre estaban en condiciones de ir con ellos. El doctor asintió y Alexander salió tras ellos, depositando un beso en los labios de su mujer y subiendo en el vehículo, dejando a todos parados en sus lugares.

—Vamos —ordenó Gabriel con desesperación subiendo las escaleras para buscar las llaves de su coche.

—No, Gabriel —pidió Oliver, alcanzándolo y cogiendo su brazo en la puerta de la cocina—. Estás muy nervioso, no puedes conducir en ese estado.

—Voy a ir tras ellos. —Las palabras fueron contundentes y se soltó del agarre de Oliver con brusquedad.

—Yo conduzco —aseguró Oliver, en ese instante era en el que más controlaba sus emociones. Rebeca agarraba a Aira y Elena que parecía en cualquier momento perder las fuerzas.

—Nora tiene las llaves...

—Mi hermana las necesita para poder moverse, vamos en mi coche.

Gabriel y Oliver estaban en la puerta de la cocina, por lo que tanto Nora como Noah les observaban con atención y con algo de miedo en los ojos del niño. Gabriel suspiró tratando de calmarse y se acercó a ellos con paso lento, el resto le esperaron en la puerta.

—Noah... —murmuró acercándose a ambos y sentándose en la mesa—. Nora te va a llevar un rato a casa de... —Se quedó pensativo dándole vueltas dónde podía llevarlo dado que Albert, sus tíos y Anna trabajaban y sus primas no vivían lo suficientemente cerca para llevar al niño rápido.

—Vamos a ir al trabajo de mi padre, porque ya hemos hablado con él y nos ha dicho que le va a enseñar qué hace un jefe de policía —explicó Nora ofreciendo una pequeña sonrisa a su marido, que asintió agradecido de que ella se hubiera encargado de eso.

—¿Está bien el tío Alex? —preguntó Noah a su padre. Este le miró bloqueado, se encontraba saturado emocionalmente y no sabía hasta qué punto podía hablar sin echarse a llorar. Oliver se acercó y colocó una mano en el hombro de su cuñado, apretando con algo de fuerza.

—Campeón —llamó su atención—. Ahora no está bien, por eso debemos ir, pero lo a va a estar, porque tío Alex es muy fuerte, ¿verdad? —dijo Oliver con una sonrisa tratando de tranquilizar al pequeño.

—¡Sí! —gritó haciendo el gesto de fuerza con sus brazos. Gabriel asintió con una pequeña sonrisa y tras dar un beso a su hijo y después a Nora, salió con Oliver y se reunieron junto a las chicas abajo.

Una vez en el hospital, Elena le pidió a Oliver que dejara el coche en su plaza de aparcamiento

y entraron por la puerta de urgencias. Las marcas de no haber podido parar de llorar se reflejaban en el maquillaje de Aira que llevaba el rímel corrido por sus mejillas. Elena, con su respiración acelerada por la carrera y la angustia, agarraba con fuerza la mano de Rebeca que le correspondía, tratando de transmitirse un poco de apoyo la una a la otra.

—¡Papá! —llamó su atención Gabriel. Alexander se levantó y se acercó rápidamente para abrazar a su mujer, que aceptó su contacto con desesperación.

—Mi niño... —susurró. Alexander la abrazó con fuerza, dejando escapar alguna lágrima que había estado conteniendo junto a ella.

Rebeca se sentó en uno de los asientos, cerró los ojos, colocando sus manos sobre su cabello y apoyando sus codos en las piernas. Oliver, sin alejarse de Aira, miró a su hermana. Gabriel lo entendió, por lo que acercó a su hermana para que su cuñado pudiera hacer lo mismo. Dio un par de pasos hasta llegar a Rebeca y se colocó frente a ella con cuidado.

—Ve con Aira, tranquilo —murmuró Rebeca sin levantar la cabeza.

—Aira está con Gabriel, ¿qué necesitas tú? —preguntó preocupado.

—Necesito cerrar los ojos y borrar esa imagen de mi cabeza... necesito que el tiempo pueda retroceder seis años y escucharlo cuando quiso hablar conmigo, necesito estar a la altura de lo que él merecía... necesito...

—Llorar... necesitas llorar y está bien, puedes hacerlo —aseguró acercándose un poco más a ella para abrazarla.

—No lo he cuidado lo suficiente, no he estado pendiente de él... —murmuró Elena entre los brazos de su marido y Gabriel se acercó a ella junto a Aira.

—No, mamá, no has tenido la culpa, nosotros no tendríamos que haber puesto esa película...

—Gabriel dejó la frase sin terminar después de mirar a Rebeca. Oliver suspiraba con resignación y se volvió al sentir que lo observaban. Gabriel le indicó con la cabeza que fuera con Aira y él se acercó de nuevo a su cuñada.

—¿Beca? —preguntó Gabriel, colocando una mano en su espalda, pero ella no se movió—. Beca... —murmuró de nuevo y la chica levantó sus ojos hinchados, rojos y con marcas de maquillaje por toda la cara—. Ven —aproximó su cuerpo al de ella y le abrazó con fuerza, mientras frotaba con la otra mano la espalda de su cuñada—. Respira... —le recordó al ver en los ojos de ella que se encontraba al límite. Aira y Oliver también decidieron sentarse y los únicos que quedaron en pie esperando la llegada del médico fueron Alexander y Elena.

Carmen apareció corriendo por la puerta metálica que separaba el lugar donde se encontraban los pacientes de la sala de espera de los familiares.

—No sé nada, no me dejaron entrar —dijo acercándose a su hermano y su cuñada para abrazarlos y después se sentó entre Rebeca y Aira en el sitio que había vacío. Primero miró a Gabriel, que asintió con un suspiro, se giró con Oliver, que hizo lo mismo. La mano de la mujer se posó en la pierna de Aira que levantó la cabeza para verle.

—¿Cómo estás? —preguntó. Aira negó con los ojos cerrados.

—Parecía completamente fuera de sí... yo... no sé... —murmuró Aira sin ser capaz de articular una frase. Carmen lo hizo junto a ella y le dio un delicado beso en la frente, tratando así de consolarla. Aira suspiró junto a ella y dejó que Oliver le la abrazara de nuevo. En esa ocasión miró a Rebeca e hizo el mismo gesto que con Aira.

—No, Carmen, ahora no quiero hablar... —contestó Rebeca antes de que le dijera nada. Continuó en su posición, abrazada a Gabriel, que cuando sentía un espasmo de la chica le apretaba para recordarle que se estaban apoyando mutuamente. Carmen, dejó salir aire, no quería que Rebeca se guardara para sí misma todo lo que estaba sintiendo en ese momento, pero

tampoco podía obligarla hablar.

Nora apareció por la sala y corrió hasta su marido, que aunque no se movió de como estaba con Rebeca, dejó que su mujer apretara sus hombros y le acariciara la espalda para darle apoyo. Carmen se levantó para dejar que Nora se sentara y se fue hasta su hermano y Elena.

—¿Quién se hace cargo? —preguntó Elena.

—Cuando llegué estaba el doctor Louis atendiéndole —explicó a su hermano y su cuñada, Gabriel también era consciente de a quién se refería—. Y de psiquiatría estamos de guardia Robert y yo... a mí me tocaba en urgencias, supongo que como no me dejaron actuar por el parentesco lo llamaron a él —dijo con un suspiro.

—Sí... me llamaron —comentó un doctor acercándose a la familia, haciendo que todos se pusieran en pie, ansiosos por tener noticias de Alex, excepto Nora que se quedó abrazando a Beca, que decidió no levantarse por miedo a caer al suelo.

—¿Lo viste?

—No, todavía no he entrado, el médico lo está atendiendo. Necesito que me expliquen lo que pasó —les dijo con seriedad a toda la familia. Apenas había podido tener dos sesiones junto a Alex antes de que él decidiera que no eran necesarias y las fuera aplazando hasta no asistir a ellas. Gabriel fue el que comenzó a relatar todo lo sucedido desde el momento en el que su madre se subió a ayudar a Noah con los deberes.

El psiquiatra asintió, anotando lo ocurrido y fue hasta el box donde el doctor atendía a Alex y así poder ver si ya había terminado para poder empezar él con su evaluación. Alex se encontraba en la camilla, aún un tanto sedado, el médico terminaba de suturar la herida de la cabeza mientras uno de los asistentes le vendaba los antebrazos que ya estaban curados. Su colega lo miró con una media sonrisa y este le devolvió el gesto.

—Estoy casi terminando. Solo me faltan un par de puntos y estaremos listos.

—¿Sabes que le dieron?

—Lorazepam y suero. Yo solo usé lidocaína para las suturas y le di un paracetamol y ketorolaco para el manejo del dolor.

Asintió ante la respuesta de su colega y esperó hasta que terminó. El asistente cubrió la lesión y salió del lugar para dejar que el psiquiatra hiciera su trabajo. Alex parecía aún un poco dormido, pero notó la presencia de su terapeuta y trató de desviar la mirada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, el chico no respondió—. Espero que seas consciente de que no puedo mandarte a casa después de esto...

—No, no necesito que me ingreses. Esto ha sido solo un desliz, no se volverá a repetir. Estoy bien, lo juro —trató de convencerlo, pero Robert solo negaba. Sabía que Alex no estaba en condiciones de tomar ninguna decisión en estos momentos y él era el que debía velar por su seguridad. Esta había sido una de las crisis más fuertes que el chico había tenido y no podía dejar que volviera a ocurrir, ahora habían sido lesiones menores sin mayor compromiso, no podía arriesgarse a que volviera a ocurrir.

—Aún tengo que comentarlo con tus padres, pero creo que van a estar de acuerdo conmigo en que esta es la mejor decisión en estos momentos y que necesitas ayuda, ahora más que nunca.

—No, no lo necesito. Estoy bien... Voy a estar bien —intentó incorporarse, pero un mareo lo hizo volver a recostarse.

—No, Alex. No estás bien. —Un celador apareció para llevarlo a escáner, debían de asegurarse que no había sufrido lesiones graves por el golpe—. Cuando regreses volveremos a hablarlo, pero no hay cambios en mi postura, Alex. Ahora iré a explicarles a tus padres y a que firmen la documentación necesaria para ingresarte.

—No, no puedes hacer eso... —trató de detenerlo, pero él asintió hacia el celador para autorizarlo a que se lo llevara—. Robert, no puedes hacer esto —se quejó, siendo arrastrado en la camilla por el pasillo.

Todos en la sala continuaban nerviosos. Oliver abrazaba a su novia y Nora estaba junto a su hermana y su marido. Elena y Alexander seguían de pie, apenas conseguían mantenerse un par de minutos sentados antes de que la impaciencia les superara y volver a pasearse de un lado a otro de nuevo. El doctor regresó a la sala aunque únicamente los padres se acercaron a él.

—¿Cómo está? —preguntó Aira, ahora que la adrenalina del momento había desaparecido, apenas se sentía con fuerza en las piernas para sostenerse sin caer al suelo.

—Está más tranquilo, él insiste en que está bien y que esto es un episodio aislado...—explicó el doctor, observando a todos los presentes—. He decidido que debería quedarse ingresado, en el área de psiquiatría. Como profesional no puedo dejar que vuelva a casa después de lo que ha sucedido...

—Lo que consideres que es mejor, te acompaño y firmo el ingreso. —El médico asintió a Alexander, aunque Alex fuera mayor de edad, en ese momento no estaba capacitado para tomar ese tipo de decisiones.

—Robert —llamó Elena justo cuando Alexander y él comenzaban a caminar, los dos se giraron—. ¿Puedo pasar a verle? —preguntó indecisa.

—Ahora le están haciendo un escáner por el golpe de la cabeza, después le diré que quieres entrar —le informó.

—¿Vamos al baño? Así nos podemos lavar un poco la cara —comentó Nora refiriéndose a su hermana y a su cuñada.

—Ahora mismo... no creo que pueda ponerme en pie... pero gracias —contestó Aira, dejando que nuevamente Oliver la abrazara y consolara. Nora giró a su hermana.

—Yo no... no —dijo entrecortado. Nora comprendió y la aproximó más a ella para seguir calmándola. Gabriel se acercó a su madre. Ahora les quedaba un duro y largo camino, que en muchas ocasiones verían cuesta arriba, pero apoyarían a Alex para que saliera de esta, no iban a dejarlo solo.

Dos meses, ese era el tiempo que Alex había pasado ingresado en el área de psiquiatría. Dos largos y eternos meses. Ni siquiera cuando Rebeca rompió con él sintió que el tiempo sucediera tan lento. Las cuatro paredes en las que estaba recluso, algunas veces, se hacían más pequeñas y eso le agobiaba un poco más. Pero hoy por fin, veinticinco de febrero, iba a ser libre. Robert, su médico le daba el alta, tras un seguimiento diario y considerar que Alex podía volver a enfrentarse a la vida real fuera de ese lugar.

Las primeras semanas Alex se negó a aceptar que necesitaba ayuda. Su mente bloqueaba sus recuerdos y rehuía los momentos en los que le pedían que los pronunciara en voz alta, explicarlo en las terapias en grupo, no quería detallar aquella noche, la que ahora casi recordaba al completo excepto por algunas lagunas. Una noche que marcó un antes y un después en su vida. Alex se encerró más en sí mismo tras el ingreso, no permitió que nadie entrara a verle, se sentía traicionado. Las crisis fueron repitiéndose y los medicamentos para ayudarlo a calmarse, continuos. Le costó entender que realmente no era así y que necesitaba apoyo para poder seguir adelante, para superar esa fatídica noche y volver a retomar las riendas de su vida. Un día se sentó frente a su psiquiatra y empezó abrirse, Robert no le presionó, dejó que él marcara el ritmo y a su manera, lo importante era que lo hiciera.

Aunque empezó a mejorar, continuó sin querer que nadie entrara a visitarlo, se avergonzaba de lo sucedido por lo que el doctor pidió a sus compañeras que cumplieran con los deseos del chico, y Carmen y Elena hicieron un esfuerzo por evitar la zona en la que se encontraba. Ambas cambiaron horarios con sus compañeros para atender en urgencias y consultas.

Después de tres semanas ingresado, Alex le pidió a Robert ver a su hermana, era algo en lo que no había dejado de pensar, en la luz que ella siempre le aportaba y que ahora él necesitaba para seguir encontrando el camino correcto. El médico aceptó, era un cambio positivo en su evaluación y pensaba que recibir alguna visita de alguien importante le ayudaba.

—¿Cómo está? —preguntó Aira mientras caminaba por el pasillo de las habitaciones de ingreso en planta. Solo había estado en ese lugar seis años atrás cuando su hermano y Rebeca rompieron. Hacía tres semanas que la chica no veía a su hermano y necesitaba hacerlo, la imagen de la última vez todavía le torturaba y tenía miedo por lo que se iba a encontrar.

—Está bien y está tranquilo —le aseguró el médico, calmando a la chica y pararon frente a una puerta.

El doctor hablaba todos los días con la familia y explicaba los avances que mostraba Alex. Todavía continuaban dándole alguna medicación, pero esta se había reducido bastante. Picó a la puerta y abrió. Alex se encontraba con los auriculares puestos, como eran inalámbricos tuvo permiso para tenerlos. Los guardó en el cajón junto al reproductor de música y miró confuso al médico, no recordaba que tuvieran sesión ese día con él.

—Tienes visita —avisó al muchacho con una sonrisa y después dejó que Aira entrara—. Os dejo solos —comentó y cerró la puerta.

—Hola —dijo Alex, evaluando a su hermana parada junto a la puerta. Ella hizo lo mismo con él y ambos se mantuvieron en silencio, analizándose hasta que los ojos de ambos se encontraron y Aira mostró una sonrisa, una de esas que Alex adoraba porque le transmitía absoluta paz.

—Hola —respondió ella dudosa. Se acercó a la cama con lentitud y se sentó en la zona de los pies.

—¿Cómo estás? —preguntó Alex.

La había echado mucho de menos, tal vez era la persona que más falta le había hecho en todo el tiempo que estaba permaneciendo en ese lugar.

—¿No debería hacer yo esa pregunta —respondió ella, frunciendo el ceño a la vez que se sentaba mejor en la cama para estar más cómoda.

—Sí... pero seguramente la respuesta que te pueda dar yo, ya la sabes... y a mí me interesa la tuya.

—Te echo de menos —le aseguró Aira, bajado la cabeza y moviendo sus manos con nerviosismo y cuando una lágrima se escapó de sus ojos, la apartó de inmediato. Alex se quedó pensativo, nunca había querido dañar a su hermana, ella era luz, luz propia y también para él.

—No soy la única —dijo con un suspiro levantando la vista a su hermano.

—Siento que paséis por esta mierda... —comentó él—. Yo... por eso nunca quise que lo supierais.

—Tal vez si nos hubieras contado todo desde un principio ahora no estaríamos aquí —le dijo ella encogiéndose de hombros acompañándolo por un suspiro.

—Todo está mal, Aira... —murmuró Alex, él no se volvió hacia ella, pero Aira sí que lo hizo, necesitaba examinar sus expresiones, sus gestos—. Lo está ahora y lo estuvo hace seis años y desde entonces hasta este momento —dijo él con un dejando salir el aire. Aira tuvo la necesidad de rebatirle, aunque sí tenía motivos y argumentos para hacerlo, no le interesaba discutir con él y menos ahora que lo veía tan débil e indefenso. Los dos se quedaron en silencio por unos minutos, Aira no apartó los ojos de su hermano, queriendo adivinar qué pasaba por su mente. Podía ver cómo todavía tenía vendas en sus antebrazos y su corazón se encogió al recordar la imagen de aquel día.

—Rebeca... —empezó hablando y Aira dejó escapar aire nuevamente.

—Está en casa de Albert... algunas noches se viene con nosotros... no ha querido irse, quiere estar contigo... —le aseguró Aira tranquilamente.

—Yo no... no creo que sea lo mejor —le contestó.

—¿Ya no la quieres? —preguntó Aira sorprendida.

—Claro que la quiero... pero no que pierda oportunidades por mí, ella no merece eso —dijo pensativo y mirando a su hermana.

—Creo que ella es mayorcita para tomar sus decisiones... también lo está pasando mal... la tía le está dando sesiones de nuevo —le confesó Aira. Alex se frustró al escuchar eso, había vuelto a dañarle, él volvía a ser la causa de que Rebeca estuviera mal.

—¿Y mamá y papá?

—Tienen ganas de verte... —le contestó acordándose ella también de sus padres—. Todos quieren verte —le aseguró.

Estuvieron hablando un par de horas hasta que el médico entró avisando a Aira de que había terminado el tiempo de visitas y que debía marcharse. Ella se levantó y esperó a que su hermano hiciera lo mismo para despedirse pero no se movió. Así que caminó hasta la puerta donde el doctor esperaba. Cuando salía de la habitación, Alex se puso en pie y corrió hasta ella para abrazarla.

—Necesito tiempo para estar bien, pero lo estaré —le prometió al oído y tras separarse, los dos se miraron a los ojos y Aira asintió.

Después de esa visita, hubo muchas más, sus padres, Gabriel y Aira fueron los únicos en ir a

visitarle por petición de Alex. Había avanzado queriendo ver a algunas personas, no se sentía capaz de afrontar más por el momento. Las semanas pasaron y aunque se marchaba a casa, debería continuar con visitas semanales, para continuar mejorando. Una parte de Alex temía salir, temía volver a la calle y a la gente, temía las noches sin medicamentos y temía enfrentarse a toda esa gente a la que no había querido ver por no tener el valor suficiente para hacerlo.

—Me haré vieja como tarde más tiempo en traer el papel —dijo Aira sentada en la cama junto a su hermano. Gabriel esperaba en la butaca y Alexander y Elena estaba de pie apoyados en la pared. Todos habían querido acompañar al menor de la familia por unos minutos en este momento importante de su vida. Habían depositado mucha confianza en él y en su recuperación en esos dos meses e iban a seguir apoyándolo en el camino.

—Eres una impaciente —dijo Gabriel riéndose de su hermana. Aira le sacó la lengua molesta por el comentario, pero no le rebatió. Sí, estaba impaciente por tener a su hermano de vuelta en casa y más ahora que ella había decidido regresar con sus padres acompañada por Oliver para poder apoyar a su hermano.

—Hola, familia Rice, lamento el retraso —dijo el doctor entrando por la puerta.

—Robert —saludó Alexander ofreciéndole la mano así como hizo Elena. Alex, Aira y Gabriel se incorporaron un poco en sus posiciones.

—Bueno, aquí tienes el papel de alta, quiero verte el lunes a las seis de la tarde... —informó a Alex que lo miraba con atención.

—¿Hay que seguir alguna indicación? —preguntó Alexander un poco perdido. Aunque Elena sabía cómo debía actuar, decidieron seguir todas las indicaciones de Robert, sin oponerse a ellas. Necesitaban actuar como padres y no como profesionales.

—Supongo que todo lo que yo diga ahora Elena lo sabe, incluso tú, Alexander —dijo con una sonrisa—. Las emociones, sensaciones y estados de Alex son vulnerables e incluso todavía difíciles de controlar —informó observando a Alex que bajó la mirada un instante y después la alzó de nuevo—. Pero es algo normal dada las circunstancias... estar con él, apoyarlo y darle su espacio y su tiempo es lo mejor que podéis hacer —les dijo con tranquilidad.

—Eso haremos —aseguró Gabriel, se levantó de donde se encontraba y se acercó a su hermano pasando su brazo por sus hombros.

—Con los papeles del alta también llevas la receta. Diazepam solo en caso de crisis —le recordó y Alex asintió conforme, ya que él no deseaba sentirse calmado de manera innecesaria—. Si cuando nos veamos el lunes has tenido pesadillas... nos plantearemos algo más...

—No, así está bien —comentó Alex pensativo, quería evitar los medicamentos. Miró a los presentes que alzaron una ceja—, Si lo necesito, como usted diga —se corrigió con resignación.

—Por favor, el lunes al vernos, no me mientas con lo de las pesadillas, eso no te ayudara y tampoco a mí a hacer mi trabajo —aseguró y Alex asintió.

Había conseguido abrirse por completo con el doctor, le fue sincero contándole todo lo que recordaba, lo que pasó después, las crisis y los momentos en los que deseaba desaparecer. Robert no compartió con nadie lo hablado en esas sesiones, solo informaba a la familia que su evolución, que parecía ser bastante favorable.

—No me cabe ninguna duda de que lo cuidaréis por eso estoy seguro de que Alex estará bien en casa —dijo—. De todas formas

—continuó de nuevo hacia Alex—, si necesitas hablar, te sientes abrumado... pide ayuda, no es malo, lo hemos hablado —recordó y el chico asintió.

—Tranquilo, doctor —contestó Alex con una sonrisa.

Poco después la familia salió del lugar y Alex cargó su mochila mientras su hermana lo

abrazaba. Muchas de las visitas de Aira y Gabriel habían sido tarde de juegos de mesa, conversaciones sobre su infancia, nueva música que sonaba en ese momento, las aventuras de Noah en la escuela. Visitas con la idea de mantenerle alejado de la tristeza y la angustia a su hermano.

—¡Hola! —gritó Aira entrando en el dormitorio de su hermano dando saltitos típicos suyos con una sonrisa y Gabriel caminaba tras ella más tranquilo pero sonriendo de la misma manera. Alex se mostró igual de feliz al verlos entrar y se quitó los auriculares para prestarles su completa atención.—. ¿Cómo ha ido tu día? —preguntó Aira abrazando a su hermano y sentándose en la cama junto a él, donde se le unió Gabriel al otro lado.

—Como todos... —dijo Alex con un suspiro, pero mostrando sus hermanos con una sonrisa—. Pero vosotros seguro que me lo vais a arreglar —estiró los labios con alegría.

—¡Oliver me ha pedido matrimonio! —gritó Aira dando un saltó en la cama. Gesto que provocó la risa de sus hermanos que rompieron a carcajada—. Lo hizo anoche.

—Felicidades, Campanilla —contestó Alex abrazándola sin dejar de reír, esa ilusión que siempre mostraba era energía para él.

—Me hubiera gustado que estuvieras allí... que hubieras estado en todas las fiestas navideñas... —murmuró apenada.

—Casi prefiero no haber estado... pero ya hablaré yo con Oliver cuando salga de aquí —dijo con el ceño fruncido pero con una sonrisa.

—Alex... —dijo con un suspiro la chica.

—Aira, lo digo de verdad, tendremos muchas más Navidades para celebrar todos... —le aseguró para que ella no continuara apenada, la abrazó con fuerza y Gabriel sonrió al verlos.

—¿Has hablado con el doctor hoy? —preguntó Gabriel y Aira se separó para mirar su hermano con atención.

—¿Me lo preguntas de verdad? —preguntó Alex a su hermano sorprendido—. Sé que habla con vosotros, papá y mamá para ir contando “mi evolución” —contestó haciendo las comillas de manera irónica—. ¿Cómo lo hizo Oliver?, espero que al menos fuera original —dijo poniendo los ojos en blanco y los dos hermanos se rieron con él.

—Pues no, Oliver siempre será tradicional, me lo pidió cenando, estábamos todos en casa y lo hizo allí —dijo ella haciendo gestos de niña pequeña y después alzó la mano para enseñársela a su mellizo.

—Menudo anillo, se ha estirado mi cuñado —exclamó

—Eres un tonto... —murmuró Aira encogiendo la mano de nuevo.

—Por cierto, Noah me recordó que te dijera que cuando salgas lo primero que tienes que hacer es ir a verle —dijo Gabriel con una sonrisa y Alex asintió recordando a su sobrino. En ese momento picaron a la puerta. Los tres indicaron un “adelante” y entró una de las auxiliares del turno de la noche, Alex después de casi mes y medio ya las conocía a todas.

—Traigo la cena —dijo pasando con la bandeja y ambos hermanos se movieron para que la dejara sobre la mesa—. La pastilla te la tomas antes de dormir —le recordó y Alex asintió con media sonrisa—. Todavía os quedan unos minutos, pero pronto termina el tiempo de visita —les aseguró y los tres asintieron de nuevo.

—¿Qué tienes hoy para cenar? —preguntó Gabriel mirando la bandeja y casi puso cara de fastidio—. Caldo y pescado hervido... parece muy apetecible. —Hizo una mueca y le acercó la comida a Alex. Mientras cenaba sus hermanos se quedaron con él hablando de diferentes temas. Cuando se colocaban las chaquetas para salir, Alex ya había terminado la cena y miró a sus hermanos con un suspiro.

—¿Sigue aquí? —pregunto, sus hermanos no pudieron evitar mirarse y sentarse de nuevo en la cama.

—Sí... —le aseguró Aira con tranquilidad—. No sé que tienes en mente, ni que vas a hacer cuando salgas... pero ella no podrá avanzar hasta que no habléis —le dijo con voz calmada y cogiendo las manos de su hermano.

—¿Continúa... sigue visitando a la tía? —volvió a preguntar ignorando lo que su hermana le había dicho.

—Sí... aunque no de manera oficial, no va a consulta ni nada... Carmen va a casa de Albert y allí está con ella y habla un rato, ha tenido alguna crisis... pero está bien —aseguró Gabriel con un suspiro.

—¿Tengo la culpa?

—No, Alex, no la tienes... ella sabe tomar decisiones sola, tú no eres interfiere de nada —dijo Gabriel.

—Sí, la tengo, está perdiendo ofertas de trabajo y también tengo la culpa de que vuelva a tener crisis y... —empezó hablar Alex rápido y con falta de aire.

—No, Alex, no te hagas esto— pidió Gabriel serio, haciendo que Aira se moviera para poder quedar frente a Alex—, por favor —le pidió. La auxiliar de antes volvió a tocar en la puerta, Gabriel mantuvo su mirada firme en su hermano.

—Lo siento, el tiempo de visita ha terminado —informó con tranquilidad. Esperó junto a la puerta a que los chicos salieran.

—Alex, por favor.

Alex observó los ojos de su hermano. “Tarde” pensó para sí mismo con un suspiro.

—Nos vemos pasado mañana, por favor, haznos caso —pidió Aira cuando se separó de su hermano y ambos se marcharon junto a la auxiliar que antes de salir preguntó a Alex si se encontraba bien.

Esa noche fue dura, aunque muchas otras también lo fueron. Era cierto que las crisis eran mínimas, tras el primer mes apenas tuvo dos más, una de ellas fue esa noche. Las pesadillas sí eran más seguidas, ahora que no contaba con el medicamento, aunque lo tuviera si los necesitaba.

—¿Dónde está Noah? —preguntó Alex en el coche mientras salían del hospital. Gabriel sonrió a su hermano desde el lado opuesto del asiento, se alegró de que Alex recordara lo que había le prometido a su sobrino.

—En mi casa, con Nora, Oliver y Rebeca —le dijo esperando ver su reacción—. ¿Quieres ir?

Alex confirmó con un asentimiento, lo que provocó la sonrisa de su hermano y después la del resto de su familia. Era cierto que mientras había estado ingresado no quería ver a nadie, pero una vez fuera, echaba mucho de menos a su sobrino y a sus cuñados, sobre todo a Oliver. Y aunque intentaba decirse a sí mismo que no, se moría de ganas por ver a Rebeca.

Alexander y Elena los dejaron en la puerta de casa de Gabriel y se marcharon a su casa, querían dejarles ese rato a ellos solos. Aira y Gabriel entraron en la casa, aunque pararon al ver que Alex no avanzaba.

—Voy en un par de minutos, quiero que me dé un poco el aire.

Alex cerró los ojos al sentir el aire rozando su piel, el vello de sus brazos erizarse por el frío de finales de febrero, la humedad del césped debido a la lluvia de la noche anterior, las gotas que caían desde el tejado de casa de su hermano... Cuando se giró vio a Oliver apoyado en el marco de la puerta, esperando con los brazos cruzados y una sonrisa.

—Hoy no hace un día especialmente bonito...

—Hoy es el mejor día de todos —comentó Alex acercándose a él, cuando estuvo en frente, le dio un abrazo con fuerza. Oliver entendió desde el primer momento que su amigo no quisiera que nadie fuera a verlo, estaba recuperándose y necesitaba a su familia, comprender su decisión no interfería con lo mucho que lo había extrañado.

—Sí, hoy es el mejor de todos... bienvenido, cuñado —se alejó un poco para verle la cara y Alex se apartó con una sonrisa.

—Tú y yo tenemos que hablar... —Oliver frunció el ceño—. Le has pedido matrimonio a mi hermana sin mí... y muy tradicional, en serio, en una cena con toda la familia —comentó Alex con una sonrisa. Oliver le dio un golpe en el brazo por asustarlo y rio con él

—Felicidades, soy el cuñado más feliz después de seis años viviendo juntos...

—Me hubiera gustado que estuvieras... pero Gabriel me dijo que no cambiara mis planes, que te enfadarías... dijo que te explicó mi idea...

—Lo hizo, pero cuando Aira me lo contó fingí no saber nada, creo que lo hice bien —comentó con una sonrisa y se abrazaron de nuevo.

—Yo también quiero saludarlo —habló Nora en el recibidor de su casa—. ¿Vais a entrar? Hace frío fuera... —Alex avanzó para cerrar la puerta y luego dejó que Nora le envolviera en sus brazos con ese síndrome de mamá que siempre había tenido—. Me alegra tenerte en casa —le susurró al oído a su cuñado que en respuesta apretó un poco más el abrazo. Al separarse, ella lo miró la cara y le dio un tierno beso en la mejilla—. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, bien de verdad —le aseguró y luego observó al resto. Sus hermanos estaban en la puerta del comedor abrazados y Oliver continuaba junto a él cerca de la puerta de salida—. Supongo que tendré mis momentos, pero estoy bien —repitió, todos asintieron conformes. Se hizo un silencio, Alex dio unos pasos para mirar en la cocina y en el comedor, pero en ningún lugar estaban ni su sobrino y Rebeca.

—Están arriba, Noah tiene deberes de música y Beca le está ayudando...—dijo Oliver al entender qué buscaba.

—Están en la habitación de música —informó Nora. Alex asintió con una sonrisa y subió. Todavía le sorprendía el hecho de que Nora permitiera que su hermano montara una sala con el

piano y otros instrumentos, aunque claro, su cuñada adoraba cuando Gabriel le tocaba algo.

La puerta de la habitación estaba abierta y se quedó escuchado unos minutos para oír lo que Rebeca le explicaba sobre música, aunque se sorprendió al ver que ese no era el tema de conversación.

—Beca, ¿tú crees en el amor? —preguntó Noah. Rebeca apartó los ojos de los ejercicios y lo miró confundida.

—¿Y esa pregunta?

—Papá siempre dice que no se contesta una pregunta con otra

—se quejó el pequeño con un suspiro.

—Supongo que sí... que creo en él —contestó con una pequeña sonrisa al ver el ceño fruncido de su sobrino.

—¿Y qué se siente? —Rebeca cogió aire y cerró los ojos.

—Cuando tienes a esa persona cerca tu corazón palpita con más fuerza, sientes como si pequeñas mariposas volaran por tu estómago... quieres estar siempre a su lado, quieres que esté bien y tú estarlo para él... —le explicó y después le miró de nuevo—. ¿Por qué? —preguntó de vuelta antes de que él dijera nada más.

—Creo que no estoy enamorado entonces... yo no siento eso, solo me gusta —dijo encogiéndose de hombros—. ¿Tú estás enamorada?

—Tal vez nunca he dejado de estarlo —confesó con un suspiro.

—¿De mi tío Alex? —quiso saber y Rebeca alzó una ceja. Alex, apoyado en la puerta, esperó la respuesta con impaciencia, viendo cómo ambos estaban tan metidos en la conversación que no se habían dado cuenta de su presencia.

—¿Cómo sabes tú eso? —intentó Rebeca.

—A veces escucho a papá y mamá hablar... también a los tíos y a los abuelos... ellos dicen que todavía os queréis...

Alex decidió que ese era el momento perfecto para entrar, no estaba preparado para escuchar la respuesta de Rebeca, así que picó a la puerta y la abrió apoyándose en ella.

—¡Alex! —gritó Noah levantándose y corriendo donde su tío le esperaba para recibirlo con un abrazo—. ¿Ya estás bien? —preguntó el pequeño, observándole entero y sonriendo cuando Alex le hizo cosquillas.

—Sí, estoy como nuevo —comentó agachándose a la altura de su sobrino, pero dedicando una fugaz mirada a Rebeca que estaba sentada en el banquillo del piano—. ¿Me haces un favor? —preguntó Alex observando ahora de nuevo a Noah, quien asintió uniendo las cejas en señal de confusión—. Necesito que bajes a la sala y durante un rato distraigas a todos, ya sabes que son unos cotillas.

—¿Quieres estar solo con tía Rebeca? —preguntó el niño con una sonrisa y Alex solo le guiñó un ojo con una sonrisa. El pequeño río y asintió saliendo.

En cuanto Noah bajó, Rebeca se puso en pie y se acercó a Alex quien hizo lo mismo y se quedaron a un metro de distancia el uno del otro.

—Me alegra mucho verte —saludó Rebeca estirando sus labios hasta mostrar una mueca de felicidad.

—Mi hermana me dijo que habías perdido muchas ofertas de trabajo por quedarte aquí en Luz de mar mientras estuve en el hospital —dijo Alex con un suspiro.

—Fue una exagerada... —contestó medio riendo. Aunque sí era verdad, había perdido cerca de cinco oportunidades muy buenas, su representante le la estuvo llamando aunque ella le asegurara desde el primer momento que no iba a viajar, que dejara de buscarle trabajo, Rebeca

no se arrepentía de su decisión.

—Lo siento —le aseguró el chico con un suspiro.

—¿Qué sientes? Alex, tú no tienes la culpa de nada —dijo ella acercándose y cogiendo las manos del chico—. Yo he elegido quedarme porque te prometí que no te iba a dejar solo mientras me quisieras a tu lado.

Alex observó sus ojos azules, dejó que ellos hicieran que se perdiera como siempre. Rebeca sintió esa tranquilidad que Alex le había aportado en los momentos de tensión y apretó con fuerza las manos. Él se acercó algunos centímetros más, sin apartar la mirada del azul que los envolvía, aproximó sus narices y las rozó, algunos lo llaman: beso esquimal.

—Alex... —susurró Rebeca.

—Contigo estoy seguro... —pronunció las palabras con lentitud, sin perder el contacto que ahora compartían—. Pero no estoy preparado. —Esas palabras fueron duras de pronunciar en voz alta, pero las necesitaba. Lo había hablado con su médico, si él no estaba bien recuperado del todo, nunca podría aportarle felicidad y bienestar a Rebeca. Y eso era lo que él más quería.

—¡Alex, Rebeca! Vamos a pedir comida. —Escucharon el grito de Aira y se separaron justo cuando ella se asomaba por la puerta

—¿Qué queréis?

—¿Qué vais a pedir? —preguntó el chico caminado hacia la puerta donde estaba su hermana seguido de Rebeca. Ninguno de los dos comentó nada y sonrieron al ver que Noah estaba con el resto en la sala hablando sin parar y molestó porque Aira se le había escapado de la tarea que le pidió su tío. Alex hizo un gesto a su sobrino de que todo estaba bien y el amplió su sonrisa.

—¡Pizza! —exclamó emocionado dando un salto el sofá.

Tras la comida, Gabriel y Nora sacaron algunos juegos de mesa, eligieron aquellos donde Noah también pudiera participar, ya que no quería separarse de Alex. La tarde se desarrolló entre risas, esas tardes que los seis habían echado de menos y necesitaban. Ahora jugaban al *Party & Co*, la felicidad no desapareció ni aunque perdieran alguna partida, eso no interfirió en esa burbuja que habían creado esa tarde. Alex no pudo evitar mirarlos a todos, ellos eran su hogar y se sentía seguro al tenerlos cerca.



Rebeca caminaba por los grandes pasillos del aeropuerto, sus piernas le temblaban solo de pensar en la conversación que compartió con Alex el día anterior, esa charla era la razón por la que estaba a unos minutos de coger el avión que la llevaría de vuelta a casa después de tres meses y sin que nadie fuera a despedirla. Las última veces había estado tan segura de haber tomado esa decisión y ahora sentía tanto miedo por hacerlo.

Era por la tarde y el sol se estaba poniendo, no hacía nada de calor, pero tampoco había nubes como de costumbre. Rebeca estaba apoyada en la barandilla del porche en casa de Carmen y John; el cumpleaños de John había hecho que todos se reunieran para una merienda dado que había sido el único horario donde todos podían coincidir. Alex salió por la puerta de casa de su tía y suspiró al ver a Rebeca, para darse valor a sí mismo para lo que quería hacer.

—Quiero que te vayas... —murmuró Alex sentándose en las butacas que había en el lugar.

—¿Cómo? —preguntó Rebeca girándose sorprendida por sus palabras.

Sentía que habían ido avanzando desde que se estaba recuperando, tenían una relación de

amigos aunque en ocasiones se volvía algo tensa, sobre todo cuando los dos se encontraban solos.

—Tu sitio no está aquí, tu vida no está aquí... —murmuró el joven mirando al frente. Luego se acomodó y observó a Rebeca, incrédula—. ¿Qué vas a hacer? ¿Dedicar tu vida a renunciar a tu felicidad?

—Me da igual lo que tengo en California, lo puedo conseguir de todas formas aquí, quiero estar contigo, quiero que nos demos esa oportunidad.

—Yo necesito tiempo, espacio y tranquilidad y la verdad que tenerte cerca no aporta ninguna de ellas —le rebatió él con un suspiro.

—Alex... —intentó ella quedándose sin palabras.

—No, te quiero, no te haces una idea de cuánto, pero necesito ese tiempo —le aseguró.

—Te puedo dar ese tiempo y no hace falta que me vaya... —Rebeca pronunció esas palabras haciendo un esfuerzo para no dejar caer las lágrimas. Alex se mordió el labio al ver la expresión de la chica. Él se sentía igual.

—Por favor, no me lo pongas más difícil, yo no sé ser solo tu amigo y no soy capaz de tener solo esa relación —insistió Alex con un suspiro.

—Alex, yo no soy una muñeca, no puedes usarme de esa manera... primero no me dices la verdad, estamos seis años sin vernos, luego quieres hablar contigo, ahora no, luego sí, mejor no, ahora me lo sueltas de repente, me alejas, me sueltas otra bomba, me pides que me quede, me quedo, te espero y después de dos meses... ¿me dices que me vaya? —dijo Rebeca molesta y poniéndose en pie—. No funciona así, ni la vida, ni el amor... no funciona así —le repitió de nuevo

—Lo siento... —le susurró él todavía desde los taburetes del porche viendo la espalda de la chica.

—No, no lo sientes, tú te quedaste conmigo cuando yo estaba rota, esperaste y luchaste por mí y por ti, luchaste por nosotros —dijo girándose para verle de nuevo.

—En ese momento, solo tú estabas rota, ahora lo estamos los dos...

—Yo no estoy rota, estoy bien, puedo estarlo por los dos —aseguró ella acercándose.

—Pero yo no quiero que tú estés bien por los dos, quiero que lo estés solo por ti, quiero que seas egoísta y estés bien por ti mientras yo me ocupo de mí —rebatía.

—No es justo —recriminó ella.

—Lo sé, pero muchas veces la vida no es justa.

Rebeca miró a Alex y se quedó en silencio unos minutos, él no apartó el gesto y ella tampoco lo hizo.

—Alex, si me voy... si me echas... solo espero que cuando estés preparado no sea demasiado tarde... —pronunció ella con un suspiro y esfuerzo.

—Entonces tal vez es porque no podíamos estar juntos

Rebeca volvió a la realidad cuando escuchó que llamaban a vuelo por megafonía, le había dicho a su familia tras la merienda que al día siguiente se marchaba y todos se habían mostrado bastantes molestos por no entender la marcha de la chica. Ella tampoco quiso justificarse nada y Alex no dio explicaciones. Esa mañana cuando hizo sus maletas de nuevo, su padre y sus hermanos estaban junto a Anna en la cocina de la pequeña casa familiar. Los cuatro debían volver al trabajo y no podían acompañarla, pero se despidieron con un abrazo y con la pregunta típica de si estaba segura de lo que hacía. Rebeca no les contestó. No, no estaba segura, pero tampoco tenía más opciones.

Un año después

—¡Beca! —gritó Sylvia haciendo movimientos llamando la atención de su amiga.

—¿Qué? —preguntó esta con el ceño fruncido mirando a su alrededor.

—Estás en otro planeta... Te decía que qué íbamos a hacer para tu cumpleaños... quedan dos días —comentó emocionada.

Rebeca llevaba años siendo reacia al día de su cumpleaños, le costaba olvidar ese día patinando sobre hielo, la bailarina que ahora volvía a estar colgada de su cuello y esa comida con toda la familia que tanto echaba de menos. Sylvia, Aarón y Chris se esforzaban por hacer fiestas entre los cuatro, siguiendo los gustos de Rebeca de evitar las discotecas lo máximo posible, por lo que normalmente salían por algún bar musical.

—Ya te lo he dicho... este año...

—No, no quiero excusas, y menos si no vas a contarme qué pasó en tu casa hace un año, dejaste un trabajo que podría abrirte muchas puertas, sí, estoy feliz porque yo ocupo tu lugar, pero esa no era la idea, tú debías brillar en ese lugar —dijo Sylvia, pasándose su cabello negro tras la oreja. Rebeca sonrió al verla, eran completamente opuestas, pero inseparables.

—Renuncié a esa oportunidad y te la dieron a ti, ahora yo inauguro musical el día de mi cumpleaños, así que no podremos hacer nada...—respondió Beca encogiendo los hombros y alzando los brazos en señal de inocencia.

—El musical termina a las nueve, podemos salir a cenar y reírnos un rato, llevas casi un año encerrada en casa, apenas sales de ella, tenemos que ir a encerrarnos allí contigo... ¿Qué pasó?— intentó averiguar.

—¿Qué pasó, dónde? —preguntó fingiendo ignorancia Rebeca.

—Te fuiste al cumpleaños de tu sobrino, algo sucedió allí para que tardaras tres meses en volver y para que renunciaras al trabajo que llevabas tiempo esperando... —comentó Chris, dejándose caer al sofá con una botella de agua en la mano—. Sin tener en cuenta que desde entonces no has vuelto a ir, y evitas muchas de las llamadas que te hace tu familia.

—Eres un cotilla...

—No, querida, tienes una casa pequeña con paredes muy delgadas, desde la cocina se escucha perfectamente vuestra intensa conversación, así que contesta, yo también quiero saber por qué en vez de trabajar con mi amiga, la que me acompaño al casting, terminé con esta loca... —Sylvia lo miró mal—, con la que me divierto en cada ensayo, pero entiéndelo, cariño, no eres Beca. —Las dos chicas alzaron los ojos—. Queremos saber qué pasó...

—Digamos que... el motivo por el que rompimos fue un malentendido, yo en aquel momento no quise escucharle... y eso nos hizo daño a los dos —comentó con un suspiro.

—Pero... ¿por qué rompisteis? —preguntó Chris confundido.

Rebeca cogió de aire y trató de explicarlo.

—Yo en aquel momento no estaba bien... discutimos, él salió de fiesta una noche, no me habló en todo el fin de semana, el lunes colgaron en la cafetería del instituto unas fotos de él besándose con otra... y yo hui. —No dijo más, ella no lo necesitaba y esos detalles de su pasado quedaron allí.

—Entonces... si fue un malentendido, significa...

—Que no se enrolló con otra, bueno sí, pero no como yo esperaba —aclaró—, la cuestión es que él no ha estado bien estos años... pasó algo fuerte y me quedé allí para apoyarle.

—¿Y por qué te volviste?

—Porque él me lo pidió —contestó encogiéndose de hombros.

—¿Te dijo que te fueras? ¿Sin más? ¿Una pequeña explicación? Perdiste un trabajo por quedarte con él...

—Sylvia... a mí me daba igual el trabajo, Alex... él fue muy importante para mí, me ayudó mucho en mi adolescencia, cuando lo conocí... yo estaba en un pozo oscuro y él extendió su mano y, con paciencia, esperó a que yo pudiera agarrarla, el trabajo era solo trabajo. Alex... él siempre será...

—¿Qué?

—Siempre será Alex

Veinte de abril, cumpleaños de Rebeca.

Por fin se estrenaba el musical en el que llevaba tres semanas ensayando. Sylvia, Aarón y Chris estaban pasando todos el día con ella, la habían despertado esa mañana muy temprano para desayunar juntos, como Rebeca no quería hacer nada especial, ellos decidieron hacer cosas cotidianas, pero con ella. Después del desayuno fueron de compras y le regalaron a su amiga un precioso vestido para que fuera perfecta al estreno. Salieron a comer y al principio de la tarde, se acercaron al teatro para el ensayo general antes de la obra. El director ya conocía a los tres amigos y no le importó que estuvieran allí mientras guardaran silencio.

Rebeca recibió mensajes de toda la familia, de todos menos de él; un año más no había mensaje de Alex deseándole feliz cumpleaños. Contestó a sus hermanos, a su padre, a Carmen, a las chicas, a John, incluso Elena y Alexander le escribieron como todos los años. Aira también lo hizo, pero fue mucho más seria que de costumbre y lo mismo pasó con Gabriel. Su relación con todos se había enfriado bastante desde que decidió marcharse un año atrás sin dar explicaciones, pero especialmente con Gabriel y Aira la cosa estaba bastante tensa. Noah fue el único que le llamó y le cantó feliz, recordándole a su tía que cuando fuera a visitarle tendría un regalo solo para ella.

—¿No te ha escrito? —preguntó Sylvia observando a su amiga a través del espejo mientras le recogía bien el pelo en el moño de bailarina.

Negó.

Sylvia la abrazó por la espalda y le dio un beso en su mejilla en señal de apoyo, Rebeca cerró los ojos y se dejó envolver por su amiga, no necesitaba palabras de consuelo, este año pensó que aunque ella se había marchado para darle tiempo, sí tendría ese mensaje, aunque solo dijera “Feliz cumpleaños, Beca”

Respiró hondo y salió de la pequeña sala que tenía para prepararse, Sylvia se fue a sentar a su asiento en el público junto sus amigos y Rebeca se subió al escenario con sus compañeros para realizar un estreno, como mínimo igual de bueno que los ensayos del último día.



Tras terminar la actuación y los aplausos, Rebeca volvió a su salita, sus amigos la esperaban en la puerta para abrazarla y felicitarla.

—Te esperamos fuera a que estés lista. Hemos escuchado a tu compañera decir que van a salir a tomar algo y vamos a ir con ellos, no nos acoplamos... nos han invitado, también a ti —aseguró Chris.

Rebeca no les contestó, suspiró y entró cerrando la puerta. Se sentó en la silla donde antes Sylvia le había abrazado y miró el móvil que tenía guardado en el bolsillo de la mochila.

Nada, no había nada. Suspiró. Picaron a la puerta.

—Adelante.

—Señorita Wilson —le llamó un hombre por la espalda y Rebeca se giró sorprendida al encontrarse al portero del recinto con un ramo de flores—. Me dieron esto para usted —dijo con una sonrisa. El hombre era un señor mayor, cerca de los setenta años que había trabajado allí

desde hacía más de treinta años. Desde que empezaron los ensayos en el teatro, Rebeca se quedaba en sus ratos de descanso hablando con él, le transmitía confianza y ternura.

—¿Quién? —preguntó Rebeca confundida.

—Era un joven... alto y moreno aunque de piel blanca y los ojos tan azules que parecían el cielo —le dijo encogiéndose de hombros—. No me dijo su nombre.

El corazón de Rebeca paró de latir por un momento al pensar en Alex. No sabía nada de él desde hacía un año, porque su familia parecía haber hecho boto de silencio respecto al tema, porque nadie lo mencionaba nunca por teléfono.

Rebeca se acercó al señor y tras agradecerle, cogió el ramo y miró la tarjeta que esté llevaba. La letra de Alex era evidente, no olvidaría nunca esa caligrafía.

Mi dulce Rebeca:

Cuando alguien siente amor te cuida y te valora. No promete, sino que demuestra. Hay detalles que se quedan grabados para siempre en la memoria, como una pulsera con una estrella, unos patines de hielo, un colgante por el día de tu cumpleaños, o las entradas a un concierto. Que te digan lo guapa que estás, que te grites “te quiero”, pero también que te susurren al oído que estás un poco más borde de lo normal y que eso hace que te quiera más.

Amor es abrazarte fuerte sin llegar a romperte, acariciarte la espalda cuando menos te lo esperas, besarte con ganas y pasión, como aquel primer día bajo la tormenta o nuestra primera vez en el lago. Es que te lleve a tu restaurante favorito cuando me das a elegir dónde ir, dejarte escoger la película aunque te quedes dormida y que me llames simplemente porque te apetece.

Una vez me dijeron que estar enamorada era dejar el orgullo a un lado, aprovechar cada momento, porque los humanos somos algo complejos, complicamos incluso las cosas más sencillas. Me recordó que el tiempo pasa y no vuelve atrás.

Creo que el amor también es perdonar, dar las gracias a la persona por los momentos buenos y por la ayuda para identificar las cosas malas. Es dejar que la otra persona sea ella misma y que tú también lo seas en su compañía.

Amor es crecer juntos. Sin olvidarnos de respetar lo gustos del otro, solo por verle un poco más feliz... como aquel chico que fue a patinar sobre hielo porque la chica que empezaba a gustarle lo necesitaba o aquella chica que fue a un aunque odiaba a los cantantes.

La posibilidad de mirar a una persona y sonreír, que sepa encontrar un poco de alegría a un día gris. Hacer el amor hasta el orgasmo, eso también es amor.

Amor, cariño, siempre serás tú.

PD: Feliz cumpleaños, preciosa.

Alex

El corazón de Rebeca iba a mil por hora, había llorado y reído mientras leía esa carta. Con los ojos cerrados tratando de recomponerse, abrazó el papel. Cuando abrió los ojos y los fijó en el cristal, apoyado en el marco de la puerta estaba Alex. Tenía las manos en los bolsillos de la cazadora de cuero y llevaba unos vaqueros y con una media sonrisa en sus labios. Se veía espléndido, no solo por fuera, sus ojos brillaban como en sus primeras veces. Ella se giró sorprendida.

—Fue un estreno increíble, tú estuviste increíble —dijo Alex. Llevaba apoyado en ese lugar desde que Beca había abierto el sobre, observó su moño perfecto, cómo sus lágrimas se deslizaron por las mejillas cuando leía algunas partes de la carta o la sonrisa que se le escapaba, momento en el que Alex imitaba el gesto.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Rebeca poniéndose en pie, dejando las flores sobre el tocador y acercándose a él.

—Te quiero —dijo Alex, caminado unos pasos hacia la chica y colocándose a un metro de distancia de ella—, pero te quiero libre y quiero que te vayas cuando tú lo decidas, aunque lo que yo quiera es tenerte para siempre, porque quererte es dejar que elijas si quieres quererme y no obligarte a alejarte de mí.

—Yo sigo dispuesta a darlo todo —aseguró Rebeca con un suspiro, mirando sus manos por un momento, pero Alex levantó su cabeza desde la barbilla.

—Te quiero, como esos amores a primera vista, como esos te quiero sin conocerte pero conociéndote, el te quiero se empieza a quedar corto, lo que quiero decirte es que te amo —le dijo finalmente Alex.

Rebeca cerró los ojos queriendo borrar los últimos años, queriendo volver atrás en el tiempo y que todo quedará en el penúltimo curso de la secundaria. Cuando volvió a abrir los ojos, pudo comprobar que el tiempo no había retrocedido, pero que Alex continuaba frente a ella, esperando. No tenía palabras para contestarle. Dio un paso algo indecisa hacia Alex, quedando apenas unos centímetros de separación entre ellos, él mostró una sonrisa y ella entendió eso como una aprobación a lo que ambos sabían que era el siguiente paso. Los brazos de Rebeca se extendieron por el cuello de Alex en el momento en el que los brazos del chico envolvían la cintura de ella con delicadeza. Ambas narices se rozaron segundos antes de que sus labios se unieran de nuevo.

Siete años.

Y de nuevo, esa corriente eléctrica les envolvía.

Unos golpes en la puerta del camerino les hizo parar y separarse un momento a regañadientes.

—¿Beca? —preguntó Sylvia al otro lado de la puerta. Como tenía confianza suficiente, su amiga abrió la puerta y se quedó apoyada en ella—. ¿Quién eres tú? —quiso saber confusa.

—Sylvia —comentó Rebeca —Él es Alex...

—¡Ah! Claro, Alex... Alex... estupendo, entonces creo que nos iremos nosotros con tus compañeros... tú vas a celebrar tu cumpleaños con otra compañía y supongo que preferiréis estar solos...

—Supones bien —contestó con una sonrisa tímida Rebeca.

—Chad dice que cierran las puertas del teatro, venía a avisarte porque no salías y me dijo que te trajo un ramo de flores, son preciosas —informó.

—Gracias, y es un placer, Sylvia —saludó Alex dando unos pasos para extender su mano con educación. Sylvia la miró con el ceño fruncido y se adelantó para darle dos besos.

—Siento interrumpir, pero supongo que tampoco querréis quedaros aquí encerrados... —comentó riendo

Sylvia se despidió de ambos y se marchó. Rebeca cogió su mochila, no se había cambiado, pero en ese momento, tampoco le importaba. Tenía la suerte de que su casa estaba a cinco minutos del teatro.

—Espero que tu casa no esté muy lejos...

Rebeca, traviesa, le dio un beso en los labios y apretó esa mano que todavía no soltaba y tiró de él para salir del lugar. En la entrada, Chad les esperaba para cerrar, le dedicó una sonrisa a la pareja y con un gesto se despidió de Beca hasta el día siguiente. Una vez en la calle, Alex se dejó llevar por Rebeca que con su traje de bailarina y sus zapatillas de ballet por las calles. Alex la abrazó por la espalda y besó con delicadeza su nuca, la piel de Rebeca se erizó en respuesta, igual que su corazón. Al llegar a la portería, sacó las llaves de su bolsa y abrió sintiendo a Alex

suspirando en su oreja, subieron por las escaleras porque tuvo la sensación de que el ascensor tardaba demasiado. Una vez en el segundo piso paró en la puerta. Tardó en encontrar las llaves en su bolsa de baile, que Alex le estuviera haciendo cosquillas respirando junto a su cuello tampoco ayudaba.

—¿Vas a enseñármelo? —preguntó él con una sonrisa pícaro.

—¿Quieres que te lo enseñe?

—Ahora... con ver el dormitorio está bien, mañana puedes enseñarme el resto...

—¿Estás seguro? —preguntó Rebeca indecisa

—Creo... que ambos nos engañamos si nos decimos que no nos apetece... —confesó Alex observando cada uno de sus gestos.

—Que me muera de ganas no significa que no pueda esperar el tiempo que sea necesario para que esto pase —le aseguró ella.

—Quiero que pase ahora, hoy en tu cumpleaños, que los próximos años cuando recordemos este reencuentro con este momento y sonriamos —pronunció Alex con contundencia. Y aunque Rebeca quiso rebatirle y prometerle que no olvidaría ese instante aunque no pasara nada más, él la hizo callar un con un beso, un beso que empezó de forma delicada, Alex agarró la espalda de Rebeca para atraer su cuerpo al de él y ella le devolvió el beso pasando sus brazos por el cuello y lo abrazó con fuerza, dando pasos hacia atrás para llegar al dormitorio.

—Me encantas con tutú... —murmuró Alex, dejándose caer en la cama de Rebeca, ella con una sonrisa se quitó las medias y el traje quedando solo en ropa interior.

—Tú a mí... me gustas siempre, aunque sin ropa —dijo con una sonrisa, pero no se la quitó, dejó que fuera él el que lo hiciera—. Alex... —lo llamó al echarse en la cama, esperando a que él se desvistiera—. ¿Estás seguro? —preguntó de nuevo insegura porque esto solo le hiciera mal.

—Sí —repitió con voz firme, después de sacarse los pantalones y dejar que ella le terminara quitando la ropa.

—No quiero que sufras...

Alex fue depositando suaves besos desde la boca de Rebeca, para hacerla callar, hasta el ombligo. Con cuidado sacó su ropa interior y ella hizo lo mismo con la de él. Alex llegó de nuevo a arriba y se quedó mirándola a los ojos, que brillaban de deseo.

—Estoy seguro de lo que hacemos...

El roce de sus labios después de esas palabras fue dulce y delicado. Ambos continuaron jugando con el cuerpo del otro, el único instante donde ese contacto se perdió fue el momento en el que Alex entró dentro de ella. En apenas unos segundos ambos volvieron abrirlos. Él con una sonrisa besó el cuello de ella, su respiración entrecortada y ansiosa retumbaba en sus oídos. Los movimientos lentos y continuos, no querían que ese encuentro terminara nunca.

—Más rápido...

—No, quiero disfrutar de este momento... nuestro momento —pronunció Alex con dificultad.

—Queda poco...

—A mí también —jadeó

—Más rápido —pidió de nuevo Rebeca y en el momento que sintió que ella estaba con él, aumentó el ritmo, seguro de que llegarían juntos a esa cima de placer que siempre disfrutaba tanto compartiéndola con ella.

∞∞∞∞∞

—¿Dónde nos deja esto? —preguntó Rebeca. Llevaban recostados sobre la cama cerca de diez

en minutos, acariciando cada sus manos y observando el techo del dormitorio. Alex no pudo evitar sonreír al verlo lleno de estrellas que brillaban en la oscuridad.

—Donde tú quieras que estemos... —prometió él dejando escapar un suspiro pero sin poder dejar de sonreír.

—Nos quiero juntos, como siempre debimos estar... —aseguró ella girando la cabeza para encontrarse con sus ojos.

—Pero... —Alex la conocía, sabía que esa frase no terminaba así.

—Acabo de firmar un contrato de dos meses, actuaciones cuatro veces a la semana, no puedo renunciar a ello... —Alex se incorporó y la observó con seriedad, pero tranquilo.

—No quiero que renuncies a ello, nunca voy a querer algo que implique que renuncies a tus sueños —aseguró.

—¿Pero nosotros...? —Ella también se incorporó.

—Nosotros seguimos aquí, además, yo también tengo que terminar mi carrera, cumplir algunas metas... eso no significa que nos separemos

—Una relación a distancia es...

—Nora y Gabriel pudieron con ella durante cuatro años, ¿por qué nosotros no?

—Mi vida no termina en dos meses... tampoco tus planes de futuro contigo mismo, ni el bufete que quieres abrir con mi hermano... —habló ella.

—Podemos luchar juntos, mis planes pueden cambiar, mi vida ha cambiado mucho en los últimos meses —aseguró sin apartar los ojos del azul de ella donde se podía reflejar la luna que asomaba para la ventana del dormitorio que se encontraba medio abierta.

—No puedo permitir que cambies tus planes, tus sueños —aclaró Rebeca acomodándose mejor en la cama, pero todavía sin vestirse.

—¿No lo vamos a intentar? —preguntó Alex alarmado.

—¿Y si no sale bien?

—¿Y si sí? —contestó él con una media sonrisa, gesto que hizo que Rebeca estirara sus labios en respuesta.

Se dejaron caer de nuevo en la cama, habían llegado juntos a una cima, no solo la del placer. Años atrás, aunque desearan ser felices juntos, Rebeca no estaba completa y envolvió su entorno a él, después fue Alex el que se negó a sí mismo que su vida dependiera de la presencia de ella. Ahora cada uno tenía su vida, pero podían unirlas y ser felices.

—Feliz cumpleaños, Beca, buenas noches.

∞∞∞∞∞

Los rayos del sol se filtraban por la ventana que continuaban todavía sin cerrar. Alex se había despertado temprano, pero lejos de moverse decidió quedarse para poder contemplar cómo Beca dormía junto a él. Rebeca llevaba unos minutos despierta, pero podía sentir las caricias de Alex en su brazo y no deseaba que pararan nunca, así que había fingido seguir dormida.

—Sé que estas despierta... tu respiración es diferente ahora —comentó riendo.

—Si eres capaz de darte cuenta de ello significa que llevas mucho tiempo mirando...

—Necesitaba estar seguro de que eres real —confesó.

—Es la primera vez de despierto junto a ti en una cama, la única noche completa que pasamos juntos fue la del lago... las otras veces fueron momentos rápidos donde tus hermanos... y los míos nos daban espacio —recordó ella—. No quiero que nadie lo sepa... no por el momento —comentó ella. Alex frunció el ceño pero unos segundos después asintió—. ¿Dónde piensan que

estas? —preguntó.

—En una casa rural, les comenté que me lo recomendó el terapeuta, él si sabe que estoy aquí, pero por confidencialidad no puede decirles nada... prometí serle sincero en todo lo que hiciera —trató de justificarse.

—¿Cómo te va con él? —quiso saber ella. Después de todo, nadie le había contando nada.

—Bien, es un buen tipo y me ha entendido siempre en todo lo que le digo... los primeros meses después de que te marcharas... fueron duros, no por tu culpa, ya lo sabes, sino porque yo sabía que te quería en vida, pero no como yo estaba en ese momento... Ahora si podemos estar bien. Respecto a la familia, si quieres que ahora mismo no se enteren de nada, que podamos vivir esto tú y yo... no tú, yo y toda nuestra larga familia...—Alex sonrió—. Estos somos tú y yo... empezando un nosotros, a solas. —Rebeca hizo el mismo gesto al escucharlo y no pudo evitar lanzarse sobre él para darle un abrazo—. Yo me ducho primero... tú seguro que tardas mucho, así mientras lo haces voy preparando algo para el desayuno —comentó con una sonrisa.

—Me parece una idea estupenda, te apañas buscando las cosas, todo está a mano, aunque no creo que encuentres mucho, suelo comer en la calle la mayoría de veces, no consigo que se me dé muy bien la cocina —confesó ella sonriendo.

Alex fue al baño con una sonrisa y Rebeca se quedó en la cama. Con los ojos cerrados trataba de recordar cada momento vivido la noche anterior, todas las emociones, desde el estreno hasta que se había quedado dormida junto a Alex en la cama.

—Tienes toallas muy pequeñas... —comentó Alex saliendo del baño y mirando a Rebeca desde la puerta, ella abrió los ojos y lo miró.

—No pasa nada... te queda bien —aseguró ella—. ¿Has traído ropa? Porque eso si que no tengo...

—Sí, tranquila. Te toca ducharte, voy a prepararnos algo para desayunar.

Cuando Rebeca salió del baño y entró en la cocina no pudo evitar reír al ver a Alex en su pequeña cocina, bailando al ritmo de la música que sonaba en la radio mientras sacaba el pan de la tostadora. Se giró para verla en cuanto la escuchó.

—Cuando me has dicho que apenas tenías cosas, he pensado que era mentira, pero no, era verdad, casi no hay nada —comentó—, pero solucionado, tenemos algo de pan, he hecho unas tortitas para tener algo dulce y con la leche y tu tableta de chocolate algo para beber...



Tras el desayuno, Rebeca quiso enseñarle un poco el lugar a Alex y salieron a dar una vuelta. Sylvia, Aarón y Chris se unieron a ellos para la comida. Beca trató de decirles que les dejaran a solas, pero los tres eran tan cotillas que se quedaron de todas formas.

—Al final te libraste de salir anoche... —comentó Chris—. Tú sabes lo que es aguantar a estos dos... me dejaste toda la noche solo con la parejita —se quejó.

—No somos parejita... —rectifico Sylvia, dirigiendo una mirada molesta por el comentario a su amigo.

—No, no parejita oficial como ellos, que claramente lo son, pero si salgo con unos amigos y estos terminan en la cama y me dejan solo, algo sois... a ver cuando lo superáis —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Sí? ¿Pareja oficial? —preguntó Sylvia mirando a su amiga emocionada. Alex observó a Rebeca que bajó la cabeza con un suspiro.

—Nadie puede saberlo, así que si en algún momento llama mi hermana... que no se te escape

—comentó Rebeca señalando a Sylvia con la mano.

Tras la comida, Alex y ella decidieron irse solos, apenas les quedaban unas horas que compartir, era domingo y debía de volver a casa esa noche para que su coartada no quedara al descubierto.

—Nos vemos pronto —se despidió Alex antes de cruzar la barrera.

Rebeca asintió sonriendo y le abrazó con fuerza, nunca se habían despedido antes en un aeropuerto, lo había hecho con todos menos con él.

—Esto es una locura... —pronunció en voz alta Beca, mientras daba vueltas por el baño de su apartamento, tenía la sensación de haber vivido ya esta situación. La ansiedad que sintió en aquel momento, se parecía a la que experimentaba ahora.

Los dos últimos meses habían sido perfectos. Alex la visitaba casi todos los fines de semana, llegaba el viernes por la tarde, si ese día le tocaba actuación la acompañaba y después pasaban el resto de la noche juntos en el piso. Los sábados quedaban un rato con los amigos de ella, ahora también los de él, y por la noche si no trabajaba, cenaban en algún lugar especial. Los domingos apenas salían de la casa, se quedaban allí hablando de todo, sin contestar el teléfono, sin abrir la puerta, no ponían la televisión, solo hablaban y hablaban de ellos, de lo que sucedía nuevo o lo que les inquietaba.

Las representaciones habían sido un éxito y la compañía tomó la decisión de alargar un mes más el musical. Esa semana no tendría esa visita tan deseada de Alex, su médico había propuesto una terapia en grupo el sábado y no podía faltar. Por lo que se encontraba sola, dando vueltas y desesperada. Seguía encerrada en el baño como si alguien le fuera a molestar desde fuera, lo cual era imposible porque vivía sola. Su vida había cambiado mucho desde la última vez que se encontró en esa misma situación. Ella era una persona distinta a esa adolescente llena de miedos, aunque en ese momento no podía evitar sentirse al borde del precipicio donde en el fondo no había nada más que oscuridad. Quería esperar a Alex, pero las ganas de saber eran superiores a ella, pensó en llamar a Sylvia, pero estaba de viaje con sus hermanas y como con Alex, no podía esperarla.

La alarma comenzó a sonar en el teléfono a la hora que ella programó. Rebeca se acercó al pequeño aparato que podía cambiarle todo en solo unos segundos y su cuerpo tembló al ver las dos marcas que indicaban que ese cambio, iba a ser real.

Positivo.

Sé sentó en el borde de la bañera cuando sus piernas le fallaron y se recordó a sí misma que debía coger aire y expulsarlo como algo necesario para sobrevivir.

Se había estado sintiendo mal las últimas semanas, no le dio importancia porque solo le ocurría por las mañanas y después podía seguir con su día con normalidad, pero unos días antes, en un ensayo, después de casi cuatro horas tratando que un nuevo giro saliera perfecto se mareó y perdió el equilibrio. La respuesta a ese desvanecimiento lo tenía en ese momento en sus manos.

Cuando se sintió con un poco más de fuerzas, se puso en pie y caminó hasta dejarse caer sobre su cama, mirando el techo con estrellas que siempre le daba tranquilidad. Trató de centrarse en las respiraciones, coger aire, soltarlo, coger aire, soltarlo... se convenció de que solo debía preocuparse por eso. Al darse cuenta de que estaba más calmada, se acercó a su armario y cogió una pequeña mochila para meter un par de mudas y sus cosas de aseo y una chaqueta y tras asegurarse de que la casa estaba bien cerrada, bajó al portal y paró al primer taxi que apareció libre.

—Al aeropuerto. —Durante el trayecto abrió la aplicación de vuelos del móvil y sintió alivió al saber que el próximo para poder llegar a su pueblo era en tres horas. Cuando lo tuvo contratado, cerró el móvil y miró por la ventana. La gente caminaba por la calle como todos los días, era viernes y había muchas familias en los parques con los niños, amigos en las cafeterías,

parejas paseando cogidos de la mano. Ella en un taxi, con el corazón en la garganta y tratando de hacer equilibrios para no caer al abismo emocional que parecía presentarse frente a ella.

Pagó al taxista y entró en la terminal, pasó todos los controles y decidió esperar en la zona previa al embarque. Quedaban dos horas y media que se le hicieron eternas hasta que vio la puerta desde donde debía coger el vuelo.

Una vez dentro del avión y sentada en su asiento junto al pasillo, cerró los ojos. Necesitaba pensar en qué iba a decir al llegar, cómo afrontar la situación, especialmente después de su marcha repentina, un año atrás. Aunque su relación con Alex estaba en su mejor momento desde que se conocieron, nadie sabía que eso era así, ambos sabían que debían sanar sus heridas solo. Ningún familiar le había pedido explicaciones del porqué de su marcha excepto las del día que anunció su partida. Estaba segura de que habían sacado sus propias conclusiones. Alex le explicó a Rebeca que Aira y Oliver todavía estaban viviendo en la casa de sus padres, supuestamente para darle apoyo, aunque él era consciente de que la familia se organizaba para no dejarlo solo, incluso después del tiempo que había pasado y que él no experimento ninguna recaída después de los primeros meses que fueron un poco inestables. En esas largas charlas que compartía con Rebeca le contó lo mucho que eso le agobiaba a veces.

Rebeca se puso los auriculares y se concentró en la música en un intento de despejar su mente, pareció funcionar porque cuando los volvió a abrir, escuchó a la azafata anunciando que se abrocharan los cinturones, iban a aterrizar. Esos últimos quince minutos fueron los más largos de todo el viaje.

Fuera del aeropuerto, se subió al primer taxi estacionado junto a la acera y cerró la puerta soltando un suspiro.

—¿Dónde le llevo, señorita? —preguntó cuando Rebeca dejó la bolsa de viaje junto a ella y le miró.

—A Luz de mar, cuando estemos allí le indico el camino —pidió, no sabía dar la dirección de la casa de los Rice, aunque se sabía el camino de memoria. Durante todo el trayecto estuvo moviendo las piernas con nerviosismo, daba pequeños golpecitos en la ventana y cogía aire profundamente. Cuando llegaron al pueblo, Beca indicó el recorrido por el bosque hasta llegar a su destino. Al bajar, se quedó parada frente a la escalera, no había pensado en qué decir, en cómo actuar, aunque ahora eso ya daba igual y tendría que dejarse llevar por la improvisación. Justo donde la había dejado el taxi estaba aparcado el coche de Gabriel, eso significaba que se encontraba en la casa y eso la asustó, trató de recomponerse y subió los escalones. Tocó dos veces al timbre. Los segundos que pasaron fueron una eternidad hasta que Aira abrió la puerta sorprendida. Rebeca bajó la mirada y suspiró.

—Hola, Beca —saludó extrañada por su presencia en el pueblo.

—Aira... —dejó salir todo el aire contenido al decir el nombre.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, con atención la expresión de Rebeca.

—Necesito... ver a Alex —aseguró, sus palabras salieron tímidas aunque firmes—. Es importante —aclaró al ver la cara de confusión de Aira.

—Pasa... estamos en el salón —comentó apartándose. Rebeca se mostró dudosa, no quería encontrarse con toda la familia—. Solo estamos nosotros y Gabriel —prometió Aira al ver la indecisión de Rebeca. Ella asintió más tranquila y entró junto a su cuñada. Dejó la bolsa de ropa en la puerta y caminó hasta llegar a la sala. Gabriel y Alex hablaban tranquilamente y los dos se quedaron callados cuando la vieron en la puerta. Aira se colocó a su lado mirando a sus hermanos.

—Beca... —dijo Alex, mostrando una sonrisa pero sin poder evitar la sorpresa al verla.

—Hola —contestó ella bajando la vista. Estaba demasiado nerviosa y eso encendió algunas de las alamas de Alex, que comenzaba a entender mejor a la nueva Rebeca de lo que nunca lo había hecho.

—Aira porque no salimos y los dejamos hablar —dijo Gabriel poniéndose en pie. Apretó el hombro de su hermano que asintió y después, junto con Aira, subieron las escaleras a la vez que Rebeca entraba por el arco de la puerta. Ella se quedó en silencio hasta que pudo ver que los hermanos de Alex desaparecían, se acercó al sofá donde él estaba y depositó un delicado beso en los labios de su novio.

—No sabía que venías a Luz de mar —correspondió a su novia con una sonrisa, aunque sin poder evitar la curiosidad de ese viaje, la noche anterior habían estado hablando y ella no le dijo nada.

—No estaba planeado... ha pasado algo.

—¿Estás bien? —preguntó él preocupado.

—Sí... no... —Respiró hondo, tratando de aclarar la mente y Alex se preocupó.

—¿Qué pasa? —preguntó Alex sentándose también en el borde para poder prestarle más atención y coger sus manos para calmarla.

—Llevo unas semanas sintiéndome mal... vómitos, náuseas... hace dos días en un ensayo me mareé, todo empezó a dar vueltas y perdí la conciencia.

—¿Cómo? —preguntó asustado Alex acariciándole los brazos.

—Estaban todos allí —aclaró, sabiendo que después de los dos últimos meses Alex conocía a los compañeros de memoria—. Esa noche cancelaron la actuación y me dieron la noche libre, me fui a la farmacia...

—¿Y qué? —preguntó Alex con impaciencia.

—Recuerdas la primera noche... la del reencuentro... no utilizamos protección —verbalizó finalmente Rebeca y levantó sus ojos para ver la expresión de Alex con exactitud.

—¿Estás...? —empezó a preguntar Alex, pero se quedó sin palabras cuando Rebeca asintió a la pregunta que él no había terminado.

—No sabía qué hacer, me hubiera gustado que hubieras estado conmigo allí, necesitaba contártelo, tú no habías podido venir y...

—Rebeca... tranquila —ella empezó a llorar y Alex apretó sus manos con fuerza para recordarle que él estaba allí, con ella.

—Estoy tranquila, tengo... hasta ilusión, pero no puedo evitar sentirme al borde de un precipicio que no tiene fondo.

—¿Vamos a ser papás? —preguntó Alex con una sonrisa en sus labios, no era algo que tuviera planeado a corto plazo, pero si las circunstancias se daban, quería que fuera con Rebeca.

—Entonces... ¿estás conmigo en esto? —quiso saber ella confundida y disimulando una mueca de felicidad en sus labios, él la correspondió de inmediato.

—En esto y en todo... nada va a hacer que nos separemos de nuevo, te lo juro —dijo Alex. Se aproximó un poco más a Rebeca y se dieron un beso cargado de felicidad y miedos antes de estallar en carcajada, producto de los nervios.

—Chicos, estamos en casa —se escuchó la puerta de la calle y Rebeca y Alex se separaron a la vez que veían a Noah aparecer por la entrada de la sala.

—¡Tía Rebeca! —gritó saltando en el sofá para darle un abrazo.

—Hola, cariño —saludó ella envolviéndolo en sus brazos—. ¡Qué grande estás!

Alex se alejó un poco de ella para que su familia no sospechara ni pensara nada, ya que estaba seguro de que las preguntas volarían por el lugar. Alexander se asomó por la puerta, sorprendido,

y se encontró a su hijo y Rebeca en la sala y Gabriel y Aira bajando las escaleras hasta llegar donde estaba él.

—Hola, Rebeca —saludó cuando el niño se fue con Alex.

Rebeca sonrió en respuesta—. No esperábamos tu visita.

—No, ha sido algo imprevisto... no lo tenía planeado —contestó ella encogiéndose de hombros.

—¿Sabe tu padre y tus hermanos que estás aquí? —preguntó, había pasado por el despacho de Oliver para recoger unos papeles de los que se estaba encargando y no le había comentado nada.

—No, vine directa hacia aquí —contestó encogiéndose de hombros y viendo a sus cuñados que la miraban con duda. Por unos segundos la situación se puso algo incómoda, Rebeca no estaba segura si debía marcharse o no, pero necesitaba seguir hablando con Alex, por lo que permaneció donde estaba.

—Noah, vamos para arriba y te ayudamos con los deberes— dijo Gabriel con una sonrisa y su hijo le dio un abrazo de nuevo a Rebeca y, acompañado por Alexander y Aira, subieron los cuatro las escaleras.

Alex y Rebeca esperaron a quedarse solos para volverse entre ellos y sentir que el mundo se acababa en ese momento.

—No estoy preparada para que mi familia se entere de esto — mencionó a la vez que ponía las manos sobre su plano vientre.

—Tranquila, no hace falta que se enteren —dijo él con una sonrisa—. ¿Te vas a ir? — le preguntó con un suspiro.

—Necesito volver... no puedo dejar las funciones a medias y me queda un mes de contrato con ellos... después de eso volveré y nos quedaremos juntos —dijo a Alex que sonrió y se acercó para besar sus labios de nuevo, con la palma derecha acarició la mejilla de la rubia y al separarse, las colocó junto a las de ella sobre el vientre.

—¿Y tus planes? —preguntó Alex en parte triste por escuchar esas palabras.

—Puedo volver a formar nuevos con los cambios que tenemos —aseguró ella con una sonrisa—. No voy a renunciar a mis sueños, no volveré hacerlo —prometió.

—Vamos a ser una familia —pensó en voz alta. No podía evitar sentir vértigo ante la idea, sobre todo por la situación y porque estaba saliendo de un viaje difícil y un embarazo, paternidad era sin duda una montaña rusa de emociones que no estaba seguro de poder sobrellevar con calma.

—Alex, yo también tengo miedo... —dijo Rebeca, viendo cómo el chico se había quedado pensando, este la miró a los ojos y ella sonrió para darle tranquilidad—. No sé ser madre... tengo miedo de no poder afrontarlo... no es lo mismo cuidar un niño un par de horas que ser yo la responsable... pero lo vamos a hacer juntos — aseguró acariciándose el uno al otro, mientras lo hacían igual con la barriga.

—¿Cuándo te irás?

—Seguramente mañana, pero he pensado que, si quieres, podemos ir juntos al ginecólogo, lejos de Luz de mar, y ver que todo está bien —contestó con una sonrisa. Era algo que tenía que hacer y deseaba que Alex la acompañara. Él sonrió ante la propuesta y se quedaron un rato más en silencio. Hasta que escucharon de nuevo la puerta de la calle y ambos volvieron a separarse. En esta ocasión entraron los hermanos de Rebeca que, al verla en la mansión, corrieron hasta ella para darle un abrazo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Oliver a su hermana sorprendido y después miró a su cuñado.

—Tenía un par de día libre y decidí hacer una visita sorpresa — contestó encogiéndose de hombros. Aira y Alexander bajaron las escaleras y se unieron a ellos en el sofá.

—¿Cuánto te quedas?

—Hasta mañana, tengo una actuación pasado y tengo que ir al ensayo... no puedo faltar —les contestó mientras se encogía de hombros. Después de esa pequeña aclaración, todos se sentaron en la sala y estuvieron hablando de diferentes temas. Rebeca y Alex no podía evitar que sus miradas se cruzaran de vez en cuando y la familia se dio cuenta de la sonrisa que ambos ponían cuando eso pasaba.

—¿Dónde dormirás? —preguntó Aira con la idea de proponerle que se quedara con ellos.

—Iré a casa de mi padre... así puedo estar con él un rato porque mañana tengo cosas que hacer —respondió encogiéndose de hombros.

—¿Qué haces mañana? —se interesó Oliver.

—Hemos quedado —dijo Alex, dedicándole una sonrisa a su cuñado.

—¿Los dos? ¿Solos? ¿Estáis seguros? —preguntó Alexander algo preocupado.

Él quería mucho a Rebeca y era parte de la familia, pero también era consciente de lo mucho que eso desestabilizaba a Alex en algunas ocasiones y no quería que los avances que había obtenido en ese año fueran en vano. Lo que Alexander no sabía era que las grandes mejorías de los últimos dos meses en parte, eran gracias a ella.

—Sí, papá, solos, ahora que todo está más calmado, creo que los dos lo necesitábamos —explicó Alex y Rebeca agradeció que fuera él quien contestara.

Alexander asintió ante las palabras de su hijo y no volvió hacer hincapié en el tema. Cuando Gabriel y Nora se marcharon a su casa con Noah, acercaron a Rebeca a casa de Albert que no cupo de felicidad al ver a su hija menor en la puerta. Cenaron juntos los dos, ya que Anna tenía guardia en la comisaria y no llegaría hasta la mañana siguiente. Rebeca le explicó a su padre lo feliz que estaba en el musical donde la habían contratado. Las actuaciones estaban previstas para un mes más en California y ese era el tiempo que Rebeca se había puesto para preparar todas las cosas y volver de nuevo a vivir al pueblo, aunque no avisaría a su familia por el momento. Los miedos por los que se marchó habían desaparecido, así como también la adolescente quebradiza, ahora se sentía con fuerza y con autoestima suficiente para no dejar que nadie la pisoteara o se riera de ella. Después de un buen rato, los dos se fueron a dormir. Rebeca entró en su habitación, era la única estancia de la casa que su padre no había cambiado cuando hizo reformas. Aunque ella sí quitó algunas cosas antiguas cuando estuvo allí por la boda de su hermana. Se metió en la cama con una sonrisa y el sueño no tardó en vencerle y dormirse.

Rebeca se había despertado esa mañana deseando poder encontrarse con Alex. Después de ducharse había bajado a la cocina y desde la ventana esperaba impaciente que llegara. Albert salió temprano por la mañana y un poco más tarde llegó Anna que se fue directa a la cama. Rebeca escuchó el motor de un coche y al mirar por el cristal, sonrió al encontrar a Alex. Cogió sus cosas y abrió la puerta. Él se bajó del vehículo y rió al verla llegar, la cogió por la cintura y tras asegurarse que nadie les podía ver, se dieron ese beso que ambos tanto necesitaban.

—Buenos días, preciosa —saludó al oído.

—Eres un tonto... solo llevo unos vaqueros y un jersey, en este pueblo hace frío por las mañanas —comentó ella, avergonzada.

Los dos se subieron al vehículo y una vez dentro, Alex le agarró del mentón para que Rebeca le mirara.

—Con vaqueros, chándal o en pijama, siempre estás preciosa —aseguró besando de nuevo sus labios y ella se lo devolvió con entusiasmo—. Así que para qué engañarnos, no te hace falta nada para ser increíblemente preciosa.

Durante el camino, Rebeca le explicó lo que le habían dicho por teléfono cuando llamó para pedir hora en la ginecóloga de la ciudad. Hicieron el resto del viaje en silencio, con las manos cogidas. Estaba nerviosa y no por ella, estaba nerviosa por él, no quería que los nuevos acontecimientos interfirieran en la recuperación de Alex. Cuando llegaron se quedaron unos minutos observando el edificio frente a ellos, era mucho más grande que el de Luz de mar, aunque era completamente normal teniendo en cuenta que esto no era un pueblo sino la ciudad. Pasado ese tiempo, Alex salió del coche y abrió la puerta de Rebeca para que ella también bajara.

El trayecto hasta la consulta lo hicieron agarrados; estar allí era como caminar por California, no debían esconderse porque nadie les conocía, por lo que su amor no era secreto. En algunos momentos se miraban, apretaban las manos para tranquilizar al otro y sonreían con complicidad. Una vez en ginecología, Rebeca se acercó al mostrador, la recepcionista anotó su llegada y les indicó que debían esperar en la sala hasta que la doctora les llamara. Alex se sentó en una de las incómodas sillas y Rebeca lo hizo en su regazo, observándole.

—Alex, yo... quiero que estés bien, ahora la verdad, es lo único que quiero —dijo Rebeca con la atención puesta en los ojos azules del chico—. No quiero que esto sea algo negativo para ti... —le aseguró.

—Rebeca, nada que tenga que ver contigo va a ser algo negativo, pensé que ya habías descubierto eso en los últimos meses.

—Solo quiero pedirte una cosa —pronunció con seriedad y esperó hasta que Alex asintió para continuar—. Quiero que si en algún momento flaqueas, me da igual si son pesadillas o crisis o si son provocadas por nuestra actual situación, me lo digas —pidió—No quiero que me lo ocultes, yo también tengo miedo de ser madre, tengo miedo de no saber serlo, más bien —explicó pensativa—. Por eso tenemos que estar juntos y ser sinceros, sobre todo, sinceros —insistió.

—Prometo que te seré sincero si mis fuerzas flaquean —dijo Alex. Rebeca hizo un movimiento afirmativo con un suspiro y apoyó su frente con la de Alex, sintiendo la respiración de él en su rostro.

—¿Rebeca Wilson? —escuchó Rebeca su nombre y levantó la cabeza. Con una sonrisa y,

cogiendo a Alex de la mano, entró en la consulta para sentarse frente al escritorio allí presente. La doctora cerró la puerta y caminó hasta sentarse en su silla y mirar con atención a la pareja.

—Soy la doctora Smith —se presentó—. ¿Qué les trae por aquí? —preguntó abriendo en el ordenador una ficha para la chica.

—Me he estado sintiendo mal estos días... náuseas, vómitos, mareos... hace dos días me desmayé en el trabajo, ayer me hice un test de embarazo en casa y me dio positivo —explicó Rebeca, sin soltar las manos de Alex que continuaban en su regazo, observando a la doctora—. Y vinimos para comprobar que eso era así y que todos estuviera en orden —aclaró Rebeca.

—Vale, primero voy a hacerte algunas preguntas para completar la ficha —tras esa explicación, comenzó a preguntarle a Rebeca sobre su edad, si fumaba o bebía, si padecía alguna enfermedad crónica o tomaba algún medicamento, Rebeca negó a todas las preguntas con tranquilidad hasta que llegó a si había visitado a algún ginecólogo con anterioridad o si era su primera vez.

—Sí, he estado en ginecólogos antes —dijo ella con un suspiro.

—¿Rutina o por algo en concreto? —preguntó sin mirarla a ella, observaba la pantalla del ordenador mientras escribía todo lo que la joven le iba indicando.

—Me violaron con dieciséis años y me quede embarazada con diecisiete, tuve un aborto espontáneo —aclaró Rebeca de repente, apretando la mano de Alex, la doctora dejó de escribir para ver a la chica—. También he ido por rutina.

—Lo siento... —pronunció la doctora con la vista fija en los ojos de Rebeca—. La verdad no esperaba esa contestación... la palabra que suelo escuchar es rutina —indicó dejando salir aire—. ¿De cuánto estabas cuando lo perdiste? —preguntó tras un fuerte suspiro, escribiendo la nueva información en el informe.

—Dos semanas... tres... la verdad no lo recuerdo —dijo Rebeca y miró de nuevo a Alex, que le mostró una sonrisa para tranquilizarla. Después de anotar eso último, las preguntas se centraron en su actual estado, los mareos, las náuseas, cuánto tiempo tenía de retraso y, después, le pidió fuera a desvestirse. Alex se quedó sentado en la silla mientras veía cómo Rebeca caminaba tras un biombo y se empezaba a desvestir de cintura para abajo. Ella salió cubierta con una bata de hospital y observó a la doctora que le pidió que se recostara para comenzar la prueba.

—El gel que te voy a poner está un poco frío, pero en seguida te adaptas —le avisó. Rebeca se estremeció al sentirlo. Recordaba la última vez que sintió ese gel, ahora por primera vez era por un fin positivo. En silencio, Rebeca estiró el brazo para que Alex se acercara a ella, él se puso en pie, cogió su mano y dio un corto beso en la frente de su novia.

La doctora sabía que Alex era la pareja de Rebeca porque lo había preguntado cuando le hizo las preguntas. Se centró en analizar bien la pantalla y una vez pasó el aparato por el abdomen de la joven, los dos chicos vieron con atención el pequeño proyector igual que ella y les mostró una sonrisa cuando pareció encontrar lo que buscaba.

—Parece que sí... estás embarazada, Rebeca.

—Yo no veo nada —dijo Alex mirando con el ceño fruncido.

—Es esto de aquí —señaló al ver la cara de Alex.

—Pero eso es una mancha —dijo él asustado.

—En este momento el bebé apenas tiene el tamaño de una cereza —dijo la doctora con una mueca alegre y Alex la observó con terror.

—¿Mi bebé tiene el tamaño de una cereza? —preguntó sorprendido. Él ya daba por hecho que tendría una pequeña Rebeca.

—Sí, cariño —dijo Rebeca riendo y Alex se giró hacia ella para después darle un beso.

—Todo está bien, ¿queréis escuchar su corazón? —quiso saber y los dos le mostraron una mueca de felicidad asintiendo.

La doctora quitó la imagen, volvió a colocar la cámara, conectó el volumen y se escucharon unos rápidos *pum pum pum*, ambos chicos se contemplaron felices y con lágrimas en los ojos de la emoción. Tras eso, pidió a Rebeca que se vistiera mientras Alex se sentaba de nuevo esperando, cuando su novia salió, se colocó a su lado y se volvieron a coger de las manos.

—Todo está bien, estás de ocho semanas —explicó con una sonrisa—. ¿Has venido en ayunas como te pidieron por teléfono?

—Rebeca asintió. La doctora le pidió que le acompañara a la sala contigua—. Ahora vendrá una enfermera para hacerte una analítica —indicó—. Los resultados los tendré en una semana, programamos una visita...

—No, yo no vivo aquí —dijo Rebeca—. Vivo en California —indicó.

—Vale, ¿tú vives aquí? —preguntó mirando a Alex que confirmó con la cabeza.

—Si quieres me das tu correo electrónico y puedo mandarte los resultados, si algo sale alterado te llamaré —dijo a Rebeca que asintió—. Tú puedes venir a recoger los resultados en papel —informó a Alex que correspondió con un gesto afirmativo.

Después de eso, ambos esperaron juntos hasta que llegó una enfermera para hacerle la analítica y finalizar, la pareja se marchó para desayunar. Alex ese día tenía terapia y aunque había intentado convencer a sus padres para poder saltársela, ambos se mantuvieron firmes en que, pasara lo que pasara, no podía faltar. Desayunaron con tranquilidad y cuando terminaron volvieron a Luz de mar. Alex se quedó en casa con Rebeca, hablando de los planes de futuro que tenían, solo tendrían que esperar a que Rebeca terminara el contrato. Ella le estuvo explicando lo que había pensado, lo que iba a hacer cuando volviera al pueblo. Quería buscar un trabajo como maestra de baile, sabía que no sería la misma adrenalina que en una actuación, pero eso también le hacía feliz. Una hora más tarde, Alex tuvo que marcharse y Rebeca, para no pasar la mañana sola, se fue a casa de su hermana al otro lado de la calle.

—Dichosos los ojos... pensé que te irías sin pasar por aquí —comentó Nora observando a su hermana con una sonrisa.

—He visto tu mensaje esta mañana: “Rebeca pasa por casa y Oliver y yo te acercamos al aeropuerto”—repitió la chica las palabras textuales de su hermana.

—Podéis seguir la conversación en el salón, estoy aquí —comentó Oliver riendo y las dos hermanas entraron con él.

—¿Y Noah? ¿No tienes que ir a buscarlo? —preguntó Rebeca sentándose en el sillón.

—Airairádespuésarecogerle,asínosotrospodemos acompañarte —comentó él, abrazando a su hermana.

—¿Estuviste con Alex? —quiso saber Nora.

—¿Y esa pregunta?

—Cuando llegué con el coche hace un rato vi su coche en la entrada de papá —dijo Oliver encogiéndose de hombros.

—Sí, estuvimos hablando —contestó con tranquilidad y los mellizos supieron que no iba a decir nada más.

Después de unas horas, los tres pusieron rumbo al aeropuerto. Una vez allí, hicieron tiempo hasta la salida del vuelo hablando de sus cosas. Rebeca deseó poder decirles lo que estaba pasado, que su relación con Alex iba mejor que nunca y que dentro de poco ya no serían dos, sino tres, pero sentía un miedo que no podía explicar solo de pensar en la reacción que la familia pudiera tener. Cuando los altavoces anunciaron su vuelo, Rebeca se despidió de sus hermanos,

triste por no haber podido disfrutar un poco más.

Ellos, confusos tanto por su visita repentina como por la poca explicación, también con mucha curiosidad por saber qué había pasado entre ella y Alex.

Esa tarde el cielo estaba repleto de nubes, eran blancas y parecían algodón de azúcar. Alex llevaba un rato apoyado en la barandilla del porche de casa. Desde hacía casi un mes y medio su cabeza funcionaba al doscientos por cien. Había tratado que todo continuara normal, pero no estaba siendo fácil, deseaba contarle a sus hermanos que su vida iba a dar un nuevo giro, un giro que él esperaba positivo, explicarles que volvía a estar con Rebeca y que estaban bien, que por una vez su relación no dependía el uno de otro, sino que por fi, hallaron la forma de complementarse. Como no podía hablar del tema con nadie, cuando llegaba a consulta se lo contaba todo a Robert, desde el principio decidió ser sincero con él, por lo que no le ocultó nada sobre las noticias. En esas charlas era donde conseguía sacar todos sus sentimientos y sus miedos por todo lo que se avecinaba.

—¿Cómo estás? —preguntó Robert después de esperar unos minutos a que fuera Alex quien iniciara la conversación. Hoy se había mantenido en silencio, observando sus manos, pensativo.

—Rebeca está embarazada...

—¿Y eso es una buena o una mala noticia para ti? —intentó indagar el médico. Alex levantó la cabeza con el ceño fruncido, confuso por la pregunta que le había hecho, incluso, algo molesto.

—Buena, es una buena noticia —aseguró sin apartar la mirada de la de su terapeuta.

—Enhorabuena entonces, pero me gustaría saber, por qué si es una buena noticia... te sientes inseguro...

—Después de todo lo que ha pasado... tengo miedo.

—¿Qué te da miedo? —insistió

—Contárselo a mi familia, no lo sabe nadie, tampoco saben que Rebeca y yo llevamos juntos dos meses... ni que viajo constantemente a verla... tengo miedo de decepcionarlos, miedo de que no confíen en mí y, sobre todo, tengo miedo de no estar a la altura de la situación —confesó, dejando salir un suspiro.

—Alex, desde que hacemos terapia me has hablado de la relación con tus hermanos, me explicaste que Aira era como un faro que siempre te ayudaba a encontrar puerto cuando te perdías y que Gabriel estuvo sosteniéndote en el momento más difícil de tu vida. También es bueno que esas personas que están contigo en los malos momentos puedan apoyarte y abrazarte cuando el motivo es bueno... creo que sería positivo que hablaras con alguien, aparte de conmigo, sobre todo lo que está pasando ahora —trató de aconsejarle.

—No sé cómo afrontar esa conversación...

—Con total sinceridad, como me lo estás diciendo a mí, son tus hermanos, ellos serán sinceros contigo —recordó. Alex asintió pensativo—. ¿Has hablado con Rebeca sobre qué va a suceder ahora? Ella está en California, ¿no?

—Por el momento se quedará allí, le han renovado el contrato un mes más y no quiere dejarlo, después volverá al pueblo, eso... eso también me preocupa —comentó Alex, dejando salir el aire.

—¿Por qué?

—No quiero que deje su vida, su sueño es bailar sobre un escenario, no dar clases, no es justo

para ella dejarlo todo por mí...

—Creo que te estás equivocado, las prioridades de uno pueden ir cambiando con el transcurso del tiempo y de lo que va sucediendo... Y Rebeca no cambia por ti, la cambia para que juntos podáis construir una nueva para ese bebé. ¿Hablas con Rebeca de esto?

—Sí, me hizo prometerle que le comentaría en todo momento cómo me siento, así que cuando tengo miedo, dudas... la llamé, hablamos, nos tranquilizamos juntos, ella hace lo mismo cuando le pasa —aseguró Alex, con una pequeña sonrisa torcida recordando la llamada del día anterior—. Ella tiene mucho miedo a que le pase algo al bebé... hace años estuvo embarazada y lo perdió de forma espontánea, le asusta que pueda volver a pasarle —confesó Alex—. Le dije que no todos los embarazos eran iguales... que estuviera tranquila y atenta por si tenía algún síntoma.

—Llevas rato aquí, ¿todo bien? —preguntó Gabriel apoyándose en la valla del porche junto a su hermano.

—Sí... solo le doy vueltas a la cabeza... —contestó encogiéndose de hombros y mirándole para asegurarle que todo estaba bien.

—¿Puedo saber a qué? —intentó averiguar Gabriel con el ceño fruncido y prestando atención a todos los gestos de su hermano. Hacía tiempo que había visto que la actitud en él era diferente. Las crisis de ansiedad parecían haber disminuido de manera considerable, aunque en ocasiones sus padres y Aira, también Oliver, le habían comentado cómo despertaba por la noche angustiado y que era en ese momento cuando parecían asomarse las crisis, todo parecía estar en calma.

—A la vida... y al aquí y ahora —Alex en ese momento hubiera agradecido tener un cigarrillo entre los dedos, no con intención de nada malo, sino para que le ayudara a pensar.

—Parece una conversación interesante y quiero enterarme —dijo Aira saliendo al porche junto a sus hermanos.

El resto de la familia estaba en el jardín preparando una barbacoa familiar para celebrar el cumpleaños de su prima Lucy. Aunque sus tíos habían insistido en hacerlo en su casa, el jardín de la casa de los Rice era más grande y un poco más de espacio era de agradecer.

—Sigues siendo una curiosa —comentó Gabriel con un suspiro al ver que esa actitud de su hermana no había cambiado y esperaba que nunca lo hiciera porque sería como perder su esencia.

—Luego siempre soy la última en enterarme —se apoyó en la valla entre medio de sus dos hermanos—. ¿De qué habláis? —preguntó con tranquilidad y haciendo que Gabriel negara riendo, Aira fingió molestia, pero una sonrisa se escapó de sus labios.

—Voy a ser padre.

Las palabras de Alex provocaron un silencio repentino en ambos hermanos sorprendidos por la revelación del momento. Ambos se giraron para observar a Alex con asombro mientras él conservaba su típica postura de seguridad de mirar al frente.

—¿Cómo? —preguntó Gabriel, tratando de salir de su estado de estupefacción.

—Hermano, si tengo que explicarte cómo... —comentó Alex en un intento de liberar el ambiente de que parecía haberse vuelto tenso.

—¿De quién? —corrigió Gabriel, mirando a su hermano igual de sorprendido y de la misma forma que Aira. Alex miró a sus hermanos por primera vez, sorprendido por la pregunta que su hermano le había hecho. ¿Era necesaria la respuesta?

—Beca... —susurró Aira todavía confundida—. Puedes explicárnoslo y no tenernos aquí como unos idiotas haciendo preguntas —pidió a su hermano.

—La verdad es un poco caótico... —dijo con una sonrisa acompañada de un suspiro y se dio

la vuelta en la barandilla mirando hacia su casa, dejando que sus hermanos continuaran incrédulos—. Rebeca no se marchó porque ella quisiera... prácticamente la eché de Luz de mar hace un año... necesitaba sanarme y no quería que ella echara a perder su vida por esperar algo que tal vez no llegaría... ella se fue sin decirnos que era por mi culpa. —Hizo una pausa, Alex necesitaba respirar y consideró que sus hermanos tenían que asimilar un poco la información—. Hace tres meses, la primera vez que dije que iba a la casa del campo, fui a California. Había leído que ella estrenaba obra y yo estaba preparado, preparado para estar con ella —dijo mirando en ese momento a su hermano. Gabriel asintió recordando lo cambiado que había vuelto su hermano de esa casa en el campo y cómo todos pensaron que al haberle hecho bien no era malo dejarle algo de libertad para que pidiera ir cuando quisiera. Aira, con el ceño fruncido, hizo el mismo gesto que su hermano.

—Los detalles los voy a guardar para mí, pero la cuestión es que nos reconciliamos... y desde entonces estamos juntos, cada viaje a la casa rural lo hacía a California para estar con ella— comentó.

—¿Tú le pediste que se marchara? —preguntó Aira, sorprendida. Durante el último año no había hecho más que pensar en el motivo de por qué su cuñada se había marchado sin más.

—Sí, era lo mejor en ese momento, aunque me destrozaba la idea de no tenerla cerca, sanar yo y no arruinar su vida eran mis prioridades... —aseguró Alex mirando con atención a su hermana

—Cuando vino el mes pasado fue porque se estuvo sintiendo mal durante algún tiempo y no fue hasta que se desmayó en un ensayo cuando decidió hacerse la prueba y dio positivo —dijo.

—¿Se desmayó? —preguntó Gabriel sorprendido y Alex afirmó con la cabeza.

—¿De cuánto está? Seguro que esa noche no sería la única si habéis vuelto juntos.

—No, no lo ha sido... pero sí la única sin protección —dijo Alex.

—¿Me estás diciendo que Rebeca está de tres meses y no ha dicho nada todavía? —le preguntó algo nerviosa.

—No quiere que su familia lo sepa todavía... no tiene muy buenos recuerdos de la última vez... —dijo mirando a su hermano que suspiró—. Y quería arreglar las cosas en California.

—¿Arreglarlas para qué? —preguntó Aira confusa.

—Se viene a Luz de mar de manera definitiva —contestó Alex sonriendo—. Vamos a hacer esto juntos... —dijo seguro de sus palabras y ambos afirmaron con la cabeza, viendo la seguridad de su hermano.

—Ser padre es algo importante. Hermano, ¿estás preparado? —preguntó Gabriel analizando el lenguaje corporal de su hermano, aunque sus palabras mostraban confianza, sus brazos cruzados y las muecas de su rostro indicaban que estaba a la defensiva por la situación. Gabriel solo quería averiguar si esa actitud era por ser padre o por estar contándolo.

—¿Lo estabas tú cuando llegó Noah? —preguntó al recordar el miedo y la incertidumbre que tuvo su hermano cuando Noah con dos años y medio se instaló en casa.

—Es diferente —intervino Aira observando a Alex.

—¿Por qué? Yo me autolesionaba y mi hermano se drogaba... ¿qué tiene de diferencia?, las dos cosas destruyen tu vida —dijo Alex. Tras decirlo suspiró arrepentido por el comentario.

—Es un golpe bajo... —asumió Gabriel sin apartar sus ojos verdes de los azules de su hermano.

—Sé que puedo llevar esto, confío en mí y confío en ella.

—Yo también confiaba en mí y en ella hace unos años, ahora lo pienso y todo habría sido una locura —replicó Gabriel serio.

—Tú no la querías, yo la amo, sé que los dos podemos enfrentarnos a esto juntos.

—Alex, no nos malinterpretes... sabemos que serás un gran padre y que amarás a tu bebé igual que amas a Beca... pero tenemos dudas sobre que esté sea el mejor momento para enfrentarte a ello —dijo Aira tratando de calmar el ambiente entre sus hermanos.

—Yo no decidí que ella se quedara embarazada, pasó... y no vamos a renunciar a ello —replicó apretando los brazos sobre su cuerpo.

—No, Alex... no queremos que renuncies a algo si te hace feliz... solo queremos que estés seguro —rebatía Gabriel con más calma—. Tener un hijo no es comprarse un coche o irse de viaje para ver a tu novia en secreto, es una vida que dependerá de ti muchos años, tienes que estar seguro de ello... —trató de explicarse.

—No puedo estar seguro porque nunca he vivido esto, pero quiero hacerlo, quiero hacerlo de verdad y me gustaría tener vuestro apoyo —confesó y después alternó la vista a cada uno de sus hermanos.

—Nuestro apoyo lo vas a tener siempre —aseguró Aira y abrazó a su hermano.

—Alex, escucha —dijo Gabriel haciendo que los dos mellizos se separaran—. Tienes mi apoyo igual que tienes el de Aira —prometió antes de empezar a decir otra cosa—. Solo quiero que sepas que no es fácil ser padre... para mí no ha sido fácil, solo estoy preocupado por ti.

—Vale, puedo entender eso... pero no tengo otra opción que seguir hacia delante y la verdad es que tampoco me he planteado otra opción, tengo miedo, sí, no sé cómo hacer las cosas... pero nadie sabe ser padre antes de serlo... tú no lo sabías, papá y mamá tampoco lo sabían cuando te tuvieron a ti. Toda nueva aventura tiene algo de riesgo y yo estoy dispuesto a asumir este —dijo Alex con tranquilidad y Gabriel aceptó a sus palabras. Los tres se quedaron en silencio y Gabriel abrazó a sus hermanos haciendo un corrillo los tres.

—¿Qué hacéis? —preguntó Iris asomándose a la puerta. Los tres deshicieron la unión y miraron a su prima con una sonrisa.

—Momento sentimental de hermanos —respondió Aira con una sonrisa y después de quitarse un par de lágrimas tontas que le habían salido, se acercó a su prima y cogió su mano para entrar las dos juntas a casa. Alex sonrió al ver la actitud de su hermana y caminó hacia donde habían ido ellas. Gabriel le cogió del antebrazo y Alex se giró mirando primero el lugar donde su hermano le agarraba, donde un año atrás había habido cortes y heridas y repelía ese contacto ahora no había nada, apenas algunas cicatrices de los más profundos que se llegó a hacer, pero no se apreciaban.

—Estoy contigo en esto, como siempre —aseguró serio y Alex dejó que su hermano apretara de nuevo contra él luego ambos se dirigieron al jardín para reunirse con el resto de la familia.

Cuando la comida estuvo lista, todos entraron para comer en el salón que ya tenía la mesa puesta. Lo hicieron de manera tranquila y ni Gabriel ni Aira mencionaron nada de lo que su hermano les había contado. Hablaron de los preparativos de la boda de Aira, que aún con meses por delante parecía estar ya histérica. Nora y Gabriel no pudieron evitar mirarse en silencio y pensar en los meses previos a su enlace, Aira junto a Elena se encargaron de prepararlo todo y estuvo muy nerviosa con la organización, ahora que era ella quien se casaba se avecinaba una locura. El timbre sonó y todos se mostraron confusos, en esa casa estaban todos los que habían dicho que asistirían. Iris fue a abrir.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué es todo eso? —preguntó Iris, confusa y los labios de Alex se ensancharon al saber quién era la persona frente a la puerta de su casa.

—Menudo recibimiento más triste... me esperaba un: Rebeca estás increíble con ese pelo o la sudadera no te sienta bien... —Escucharon esa voz que todos conocían a la perfección y más de uno se extrañó en la sala—. Son mis maletas, el taxi me trajo directa aquí y no pude pasar por

casa de mi padre para dejarlas — comentó y después apareció por el comedor con Iris a su espalda. Todos los presentes pudieron verla y Alex sonrió todavía más al ver la sudadera que su novia se había puesto, casi era tres tallas más que la suya para evitar que se notara su pequeño vientre abultado.

—¿Qué haces aquí? —preguntaron Nora, Oliver, Lucy y Albert a unísono.

—¿Vosotros también? —murmuró con un suspiro—. Vengo al cumpleaños de mi mejor amiga, a la cual he ignorado durante todo el día para poder darle esta sorpresa —comentó mirando solo a Lucy.

—Eres el mejor regalo de cumpleaños que podría tener — contestó Lucy, levantándose de la mesa y acercándose para abrazar a su amiga—. Por cierto, esa sudadera te queda horrible... ¿Por qué la llevas? —preguntó haciendo que Rebeca riera.

—¿Ves, Iris? Esto es el recibimiento de una amiga —dijo y la receptora del mensaje sonrió.

—¡Dios, Beca! ¿Qué haces aquí? Estás increíble con ese pelo — comentó haciendo que Rebeca riera con ella. Tras ella, toda la familia se levantó para saludarla hasta que llegó a Alex que fue el último en acercarse.

—Hola... —las palabras de Rebeca apenas se escucharon, lo pronunció bajito y sin acercarse a él del todo. Alex hizo un gesto desde donde se encontraba, temía acercarse y no poder evitar besarla. Todos se volvieron a sentar en la mesa haciendo un hueco a Rebeca en ella para que pudiera comer después de decirles que había llegado famélica después de todo el viaje por comer. “Claro, amor, ahora comes por dos”, pensó Alex con una sonrisa sin poder apartar los ojos de ella.

—Rebeca, ¿por qué tanta maleta?, ¿cuánto tiempo te quedas?

—preguntó Iris. Todo lo que Rebeca había traído se quedó en la puerta por lo que nadie lo había visto y no pudieron evitar sorprenderse.

—¿No lo he dicho? —inquirió confusa y los presentes fruncieron el ceño con duda —Me vengo a vivir a Luz de mar —contestó metiendo un trozo de pescado en la boca mientras la gran mayoría de la mesa abrían la suya por la noticia. Alex miró a sus hermanos que se mantenían tranquilos, aunque evidentemente no sorprendidos porque él ya les había contado que ella se mudaba a Luz de mar.

—¿Cómo? —preguntó Nora al escuchar la noticia de su hermana, no le dicho nada cuando habían estado hablando durante horas la noche anterior por videollamada.

—¿Cuándo?

—¿Por qué?

—¿Y tu trabajo? —quiso saber Albert.

—¿A qué se debe ese cambio? —preguntó Carmen y Alex la miró a ella considerando esa la pregunta más importante.

—Cómo, pues cogiendo un avión, abandonado el piso de California y si papá me acoge de nuevo en casa pues instalándome allí —contestó viendo a Nora—. Cuándo, pues hoy porque, claro, con todas las cosas solucionadas allí y sin piso donde quedarme... las cosas que faltan me las traerán por correo —respondió a Iris—. Por qué, porque ahora puedo hacerlo —siguió con Oliver de manera más breve al no querer contar los motivos reales—. Con el trabajo lo tengo todo arreglado, mi contrato con el musical terminó y es hora de un cambio, he conseguido trabajo como maestra de baile en una academia aquí en Luz de mar, ahora me toca enseñar todo lo que sé —respondió a Albert con una sonrisa—. Y Carmen... el cambio de debe a que de eso se trata en la vida, de cambiar, evolucionar, aprender...

—A mí me parece una idea maravillosa, cariño, que vuelvas a estar en Luz de mar —dijo

Elena y Alex sonrió al escucharla—. No entendí por qué te marchaste la última vez... —comentó y la sonrisa en el rostro de Alex desapareció sabiendo cómo continuaba su diálogo—. Aquí te necesitábamos... pero me alegro de que estés de vuelta —aseguró.

—No veo la necesidad, Alex está muy bien por lo que veo — contestó a Elena y después miró a su novio que negó con la mirada sin querer tener ese tipo de conversación en ese momento.



Al finalizar el día todos se fueron marchando. Anna y Albert ayudaron a Rebeca con las maletas, que no eran pocas aunque por correos llegara el resto de cosas. Alex se despidió triste pues esperaba de alguna manera haber podido hablar con Rebeca, pero fue imposible, ya que no tuvieron tiempo a solas.

Cuando ya estaba en su cama, escuchó unos golpes en la puerta e indicó a quien fuera que entrara. Aira asomó la cabeza, entró en el dormitorio de su hermano y cerró la puerta tras ella. Alex no se movió de la cama, pero sí observó con atención los pasos que Aira dio hasta llegar a él y dejarse caer en el colchón a su lado.

—Estamos en verano... Rebeca iba con sudadera y hoy precisamente hacía calor... ¿Cuánto tiempo creéis que podréis ocultarlo? —preguntó con tranquilidad.

—El tiempo que necesitemos.

—Alex, esta de tres meses, va a vivir en casa de su padre y tiene a toda la familia cerca, familia en la que además tenemos a tres médicos, sus hermanos la conocen tanto como Gabriel y yo te conocemos a ti... no tenéis mucho tiempo —comentó Aira con un suspiro y después ambos se quedaron en silencio.

Dos semanas era el tiempo que Rebeca llevaba en el pueblo, por el momento se había instalado en casa de su padre y Anna. Esta última estaba de vacaciones en el trabajo y eso les estaba dando el tiempo que no habían tenido antes para pasarlo juntas, solo unas pocas veces al año. Se fueron de compras, a comer juntas, pasear por el pueblo o por el paseo marítimo, se entendían bien y eso tranquilizaba a Albert, que temía que la convivencia continua entre ellas no fuera tan buena. Aparte de las salidas juntas, Rebeca se escapaba algunas tardes, ella alegaba que era para pasar tiempo sola, pero iba a buscar a Alex a sus clases y se refugiaban en algún lugar tranquilo.

Alex había ido al baño y Rebeca esperaba a que alguien se acercara para cobrarle lo que habían tomado.

—Siento el retraso, mi compañero se fue a la cocina y no me avisó de que esperabas la cuenta —comentó una voz que hizo que Rebeca se girara de inmediato para asegurarse de que no se equivocaba.

—¿Claudia? —preguntó Rebeca, observando a la camarera con atención y el ceño fruncido. La voz era la de ella, eso seguro, pero no parecía ella.

—¿Rebeca?

—Sí, soy yo... no sabía que trabajabas aquí —comentó mirando el lugar. Ese lugar era un sitio especial para los adolescentes del pueblo, estaba en las afueras, las terrazas daban tranquilidad con su diseño silvestre, mientras dentro había billares y juegos para entretenerse.

—Sí, comencé a trabajar aquí después de graduarme... me quedé embarazada y tuve que elegir entre seguir estudiando o mantener al bebé... —se encogió de hombros resignada. Rebeca la analizó con atención, tenía razón, nada de esa chica frente a ella le recordaba a quien le hizo la vida imposible durante los años de secundaria—. No... no sabía que habías vuelto. Veo a tus hermanos algunas veces... Sé que Gabriel Rice está en el hospital y tu hermana es maestra en infantil, lo sé porque es la profesora de mi hijo.

—Volví hace unas semanas, no sabía que habías sido madre — Rebeca se quedó silencio, no estaba segura de qué palabras eran las correctas en ese momento.

—Rebeca... yo... siento haber sido una arpía, me arrepiento mucho de esos años, aunque no sea justificación, no estaba pasando por un buen momento en mi casa, la relación con mis padres era insoportable y descargué toda mi frustración en esos pasillos y en ti, lo lamento mucho —comentó y Rebeca se puso en pie para que ambas pudieran observarse. Por inercia se llevó la mano a la barriga y Claudia reconoció el gesto, protección—. Enhorabuena. —Rebeca frunció el ceño y Claudia señaló la parte central de su cuerpo donde apenas se apreciaba el bulto por el ancho de la ropa.

—Sí, la verdad es que fueron unos años de mierda... tranquila, supongo que ha pasado tiempo y no tengo por costumbre guardar rencor, he descubierto hace poco que no merece la pena porque solo me hago daño a mí —explicó Rebeca encogiéndose de hombros. Una sonrisa se extendió en sus labios cuando vio llegar a Alex y Claudia se giró para ver qué provocaba esa reacción en ella, se sorprendió al encontrarse al chico.

—Claudia...

—Hola, Alex, supongo que ese bebé también es tuyo, enhorabuena —dijo señalando a Rebeca.

—Sí, gracias —respondió cogiendo la mano de su novia.

—Invita la casa, espero que os vaya bien, se os ve felices.

—Gracias, ya nos veremos —se despidió Alex y tiró de la mano de Rebeca para ir hacia el coche.

—Claudia... —se giró Rebeca, ella ya había empezado a recoger la mesa —Nadie sabe que estoy embarazada... no le comentes nada a mi hermana cuando la veas, por favor —pidió.

—Tranquila, no diré nada, creo que te lo debo.

—No, no me debes nada, ya no tenemos diecisiete años, tal vez no seamos amigas, pero podemos ser cordiales la una con la otra las veces que nos encontremos —aseguró y Claudia asintió agradecida.

Ese recuerdo era de apenas unos días atrás. Ver a Claudia removi6 mucho en Rebeca, saber que terminó la secundaria y que llevaba trabajando desde entonces para mantener a su hijo. No le comentó a nadie ese encuentro, tampoco le preguntó a su hermana por qué no le había dicho que era profesora de su hijo.

Hoy tenía comida con las familias, llevaban tiempo tratando de reunirse para pasar el día juntos, no por cumpleaños o festivos, sino solo por el placer de compartir un rato con las personas a las que apreciaban. Era la primera vez que Rebeca iba a encontrarse con sus cuñados desde que había vuelto y los vio en el cumpleaños de Lucy, los evitaba después de que Alex le explicara la conversación que compartió con ellos y lo que le dijeron sobre el embarazado. No estaba segura si estaba molesta por sus reacciones o porque se sentía culpable por pensar como ellos en algunas ocasiones.

En ese momento, Rebeca se encontraba con Carmen y Elena, ambas mantenían una conversación en la que ella formaba parte pero de la que no estaba prestando atención. Como si su cuerpo le avisara y reconociera la cercanía de Alex, sintió el roce de sus manos en la suya, lo que provocó que se girara para dedicarle una sonrisa, él correspondió el gesto y se sentó junto a Oliver y John, que hablaban junto al fuego de la barbacoa. Rebeca centró de nuevo su vista en las dos mujeres frente a ella que la observaban conteniendo las ganas de reír.

—¿Algo que debamos saber? —preguntó Carmen cruzando los brazos esperando sin quitar la expresión de su rostro. Elena miró por un momento a su hijo y después a Rebeca y no pudo evitar soltar una carcajada por la expresión de ambos.

—Tantas cosas... —contestó Rebeca, encogiéndose de hombros y después se giró centrando sus ojos en los de Alex: él entendió esa mirada, llevaba tiempo esperándola, hoy era el día. Rebeca se giró para ver de nuevo a ambas mujeres que esperaban alguna respuesta más de ella —. Tal vez es el momento de contarlas... —meditó y tanto Elena como Carmen fruncieron el ceño.

—Familia, ¿podéis venir todos un momento? —gritó Alex poniéndose en pie y acercándose a donde estaban las tres mujeres. Sus hermanos y Robert y Lucy salieron del agua donde jugaban con Noah; Nora, Iris y Lydia se levantaron de los sofás que tenía el jardín para acercarse. Anna, que hablaba con Albert y Alexander, se aproximaron a ellos y Oliver y John siguieron a Alex hasta el lugar de las mesas donde se encontraban Rebeca, Carmen y Elena. La pareja había ensayado varios discursos tratando de pensar cómo se desarrollaría el momento, no sabían cuál llevarían a cabo, pero Rebeca estaba de cuatro meses y todos le preguntaban constantemente por qué ahora le gustaba llevar vestidos o camisetas oversize cuando ella hacía años que dejó eso atrás.

—Quiero contar algo... —empezó Alex con un suspiro y apoyándose en la mesa que había en

el lugar pero sin llegar a sentarse.

—¿Está todo bien? —preguntó Alexander con el ceño fruncido observando a su hijo con preocupación. A Elena, por su parte, algo le decía que lo que iba a pasar no era algo malo y podía sentirse más tranquila.

—Me gustaría contar algo... y agradecería que nadie me interrumpiera... por favor.

Se mantuvieron en silencio para que el chico pudiera hablar. Sin decir nada sacó un sobre de su bolsillo y se quedó mirándolo. Rebeca sabía que se trataba de la última ecografía que le habían hecho.

—Vale... siento haberos mentido —empezó mirando a sus padres y ambos se mostraron confusos—. No he estado yendo a ninguna casa en el campo... —aclaró para que entendieran a qué se refería—. En mi defensa diré que Robert estaba al tanto de que no la visitaba —aseguró tratando de que eso minimizara el posible enfado que pudieran tener—. Yo... viajaba —dijo, pero sin dejar de mirar el papel haciendo que más de uno pensara en qué sería.

—Viajabas, ¿a dónde? —preguntó Alexander sorprendido y algo molesto, había confiado en su hijo en esos viajes que le habían dado libertad y ahora resultaban ser una mentira.

—California —informó y esa simple palabra hizo que todos los presentes miraran a Rebeca con atención, aunque ella solo observaba a Alex con una sonrisa en los labios—. Hace tres meses... fui a verla. Ella no se fue, yo le pedí que se marchara. Odiaba tener que pedírselo, pero Robert me dijo una cosa que era verdad, jamás podría querer y cuidar a Rebeca como deseaba si no estaba bien conmigo mismo y aprendía a volver a querer después de todo lo que pasó, así que le pedí que se marchara y me diera ese tiempo sin ella cerca. —comentó sin mirar a nadie, solo con sus ojos azules puestos en Rebeca. Alex observó a sus cuñados y a Albert, era consciente de lo mucho que habían pensado en la marcha de Rebeca—. Me arrepentí a medida que pronunciaba las palabras, pero necesita que se fuera... fui a buscarla un año después, el día de su cumpleaños... desde entonces somos pareja —dijo esto estirando el brazo Rebeca con una sonrisa se lo cogió y se acercó junto a él mientras ambos se dieron un beso, Rebeca miró el mismo sobre que Alex sostenía en sus manos y le sonrió dándole tranquilidad.

—Llevamos juntos todo este tiempo... pero los dos necesitábamos nuestro espacio... —continuó Rebeca haciendo que todos le prestaran atención a ella—, contamos todo esto ahora porque... hace algunas semanas... empecé a sentirme mal... ya me había sentido así en otra ocasión —dijo mirando a Gabriel—, pero no quería admitirlo, tal vez no estaba preparada. La cuestión es que un día, en un ensayo, me mareé... me di cuenta de que no podía seguir esquivando la situación así que me hice una prueba de embarazo... —explicó esto con un suspiro y mirando a sus hermanos y a su padre mientras apretaba con fuerza la mano de Alex—. Dio positivo... estoy embarazada... —finalizó la explicación sin bajar la mirada a su familia. El silencio reinó en ese momento en el jardín, Noah se acercó a los adultos con media sonrisa y se puso frente a Alex y Rebeca.

—¿Voy a tener un primo? —preguntó ampliando su sonrisa al ver cómo sus tíos asentían—. ¿Y sois novios? —continuó y después de dedicarse una dulce mirada ambos afirmaron de nuevo —¡Es genial! —gritó con emoción tirándose sobre los brazos de Alex que lo abrazó con fuerza y después hizo lo mismo con Rebeca.

—¿De cuánto estás? —quiso saber Lucy dejando entre ver alegría en su rostro lo que Rebeca entendió como algo bueno.

—Dieciséis semanas —contestó.

—¿Dieciséis semanas? ¿Y por qué no lo dijiste antes? No sé, tal vez cuando se lo contaste a Alex, o cuando viniste la última vez o llamando por teléfono —comentó Oliver algo alterando.

—Necesitaba ordenar mi vida... volver... no podía decirlo y después desaparecer.

—Llevas dos semanas aquí, ¿por qué no decirlo antes? —intervino Iris.

—Tuvimos la ecografía ayer, la del segundo trimestre... y pensamos que ahora era el mejor momento. —Rebeca trataba de aparentar tranquilidad, pero estaba nerviosa y Alex apretaba su mano en el mismo estado que ella.

—Felicidades —dijo Carmen dando unos pasos al frente y abrazando con fuerza a los dos jóvenes al mismo tiempo—. Tomadlo con calma —aconsejó en un susurro. Podían pasar muchas cosas, pero en ese momento, lo que ambos necesitaban era el apoyo de sus familias. Tras ella Lucy y Robert, Iris e Lydia, John y Anna les felicitaron de la misma manera, alegres de que finalmente ambos volvieran a estar juntos. Aira suspiró mirando a Gabriel y se acercó mirando a su hermano con media sonrisa y después centró la mirada en Rebeca.

—Enhorabuena —dijo estirando sus labios hacia arriba y consiguiendo que Rebeca y Alex respiraran con fuerza y mostraran la misma y se relajasen, después los abrazó con fuerza. Gabriel se acercó cuando su hermana se separó y miró por un momento a su hermano con paciencia, ambos recordando la conversación que habían tenido y, aunque al final le había prometido su apoyo, se dijeron muchas cosas hirientes ese día. El castaño cerró los ojos y mostró una sonrisa a su hermano que se tiró sobre él dándole un fuerte abrazo y Rebeca no pudo evitar sonreír ante ese gesto y derramar alguna lágrima cuando sintió que Gabriel tiraba de ella para que se uniera a ese abrazo. Al separarse, el mayor de los hermanos Rice se unió junto a su hermana y miró a su mujer y su cuñado que observaban con atención a la recién reconocida pareja y miraron a sus padres y a Albert que permanecían en silencio.

—Yo pensaba que era tu amigo...—comentó mirando a Alex, después se dirigió a su hermana —, y que tú tenías confianza en mí para contarme que estabas embarazada de mi mejor amigo... —dijo Oliver con un suspiro.

—¿Confianza contigo? Soy yo la que ha vivido cinco años con ella y era su confidente... ¿Y nuestros secretos de hermanas? —Irrumpió Nora riendo, Oliver se unió a ella y Rebeca, feliz, no pudo evitar lanzarse sobre sus hermanos y dejarse envolver por ellos.

—Gracias —susurró a ambos que apretaron con fuerza sus brazos sobre ella. Al separarse de ellos el silencio volvió a reinar en el lugar, Alex miraba a sus padres con algo de temor y, de la misma manera, Rebeca se centró en Albert. Todos pudieron ver el momento y supieron que debían dejarlos a ellos solos con sus padres y más teniendo en cuenta la situación y la relación que habían llevado ambos jóvenes.

—Creo... que voy a necesitar ayuda con la comida. ¿Me ayudáis? —preguntó John en alto y todos se alejaron para dar espacio a que Alexander, Elena y Albert hablaran con sus hijos.

—Siento... mucho haberos mentido... —dijo Alex centrándose primero en sus padres.

—Alex, estás en terapia por algo serio, algo realmente serio... no pensé nunca que traicionarías así la confianza que tu madre y yo depositamos en ti al darte vía libre para ir a esa supuesta casa del campo —comenzó Alexander con voz firme. La noticia le había sorprendido y aunque estaba apenado por el engaño de su hijo, era indudable la felicidad y tranquilidad que había entre ambos jóvenes.

—Yo... lo sé... y lo siento —dijo sin ser capaz de poner ninguna excusa en ese momento—. Tener a Rebeca cerca me da vida, hace que mi corazón palpite con más fuerza y que mis miedos y mi tristeza disminuyan a gran velocidad—comentó—. No pido que lo entendáis... solo que nos apoyéis —esa petición era algo que ambos habían pensado, lo mismo que le pidió Alex a Gabriel cuando estuvieron hablando. Al ver que sus padres no decían nada más se giró para observar a su suegro.

—¿Sabes, muchacho? —preguntó Albert posando sus ojos marrones en Alex y después en su hija—. Creo que el problema es que te entendemos, conocemos esa sensación de estar junto a la persona que amas, lo que se siente... cuando tu vida es ella—explicó Albert con un suspiro.

—¿Estáis seguros? —intervino Elena.

—¿Nos preguntas si tenemos miedo? Muchos. ¿Si estamos preparados? No lo sabemos. ¿Estamos seguros? Sí —dijo Rebeca mirándoles con atención. Esas tres eran las preguntas que constantemente se estaba repitiendo tanto ella como Alex, estaban seguros, pero tenían muchas dudas.

—¿Por qué no contasteis que os estabais viendo?

—Necesitábamos ser solo nosotros, tener intimidad y tiempo para poder curar nuestras heridas como pareja y poder vivir en el presente —aseguró Alex dirigiéndose a su padre.

—¿Qué os dijo la ginecóloga? —quiso saber Elena acercándose a Rebeca con una sonrisa y pidiendo permiso con la mirada para tocar el vientre.

—Todo está bien, tanto Rebeca como el bebé —aclaró Alex con una sonrisa al ver a su madre.

—Bebé, hola, soy la abuela Elena —dijo agachándose y poniendo las manos sobre el vientre de la chica.

—No queremos más mentiras —pidió Alexander intercalando la mirada en ambos que asintieron y después se acercó a su mujer

—Yo soy el abuelo Alexander —saludó dando golpecitos en el vientre, miró a ambos—. Confíad en nosotros, por favor —dijo y después el matrimonio abrazó con fuerza a Alex y Rebeca sonrió acercándose a su padre, que le mostró una tierna sonrisa y le abrazó con fuerza.

—Siempre pensé que la primera en ser madre sería Nora... —comentó Albert, retirando rápidamente una lágrima que empezó a caer de la emoción.

—Nora ya es madre, ha criado y cuidado de Noah con Gabriel

—recordó Rebeca con una sonrisa y su padre la atrajo hacía él para envolverla en sus brazos, alejó después un poco a su hija, hacia su barriga, y susurrando algo que Rebeca no pudo escuchar se la acarició.

—Ahora entiendo esta ropa tan grande —habló Elena.

—¿Qué vais a hacer ahora? —preguntó Alexander prestando atención a los dos chicos y Albert se incorporó repitiendo el gesto.

—Por el momento vamos a seguir como estamos... ella tiene que empezar en el trabajo y yo terminar la especialización, no queremos dejar nuestros objetivos a un lado... tal vez tardaran un poco más en cumplirse, pero yo quiero especializarme como tenía previsto y... Oliver y yo continuamos en el proyecto de montar un despacho juntos— comentó Alex mirando a Rebeca que asintió. Por el momento no podían irse a vivir juntos porque Alex no estaba trabajando y el dinero que Rebeca tenía ahorrado querían guardarlo para cuando el bebé naciera.

—¿Por qué no te vienes tú a vivir a casa? —preguntó Elena observando a Rebeca que con una sonrisa negó.

—No, lo hemos hablado, por el momento estamos bien así... queremos buscar algo juntos, pero tenemos tiempo, estas dos semanas hemos ido viendo algunas cosas... Alex quiere buscar algún trabajo que pueda complementar con los estudios y yo empiezo en una semana en la escuela de baile —aclaró ella. Los padres no insistieron y le dieron su espacio para tomar sus propias decisiones.

Querido bebé:

Ya sabes cómo han pasado los meses, tres de que volví a Luz de mar con papi, aunque continuamos sin vivir juntos, saber que apenas lo tengo a quince minutos de mí en coche supone un gran alivio. Tú cada vez creces más en mí, demasiado rápido diría yo... queda poco tiempo para tenerte en nuestros brazos y me alegra y me aterra por partes iguales. Tengo miedo de no ser la madre que tú necesitas, de no poder cuidarte y aportarte lo necesario... ya te he dicho que no conocí a tu abuela y no sé muy bien cómo ser buena madre... pero te prometo que intentaré serlo. Mi bebe, mañana por fin se casas tus tíos... tía Aira está como loca, todo el día de los nerviosa paseándose de un lado a otro dando órdenes... ya la conocerás, ella es así normalmente, pero ahora está multiplicado por diez. Tu papi le dice que no me estrese porque eso te afecta a ti y me das más patadas de lo normal. Tu tío Oliver está más nervioso que nunca... pero si vieras lo feliz que se le ve... incluso con Aira histérica.

A tu papi el terapeuta le dio el alta, aunque le pidió que no dudara en llamarlo si lo necesitaba de nuevo. Con los estudios ahora le queda terminar la especialización, tu tío la empezó hace dos años y ahora quieren que su proyecto vaya cogiendo forma mientras terminan los estudios. Entre una cosa y hora encontró trabajo de camarero en el mismo bar donde trabaja una compañera del colegio de tus papis, ella fue quien le ofreció el puesto cuando vio que buscaba empleo.

Bebé, ¿te dije la semana pasada que tía Lucy está embarazada? Parece que después de todo tú y su bebe podréis criaros juntos como ella y yo, siendo familia, porque realmente los sois, tu papi y ella son primos.

Papá... él está muy ilusionado con tu llegada y está como un loco buscando todas las cosas que puedes necesitar y guardándola en casa de los abuelos hasta que podamos tener un piso. No sabemos que vamos hacer cuando nazcas, ni si ya tendremos casa... la vuela Elena y el abuelo Alexander quieren que vayamos con ellos, al menos los primeros meses así pueden ayudarnos... todavía no lo hemos decidido, aunque a papi le parece buena idea.

Muerto por ver tu carita, te ama.

Mamá

Aira estaba sentada frente al tocador de su habitación en casa de sus padres. Nora y Rebeca, junto a ella, la ayudaban a colocarse el cabello que se había dejado crecer para este momento. Toda la habitación estaba perfectamente organizada para que las chicas no se volvieran locas perdiendo las cosas: sus trajes sobre la cama, todo el maquillaje en el tocador para poder prepararse y los arreglos del cabello sobre una silla.

Elena y Alexander estaban por la casa terminando de recoger un poco el lugar mientras se hacía la hora de la ceremonia. Aira y Oliver, al contrario de Gabriel y Nora, habían decidido realizar la ceremonia en la pequeña iglesia que había en el centro del pueblo donde podrían ir todos los amigos y conocidos que quisieran, las puertas estaban abiertas para quien quisiera ir y los conocieran, mientras que el convite lo iban a realizar en el jardín, como sus hermanos, con la familia y algunos amigos que habían viajado para estar con ellos en ese día tan especial.

Los organizadores contratados se paseaban de un lado al otro colocando las cosas como Aira

les había pedido, el *catering* estaba preparado y montaban las mesas. Habían contratado a un DJ para la música, pero para el baile de los novios ambos le habían pedido a Gabriel y Rebeca que tocaran una pieza y los dos habían estado ensayando la canción que sus hermanos deseaban.

Oliver se estaba preparando en casa de su padre. Había dormido en su piso con sus cuñados y Noah, pero al levantarse por la mañana habían ido a la casa de Albert y Anna y así alistarse en ese lugar. De manera que ni él ni Aira se vieran antes de la ceremonia.

—¿Qué le pasa a mi sobrino? —preguntó Aira, mirando por el espejo a Rebeca que estaba sentada sobre la cama y se acariciaba el vientre en círculos.

—También puede ser sobrina —replicó Nora, dirigiendo sus ojos a su hermana esperando con curiosidad la respuesta.

—Está revoltoso... —contestó ella encogiéndose de hombros. Desde que el pequeño le había dado la primera patada parecía que siempre jugaba a algún tipo de partido de fútbol en su vientre.

—Ya estoy —dijo Rebeca saliendo de casa su padre. Alex llevaba rato esperando apoyado sobre el 4x4.

—Pienso que esto sigue siendo tonto... deberíamos estar viviendo juntos... no como dos adolescentes y venir a buscarte para ir a casa de nuestros hermanos —dijo Alex algo molesto, pero Rebeca sonrió y él no pudo evitar hacer lo mismo.

—No te enfades, amor —comentó ella abrazándolo, rodeando sus brazos alrededor de su cuello y pegando sus cuerpos. En ese momento, Rebeca sintió un fuerte golpe mientras estaba apoyada a Alex que se separó de él con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —preguntó Alex confuso

—Creo que ha sido nuestro bebé diciéndote que no te molestes conmigo —dijo ella con una sonrisa, en el rostro del joven desapareció toda molestia y se agachó a la barriga de la chica que lo acariciaba con los ojos iluminados de la emoción, era la primera vez que sentía a su pequeño.

—Bebé... yo no me enfado con mami, nunca podría —dijo con delicadeza y colocó las manos sobre el abdomen para sentir una nueva patada.

Ese momento había sido especial para los dos y más porque era el primer momento después de las ecografías donde podían sentir a su bebé y darse cuenta de que todo era real.

—Sobrino, no alborotes a mamá que tiene que estar perfecta para ser mi dama de honor —dijo Aira dando pequeños toques.

—Voy a ponerme el vestido —puntualizó Nora acercándose para coger su traje.

Aira había decidido que todas las damas de honor fueran de azul turquesa, Iris y Lucy incluidas.

El vestido de Lucy dejaba ver un pronunciado escote y una larga raja que le llegaba hasta el muslo. Iris había decidido que tuviera una cola y toda la espalda al aire y recogido en el cuello. Nora optó por algo con menos escote que Lucy, pero le gustó la idea de llevarlo atado al cuello y se hizo un pequeño hueco que separara la parte de la falda con la parte alta del vestido. Rebeca cogió uno con los hombros al aire. Su vestido tenía un fruncido en la parte baja del pecho que hacía que su tripa quedara marcada y una raja como la de Lucy que le llegaba hasta el muslo.

—Si necesitas ayuda para abrocharlo, avisa —exclamó Aira y continuó retocándose el maquillaje—. ¿Me ayudas? —preguntó y Rebeca la miró con una sonrisa, poniéndose en pie para colocar el broche que Alexander y Elena le habían regalado que había pertenecido a la familia de su madre y había pasado de generación en generación a las mujeres de la familia. Rebeca lo colocó con cuidado y miró a su cuñada a través del espejo con una sonrisa.

—Estoy muy feliz, Beca —dijo y después se giró y se puso en pie para verla—. Estoy feliz porque todos estemos aquí, que tú estés por fin con mi hermano y que él esté bien... —explicó dejando escapar un suspiro.

—Yo también estoy feliz... —verbalizó Rebeca sin apartar los ojos de su cuñada—. Antes de que aparecierais en Luz de mar... antes incluso de lo que me pasó, Oliver era mi confidente y yo, a veces, el suyo aunque él siempre era algo más reservado —dijo con una sonrisa—. Cuando me hablaba de la mujer de sus sueños yo siempre le decía que era imposible que le gustara algo como lo que decía porque era algo completamente opuesto a él, el único rasgo que mencionaba que compartía con él era el amor por la familia y yo siempre pensé que estaba loco... —aseguró Rebeca mientras se volvía a sentar en la cama y acariciaba el vientre de nuevo—. Y seguí pensando eso hasta que te vi en el instituto el primer día, cómo te presentaste y me diste ese abrazo que me pilló por sorpresa, supe que eras la locura de mi hermano aunque no dije nada... y luego empezasteis a salir juntos y no podía comprender cómo siendo tan diferentes os complementabais tanto... y aquí estás...

—Te quiero mucho, Rebeca —se lanzó sobre ella dándole un abrazo.

—¡Oye y yo! —gritó Nora, saliendo del baño cogiéndose el vestido para no pisárselo y las abrazó a las dos.

—Ya, ya, que no puedo ponerme a llorar, que ya estoy maquillada —se quejó Aira—. Y vosotras igual —recordó a sus amigas y cuñadas. Aira se dio unos leves golpecitos en sus mejillas para así evitar que las lágrimas de emoción salieran—. Beca, ve a ponerte el vestido que llamaré a mi madre para que venga ayudarnos con el mío.

Aira se había probado cerca de cincuenta vestidos, hasta que encontró el que le gustaba. Ella siempre había soñado casarse con un vestido de corte princesa, pero como era bajita y demasiado delgada todos le parecieron horribles en su cuerpo cuando se los puso. La dependienta, después de miles de intentos e incluso en días diferentes, le sacó uno que era especial. Aira no estuvo convencida del todo porque era corto por delante y con cola por la parte trasera, se lo probó pensando que no se lo iba a quedar, pero cuando se miró al espejo, supo que ese era su vestido, las lágrimas le cayeron de pura felicidad al ver que por fin había encontrado el vestido ideal.

—Mi niña, estás preciosa —le dijo Elena a Aira con una gran sonrisa y los ojos emocionados—. ¡Alexander! —gritó para que su marido pudiera venir a verla.

—¿Qué pasa? —preguntó asomando la cabeza con los ojos cerrados—. ¿Puedo mirar? —las cuatro mujeres comenzaron a reír y le dijeron que sí. Este abrió los ojos y se quedó mirando a su hija con la boca abierta—. Mi niña... estás... estás increíble —dijo acercándose a ella para darle un beso y Aira se dejó abrazar por sus padres. Pensó en lo mucho que le gustaría que sus hermanos estuvieran allí, pero dado que ella había secuestrado a sus cuñadas había dejado que su marido hiciera lo mismo con Gabriel y Alex.

—Gabriel ha llamado, que ya estaban saliendo camino a la iglesia —dijo cuando se alejó—. También me dijo algo sobre que Alex se había encargado de que Oliver no se escapara... pero eso no lo entendí —dijo pensativo y Aira lo miró con confusión.

—Nosotras creemos que sí... —comentó Beca. Aira se dio cuenta de que sus cuñadas miraban el móvil y mostraron la pantalla. Alex estaba unido a Oliver por unas esposas.

—¿Qué hace mi hermano? —dijo Aira alterada y cogiendo el teléfono.

—Tranquila, solo se asegura de que cuando llegues, Oliver continúe allí. —Tras el comentario todos rompieron a reír excepto Aira que marcó desesperada el teléfono de su hermano.

Alex no podía parar de reír mientras su hermana le gritaba por el teléfono. Oliver escuchaba esa misma voz alzada, pero Gabriel era quien tenía la llave de las esposas y se había ido hacía unos minutos a buscar unas cosas.

—Te quiero mucho—se despidió Alex antes de cortar la llamada sin esperar a que su hermana le contestara. Oliver puso cara de horror por la acción lo que provocó que Alex riera más fuerte.

—¿Le has colgado?

—Tú no lo puedes hacer... eres su novio, pero yo soy su hermano, no pasa nada —comentó entre carcajadas y entró en el lugar buscando a su hermano—. Gabriel, ven a soltarnos, que Aira dice que me mata si cuando llegue sigo atado a su futuro marido.

Dentro de la iglesia se encontraban algunos de los asistentes, amigos de Oliver de la universidad, también gente del instituto de Luz de mar, aunque no estaban invitados al convite sí lo estaban a la ceremonia. Anna sonrió al ver pasar a los dos chicos y mostró la llave con una sonrisa.

—Gabriel me la dio, salió con Albert y John para arreglar algo que no entendí —explicó abriendo las esposas. Oliver rozó su muñeca cuando se sintió libre y le dio un golpe en el brazo a su cuñado. Lucy junto a Robert, Lydia, Iris y Carmen se acercaron a ellos.

—Ya estáis libres... —dijo Gabriel con Noah, Albert y John siguiéndole algunos metros atrás.

—Aira me llamó gritando preguntando que por qué estaba esposado a su futuro marido... ¿Se lo has dicho? —preguntó Alex curioso.

—No, yo hablé con papá para decirle que ya estábamos llegando... —contestó.

—Yo mandé una foto a mamá y tía Beca —dijo Noah con una gran sonrisa en su rostro y todos rieron por su actitud.

Oliver se alejó de su familia y fue hasta sus amigos de Florida, hacía mucho tiempo que nos los veía y se ilusionó cuando estos confirmaron su asistencia. Noah se quedó junto a Carmen mientras Gabriel y Alex acompañaban a Lucy e Iris a esperar a la novia. Pasaba ya algún tiempo de la hora de comienzo y las chicas todavía no aparecían. Se impacientaron un poco por la tardanza.

—¿Habrás pasado algo? —preguntó Lucy ojeando dentro de la iglesia donde Oliver, estaban mirando su reloj y comprobando la puerta en todo momento.

—Ya están aquí —comentó Gabriel, señalando el coche de su madre que se detenía junto a ellos. Rebeca y Nora bajaron junto a Elena—. ¿Todo bien?

—Algo de náuseas por el camino... tuvimos que parar, lo siento, culpa mía—contestó Rebeca encogiéndose de hombros. Alex se acercó a ella para darle un beso en la cabeza. Ella dejó escapar un suspiro. En ese momento, apareció el coche de Alexander y él, junto con Aira de su brazo, bajaron del vehículo con una sonrisa.

—¿Por qué estáis todos fuera?—quiso saber Aira confundida e impaciente al encontrarlos a todos en la puerta—. ¿Estás mejor? —inquirió esperando una respuesta de Rebeca.

—Sí... las curvas del camino de tu casa no me sientan nada bien, me pasa lo mismo desde hace algunas semanas —respondió encogiéndose de hombros. Aira sonrió y miró al resto esperando una respuesta a su otra pregunta.

—Estamos esperándote —aseguró Alex con una sonrisa y acercándose para envolver a su

hermana en sus brazos. Desde el día que Aira le confesó estar enamorada de Oliver había esperado este momento y la veía tan feliz que él se sentía igual a ella. Gabriel se acercó también dejando un beso en su frente. Elena entró para informar de la llegada de la novia y cada uno se colocó en su posición. Las primeras en aparecer fueron Nora e Iris pasando frente a los invitados con una sonrisa, al final se apartaron a la fila que había reservada. Tras ellas, caminaron Lucy y Rebeca, mirando a la gente, mostrando la felicidad que ambas sentían. Rebeca llevaba en una mano un pequeño ramo de dama de honor y con la otra, se sujetaba su barriga donde su bebé pegaba patadas de manera incansable, lo que le hizo saber que estaba igual de emocionado que ella. Cuando estuvieron en sus asientos se giraron para ver entrar a Alexander con Aira cogida de su brazo. Ella observaba a sus invitados con alegría.

Al llegar a la mitad, su mirada se centró en Oliver y todo lo que había a su alrededor desapareció, solo existía él.

La música continuó sonando y ella siguió caminando junto a su padre. Cuando llegó al altar, Alexander dejó la mano de su hija junto a la de Oliver después de darle un fuerte beso y se colocó junto a ella. Las chicas se acercaron para colocar bien el vestido cuando Aira se fue a sentar y después regresaron a su lugar. Oliver sujetaba a la mano de Aira casi con desesperación, podía sentir cómo ella temblaba y solo lo había sentido de esa manera después de la gran crisis que tuvo Alex, eso en parte le asustó.

—¿Estás bien? —preguntó con miedo y Aira mostró una sonrisa nerviosa y asintió, indicándole a Oliver que solo estaba eso, nerviosa.

Las palabras del sacerdote comenzaron a resonar por toda la iglesia. Los novios solo se podían mirar mientras lo escuchaban, tanto para el uno como para el otro solo existía su compañero.

Después de un rato hablando, le indicó a Alex que podía levantarse y él así lo hizo, dio un beso a su novia se puso frente al micro llamando la atención de todos los presentes, pero sobre todo la de los novios que no se esperaban esa intervención.

—¡Sorpresa! —empezó haciendo un gesto con los brazos y Oliver y Aira rieron incrédulos—. Hicimos un sorteo para ver a quién le tocaba hablar y me toco a mí... no, es broma, casi rogué para que me dejaran hacerlo a mí. Hermana, melliza... hoy es un día importante para ti y casi puedo sentir en mi estómago como si fuera yo el que se está casando... siempre has sido mi otra mitad y yo la tuya... nos entendemos sin hablar y hablamos sin pensar porque conocemos al otro. Puedo ver en tus ojos lo feliz que te sientes en este momento —los labios de Alex se estiraron más al ver el gesto en su hermana y la pequeña lágrima que caía por sus mejillas—. Soy el único aquí presente que ha tenido la oportunidad de vivir con esta pareja a solas, de verlos en su día a día y en sus noches... bueno, eso no lo veía, solo lo escuchaba —dijo haciendo que los invitados se rieran—. Oliver, supiste perdonarme y has sido mi amigo, mi mejor amigo todos estos años, mientras estuvimos los tres solos en Florida y cuando volví a Luz de mar. Gracias, por ser como eres y por cuidar de mi hermana, por no querer guardarle secretos y por saber escucharla... que la verdad eso no es fácil porque mi hermana está medio loca... pero tú lo has sabido hacer así que gracias. Ojalá seáis muy felices porque es lo único que os deseo —dijo estirando sus labios hacía arriba. Bajó de la tarima y se sentó de nuevo junto a Gabriel. Rebeca se giró para darle un nuevo beso .

El cura comenzó a hablar de nuevo, leyó los votos y por todo la iglesia los “Sí, quiero” de los dos novios.

—Yo os declaro marido y mujer —dijo—. Como dicen en las películas, pueden besarse —comentó más bajito, ambos rieron a lo grande y se acercaron el uno al otro para ese beso mientras toda la iglesia comenzaba a gritar de emoción.

A la salida de la iglesia, todo eran felicitaciones y enhorabuenas para los novios, algunas fotos junto a una pequeña fuente de la entrada y después, Alexander se subió en el coche junto a su hermana y los novios y puso rumbo a casa con el resto de coches siguiéndoles.

Una vez en el jardín de los Rice, todos ajetrearon mientras se sentaban en las mesas que se habían preparado para poder celebrar el convite.

La comida pasó con tranquilidad para todos menos para Rebeca que no pudo comer nada y no paró de masajearse en vientre bajo la atenta mirada de su novio, las chicas, Gabriel y Robert.

—¿Continúa nervioso? —preguntó Nora a su hermana por lo bajo, pero todos la escucharon. El sexo del bebé era un misterio, Alex y Rebeca no querían saberlo hasta el día del nacimiento, querían decoración neutra y alejarse de los estereotipos y la mejor manera de conseguirlo era sin conocer que sería. Rebeca solía referirse a él como chico, quería un pequeño Alex, con su cabello negro y los ojos azules de ambos. Él por lo contrario quería una niña rubia como su madre.

—Ahora no se mueve... pero no para de dar patadas... —dijo con un suspiro mirando a su hermana que mostró una pequeña sonrisa—. Está emocionado por ver a sus tíos felices —comentó con tranquilidad. Alex frunció el ceño, no por escuchar eso, él también estaba feliz, pero sabía que Rebeca llevaba unos días así y esa agitación por parte del bebé apenas le dejaba comer con algo de tranquilidad. Habían hablado con Elena y les tranquilizó diciendo que era solo una etapa y que Rebeca estaba nerviosa esos días por la boda y que por ese motivo el bebé se encontraba así. Tras la comida, los trabajadores que Alexander y Elena habían contratado para que apartaran las mesas del centro lo hicieron y Rebeca junto a Gabriel caminaron hasta el piano con una sonrisa hacia los novios. Se sentaron en el banquito que había justo enfrente y ambos se miraron con una media sonrisa cuando comenzaron a tocar los primeros acordes de la canción de Ed Sheeran *Perfect Symphony*. Los novios les habían explicado que la primera vez que se encontraron en el parque, una pareja escuchaba esa canción en un banco junto a ellos, y aunque en aquel entonces no eran nada, los dos la recordaron cuando comenzaron a salir.

Todos se quedaron mirando a los novios bailar, era un momento único, especial y todos podían apreciarlo. Cuando la canción terminó, el DJ comenzó a pasar música, así que Gabriel ayudó a Rebeca a bajar del pequeño escenario y se acercaron a Nora y Alex, que estaban apoyados en una de las mesas.

—Caballero, ¿me concede esté baile? —preguntó Rebeca, extendiendo una mano cuando llegó donde él y su hermana hablaban con tranquilidad. La sonrisa del joven se hizo más grande y cogió la mano de su novia para entrar en la pista a bailar con el resto.

Gabriel se acercó a su mujer observando cómo todos reían y bailaban.

—¿Cuándo piensas decírselo a la familia? —preguntó Gabriel.

—Hoy no, es la boda de nuestros hermanos, no vamos a quitarles ese momento, es suyo... cuando vuelvan del viaje podremos hacerlo, no hay prisa —aseguró Nora con una sonrisa a su marido y cogiendo sus manos—. ¿Bailas conmigo? —preguntó la castaña, su marido suspiró y ambos se adentraron en la pista de baile cuando comenzaba a sonar una canción animada.

Pasaron el resto del día y parte de la noche bailando, riendo, disfrutando ese día especial que habían estado preparando durante tantos meses para que todo fuera genial. Aira y Oliver apenas pudieron dormir un par de horas antes de que Alexander y Elena les llevaran al aeropuerto directo a su viaje de bodas.

El viaje duró apenas un par de semanas porque, por temas de trabajo y estudios, les fue imposible alargarlo más tiempo, aun así, en verano harían una segunda escapada. Cuando llegaron, la noticia de que Nora estaba embarazada sorprendió a todos, de nuevo tres amigas embarazadas juntas, como Carmen, Elena y Lily años atrás.

Rebeca estaba de treinta y una semanas, apenas le quedaba una para llegar a los ocho meses de embarazo. Tanto ella como Alex se estaban organizando para poder empezar una vida juntos, al día siguiente habían quedado con una inmobiliaria para que le enseñaran esa casa con la que siempre habían soñado. Alex estaba muy bien en la cafetería, hacia horario de mañana y por la tarde iba a clase, Rebeca continuaba dando clases de baile aunque todos le insistían en que debía de dejarlas ya, por estar en la recta final, ella aseguraba que se encontraba perfectamente para seguir impartiendo las lecciones hasta que su cuerpo dijera basta.

En ese instante la pareja contemplaba el vaivén de las olas del mar; ese lugar era su pequeño oasis de paz y adoraban poder venir solos. Sabían que estarían solos en la mansión, tanto Elena como Alexander trabajaban esa noche, pero ese lugar les ayudaba a conectar con ellos mismos. Cuando la humedad de la noche empezó a caer, Alex puso su chaqueta sobre los hombros de Rebeca para protegerla del frío, pero no tardaron en decidir volver a casa, llevaban cerca de tres horas sentadas en la arena, abrazados, observando las olas romper en la orilla.

—Amor... entonces... ¿no me vas a hacer caso? —comentó, mirando a la carretera y echando una rápida ojeada a Rebeca.

—No, pero ya lo sabías... estoy bien y todavía puedo hacer un mes más de clases, no puedo dejar a las chicas hasta que encuentren otra profesora.

—Cariño... yo solo quiero que no tengas estrés...

—Es una tontería, sabes que bailar me puede dar muchas cosas, pero nunca estrés... estoy bien, te prometo que en dos semanas pido la baja —aseguró con una pequeña sonrisa y después de un suspiro, Alex asintió.

—Mañana es Nochebuena, ya son las fiestas navideñas, tienes vacaciones hasta enero, es mejor que comiences ahora... —replicó

—Cariño, yo no te digo cómo hacer tú tus cosas, he hablado con las chicas, esta semana daremos clase y cuando pase Nochevieja, descansaré, lo prometo, estamos a veintitrés, dame una semana para poder cerrar las clases. —Alex se resignó al escuchar esas palabras, así que trató de cambiar el tema, sabiendo que no la convencería de lo contrario, al menos no esa noche.

—¿Mañana a qué hora hemos quedado?

—A las once de la mañana en la puerta de la casa, allí nos espera la mujer de la inmobiliaria— dijo ella con una sonrisa.

Finalmente se habían decidido a mirar casas para poder irse a vivir juntos y comenzar a montar la habitación del bebé.

—Ahora cuando llegué a casa mandaré un mensaje a mi jefe para se sepa que llegaré un poco más tarde, Claudia ya me dijo que me cubriría —comentó y Rebeca hizo un gesto afirmativo. Estaba sorprendida de la buena relación que Alex y Claudia tenían, incluso ella compartía bromas con la chica cuando iba a desayunar allí para pasar tiempo con Alex.

—Aira me dijo que tenía la mañana libre y que... ¡Alex! —gritó Rebeca al ver cómo un

coche venía por el carril contrario con las luces largas y haciendo eses. Lo único que alcanzó a hacer fue girar el volante para evitar que el coche les golpeará de frente. Luego de eso, sintió un golpe directo en su lado, cómo su cabeza se golpeaba contra el ventanal y luego la oscuridad comenzó a nublar su vista. No había nada más que hacer que dejarse llevar.

Gritos, chillidos y el incesante ruido de una sirena sonando a lo lejos. Muchos hierros siendo retorcidos y alguien que se disculpaba una y otra vez. Abrió levemente los párpados y vio a un hombre sobre él, un hombre vestido de bombero y que utilizaba una sierra para cortar los hierros del techo de su coche.

—Ey, tranquilo. Todo va a estar bien —dijo cuando notó que estaba despierto, pero eso a él no le importó. Intentó mirar hacia el lado donde se suponía que debía estar Rebeca, pero le fue imposible pues algo en su cuello no le permitía moverse y el corte en su frente, que no dejaba de sangrar, le impedía abrir el ojo derecho. Sintió otra fuerte punzada en la cabeza y de nuevo, la oscuridad volvió a reclamarlo, arrastrándolo hasta ella.

Cuando intentó despertar apenas podía ver qué pasaba a su alrededor, escuchaba una fuerte sirena que estaba haciendo que su cabeza fuera a estallar. Algo le tenía sujeto y eso le creó angustia.

—Bec... —murmuró de una manera que pensó que nadie le escucharía, pero frente a él apareció la cara de un hombre, se veía borroso y apenas fue capaz de identificar sus rasgos.

—Tranquilo, vamos camino al hospital —dijo con voz pausada.

—No... mi... Reb... ¿Dónde está? —preguntó Alex con la impaciente necesidad de tenerla junto a él para cogerle la mano y no soltarla.

—¿La chica que iba contigo? —preguntó el hombre y Alex quiso asentir, pero no podía mover el cuello así como ninguna parte de su cuerpo—. Va en otra ambulancia, ha salido antes que nosotros. —Tras esas palabras Alex intentó ponerse en pie deseando poder incorporarse—. No, no te muevas... —pidió poniendo una mano en su pecho.

—No, no, no quiero... necesito estar con ella —dijo tratando de quitarse todo lo que tenía encima, su cuerpo le dolía horrores y realmente estaba inmovilizado, pero necesitaba conseguirlo.

—Colócale propanolol —dijo un hombre que Alex no pudo ver.

—Chico, escucha, tienes que permanecer calmado, todavía no sabemos los daños que tienes y la chica está siendo atendida, como tú.

De repente todo lo que sintió fue una tranquilidad forzada, sintió su respiración tranquilizarse.

—Tranquilo, todo está bien —escuchó de nuevo, pero él no necesitaba que le dijeran eso, solo quería poder ver a Rebeca.

El resto del camino fue en silencio, con un Alex que parecía estar dormido en la camilla pero podía escuchar a su alrededor, aunque se había quedado sin fuerzas para hablar. El vehículo se detuvo y las puertas de la ambulancia se abrieron, bajaron la camilla e ingresaron dentro del hospital.

—Varón, veinte tantos años, cuando llegamos estaba inconsciente y con la pierna atrapada, recuperó la conciencia unos segundos pero volvió a perderla, en la ambulancia la ha recuperado, aunque hemos tenido que inyectar propanolol porque estaba muy alterado —dijo el hombre de la ambulancia mientras caminaba por la entrada de urgencias.

—¿Alex? —preguntó una doctora.

—¿Le conoce? —cuestionó el paramédico de la ambulancia—. Los bomberos no han encontrado sus identificaciones —informó.

—Sí, claro, es el hijo de Alexander y Elena —dijo cuando entraron en el box.

—¿El doctor Rice? —preguntó confuso a lo que la mujer asintió—. Vale, yo salgo fuera para que le avisen, creo que está de guardia —informó saliendo del box.

—Aira, tranquila... —repitió Alexander por décima vez a su hija—. Estoy de guardia, hija, si algo pasara estaría informado, no ha llegado nadie de la familia, están todos bien —aseguró.

—Papá, tengo un mal presentimiento, es algo real, he llamado a Gabriel, pero está de guardia, Nora está en casa con Noah, Alex y Beca no me cogen el teléfono, papá...

—No, Aira, no puede ser así, tu hermano está en casa, se habrá quedado dormido... —contestó Alexander con una sonrisa por lo histérica que podía ser su hija.

—¿Y Rebeca? —preguntó con desesperación y Alexander pudo escuchar la voz de su hijo hablando tras ellas.

—Tal vez se quedó a dormir en casa con él aprovechando que esta noche tu madre y yo estamos de guardia, no tiene nada de malo, cariño, tengo que continuar con mi turno, estate tranquila —pidió y después cortó la llamada.

Alexander respiró mirando la foto que había en el escritorio donde salían sus hijos y su nieto, ese retrato tenía casi ocho años, fue hecha días después de la llegada de Noah a la casa. Picaron a la puerta, se sorprendió al encontrarse con Nicole, era enfermera de urgencias y él hoy tenía guardia en planta. La chica era joven, pero buena en su trabajo, estaba pálida y parecía asustada y preocupada.

—¿Suced algo? —preguntó Alexander, observándola con absoluta atención.

—Necesito que baje a urgencias, doctor Rice... su hijo...

Alexander se levantó de inmediato sin dejar que terminara y salió veloz hasta la planta de urgencias. Cuando llegó, esperó a que las enfermeras del mostrador le indicaran dónde ir, señalaron box tres y corrió hacia el lugar, pasando la puerta con energía y encontrándose con la realidad.

Alex estaba en la camilla, llevaba un collarín, tenía la pierna inmovilizada y una gran brecha en la cabeza donde una venda ya estaba empapada en sangre. Una vía en cada brazo y Christopher junto una enfermera le atendían.

—¿Qué ha pasado? —preguntó acercándose a la camilla y mirando el rostro de su hijo, pudo ver que estaba despierto porque parpadeaba de vez en cuando, pero no parecía muy consciente.

—Llegó hace cosa de quince minutos de un accidente de tráfico—informó un compañero sin dejar de pedir pruebas y sin desatender a Alex—. Recibió un fuerte golpe en la cabeza y la pierna parece que esté lesionada, perdió la consciencia en dos ocasiones y le han tenido que dar un sedante ya que estaba muy nervioso, pero no lo durmieron por miedo a que el golpe en la cabeza tuviera lesiones.

Alexander observó las máquinas donde su hijo estaba conectado, el pitido que controlaba su ritmo cardíaco era continuo, revisó los medicamentos que se administraban por vía y respiró algo más tranquilo, todo parecía bastante controlado. Alex necesitaba que suturaran la herida de su cabeza, una resonancia para asegurarse que no había hematoma cerebral y una radiografía para la pierna, aunque a simple vista, parecía estar rota, si su hijo no se quejaba era porque le habían tenido que dar algo fuerte para el dolor.

—Pa... —murmuró Alex. Su padre se giró de inmediato y se acercó a él para que pudiera verlo. Acarició la mano que tenía más próxima y con la otra rozó su mejilla.

—Estoy aquí, tranquilo, todo va a estar bien —pronunció Alexander. Alex negó nervioso y el

sonido se alteró—. Tienes que tranquilizarte, Alex, todo está bien. —El chico negó de nuevo con los ojos cerrados y prácticamente moviendo todo su cuerpo, al llevar el collarín le era complicado mover únicamente la cabeza.

—Bec... —intentó decir. Las palabras apenas salían por su boca y le costaba coordinar sus pensamientos con lo que necesitaba verbalizar. Alexander palideció, lo había entendido y un sentimiento de angustia creció en el centro de su pecho.

—¿Iba acompañado? —se giró a sus compañeros, desesperado por obtener una respuesta, deseando que Rebeca no se encontrara en ese momento con él, que mencionarla solo significara que quería que la llamaran.

—Sí... iba con una mujer, está en el box uno, parece... —Alexander no dejó que su compañero terminara la frase, soltó a su hijo y se acercó a la puerta de metal.

—¿Cualquier cosa me avisas! —gritó saliendo del lugar y corriendo ansioso hasta el box uno. Al entrar, comprobó que Rebeca sí se encontraba inconsciente, se acercó a la camilla y cuando el compañero se dio cuenta, desvió la mirada de las pantallas unos segundos.

—Alexander, ¿qué haces aquí? —preguntó. No se detuvo en su función, continuó pasando el ecógrafo por el vientre y contemplando las imágenes.

—Es mi nuera... ¿cómo está? —exigió saber, acercándose a la camilla como había hecho con Alex. Comprobó la vía, el pulso, la tensión y el oxígeno con atención de no perder dato de nada.

—¿Tu nuera? Con más motivos no deberías estar aquí.

—Necesito saber cómo está... Cómo están ella y el bebé — rebatió con desesperación, cogiendo una de las linternas y analizando las pupilas de su nuera. Parecían reaccionar bien y suspiró volviendo de nuevo su compañero—. ¿Ha recuperado la conciencia en algún momento? —preguntó de nuevo y volvió a revisar los monitores. Había taquicardia lo que podía indicar que estaba sangrando así que rápidamente miró el monitor del bebé y los latidos eran lentos y flojos.

—No, no ha recuperado la consciencia en ningún momento. — El médico apartó el ecógrafo y miró con atención a su compañero

—Alexander... tenemos que hacer una cesárea de urgencias, sé que está de treinta y una semanas, pero no puedo esperar, hay sangrado, no creo que ninguno de los dos aguanten mucho más juntos... —explicó con voz apenada observando a su amigo.

Alexander asintió procesando la información que estaba recibiendo. Aunque lo intentara, su mente, en ese momento, no estaba por la labor de ayudarle a pensar con claridad; su parte profesional estaba desapareciendo por minutos y solo quedaba ese padre, abuelo y suegro asustado por el bienestar de su familia. Bajó la mirada para contemplar el rostro de Beca, estaba pálida, llena de arañazos y con algún hematoma por el golpe. Notó que los ojos parpadeaban y se acercó un poco más a ella cogiendo la mano de la chica con cuidado de no estirar de la vía.

—¿Beca? ¿Me escuchas? —preguntó. El personal sanitario en la sala se acercó para comprobar todo al ver también el leve movimiento de la chica.

—Al... —apenas sonó como un murmullo débil. Si Alexander no supiera el nombre de su hijo, se podría haber interpretado como un gemido. Los párpados volvieron a moverse, pero Rebeca no terminó de abrir los ojos.

—Cariño, Alex está bien, lo están atendiendo. Tú también vas a estar bien, tranquila —habló Alexander con la voz lo más calmada que pudo. Su estado estaba muy lejos de esa tranquilidad que le pedía a ella, pero no podía permitirse que ella se alterara. Un sonido indicó a los médicos de que algo no iba bien y comprobaron que la tensión estaba bajando. La puerta del box se abrió y Alexander reconoció al anestesiólogo de guardia.

—El quirófano está listo —informó y tanto el ginecólogo como la enfermera que se

encontraban en el lugar asintieron. Recogieron todo a lo que Rebeca estaba conectada y salieron del lugar. Alexander extendió el brazo para agarrar al médico que se detuvo y le miró con atención.

—Sálvalos —suplicó con desesperación.

—Haré todo lo que pueda.

Alexander se quedó en el box, esperó a que la camilla de Rebeca estuviera fuera y salió para comprobar cómo desaparecían por el pasillo. Segundos después, se precipitó de nuevo al box donde se encontraba su hijo. Elena llegaba corriendo con cara de horror y se acercó a su marido, este le besó la coronilla con delicadeza en señal de apoyo. Se separaron al ver a Christopher, el médico que atendía a Alex, salir del lugar rápidamente. Los párpados de su hijo estaban cerrados, pero se movían continuamente, seguramente evitando el exceso de luz que había en el hospital

—¿Qué pasa? —preguntó Alexander acercándose de nuevo.

—Nos vamos al quirófano, tiene fracturada la tibia por dos lugares —informó. Elena se acercó a la camilla de su hijo sin soltar la mano de su marido y con la otra acarició los nudillos de su hijo.

—Mi niño, todo saldrá bien —susurró al oído.

—Mam... Beca... ella... —murmuró palabras sueltas. El médico asintió y Alexander cogió a su mujer para dejar que la camilla se moviera a toda prisa hacía su destino. Ambos se quedaron allí parados, en mitad de urgencias, y sin saber del todo qué hacer.

—¿Mamá? ¿Papá? —Elena y Alexander se giraron para encontrarse con Gabriel con el ceño fruncido. Tanto ella como él tenían guardia en sus respectivas áreas de planta y a Gabriel le tocaba prácticas en pediatría, había bajado después de recibir un llamado urgente, pero donde lo no le informaron sobre qué sucedía, solo que debía bajar—. ¿Qué pasa? —la preocupación en el rostro de sus padres hizo que se tensara al momento.

—Tu hermano y Rebeca han tenido un accidente con el coche... —dijo Alexander con un suspiro.

—¿Cómo? —inquirió alterado, acercándose más a sus padres para que le contaran, al ver que se mantenían en silencio se desesperó—. ¿Están bien? ¿Dónde están? ¿Han llegado ya? ¿Están heridos? ¿Cómo están Rebeca y el bebé? —soltó todas las preguntas sin dar espacio a que sus padres le contaran.

—Alex recibió un golpe en la cabeza y tenía fracturada la tibia por dos lugares, está en quirófano. —Alexander dejó salir el aire que contenía, preocupado por Beca y el bebé, por el futuro de ambos—. Rebeca también está en quirófano, con el accidente se dio un golpe en el abdomen y tuvo un sangrado... le van a practicar una cesárea de emergencia —explicó en esta ocasión a ambos porque Elena no estaba al corriente del estado de la joven.

—¿Habéis llamado a alguien? —preguntó Gabriel, sacando el teléfono del bolsillo al ver cómo sus padres negaban mientras se abrazaban —Llamo a Nora.

—Yo me encargo de Albert y Carmen —respondió Alexander

—Yo a Oliver y Aira —avisó Elena.

Los tres se alejaron un poco para que las voces de los otros no interfirieran en la llamada y comenzaron a caminar hasta la sala de espera de quirófanos. Gabriel esperaba que Nora contestara la llamaba, pero al ver la hora se lamentó porque la despertaría y eso la podría más nerviosa.

—¿Gabriel?

—Amor, siento despertarte —comentó con un suspiro. Nora se incorporó en la cama en el mismo momento que escuchó el tono de su voz.

—¿Qué pasa?

—Rebeca y Alex han tenido un accidente... han llegado hace unos treinta minutos a urgencias, ambos están en quirófano —explicó tratando de dar algunas pausas, darle tiempo a Nora asimilarlo.

—¿Qué? —Gabriel escuchó ruido al otro lado del teléfono y a Nora maldecir en un par de ocasiones—. ¿Cómo están? ¿Y el bebé? —preguntó desesperada—. Me estoy vistiendo, despierto a Noah y vamos para allí.

—Nora, escucha, tranquilízate, no puedes conducir así, por qué no te quedas...

—Ni se te ocurra insinuar que me quede en casa, porque no lo voy a hacer, me acabas de decir que mi hermana, tu hermano y nuestro sobrino, han tenido un accidente, no me voy a quedar esperando noticias, despierto a Noah y voy para allá. —La voz de Nora fue contundente y Gabriel suspiró.

—Ten mucho cuidado, por favor.

Nora cortó la llamada después de esas palabras. Gabriel se giró para mirar a sus padres,

Alexander se movía inquieto mientras hablaba, no sabía si con Carmen o Albert. Elena cortó la llamada y miró a su hijo.

—¿Sabes? —pensó Elena dejando que su primogénito le pasara su brazo por los hombros—. Tú hermana me llamó hace un rato, decía que tenía un mal presentimiento y quería asegurarse de que todos estábamos bien, le dije que aquí no había pasado nada, ella insistió en que los únicos que no habían contestado la llamada eran Rebeca y Alex, traté de convencerla de que seguramente estarían dormidos... si la hubiera escuchado...

—Mamá... no, a mí también me llamó y me dijo lo mismo, seguramente cuando lo hizo todavía no había pasado nada... no te culpes por ello —contestó Gabriel, dando un delicado beso en la sien de su madre. Alexander se acercó a ellos.

—Albert se ha alterado mucho, él y Anna estaban de guardia, ella me ha dicho que lo traerá hasta aquí, no quiere que él coja el coche y después se irá para intentar averiguar qué sucedió y quién tuvo la culpa... ¿Los chicos?

—Oliver y Aira se pusieron histéricos, vienen de camino — comentó Elena.

—Nora despertará a Noah y también vendrá —contestó Gabriel mientras llegaban al pasillo previo a los quirófanos y se sentaban en las butacas que se encontraban allí.



—¡Albert! Necesito que te calmes —gritó Anna mientras terminaba de recoger sus cosas en comisaría para salir corriendo hasta el hospital.

—Han tenido un accidente, Rebeca no me dijo que hoy fuera a salir... Anna, está en quirófano, ¿y si le pasa algo a ella? No puede pasarle nada a mi niña... ¿Y al bebé o Alex? Rebeca no soportaría eso, no después de todo lo que han pasado...

—Lo sé, amor. Pero tienes que calmarte, estas muy nervioso y me pones nerviosa a mí —le dijo acercándose, acariciando sus mejillas y provocando con el gesto que él se centrara en ella—. Voy a hacer una llamada y así me quedó contigo en el hospital...

—No, nos vamos ya. —El teléfono de Albert sonó en ese momento y suspiró al ver que se trataba de Nora.

—Contesta a tu hija, yo hago esa llamada y nos vamos, siéntate y respira —Albert contestó la llamada pero no fue capaz de sentarse en ningún sitio.

—Nora,

—Papá, me acaba de llamar Gabriel. Alex y Beca tuvieron un accidente, ¿estás en el coche? —preguntó ella. Desde el móvil Albert pudo ver que estaba igual de alterada de él.

—No, Anna está en una llamada tratando de averiguar qué ha pasado y ahora salimos... ¿Estás bien? —informó y se interesó por su hija mayor, ella también estaba embarazada y no era bueno que estuviera tan nerviosa.

—Pasa a buscarnos, por favor. Creo que ahora mismo soy incapaz de conducir, iba a pedir un taxi, pero si podéis venir vosotros, estoy muy nerviosa y se lo estoy transmitiendo al bebé y también a Noah... —comentó apenada.

—Ahora le digo a Anna que pasemos por tu casa, tranquila, espera allí.

Cuando cortó la llamada caminó a paso ligero hasta llegar a su mujer que se apartaba el teléfono en ese momento de la oreja.

—Tenemos que ir a buscar a Nora, está muy nerviosa y en su estado no puede conducir ella... vamos ya —le pidió. Anna cogió su chaqueta y se acercó para darle un beso a su marido.

—Todo va a estar bien... tenemos que ser positivos —le dijo con delicadeza.

—Amor, se positiva tú, yo ahora solo necesito ver a mis hijos y que me digan que ella, el bebé y Alex van a estar bien.

□□□

—¡Papá, mamá! —se escuchó la voz de Aira que se acercaba corriendo junto con Oliver. Elena y Alexander se incorporaron de inmediato al verles llegar. Gabriel había tenido que irse cinco minutos atrás porque necesitaban su ayuda en urgencias, pero que tratarían de buscar a alguien más para sustituirle.

—¿Sabéis algo? —preguntó Oliver, mirando con desesperación a sus suegros.

—No, apenas entraron hace quince minutos a quirófano —dijo Alexander con un suspiro y después de que su hija soltara a su madre la abrazó con fuerza —Alex está en el quirófano cuatro y Rebeca en el quirófano dos... —les informó sentándose de nuevo y dejando salir la frustración de no poder estar en ninguno de los dos lugares.

—Pero... van a estar bien ¿verdad? —La duda en las palabras de Aira fueron palpables en todos, nadie estaba seguro de que pasaría.

—Ojalá sí.

—¿Gabriel? —preguntó Oliver al ver que su cuñado no se encontraba en el lugar.

—Llegó un niño y es el único pediatra en urgencias, fue a atenderlo y luego subirá —contestó Alexander.

El silencio reinó en el pasillo, apenas se escuchaban los sollozos de Aira mientras Oliver trataba de calmarla, aunque él no se sentía mucho mejor. Esa pequeña calma de angustia fue interrumpida por los pasos ligeros de Nora y Albert que se acercaban corriendo junto a Noah y Anna.

—¿Sabéis algo? —preguntó Albert ansioso, pero obtuvo una negativa por parte de los presentes.

—¿Vosotros?—quiso saber Elena.

—El accidente fue en la carretera camino a la playa, el conductor del otro coche iba ebrio y con las luces largas puestas, al parecer invadió el carril contrario sin dar espacio a maniobrar a Alex que era quien llevaba el coche —explicó Anna.

—¿Cómo está él? —preguntó Elena, aunque estuviera molesta, no podía dejar de sentir lástima por los demás.

—Falleció en el acto.

Gabriel llegó algún tiempo después acompañado por sus tíos, con el uniforme puesto como sus padres, y los tres miraron con un suspiro cuando el resto negó a si habían dicho alguna cosa. El castaño se sentó junto a su mujer y ambos se apoyaron el uno al otro. Noah estaba junto a ellos, sentado en el suelo porque así estaba más cómodo, pero no había querido moverse del lugar, esperando noticias de sus tíos y su primo.

—Papá... ¿los tíos y el bebé pueden morir como les pasó a Ava y David? —preguntó y todos lo miraron con temor solo de pensar en esa posibilidad. Gabriel miró a sus padres con pánico sin saber qué contestar a su hijo.

—No sabemos qué va a pasar, mi vida —comentó Elena acercándose a su nieto y sentándose junto a él en el suelo—. Los médicos van a hacer todo lo posible para que eso no suceda y luego, entre todos, les cuidaremos hasta que se recuperen.

—Lo que no entiendo... es por qué iban en el coche, Alex dijo que no saldría de casa —comentó Alexander con un suspiro.

—Tal vez fue a buscar a mi hermana para estar juntos en vuestra casa...

—No, habían quedado para ir a la playa, llamé esta tarde a Beca para que pasara la noche con

nosotros —señalo a Noah y a ella—, pero me dijo que había quedado Alex para estar un rato juntos. Querían ir a la playa —recordó.

—¿Las chicas lo saben? —preguntó Oliver mirando a Carmen y John que asintieron.

—Sí, pero al vivir fuera del pueblo tardan más en llegar— contestó John.

—No puedo creer que algo así esté pasando... —Albert se puso en pie y dio unos pasos por la sala, de nuevo volvió a sentarse y se dejó consolar por Carmen.

—¿Estaban conscientes? —recordó preguntar Oliver, no sabía si alguien lo había mencionado pero, tras un accidente, en la televisión solían decir que era importante si la persona respondía.

—Alex estaba consciente, pero lo habían sedado porque estaba muy nervioso y no paraba de preguntar por Rebeca —dijo sin energía en la voz—. Ella estuvo inconsciente en todo momento, pero cuando se marchaba a quirófano la vi parpadear un poco y le dije que estuviera tranquila —explicó respirando profundamente.

Gabriel logró quedarse con ellos cuando otro pediatra llegó. Se quedó sentando junto a Nora, cogidos de la mano e intercambiando miradas en busca de apoyo, ambos se sentían igual de pedidos en ese momento. Gabriel, al estar estudiando medicina, era conocedor de los muchos problemas que podía presentar su sobrino o sobrina al nacer tan pequeño y las consecuencias que podría desarrollar Beca por el sangrado. Aira y Oliver continuaron sentados en el mismo lugar desde su llegada, ella apoyando la cabeza en el hombro de su marido, con los ojos cerrados y los dedos entrelazados, deseando que su mellizo estuviera bien. John y Carmen estaban junto a Albert, quien se inquietaba dando vueltas desesperadamente y volviendo a sentarse. Treinta minutos más tarde, Iris y Lucy se unieron a la familia junto a sus parejas. Ahora los cuatro estaban sentados en el suelo, apoyándose mutuamente. John le ofreció su asiento a su hija debido a su barriga, pero ella insistió en que todo estaba bien y que no había problema.

Elena no soltó las manos de Alexander en ningún momento, acariciándolas y apretándolas ocasionalmente, lo cual lo ayudaba a sentirse más tranquilo. Alexander se esforzaba por ordenar sus pensamientos, manteniendo la calma como médico y sin dejarse llevar por el pánico que lo carcomía. Las puertas se abrieron y de ellas salió uno de los médicos. Todos esperaban ansiosos saber quién era, aunque Alexander, Elena, Carmen y Gabriel lo conocían perfectamente.

—¿Cómo está Rebeca? ¿Y el bebé? —preguntó Elena, adelantándose a que el dijera nada y Albert se acercó al escuchar que era el doctor que se estaba encargando de su pequeña y su nieto.

—Todo está estable dentro de su gravedad... —informó el médico con voz pausada—. Hemos trasladado a Rebeca a la unidad intermedia de maternidad para mantenerla vigilada. Hubo un sangrado en su útero bastante importante, pero pudimos repararlo. Lo único que desconocemos es cómo esto afectará su posibilidad de ser madre en el futuro; quizás tenga algunos problemas si desea volver a concebir.

—¿Y el bebé? —preguntó Elena preocupada.

—Es una niña —respondió el médico con una media sonrisa y todos asintieron—. También luchando. Nació prematura, pero lo está intentando. Sus pulmones no se habían terminado de desarrollar completamente, y le estamos administrando medicamentos para ayudarla en este proceso. Mañana será vista por distintos especialistas para evaluar que no tenga complicaciones propias de un prematuro, pero por lo demás podemos estar tranquilos. Ahora está en la UCI neonatal.

El alivio por la noticia de que tanto Rebeca como el bebé estaban bien fue general, llevaban demasiado tiempo esperando alguna noticia positiva y esta sin duda lo era. Alexander abrazó a su mujer un poco más tranquilo, ahora solo necesitaba saber que el golpe de su hijo en la cabeza no era importante y que tras la operación y rehabilitación Alex podría volver a caminar como siempre. Carmen se acercó a Albert dejando un beso en la mejilla de su amigo que hacía varias respiraciones profundas para calmarse. Anna lo abrazó con fuerza.

—Te dije que debías ser positivo —le susurró al oído. Antes de que el doctor se marchase se acercó a él.

—¿Puedo pasar a verla?

—Sí, solo unos minutos, acompáñame.

Albert siguió sus pasos en silencio y jugando con sus manos por el nerviosismo. Nunca le habían gustado los hospitales y mucho menos cuando alguno de sus hijos se encontraba en él. Los pasillos del lugar eran silencios y olían a desinfectante, el pueblo era tan pequeño que muchas de las enfermeras le conocían por ser el jefe de policía, por lo que le saludaban al pasar. El médico se detuvo cuando llegaron frente a una de las puertas y con una sonrisa le animó para que entrara.

Al abrir se quedó por unos segundos paralizado. Encontrarse de nuevo con Rebeca en una cama de hospital era difícil para él. Las marcas oscuras bajo sus ojos y la palidez de su rostro provocaron que su piel se erizara. Estaba conectada a un monitor que mostraba constantemente sus signos vitales, tenía dos intravenosas en cada brazo para suministrarle medicamentos y una bolsa con contenido rojo en la otra. Se acercó a ella, cogió su mano y captó de inmediato su atención. Los párpados de Rebeca se movieron y, finalmente, los abrió observando a su padre.

—Papá... —susurró ella apenas sin voz. Albert apretó la mano con dulzura y le sonrió aliviado porque no estuviera completamente inconsciente.

—Hola, pequeña —besó el tope de su cabeza mientras acariciaba sus cabellos.

—Mi... mi bebé...

—Ella está bien

Rebeca mostró una sonrisa cansada tras escuchar las palabras de su padre, ella estaba bien, era niña, Alex había ganado la pequeña apuesta que hicieron sobre el sexo del bebé. Tuvo la

necesidad de ponerse en pie para ir a verla, para comprobar cómo era su pelo o sus ojos, si la nariz se parecía más a la de ella o a la de Alex, pero apenas sentía fuerzas para abrir los ojos, por lo que no hizo el intento ni de ponerse en pie. Sus ojos le pesaban demasiado y sabía que pronto perdería la batalla contra los medicamentos que le estaban administrando y que la hacían sentirse muy agotada.

—Alex... —Rebeca no alcanzó a escuchar la contestación de su padre, sus ojos se cerraron, aunque esta vez, una leve sonrisa asomó en su rostro.

∞∞∞∞

El resto de la familia continuaba esperando noticias de Alex en la sala. Alexander y Gabriel sobretodo eran conscientes de que las cirugías de trauma eran largas y complejas, pero la ansiedad empezaba a hacer huella en ellos.

—Alexander... —escucharon que lo llamaban a sus espaldas y de inmediato se voltearon para ver a su compañero de trabajo apareciendo por el pasillo.

Todos se acercaron a él de inmediato y esperaron a que comenzara hablar.

—Todo ha ido bien, hemos conseguido alinear nuevamente las dos roturas. Alex necesitará rehabilitación para poder volver a caminar con normalidad, pero no le quedará ninguna secuela. Respecto al golpe de la cabeza, la resonancia ha salido correcta por lo que no hay problema en ello.

—¿Podemos entrar? —preguntó Elena con desesperación y su compañero asintió.

—Solo pueden unos minutos, Alex necesita descansar —pidió y ellos asintieron. Como ambos conocían el hospital este le informó dónde se encontraba Alex y la pareja fue rápidamente hasta el lugar.

Al entrar en la habitación donde se encontraba, los dos sentían su corazón palpar con fuerza, trabajaban en un hospital, estaban acostumbrados a ver pacientes de todo tipo, pero un hijo siempre era diferente y no deseaban acostumbrarse a esa angustia en el pecho por no saber el estado en el que se encontraba.

—Mi niño... —murmuró Elena cuando llegó junto a la cama y vio los párpados de su hijo moverse. Continuaba con un collarín puesto como lo habían visto antes de entrar a quirófano, la herida de la frente estaba suturada, se dejaba ver algún hematoma por el hueco de la bata y varios arañazos.

—Beca... —respondió él de manera casi inapreciable.

—Está bien, mi niño, Rebeca está bien —aseguró Elena con dulzura, pasando la mano por su rostro y por su cabeza que tenía una venda por el golpe que se había llevado en esta.

—¿Y... mi bebé? —intentó de nuevo.

—Ella también está bien —dijo Alexander colocándose junto a su mujer.

—Ella... —sus ojos volvieron a cerrarse antes de terminar la frase. Sus padres entendieron que por la tranquilidad de que tanto Beca como la niña estaban bien. Además, eran conscientes de que en el cuerpo de su hijo todavía tenía que eliminar la anestesia y la gran cantidad de medicamentos que le habrían administrado para los dolores lo dejarían fuera de combate un tiempo. Salieron de la habitación y, al llegar a la sala de espera donde todavía se encontraba toda la familia y donde Albert ya había regresado, todos les interrogaron por el estado de Alex y ellos respiraron aliviados, también Albert. Decidieron que antes de marcharse a casa y poder descansar después de las horas que llevaban allí, iban a pasar a ver a la bebé, la nueva integrante de la

familia. En la UCI neonatal no podían entrar, pero sí les permitieron ver por un cristal la incubadora donde se encontraba ella.

—Qué pequeña... —murmuró Aira observando el cristal. El alivio de ver a la niña, comprobar por ellos mismo que estaba bien y la tranquilidad de saber que sus padres, aunque algo débiles y magullados, también lo estaban.

—¿Es mi prima? —preguntó Noah, colocando las manos en el vidrio y con los ojos muy abiertos. Mientras esperaban, se había quedado dormido de forma intermitente sin llegar a conciliarlo por completo, pero ahora estaba muy despierto y miraban con mucha atención al bebé.

—Sí, esa bebé es tu prima, ahora eres el mayor, tendrás que cuidarla, como cuando nazca tu hermanito o hermanita...

—Y el bebé de Lucy... —lo dijo sin apartar sus ojos de la pequeña—. Es muy pequeña. ¿Y si se me cae cuando la coja en brazos? —preguntó mirando a su padre.

—Las primeras veces te ayudaremos para que no tengas miedo —prometió Gabriel abrazando a su hijo y a Nora al mismo tiempo

—Así cuando nazca este bebé, ya estarás más seguro.

Nadie más dijo nada, se quedaron en silencio observando los delicados movimientos.

Elena caminó por los pasillos de la unidad de cuidados, saludó a algunos compañeros que se encontraban allí y se asomó por el cristal de la habitación para comprobar si su hijo estaba despierto. Cuando vio que así era, se acercó a la puerta. Llevaba dos días haciendo lo mismo: desde que los horarios de visita se abrían, ella era la primera en entrar y trataba de turnarse el tiempo para que Alexander y los chicos también pudieran hacerlo. Por su parte, Albert y los mellizos también visitaban a Rebeca.

—Buenos días —saludó Elena entrando y acercándose a la cama.

Alex miró de reojo a su madre. Todavía tenía el cuello inmovilizado por el latigazo que recibió en el accidente, su pierna estaba elevada y escayolada, llevaba aún la venda en la cabeza por el golpe y le suministraban oxígeno nasal y una vía en el brazo derecho.

—Hola... —suspiró con resignación. Elena ya esperaba esa bienvenida de su hijo. Desde que había despertado y los efectos de la anestesia habían desaparecido, solo preguntaba por Rebeca y la niña; cualquier otra información era casi decepcionante para él—. ¿Cómo está Beca? ¿Y la bebé? —preguntó Alex, apretando los dientes.

—Como ayer —aseguró Elena, apoyándose en la cama y acariciando el rostro de su hijo—. ¿Cómo te sientes? —Conocía la respuesta de su hijo de antemano, y sabía que no era la verdad.

—Bien —de nuevo apretó los dientes con fuerza haciendo una mueca. Ella lo evaluó con atención, después de todo lo que había pasado en el último año, había aprendido a analizar a su hijo y esperaba que él no encontrara manera de engañarla.

—No te creo —dijo con voz firme—. ¿Tienes dolor? —insistió de nuevo con el ceño fruncido. Alex volvió los ojos hacia su madre, no podía moverse, pero ella prácticamente estaba sobre la cama.

—Sí, me duele... no... no he podido dormir —confirmó y Elena dejó salir el aire exasperada.

—¿Por qué, Alex? No tienes que aguantar el dolor, tienes que avisar a las enfermeras... —le recordó levantándose y acercándose a la puerta, pero Alex estiró el brazo para cogerla y ella se giró.

—No quiero calmantes... no quiero nada que me relaje, quiero salir de aquí y poder ver a Rebeca y a mi hija, no quiero nada más, así que no, no quiero avisar a la enfermera.

—Aliviarte el dolor es parte del tratamiento, Alex, no estás en una casa de torturas... te estás recuperando de un accidente de coche que podría haberte matado, si necesitas aliviar el dolor, puedes pedirles que te den algo —trató de convencerle. Alex podía ser muy testarudo cuando se lo proponía.

—Pero yo no quiero que me den nada... no lo necesito —repitió y apartó la mirada. Elena soltó aire y después de dejar un beso en la coronilla de su hijo, le dijo que saldría para dejar que su padre entrara a verlo. En el camino, se acercó al mostrador de enfermeras y explicó lo que pasaba, ellas le aseguraron que se acercarían para darle algo que le aliviara. Elena mostró una sonrisa y salió del lugar con gesto amable.

—¿Cómo está su humor? —preguntó Alexander caminando hacia la unidad donde se encontraba su hijo.

—El mismo que anoche y el de ayer —informó y el padre asintió e ingresó en el lugar.



Casi en el lado opuesto del hospital, en el área de maternidad, Albert había entrado por la puerta en cuanto el horario de visita se abrió y se dirigió al lugar donde su hija llevaba ingresada desde hacía cerca de tres días. Tanto en el accidente como durante la cesárea, Rebeca había perdido mucha sangre, cuando despertó de la anestesia se quejaba de un fuerte dolor en el brazo y comprobaron que tenía un esguince en la muñeca, aparte del golpe que recibió en la cabeza. Le habían hecho pruebas y todo parecía correcto, por esos motivos decidieron dejarla en cuidados en esa área. Como el bebé se encontraba en cuidados intensivos neonatales, no había podido ir a verla, ya que por el momento le habían prohibido levantarse.

—Hola, princesa —saludó Albert en cuanto entró por la puerta.

—Papá... ¿Has hablado con el médico? ¿Cómo está mi niña?

¿Y Alex? —preguntó con desesperación acomodándose en la cama.

—La bebé sigue igual, por el momento no hay cambios y, en parte, eso es algo bueno —aseguró Albert sentándose en un hueco de la cama y cogiendo de la mano a su hija—. Alex también sigue igual, Alexander, Elena y los chicos dijeron que está de un humor de perros... —ni Rebeca ni Alex habían querido decir el nombre que decidieron para la pequeña, era algo que solo dirían a la familia cuando ambos estuvieran juntos, sin verse ni hablar los dos decidieron lo mismo.

—¿Mis hermanos? —preguntó ella. Ellos solían ir a la visita de la tarde, ya que por la mañana estaban en el trabajo y no podían saltárselo.

—Nora está trabajando y Oliver se pasó a ver cómo estaba la niña y después vendrá a verte —dijo con tranquilidad Albert—. Carmen le acompañó —aseguró para calmarla. Rebeca suspiró resignada y cruzó los brazos bruscamente, lo que hizo que la vía se diera un tirón y, al dejar caer los brazos sobre el vientre, le doliera.

—Hola, buenos días —saludó el doctor entrando en la habitación y Rebeca se incorporó impaciente.

—Hola, doctor —saludó Albert extendiendo la mano.

—¿Cómo te sientes, Rebeca? —preguntó observando el informe de la noche anterior y después alzó la vista hacia la chica.

—Bien, muy bien, casi me podría dar el alta, porque me encuentro perfecta —contestó ella. El médico enarcó la ceja con sorpresa al escuchar esas palabras.

—No, no creo que por el momento podamos darte el alta... —dijo algo apenado—, pero tal vez sí podamos llevarte a planta —continuó y los ojos de Rebeca se abrieron de emoción.

—¿Allí podré ver a mi novio y a mi hija? —preguntó con ilusión.

—Por lo que sé, tu hija continúa en cuidados intensivos, allí tienen horarios, así que tendrás que adaptarte a ellos, desde fuera puedes verla todo lo que quieras, pero desde luego no te aconsejo que estés tanto tiempo en pie, ni siquiera en la silla de ruedas y respecto a tu novio, por lo que me explicó Alexander ayer sigue en la UCI... deberás seguir también los horarios del lugar —dijo y Rebeca suspiró resignada—. En la tarde, después de la comida vendrá un celador para llevarte a planta, allí te seguirá visitando el neurólogo por el golpe y seguramente tu ginecólogo para ver cómo continúan los puntos.



—Alex... no puedes seguir con ese humor —dijo Alexander.

—Papá, puedo estar como quiera... no eres tú quien está en esta cama sin ver a tu mujer y tu hija... no eres tú quien la última vez que las viste estaba lleno de humo y sangre con un coche volcado —dijo el molesto.

—Buenos días —se abrió la puerta y entró el médico que estaba atendiendo a Alex mientras se encontraba en cuidados y junto a él pasó una enfermera que se acercó para mirar los sueros.

—Hola, Christopher —saludó Alexander con amabilidad.

El doctor preguntó a Alex cómo se sentía, el cual dijo que todo estaba bien, aunque este, mirando los informes, vio que eso no era del todo así.

—Alex, mintiendo no hacemos nada —trató de recordarle el médico como había hecho Elena.

—No miento, estoy bien, el dolor lo puedo soportar —aseguró.

—Pero ahora no necesito que lo soportes —le recordó—. Está tarde te llevaremos a hacerte pruebas de nuevo, comprobaremos cómo está la pierna y haremos un nuevo escáner para comprobar que todo está bien en la cabeza... —les dijo tanto al padre como al hijo—. Aparte de los dolores en la pierna, ¿también continúan los de la cabeza como me dijiste ayer? —preguntó con paciencia.

—Sí... no desaparecen, son constantes, como el de la pierna...—le respondió. El doctor le hizo un gesto a la enfermera y Alex miró de reojo lo que esta hacía—. No quiero que me inyecten nada... —dijo con urgencia en la voz.

—Eso te ayudará a sentirte mejor —aseguró el médico.

—Pero yo no quiero dormirme, quiero salir de aquí —rebatió.

—El calmante que te han puesto no es para que te duermas... solo es para que no tengas dolor —intervino Alexander con un suspiro. Después de un rato más discutiendo el horario de visita terminó y Alexander salió del lugar. Entendía perfectamente cómo se sentía su hijo y también que estuviera de tan mal humor, pero necesitaba reponerse, sanar para poder ver lo demás.



El celador trasladaba a Rebeca en la silla de ruedas por el pasillo hasta la planta de maternidad. No había nadie con ella todavía, ya en cuidados no habían empezado las visitas pero al estar en planta podrían venir a verla cuando quisieran y eso la tranquilizaba porque necesitaba algo de compañía o se volvería loca.

—¿Me hace un favor? —preguntó Rebeca girando el cuello para ver al hombre que llevaba la silla, este le devolvió la mirada con el ceño fruncido, pero asintió—. ¿Me lleva al área de cuidados neonatales? Por favor —pidió casi como un ruego. El celador lo pensó durante unos segundos, pero finalmente giró a la izquierda y el corazón de Rebeca dio un brinco, por fin, vería a su hija.

Al llegar frente al gran cristal de la sala, Rebeca se incorporó para poder ver bien aunque hizo una mueca al sentir los puntos. La enfermera que se encontraba tras el cristal mostró una sonrisa al ver a Rebeca, no la conocía, pero sí sabía quién era su pequeña. Quitó el bloque de la incubadora donde estaba y la acercó al cristal para que la rubia pudiera ver a su bebé. Las lágrimas comenzaron a caer por el rostro de Rebeca sin pausa. Emoción, eso fue lo que sintió cuando vio el pequeño cuerpo de su gran milagro.

Después de que el celador se marchara, Rebeca encendió el televisor, no tenía el teléfono con ella porque lo había perdido durante el accidente, así que no podía entretenerse con ello.

Era treinta y uno de diciembre, hoy terminaba el año y ella no había podido ver a Alex desde hacía una semana, aunque por fin había conocido a la pequeña. Frustrada por que las cosas no salieran como estaban planeadas, dejó salir todo el aire hasta tener que volver a coger una gran bocanada. Ahora tendrían que estar ella y Alex en California, decidieron pasar el fin de año allí con sus amigos, después de celebrar sus primeras Navidades como pareja solida en muchos años, con sus familias. No habían podido hacer ni una cosa ni la otra. Nochebuena la pasaron cada uno en una unidad diferente del hospital, sin sus familias y sin estar ellos juntos.

Se escucharon unos golpes en la puerta que sacaron a Rebeca de sus pensamientos.

—Pasa —indicó, esperando a ver de quién se trataba.

La puerta se abrió lentamente y lo primero que asomó por la puerta fueron unos globos de varios colores donde habían escrito, “Eres la madre más bonita”. Rebeca sonrió, pero lo hizo mucho más al ver quiénes eran los portadores de esos globos.

—Si tú no puedes venir, no te preocupes, nosotros venimos a ti —fue el saludo de su amiga segundos antes de soltar los globos y lanzarse sobre la cama para abrazar a Rebeca.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Beca intentando incorporarse un poco, pero los puntos le tiraron y suspiró molesta.

—Ya te ayudo yo, mami —dijo entre risas Chris acercándose a la cama para levantarla y que Rebeca no tuviera que moverse.

—Habíamos quedado para Fin de año —comentó Aarón.

—Sí... pero...

—Tranquila, llamé a tu hermana hace unos días, estábamos preocupados porque ni tu ni Alex contestabais a los mensajes, ni a los de grupo, ni a los privados... ella me dijo lo del accidente, que el bebé había nacido... por cierto, tenía yo razón era una niña, y también nos dijo que Alex y tú estabais ingresados y que el móvil se había perdido —explicó Sylvia sentándose en el colchón junto a Beca.

—Cogimos un avión y nos vinimos a tu pueblo, a lo que he de decir, que es muy pequeño y no tienes nada para entretenerte, llevamos tres días en casa de tu padre con él y Anna, que es majísima, decidimos esperar a que te subieran a planta para poder venir a verte —Chris terminó de explicar lo que había pasado mientras Rebeca les miraba sorprendida.

—Ni mis hermanos, ni mi padre o Anna me dijeron nada estos días —dijo ella confusa.

—Les pedimos que no lo hicieran, era una sorpresa, aunque sí que hemos conocido a tu niña, es preciosa y se parece mucho a ti.

—¿Cuándo la habéis visto?—preguntó Rebeca después de escuchar lo que Aarón decía.

—Ahora, antes de subir a verte a ti, hemos pasado por maternidad, estaba dormida, estoy deseando ver de qué color tiene los ojos...

—Qué tontería, pues si su padre los tiene azules y su madre igual, haz cálculos...

—No tiene por qué, mis padres tienen ojos verdes y yo lo tengo marrones... —protestó Aarón a Sylvia.

—Vale, ahora que estáis aquí, necesito que me hagáis un favor, un favor de amigos, de esos

que me deja en deuda con vosotras para toda la vida... —comentó Rebeca mirando a los tres que imitaron el gesto con una sonrisa de complicidad. Y Beca empezó a explicarles lo que necesitaba.

∞∞∞∞

—A ver, las cosas se hacen bien o no se hacen, por favor, son las once y media de la noche, guardad silencio —se quejó Sylvia mientras iba unos pasos por delante de sus amigos mirando por todos los pasillos. Aarón empujaba la silla de ruedas donde iba Rebeca y Chris miraba las espaldas por si aparecía alguien.

—Eres tú la única que esta gritando —protestó Chris en un susurro.

Sylvia hizo alguna burla pero continuó asegurándose de que todo estaba despejado. Cuando llegaron al lugar, miraron las mesas donde estaban las enfermeras, pero todas estaban con los móviles esperando que cambiara el año. Hizo unos gestos para que se dieran prisa. Por la tarde habían estado investigando a qué habitación debían ir, por lo que fue fácil de localizar. Sylvia abrió la puerta sin llamar y, sin decir nada, los cuatro se colaron en ella. Una vez dentro cerraron de nuevo y miraron a la cama.

A Alex le costó un poco reconocer de quién se trataba por la oscuridad, pero rápidamente reconoció el cabello rubio de su novia e intentó levantarse.

—No amigo, tú no te mueves, que encima la bronca que nos caiga será peor, ya la acercamos nosotros —comentó Aarón empujando la silla para que Rebeca que prácticamente intentaba ponerse en pie también se mantuviera en su sitio.

—Alex.

—Beca.

Los dos hablaron al mismo tiempo y cuando la silla estuvo cerca, ambos se agarraron de la mano casi con desesperación.

—¿Cómo estás? —preguntó Alex revisando a su novia todo lo que la habitación oscura y la posición de Rebeca le permitían.

—Estoy bien, hoy me subieron a planta y he podido ver a nuestra niña, no le he dicho a nadie el nombre porque quiero que lo hagamos juntos. ¿Y tú, cómo estás? —Beca estaba demasiado impaciente por saber cómo estaba Alex por sus propias palabras y no por las de la familia.

—Estoy bien, la pierna un poco estropeada, pero dicen que podré recuperar la movilidad, aunque tardaré un tiempo, el golpe en la cabeza está bien y no hay ninguna lesión, pero me duele bastante todavía —confesó Alex.

Sylvia, Aarón y Chris estaban en silencio, asegurándose de que nadie entrara y así les dejaban este momento para ellos dos solos.

—¿Se lo has dicho al médico? —preguntó Beca acariciando la mejilla del padre de su hija.

—No, pero mi madre y mi padre se encargan de decirles cada vez que entran a verme... no quiero calmantes, quiero salir de aquí y poder ver a nuestra niña —se quejó con un suspiro y lo mismo hizo ella—. ¿Cómo es?

—Es muy pequeñita, cuando he ido a verla estaba dormida y no pude verle los ojos, aunque Sylvia piensa que los tendrá azules como nosotros —comentó girando para ver a su amiga que estaba apoyada en la puerta y le sonrió—. Su cabello es rubio como el mío, tiene la piel blanquita, pero sobretodo, es muy pequeñita. La enfermera me dijo que es normal porque nació antes de tiempo, continúan pasándole medicamento para que los pulmones terminen de desarrollarse, me han dicho que le cuesta comer, así que mañana me comentaron de intentar que

le diera yo, a ver cómo lo acepta.

En ese momento se escucharon unos gritos en el pasillo y a la gente celebrando la nueva entrada de año.

—Feliz entrada de año, amor —susurro Rebeca haciendo un esfuerzo en ponerse en pie para poder besar a Alex. Este le correspondió con delicadeza.

—Feliz año, preciosa —aseguró él.

∞∞∞∞

—Alex, esto no es buena idea —comentó Elena con un suspiro mientras llevaba la silla de rueda con su hijo y su pierna estirada en un estribo por los pasillos.

—Mamá, son solo cinco minutos, el médico dijo que solo podía si estaban o tú o papá por si necesitaba algo y tú eres la que está de guardia, así que me tienes que llevar y date prisa, que no llego y quiero estar allí con ella —se medio quejó Alex metiendo prisa a su madre.

—Eso otra cosa que no entiendo, ¿me puedes explicar cómo sabes tú que Rebeca iba a intentar darle a la niña por primera vez el pecho?

—Intuición —comentó riendo y Elena no pudo evitar hacer lo mismo. Llegaron a maternidad justo cuando Rebeca estaba en una butaca esperando a que la enfermera le pasara a la pequeña, era la primera vez que iba a coger a la niña en brazos y no pudo evitar sorprenderse cuando, por el cristal del lugar, vio a Alex en silla de ruedas con Elena tras él con la bata del hospital.

Ambos padres dejaron escapar una lágrima de emoción. Rebeca cuando sintió que la chica junto a ella le pasaba en pequeño bulto que colocó en sus brazos. Bajó la mirada para observar bien de cerca a la pequeña, hoy si tenía los ojos abiertos y sonrió al ver que parecían ser de un azul muy claro, aunque ya le habían dicho que los bebés cambiaban de color de ojos los primeros meses.

Y Alex, emocionado por ver por fin a su pequeña junto a su madre, le pareció la imagen más bonita del mundo.

—¿Mi sobrina ya tiene nombre?—Alex se giró sorprendido al escuchar la voz de su hermano y lo hizo aún más cuando vio a toda la familia en un rincón de la sala donde estaba él mirando por el cristal pero sin molestar en ese momento.

—¿Qué hacéis todos aquí? —preguntó al ver a sus hermanos, su padre, Albert, Anna, sus primas y tíos y sus cuñados.

—Era un momento especial, Sylvia nos aviso de que Rebeca se había escapado para verte y papá llamó está mañana para pedir que cuando mamá fuera, le dejaran salir contigo para poder ver este momento... el médico no estaba muy contento, pero con cuatro personas de la familia trabajando aquí... teníamos algo de enchufe y nos lo permitió —comentó Aira acercándose a él para abrazarlo

—. ¿Y tiene nombre? —preguntó ella de nuevo y el resto se acercaron a Alex para ver.

Rebeca alzó la vista en ese momento y sonrió entre lágrimas al ver a todos allí y asintió a Alex.

—Sí, tiene nombre, Elaine.

—¿Y qué significa? —preguntó Oliver sin apartar los ojos de su hermana como hacían todos en ese instante.

—Significa resplandor, luz, y le pusimos así porque ella es la luz que iluminará nuestro camino, porque pase lo que pase, la tenemos a ella. —Las palabras de Alex fueron recibidas por un asentimiento general y un silencio acompañado de emoción.

—Hermano, tienes una familia preciosa, felicidades, te lo mereces —comentó Gabriel abrazándolo por la espalda para no tocar su pierna.

Epílogo

Un año y medio después

Querido diario:

Cuando comencé a escribirte hace casi once años... mi vida era un completo desastre de oscuridad y tristeza. Después de aquella noche pensé que todo para mí había terminado, que nada podría tener luz de nuevo. Que equivocada estaba... Como regalo divino llegaron los Rice al pueblo, ¡madre mía! Todavía puedo recordar ese primer día en el aparcamiento del instituto y aquel abrazo de Aira que me dejó completamente fuera de lugar, porque llevaba demasiado tiempo sin permitir que alguien lo hiciera. Sin duda su llegada salvó mi vida, Alex la salvó. Han pasado once años y todavía, algunas veces, pienso en qué hubiera sido de mí si ellos no hubieran decidido instalarse en el pueblo. Cuantas veces durante estos años habré llenado estas páginas sobre él, sobre Alex, amándolo, odiándolo, llena de rencor, rabia, culpa, pena, compasión y amor de nuevo... estoy segura de que son infinitas. Él ha sido mi salvavidas en muchísimas ocasiones, y yo... tal vez también he sido el suyo.

Hoy va a ser la última vez que te escriba, no por un motivo en especial, sino porque hoy dejo de ser Rebeca Wilson para convertirme en Rebeca Rice, y sé que suena antiguo pero me encanta como suena. Hace año y medio que nació mi pequeña, Elaine, como su nombre indica ha sido nuestra luz en el camino. Cuando llegó todo era un caos, creo que aquel accidente y los meses siguientes no lo olvidaremos nunca.

Desde entonces han pasado muchas cosas, como el nacimiento de mi pequeña sobrina Lily, Nora quiso que llevara el nombre de nuestra madre y Gabriel no tuvo ninguna objeción. Mi hermana y Gabriel dejaron la casa en la que vivían y se fueron a una pequeña casa que él había mandado construir sobre una vivienda en ruinas cerca de casa de sus padres. Allí llevaban algunos meses con Noah que con doce años estaba entrando en la adolescencia, y estaba más rebelde que nunca, y Lily que apenas ha cumplido el año hace algunas semanas. Nora trabaja en la Escuela Infantil de Luz de mar como maestra, aunque también estaba como directora y eso la tiene completamente encantada. Gabriel por su parte continúa en el hospital haciendo el Mir de su especialización, quiere ser pediatra.

Aira y Oliver se compraron la casa que Gabriel y Nora dejaron en la misma calle que papá. Mi cuñada encontró trabajo en una pequeña revista del pueblo donde escribe artículos interesantes todas las semanas. Oliver estaba terminando la especialización de Derecho y al mismo tiempo trabajaba en un despacho de abogados como becario. Aira está embarazada, como te escribí hace algunas semanas, lo que no te he dicho es que el ginecólogo les dijo que en la última ecografía que van a ser mellizos, ¡Voy a tener sobrinos nuevos!

Lucy y Robert se casaron hace algunos meses y ellos junto a su bebé han decidido llevar una vida libre y casi siempre están de viaje, no se instalan mucho tiempo en un mismo lugar, al menos por el momento, sé que ella ya tiene ganas de quedarse en Luz de mar y estoy segura de que pronto convencerá a Robert de que es lo mejor. Tom, su pequeño, hace poco más de un año que nació y ya conoce más países que yo. Iris y Lydia continúan pensando que no quieren casarse, se sienten felices como están y por fin están en la última fase para poder adoptar. John

continúa en el instituto dando clases, Carmen y Elena en el área de psiquiatría del hospital, Alexander también continúa por allí y mi padre y Anna en la comisaria como siempre.

Y creo que termino esta página con un resumen de todos estos meses mis hermanos, mis cuñados, mis suegros, mi padre, amigos... ¿Y yo...? ¿Y mi vida...?

Como he dicho hoy es mi boda, por fin, después de años de subidas, bajadas, vueltas y caminos con más de una salida, estoy aquí, a apenas unas horas de ser la señora de Alex Rice, Desde que volví de California empecé a trabajar en una academia de baile en Norfolk... después del parto tanto Alex como yo estuvimos un tiempo viviendo en casa de sus padres. Él no podía mover y yo... no me sentía muy bien anímicamente y apenas tenía fuerzas para mucho, así que Elena se pidió una excedencia y nos ayudó con la pequeña. Cuando todo comenzó a serenarse nos compramos una casa que reformamos, ya que era muy antigua y nos fuimos a vivir junto a la playa, que era nuestro sitio. Desde entonces estamos aquí. Yo ya sabes que dejé la academia y monté la mía propia en Luz de mar donde hemos tenido que ampliar la plantilla porque estamos con cinco cursos de diferentes niveles.

Ahora sí que me despido. Gracias por ser durante todos estos años mi confidente, te he contado cosas que nadie sabe y que guardaras en tus páginas para siempre. Empecé a escribirte por obligación de Carmen y te convertiste en parte mí.

Rebeca Wilson

—¿Rebeca? —preguntó Nora, acercándose a su hermana que estaba sentada en el escritorio del lugar y cerraba su diario—. ¿Qué haces? —quiso saber con media sonrisa.

—Escribía... ¿Recuerdas el diario que me obligó a escribir Carmen cuando... cuando pasó aquello?

—¿Todavía lo escribes? —No pudo evitar la sorpresa tras escuchar las palabras de su hermana.

—Sí... no dejé de hacerlo, me ayudaba a aclarar la mente —aseguró la rubia con una sonrisa.

Rebeca había querido vestirse en casa de su padre, en su casa de la infancia, con la compañía de todas las mujeres de su vida y su padre. La única que faltaba era Elena, que había decidido quedarse con su hijo y todos los hombres, excepto Albert, en la casa de los futuros novios. Rebeca se levantó del escritorio cuando Aira entraba por la puerta discutiendo con Iris sobre algún tema que Beca no prestó atención y Lucy venía junto a Carmen y Anna.

—¡Dios! Mi hermano se va a volver loco cuando te vea —dijo Aira cuando entró en la habitación y vio a Rebeca con el vestido puesto.

El vestido era largo de corte princesa, la parte de arriba era de encaje y contaba con un escote bien pronunciado. Se había hecho con ayuda de Carmen un recogido bajo y luego se había puesto una diadema que su padre le había dado, diciéndole que era de su madre y que ahora sería suya.

Las damas de honor eran Iris, Lucy, Nora y Aira, y aunque al principio no estuvieron de acuerdo, Rebeca tenía claro que quería que todas llevaran el mismo vestido: asimétrico, una pierna quedaba al aire como si de una raya se tratara, mientras que la otra mostraba un corte largo; eso sí, con diferentes colores, todos de un color vivo y brillante. Aira se había decidido por el amarillo, Nora por el azul eléctrico, un verde lima para Lucy e Iris el rosa fucsia.

Rebeca y Alex lo habían decidido en el primer momento, querían de todo menos una boda convencional; si Rebeca hubiera podido, habría llevado un vestido rojo en vez de blanco.

—Los invitados deben estar llegando —dijo Oliver, apoyado en la mesa del comedor en casa de su hermana y su cuñado, donde todos los chicos junto con Elena se estaban preparando.

—Ya estoy listo, puedo salir a recibirlos —contestó Alex bajando las escaleras y entrando en el comedor donde su padre, hermano, tío, Robert y su sobrino estaban hablando. Elena entró con su nieta en los brazos, ya que habían pensado que de esa manera podría darle a Rebeca y las chicas algo de tranquilidad y libertad para prepararse. Alex se acercó a su madre y, con una sonrisa, extendió los brazos para coger a su pequeña, que sonrió y se fue con su padre.

—Voy fuera para ir recibiendo a la gente —aseguró desapareciendo por la puerta de su casa camino a la playa, el lugar donde habían organizado la ceremonia.

Rebeca y Alex querían lugares importantes para ellos, algo que les dijera que estaban en el lugar adecuado uno de los días más importantes de su vida. Así que, sin escuchar mucho a sus familias, decidieron pedir permiso para reservar una zona en la playa que tenían frente a su casa. Allí habían montado el lugar para la ceremonia, con una tarima y algunas sillas para su familia y sus amigos. Y para el banquete habían reservado para uso privado la pista de hielo donde tuvieron su primera cita. En el restaurante/café, habían preparado un convite de lo más especial. Alex se sintió algo reacio a la idea de hacer el convite en allí y luego hacer el baile de apertura de los novios patinando, pero no pudo negarse al ver los ojos de su novia solo de pensar en esa idea. Tampoco habían querido invitar a demasiada gente; los dos pensaron en los momentos oscuros que habían pasado y en la gente que les había acompañado, esos eran los importantes y no necesitaban que mucha más gente acudiera a su enlace.

Justo cuando llegó al pasillo donde llegaban algunos de sus amigos de la universidad, se encontró con los amigos de California de Beca, eran a las únicas personas de fuera de la familia que ella había decidido invitar.

—Qué guapo el novio —saludó Sylvia abrazándolo.

—Pensé que me irías a ver a Beca primero —comentó Alex con una sonrisa. Elaine estiró los brazos para que Sylvia la cogiera, aunque se veían pocas veces, Rebeca se pasaba horas al teléfono en videollamada por lo que la pequeña la conocía.

—Era la idea, pero como el avión llegó con retraso vinimos directamente a la playa... por cierto, un convite muy original... ¿Habéis ensayado mucho? —preguntó sin poder evitar que una carcajada escapara de sus labios.

—No tiene gracia, llevo un mes madrugando para poder ir a practicar antes de entrar al trabajo...

—¿Y qué tal?—preguntó Aarón.

—Lo verás más tarde —respondió—. Te dejo a la niña un momento —se acercó a sus padres que estaban cerca del pasillo.

—Ya he avisado a Albert de que todo está listo —comentó con voz tranquila al ver llegar a su hijo.

—¿No han salido todavía?—inquirió Alex nervioso, mirando el reloj con el ceño fruncido.

—Sí, tranquilo, ya han salido, seguro no tardan en llegar —aseguró Elena, dejando un tierno beso en la mejilla de su hijo para ayudarlo a calmarse.

Después de eso, caminó para hablar algunos minutos con sus viejos compañeros de universidad de Florida; aunque decidió mudarse, ellos habían sido un gran apoyo durante muchos años y al salir del hospital pudo ver que también se habían preocupado por él. Tanto Rebeca como Alex se plantearon invitar a Claudia, él tenía muy buena relación con ella en el trabajo y Rebeca la veía de vez en cuando porque su hijo adoraba a Elaine, pero hoy estaba sustituyendo a Alex en el trabajo por lo que no podría ir. Escucharon los ruidos de algunos

motores y Alex se giró para mirar y sonrió al ver los tres coches que acababan de aparcar. Su corazón comenzó a palpar con fuerza, estaba deseando ver a Rebeca, llevaba dos días sin verla, entre las chicas y luego el día de hermano previo a la boda, no tuvo oportunidad. El novio se acercó donde se había montado una pequeña tarima para la ceremonia y vio cómo su padre ya llevaba a Elaine en los brazos y Sylvia, Aarón y Chris se sentaban juntos delante de sus amigos.

Del primer coche bajaron Carmen con sus hijas y Lydia. Su tía y la novia de su prima caminaron hasta sentarse en las sillas que les correspondía mientras sus primas esperaban en un rincón. Las puertas del segundo se abrieron y salieron su hermana y su cuñada, acompañadas por Anna, que caminó a paso rápido hasta que se sentó junto a Alexander, John y Carmen. Y finalmente, Albert y Rebeca. Alex no pudo evitar que su boca se abriera con asombro y su pulso se acelerara al verla aparecer, el mundo entero se detuvo en el instante que ella apareció.

Una suave melodía a piano comenzó a sonar y Alex se giró sorprendido para ver a su hermano sentado en la banqueta frente al instrumento. Le mostró una sonrisa y miró hacia donde venía Rebeca.

Iris encabezaba esa fila que finalizaba con la novia junto a su padre. Por lo que la chica comenzó a caminar en el momento en el que la voz de Rebeca resonó por el lugar. No cantaba, pero con la música al piano sonaba precioso.

—Cuando más oscuro parece el día más incertidumbre sientes, allí apareciste tú. Recuerdo esas primeras palabras: “Me han hablado mucho de cómo eras antes... pero lo que veo ahora, también me gusta”, en ese momento jamás pensé lo lejos que podrían llegar esa frase.

Alex abrió la boca, sorprendido, al escuchar las palabras de su novia, su melodiosa voz resonaba por el lugar y su corazón continuaba como si estuviera cabalgando sobre él. Iris llegó al final y se colocó de pie en las primeras banquetas cuando Lucy comenzó su paseo. Las dos chicas habían hecho el pase bailando al ritmo de las suaves teclas del piano.

—Esa primera conversación nos dio mucho... como aquel momento en el que supiste hacerme ver que no podía seguir con lo que estaba haciendo o esa nota que todavía guardo donde escribirte: “Mi tía nos echa, pero siempre te estaré esperado”. No pensé que eso fuera a ser tan real, que pudiéramos esperarnos tanto tiempo para ahora poder estar aquí.

Alex de nuevo escuchó con devoción a su futura mujer sin apartar la mirada de ella, ahora era Nora la que caminaba por el pasillo.

—Y cómo olvidar el baile de Navidad, esa noche me volví a sentir un poco yo, no la versión que no llegaste a conocer, ni siquiera la versión que fui en aquellos años... Ahí poco a poco estaba encontrando a la nueva Rebeca, esa que tú ayudaste a construir con tu paciencia y tus buenas palabras; aquella noche, sentados en esta misma arena, contando el peor momento de mi vida.

Aira fue la última en pasar, movía sus pies con delicadeza y pequeños saltitos como solo ella sabía hacer. Su tripa de tres meses no debería ser muy grande, pero como eran mellizos resaltaba más de lo normal.

—Aquella primera vez en la que volví a cantar contigo como compañía, o la primera vez que sentía que alguien estaba conmigo porque me quería y no por producto de aquello que nos envolvía, fuiste tú el que consiguió en aquellos años que volviera a sentirme viva... Parece romántico y bonito... pero en aquel tiempo fue nuestra perdición.

Finalmente al final del pasillo se colocaron Rebeca y Albert, ella no iba cogida de su padre como en su ocasión habían hecho Aira o Nora en su boda, ella estaba junto a él. Gabriel, al piano, aceleró un poco el ritmo de la música justo cuando ella y Albert comenzaron a caminar y bailar.

—Pasó tanto entre nosotros, tan intenso en tan poco tiempo, que se rompió por no escucharnos, por no entendernos, por jóvenes... qué suerte que nuestros hermanos se casaran, volver a encontrarnos y aprender a entendernos y respetarnos, saber solucionar y amar, comprender y ser comprendido. Sanar heridas internas y aquellas que nos hicimos entre nosotros sin querer.

Llegó al final del pasillo y se quedó a un pie del altar, Alex extendió su mano para ayudarla a subir y ella miró a los azules ojos de su novio. Alex observó también los de su novia, sin duda eran el lugar que más tranquilidad le aportaba a cada uno de ellos.

—Así que sí, hoy estamos aquí, porque queremos y porque el destino así lo decidió, —Gabriel fue difuminando el sonido del piano indicando que llegaba a su fin.

—No me habías dicho esto —susurró Alex con sus manos unidas a las de Rebeca.

—¿Qué gracia hubiera tenido? Era una sorpresa —aseguró ella ilusionada.

Después de eso, los dos se giraron hacia a la persona que oficiaría en enlace, no querían un cura, así que buscaron a alguien que pudiera casarlos de forma oficial, pero a su manera. Los dos se cogieron las manos y pudieron sentir cómo él otro temblaba. No querían perderse ni un solo segundo de lo que hacía o decía el otro. Rebeca contemplaba los ojos de su, en poco tiempo, marido y recordaba la primera vez que había sentido que eran paz, el miedo que había sentido a que le hicieran daño cuando ella ya estaba rota, cómo esos ojos habían sido su refugio en muchas de las crisis que había tenido durante el instituto antes de marcharse con Nora. Alex hacía lo mismo, con los ojos de su novia, de su mujer y comprendió que su paz, su felicidad siempre había sido ella, esa mirada...

—Podéis decir vuestros votos...

—Yo, Rebeca Wilson, prometo que nunca nos iremos a dormir enfadados y de ser así haré todo lo que pueda para desenfadarte, siempre...

—Yo, Alex Rice, prometo que me despertaré antes para seguir preparando tu leche con chocolate cada mañana.

—Prometo no ocupar tu lado del armario ni invadir tu espacio.

—Prometo dejarte una nota con algo bonito todas las mañanas.

—Prometo ver el fútbol, al menos los de tu equipo, aunque me aburra mucho.

—Te querré hasta cuando me pongas de los nervios. —Rebeca rió al escuchar esa promesa, porque era algo muy real, sobre todo desde que vivían juntos.

—Prometo ver esas pelis de terror que tanto te gustan aunque yo las odie.

—Te quiero y prometo hacerlo siempre.

—Porque no necesitamos grandes cosas para ser felices.

—El amor no es una emoción, es un impulso, una necesidad, mi necesidad de estar a tu lado.

—Amor es lo que siento cuando te miro a los ojos, el corazón se me acelera, comienzan los nervios y esa sensación de mariposas en el estómago. —Entre las sillas, tras ellos, se escuchó una risa y Rebeca no pudo evitar girarse para ver a su sobrino que alzaba el brazo mostrando su dedo pulgar hacia arriba. Eso fue lo que Rebeca le dijo cuando él preguntó qué era estar enamorado.

El oficiante sonrió a los novios al ver que terminaban.

—Alex Rice, ¿quieres casarte con Rebeca Wilson?

—Sí, quiero.

—Rebeca Wilson, ¿quieres casarte con Alex Rice?

—Sí, quiero.

—Entonces, no hay más que decir, Alex, puedes besar a la novia —le indicó y lo acompañó

con un gesto de mano señalando a Rebeca, ambos con una sonrisa de la que no podían desprenderse. Alex tiró de los brazos de Rebeca mientras ella se ponía de puntillas para llegar hasta él y unieron sus labios. El momento en el que estos se juntaron, casi notaron esa corriente eléctrica del primer beso en el bosque bajo la lluvia. Los dos seguros de que estaban compartiendo ese momento con la persona adecuada, aquella que la vida, el destino o el azar había preparado para ellos.

Al separarse, las felicitaciones, enhorabuenas y besos les invadieron. Los dos los recibieron agradecidos, pero casi no escuchaban porque únicamente podían verse y sentirse el uno al otro. Un grito de su pequeña les sacó de esa burbuja y Rebeca se acercó para cogerla en brazos y, por petición del fotógrafo que habían contratado para la ocasión, se colocaron para poder hacer algunas fotos, ellos con la niña y también con todos los invitados.

El cielo ese día era de un azul libre de nubes, donde el sol brillaba, aunque no era agobiante.

Cuando las fotos terminaron, los pocos invitados se fueron a sus coches. Los amigos de Rebeca irían con Aira y Oliver que viajaban solos y los novios con Elena y Alexander para que Albert pudiera llevar en su coche a la bebé. Durante el viaje, los novios no dejaron de mirarse, de apretar las manos que todavía no habían soltado del otro y apoyaban la cabeza constantemente en la frente del otro, para sentirse, les gustaba ese gesto, les daba intimidad y contacto.

Una vez en el restaurante, comprobaron que todo estaba como ellos habían pedido, llevaban dos meses organizando el lugar, que llevaba tres días cerrado para poder colocar la decoración. Las mesas habían sido puestas en forma de “u”, así podría tener cerca a todos los invitados, poder verles la cara y que no estuvieran en mesas diferentes.

Gabriel se puso en pie y llamó a todos dando golpecitos en la copa para que los invitados y le prestaran atención.

—¿Me podéis escuchar? —preguntó con tranquilidad, aunque ya todos lo hacían. Alex se volvió un momento a su ahora esposa preguntando si ella sabía algo, pero negó encogiéndose de hombros y volvieron a fijar su mirada en Gabriel.

—El que se ha casado hoy es mi hermano y aunque no lo parezca, yo soy el mayor... —empezó haciendo reír a los presentes

—Él no me ha pedido que diga nada, tampoco Rebeca... pero yo quiero decir algo. —Gabriel miró fijamente a los novios—. Durante muchos años de mi infancia fue un fastidio saber que tenía dos hermanos pequeños... mellizos... que acaparaban a mis padres, me costó entender que ellos no eran mis enemigos, sino mis aliados —dijo dirigiéndose también a Aira, que mostró una gran sonrisa, luego giró de nuevo su rostro para los novios, pero centró sus ojos en Rebeca—. Cuando llegué a este pueblo... recuerdo estar sentado en la isleta de la cocina en casa de mis padres y escuchar a mi prima decir que esperaba que tú volvieras a clase... fue la primera vez que escuché hablar de ti...—dijo mientras Rebeca le observaba fijamente—. Fuiste la primera en saber toda la mierda que me envolvía... y quién sabe qué hubiera pasado si... todo hubiera ido bien —acompañó esa frase con un suspiro y lo mismo hizo Rebeca —Pero que todo fuera mal... hizo que mi vida cambiara y que toda esa mierda que me envolvía... desapareciera —aseguró y Rebeca asintió—. Gracias, Rebeca... creo que nunca te agradecí eso... y sé que, aunque lo que pasó no tuvo importancia, el resultado sí la tuvo —Gabriel finalizó ese momento sin apartar la mirada de Rebeca que sonreía, triste, al recordar todo lo que Gabriel había dicho.

—Hermano... yo siempre... he guardado para mí cuando me sentía mal, cuando tuve mis adicciones... incluso me guardé para mí a mi príncipe... —dijo mirando a Noah que sonrió al escuchar a su padre hablar de él—, pero cuando tu mundo se derrumbó, por casualidad o suerte, fuiste a mí a quien llamaste —continuó—. Tal vez no me llamaste cada vez que se iba a pique...

pero sí las suficientes como para darme cuenta de que me necesitas en tu vida como yo siempre voy a necesitarte en la mía —prometió Gabriel medio sonriendo—. Aún envuelto en mi neblina recuerdo aquel día que hiciste pellas y todos nos volvimos locos buscándote, buscándoos —corrigió mirando a Rebeca—. Cuando llegaste a casa con una sonrisa de bobo y cuando dijiste que había merecido la pena supe que daba igual lo que pasara con el tiempo, esté era vuestro destino. Así que hoy levanto mi copa en esta pista de hielo que es donde empezó vuestra historia, y me voy a sentar en ese maravilloso piano que me habéis traído para tocaros y cantaros esa primera canción que patinasteis juntos —dijo Gabriel y se acercó al piano.

Alex y Rebeca se apartaron las lágrimas que ambos tenían en los ojos y se pusieron en pie. El moreno se acercó a un rincón para coger los patines y tendió a Rebeca los suyos, ella miró su vestido.

—No puedo patinar así... espérame —murmuró a Alex y salió corriendo con las chicas tras ella. Rebeca volvió veinte minutos después, con un vestido blanco un poco más largo de su rodilla, tenía toda la espalda descubierta, mangas de blonda, largas y de encaje y un escote que llegaba a la cintura. Llevaba puestos sus patines, aquellos que le regalo Alex en sus primeras navidades. Este extendió la mano y su mujer se la cogió con fuerza mientras Gabriel comenzaba a tocar y su voz comenzó a cantar la canción de *Sugar*, de Maroon 5.

—Como hemos ensayado... —susurró Rebeca al oído de Alex cuando llegaron a la pista de hielo. Todos los invitados tenían ya puestos sus patines y estaban apoyados en la barandilla para verles a ellos.

Se dejó llevar en todo momento por los movimientos que ella hacía, sabiendo que podía confiar. Con cada giro, cada vuelta o pirueta por parte de la rubia sus miradas volvían a encontrarse, volvían a ser ellos dos en su momento más especial.

Después de finalizar la canción, todos se fueron uniendo a ellos a la pista, algunos con patines, otros en zapatos... pero todos entraron al hielo y bailaron con la música que resonaba por el lugar. Todos los bebés presentes se habían quedado dormidos, y aunque la música sonaba alta, nada parecía despertarlos. Elaine, Lily y Tom dormían en sus carritos tranquilamente.

Los novios sintieron su corazón palpar por un momento y supieron que necesitaban estar a solas, los dos. Así que se acercaron a la mesa donde Albert hablaba con Carmen y Alexander y les dijeron que iban a marcharse, que cuidaran a la pequeña esa noche y que siguieran disfrutando, que ellos, continuarían su fiesta en solitario. Los tres asintieron con una sonrisa y los novios cogieron el coche para salir de allí y pusieron rumbo a su casa. Rebeca se fue con el último vestido que se había puesto, donde iban esa era mejor opción.

Al llegar a su casa, dejaron el coche aparcado y caminaron hasta la playa, se sacaron los zapatos y se detuvieron frente al mar, sentándose sobre la arena.

—¿Recuerdas nuestra noche de baile? Terminamos aquí, en esta playa y en esta misma situación —comentó Rebeca, mirando hacia el mar.

—Claro que lo recuerdo, es parte de nuestra historia... nuestra difícil historia —aseguró él, observando las olas del mar romperse a unos metros de ellos.

—También... fue aquí donde hablamos de manera sincera después de estar seis años sin vernos... —murmuró ella con un suspiro.

—¿Tú recuerdas lo que me dijiste el día que me cantaste la primera canción, en el piano de mi casa? —preguntó Alex con tranquilidad.

—“Me he vuelto una bomba de relojería y ellos viven esperando que explote y lo peor de todo es que ni yo misma puedo echarles nada en cara porque no sé cuándo explotará y tampoco si voy a saber gestionarla” —murmuró Rebeca cada palabra que recordaba.

—No explotaste, tuviste destellos, pero tu bomba no explotó, lo hizo la mía... —suspiró él.

—¿Recuerdas nuestra frase?

—Respirar para vivir... —susurró él y Rebeca subió la mano para mostrar su pulsera a Alex, esa que él mismo le regaló en navidades junto a los patines que esa noche había usado.

—“A veces vivimos para respirar y nos olvidamos que debemos respirar para vivir” —susurró ella, girándose para mirar a su marido—. Tú me enseñaste eso —dijo con una sonrisa—. Fue lo que me dijiste el primer día que hablamos a solas... minutos antes de decirme que nos escapáramos de clase y fuéramos a la pista de hielo.

—¿Vamos al mar? —preguntó Alex, mirando a su mujer con una sonrisa traviesa en los labios a lo que ella no pudo negarse, poniéndose en pie todavía con el vestido de novia. Alex le ayudó a desabrochar la cremallera y ella lo dejó caer al suelo. Sacó sus zapatos y comenzó a correr hacia el mar. Cuando estuvo allí, cogió su ropa interior y la levantó para que Alex pudiera verla mientras se quitaba su esmoquin y después corrió hacia el mar.

—¡Está superbuen! —gritó Rebeca hundiéndose en el agua

—¡Alex Rice, gracias por hacerme feliz! —gritó a pleno pulmón por lo que Alex solo pudo reír y acercarse a ella—. Gracias por no ponerme barreras —volvió a decir, esas mismas palabras que le gritó la primera noche que estuvieron en esa misma playa los dos juntos. Cuando llegó junto a ella, ambos se abrazaron con fuerza y ella se cogió a su marido como un koala.

—Tú y Elaine sois mi felicidad y mi motivo para vivir —aseguró Rebeca mirando los ojos de su marido—. Vosotras sois cada latido bajo mi piel —prometió.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Gracias por llegar hasta aquí. 2023 ha sido un año duro en muchos aspectos. El 23 de mayo, un día muy especial para mi y mi familia, publique “Respirar para vivir” me hubiera gustado terminar el año con la publicación de “Latidos bajo mi piel” pero no ha podido ser, así que el primer 23 del año lo tendréis en vuestras manos.

Cuando escribí 'Latidos bajo mi piel', no pensé que fuera a convertirse en una tromba de emociones en mi interior, pero eso es lo que fue, una montaña rusa constante. Por lo tanto, muchas gracias por formar parte de este viaje.

Me gustaría también agradecer a quienes me han ayudado para que este libro hoy esté entre tus manos. Bárbara Pereira, quien me animó a darle la vuelta a esta historia y me ayudó a escribir las partes más clínicas. Belén Morez, que de nuevo ha tenido la paciencia para corregir este libro. Mercé Rodríguez, que sacó un hueco para poder crear la preciosa portada. Y quiero agradecer a mis cazadoras de libros, Marina y Geno; gracias a su ánimo e insistencia, decidí que podía cumplir mi sueño con esta bilogía. Nuestras llamadas, charlas, club de lectura... gracias por todo.

Dar las gracias a ti lector@ por confiar en mí como escritora una vez más, por llegar hasta el final y por tu apoyo en todo momento.

Y, por supuesto, a mi familia y mis amigos. Los de siempre, los nuevos y los que vendrán. Gracias por seguir conmigo y apoyarme cuando yo pierdo las fuerzas.

Instagram: thebookswalker

LATIDOS BAJO MI PIEL

Bilogía vivir 2

SANDRA LÓPEZ